

PSICOLOGIA DE LA CONDUCTA
JOSE BLEGER

Prólogo	11
/ I. La psicología y el ser humano	13
1. Enfoque de la psicología	13
2. La psicología y su objeto de estudio	14
3. El mito del hombre natural	16
4. El hombre aislado	18
5. El hombre abstracto	19
6. Individuo-sociedad	19
7. Innato-adquirido	20
8. El ser humano	21
Bibliografía	22
* II. Conducta	23
1. La conducta en psicología	23
2. La conducta como fenómeno central en la psicología	26
3. Unidad y pluralidad fenoménica de la conducta	28
4. Coexistencia y preponderancia de las áreas de la conducta	31
5. Ciencias de la conducta	31
6. Áreas de la conducta y las "partes del alma"	32
7. Predominio sucesivo o alternante de las áreas de la conducta	34
8. Predominio estable de un área de la conducta	34
9. Coincidencia y contradicción de las áreas de la conducta	35
Bibliografía	37
III. Situación y campo	39
1. Conducta y situación	39
2. Abstracción de la situación	41
3. Campo de conducta	42
4. Subestructuras del campo	43
5. Coincidencia y disociación de campos	44
6. Teorema de W. I. Thomas	49
7. Otro papel de la disociación	51
Bibliografía	52
IV. Ámbito de la conducta	53
1. Campo y ámbito	53
2. División del ámbito	53

2. El sentido como suceso humano
 3. Modalidades del sentido
 4. Sustancialización del sentido
 5. Significado no es relación causal
 6. Carácter subjetivo u objetivo del significado
- Bibliografía

X. Encuadres para el estudio de la conducta

1. Los encuadres
 2. Encuadre histórico
 3. Encuadre genético
 4. Encuadre evolutivo
 5. Encuadre situacional
 6. Encuadre prospectivo
 7. Continuidad genética
 8. Encuadre dinámico
 9. Encuadre dramático
- Bibliografía

XI. Motivación de la conducta

1. Determinismo de la conducta
 2. Tipos de causalidad
 3. Causalidad histórica y a-histórica
 4. Series complementarias
 5. Causalidad y niveles de integración
 6. Causalidad y ámbitos de la conducta
 7. Causalidad y campo de la conducta
 8. Motivación consciente e inconsciente
 9. Causalidad psicogenética y organogenética
 10. Sobredeterminación causal
 11. Los instintos
 12. Variables
- Bibliografía

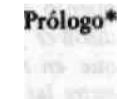
XII. Conflictos y conducta

1. Conflictos
2. Frustración y conflicto
3. Tipología de los conflictos
4. Ambivalencia y divalencia
5. Conflictos de áreas y campos
6. Objeto bueno y objeto malo

7. Ansiedad y conflicto	155
8. Unidad genética de los conflictos	156
9. Síntesis	157
Bibliografía	157
■/. XIII. Conductas defensivas	159
1. La defensa	159
2. Proyección	160
3. Introyección	162
4. Regresión	163
5. Desplazamiento	164
6. Represión	164
7. Conversión	165
8. Aislamiento	165
9. Inhibición	165
10. Racionalización	166
11. Formación reactiva	166
12. Sublimación	166
Bibliografía	167
XIV. Estructura de la conducta	168
1. Los "grados de libertad" o repertorio de conductas	168
2. Estructura paranoide	171
3. Estructura ansiosa	173
4. Estructura depresiva	174
5. Estructura evitativa	175
6. Estructura ritualista	175
7. Estructura esquizoide	176
8. Estructura histérica	177
9. Estructura hipomaniaca	177
10. Estructura confusional	178
11. Estructura accesimal	178
12. Estructura hipocondríaca	179
13. Dinámica de las estructuras	179
14. Estructuras y ritmos	181
Bibliografía	182
* XV. El problema metodológico en psicología	183
1. La escisión metodológica	183
2. Método comprensivo y explicativo	186
3. Método subjetivo y objetivo	189

4. Método racional e irracional	155
5. Método racional y método empírico	
6. La observación científica	
7. Esquema referencial	
8. Observación e introspección	
9. Método experimental y método clínico	
10. Síntesis	
Bibliografía	
XVI. Psicología y filosofía	
1. Ciencia y filosofía	
2. Materialismo e idealismo	
3. Idealismo	
4. Materialismo	
5. Metafísica y dialéctica	
6. Materialismo mecanicista 0 metafísico y materialismo dialéctico	
7. Monismo-dualismo	
8. Psicología, idealismo y materialismo	
Bibliografía	
XVII. El psicólogo y las escuelas de psicología	
1. El psicólogo	
2. Trabajo de campo	
3. ¿Cuántas psicologías?	
4. Conducta y escuelas	
5. La crisis de la psicología	
Bibliografía	
XVIII. Conducta y personalidad	
1. Retorno al ser humano	
2. División de la personalidad	
3. El análisis formal de la conducta y la personalidad	
4. Constitución, temperamento y carácter	
5. Análisis cualitativo de la conducta	
6. Aprendizaje	
7. Personalidad y cultura	
Bibliografía	

Apéndice	247
Psicología y niveles de integración	247
Meta final ficticia y fantasía inconsciente.	
Estudio comparativo	259
1. Meta final ficticia	259
2. Fantasía inconsciente	265
3. Estudio comparativo	269
Sinopsis	277
Bibliografía del apéndice	279
Bibliografía general	281



En el abigarrado panorama de la psicología actual, coexiste en forma aislada y contrapuesta un numeroso conjunto de escuelas y subescuelas, de métodos y técnicas, de corrientes e ideologías. El conjunto ofrece la apariencia de una verdadera dispersión, sin orden, sin nexos, sin sentido, sin comunicación.

Este libro tiende a llenar, en cierta medida, esta falta de coherencia y unidad, presentando una especie de plano o proyecto de una psicología general de la conducta. Recoge, refleja o desarrolla la convicción de que las distintas escuelas o corrientes han aportado conocimientos fragmentarios de una única y misma totalidad, y que cuando cada una de ellas ha creído ver el todo en su segmento, han dado lugar a teorías erróneas, distorsionadas o exageradas. A pesar de este proceso (o gracias a él), cada escuela o corriente refleja parte de la realidad, que es necesario reencontrar y reubicar en la totalidad y unidad original; las distintas escuelas o corrientes han tomado estructuras o fragmentos distintos de un mismo proceso, pero la segmentación y el olvido del proceso y del contexto total y concreto hicieron creer a cada una de ellas que captaba la totalidad en su segmento. De esta manera, la solución de muchos problemas reside únicamente en replantearlos.

A esta dispersión del objeto se agregan la fragmentación y dispersión del proceso mismo del conocimiento y la investigación en momentos que son aislados y a los que se constituye en métodos por sí.

Hay que volver a recuperar lo que las escuelas, los métodos y los campos de la psicología desmenuzaron y dispersaron, desarticularon y formali-

* En esta nueva edición de *Psicología de la conducta* -obra que se publicó por primera vez en el año 1963- además de algunas notas aclaratorias, referencias y diagramas, se ha añadido un *Apéndice* formado por dos capítulos: uno de ellos amplía la consideración de algunos temas del texto y el otro, que trata sobre "Niveles de integración", modifica lo desarrollado en el capítulo correspondiente del libro. Buenos Aires, 1968.

zaron Y esta tarea no es un eclecticismo que tiende a salvar contradicciones, sino, todo lo contrario, acepta y enfrenta las contradicciones porque ellas pertenecen a la realidad de los fenómenos y a su respectivo movimiento dialéctico. Gran parte de la tarea que incumbe realizar consiste en disolver falsas antítesis, transformando las antinomias irreductibles en lo que en realidad son: momentos de un solo proceso único. Las barreras entre las escuelas ya no son fijas y se derrumban. Este libro quiere contribuir a ello, para que se pueda construir dentro de un encuadre filosófico y científico libre de divisiones y límites arbitrarios, estrictos y dogmáticos. No estoy totalmente seguro de haber podido eludir el peligro de oscilar entre una exposición sencilla o simplificada en algunos temas y la profundización en otros. Por supuesto que el propósito fundamental es el de repensar la psicología, como tarea fundamental del psicólogo. No se trata solamente de aprender o enseñar psicología; se trata de pensar psicológicamente. Aquí trato de aplicar mi convicción de que los libros no son para leerlos, sino para pensarlos.

Capítulo I La psicología y el ser

humano

1. Enfoque de la psicología

Es muy difícil poder precisar en una definición escueta lo que es la psicología, tanto como lo es delimitar exactamente el objeto de cualquier ciencia. Las definiciones se incluyen siempre al comienzo de los libros y sólo se comprenden al final, cuando ya se tiene una perspectiva total de la materia. En un intento de resolver o eludir la estrechez de las definiciones, se ha dicho de otro campo científico (la sociología), que ella es lo que hacen los sociólogos. Si trasplantamos esta fórmula a la psicología, no adelantamos nada, porque además de constituir un truísmo o una tautología, las disciplinas psicológicas no tienen todavía tan plenamente ganado un terreno, como actividad práctica u oficio, como lo tiene el sociólogo; en la sociología, según lo describieron distintos autores, la práctica precedió a la sistematización teórica y se inicia como una paraciencia, mientras que en la psicología la teoría y la especulación filosófica precedieron a la práctica y aun en gran medida, todavía ahora, la rempazan; como lo dice Boring, la psicología vino primero, los psicólogos vinieron más tarde.

La psicología llega muy tarde a estructurarse como campo científico. Como todas las ciencias, se separa muy gradualmente de la filosofía, aunque conservando con ella muy estrechos lazos. El término psicología data del siglo XVI, pero aún en el siglo XVIII era muy raro su empleo; adoptado por Kant, se difundió posteriormente. Comte no la incluyó de manera especial en su clasificación de las ciencias, y aún en la actualidad tiene que enfrentar muchas resistencias y desconfianzas; tanto la idealización como el desprecio representan verdaderas trabas en su desarrollo.

El conocimiento científico incrementa nuestro poder real sobre las cosas, pero aminora y lesiona nuestra fantasía y nuestra omnipotencia mágica. Freud señaló que tres son los descubrimientos que más han lesionado nuestro narcisismo: el de que nuestro planeta no es el centro del universo, sino uno de los tantos, entre los que no ocupa ningún puesto de privilegio; en segundo lugar, el de que no somos los reyes de la creación,

sino productos de la evolución de las especies animales; y en tercer lugar, en orden cronológico, el de que no somos seres íntegramente racionales, sino que buena parte de nuestra conducta es desconocida, en sus motivaciones, por nosotros mismos. El estudio de las cosas del cielo y de la tierra no se ha hecho sin esfuerzos ni sin ansiedades, pero éstos se potencian en el caso de estudiarse el ser humano a sí mismo. Por ello, las ciencias del hombre llegan tarde y se hallan aún en período formativo.

Las ciencias naturales han tenido, en su tiempo, que vencer también fuertes resistencias, similares a las que se presentan en la actualidad para el caso de las ciencias del hombre, especialmente la psicología y la sociología. Pero también esta resistencia es tanto mayor cuanto más se acerca e incluye al propio ser humano; la física y la química, como observa Fenichel, vencieron la resistencia antes que la biología, y ésta, antes que la anatomía y la fisiología. Estas, a su vez, antes que la psicología. No está muy lejano el tiempo en que al anatomista y al patólogo les estaba prohibida muy severamente la disección de los cadáveres. Seguramente que este desarrollo no tiene exclusivamente sus causas en la evolución de las resistencias psicológicas ni en un puro progreso en el dominio de las ideas, pero no es menos cierto que esta resistencia actúa en algunos momentos, en forma independiente y muy intensa. El desarrollo de la ciencia se halla muy vinculado al desarrollo de la sociedad humana y a la de sus necesidades técnicas o, en otros términos, a la necesidad de supervivencia de la especie. Hasta ahora, todo progreso científico ha propulsado los factores de cambio social que, por supuesto, entran en pugna con todas las fuerzas sociales que tienden a la preservación de una configuración social dada. De esta manera, los avances y retrocesos científicos y filosóficos se hallan ligados a complejos procesos históricos de intereses de clases en conflicto.

2. La psicología y su objeto de estudio

Ateniéndonos exclusivamente al hombre, y según todo lo que llevamos expuesto hasta aquí, podemos decir que la psicología estudia los seres humanos, pero que indudablemente con esto no queda configurado ni delimitado con exactitud su campo de operación, porque muchas otras ciencias se ocupan del hombre y lo enfocan como objeto de estudio (historia, antropología, filosofía, sociología, etcétera).

Si, de acuerdo con esto, la psicología tiene un objeto de estudio en común con muchas otras disciplinas, la identidad de cada una de éstas y la respectiva delimitación de las mismas sólo puede hacerse a través

de dos caminos: considerar que cada una de ellas toma una parte del objeto para su estudio, o bien que cada una de ellas enfoca de una manera exclusiva y privativa el mismo fenómeno, enfoque exclusivo que corresponde a un grupo, clase o nivel de las cualidades del objeto. Creemos que —en términos generales— el primer criterio ha privado en la historia de la psicología, mientras que el segundo es el que desarrollaremos aquí y que no debe ser confundido con la posición que explica y admite solamente la existencia de "puntos de vista" distintos para el mismo suceso o cualidad.

Entre las disciplinas científicas, se puede reconocer un grupo que se caracteriza por tener un objeto propio de estudio, que le pertenece en totalidad: los seres vivos son estudiados por la biología y los astros por la astronomía; otro grupo recibe su denominación y se configura, o se configuró inicialmente, por el empleo de un instrumento de investigación: microbiología, espectroscopia, ultramicroscopía, etcétera. Otro grupo de ciencias estudia aspectos distintos de un mismo objeto: la química y la física estudian los mismos objetos, diferenciándose en la forma en que lo hacen, formas que se corresponden con dos aspectos o cualidades distintas, reales, del mismo objeto; una mesa, un músculo, pueden ser estudiados tanto por la física como por la química. Esto no pretende ser una clasificación de las ciencias, sino un cuadro que nos sirva de orientación para ubicar la psicología. Además, las delimitaciones son válidas sólo en cierta medida, porque los fenómenos, en la realidad, se superponen, continúan o suceden.

Con respecto a la psicología, podemos decir que estudia los seres humanos, pero lo hace desde un ángulo o enfoque particular, que responde a la necesidad de atender determinado plano de su organización como seres vivos. La psicología no es la única que estudia al hombre y, por lo tanto, comparte su objeto con otras ciencias. Los intentos de hallar un objeto específico y privativo para cada ciencia tienen mucha relación con los supuestos metafísicos de estudiar entidades o sustancias, y estas falacias han conducido históricamente a la psicología a definir su objeto de estudio como el alma, la conciencia, la mente o el psiquismo, olvidando que éstas son entidades abstractas con las cuales se reemplazan los fenómenos concretos. Con este tipo de definición, el objeto de estudio no queda claramente delimitado, sino que, por el contrario, se desemboca en una complicada mitología de la que aún no se han desembarazado del todo las modernas corrientes psicológicas. Estas definiciones estructuran una psicología verbalista, o bien se desarrolla una contradicción entre los fenómenos concretos estudiados y las respectivas formulaciones teóricas.

No hay tal cosa como alma, psique, mente o conciencia; hay sí, fenó-

menos psicológicos o mentales, pero el atributo no debe ser transformado en sujeto ni en sustancia.

Por todo ello, nos parece importante partir de la afirmación de que la psicología estudia, o debe estudiar, seres humanos reales y concretos. Sabemos que el planteo de un problema implica un encuadre o limitación de las respuestas al mismo; ya Sócrates decía que el que responde a una pregunta no es el que la contesta, sino el que la formula. Si la psicología estudia al hombre, siempre se halla implícita en ella una determinada concepción del mismo. Inclusive dentro de la psicología que se define como el estudio de la mente o el alma, se halla incluida una concepción del hombre que éste tiene de sí mismo en un determinado momento histórico; porque estos supuestos no son meras especulaciones que surgen por sí mismas de una actitud totalmente contemplativa, sino que se hallan siempre vinculados a las características culturales, sociales, de cada época. Cada organización histórico-social tiene un tipo de imagen de sí misma.

Nos interesa partir de una concepción científica del hombre, a la cual ya ha contribuido la psicología misma, y -como núcleo fundamental- oponernos a algunas falacias, con las que históricamente se ha constituido la psicología tradicional, pero que subsisten en cierta medida aún en la psicología contemporánea.

3. El mito del hombre natural

Se postula, en este tipo de concepción, la existencia de un estado o esencia originaria del ser humano, que se ha corrompido o distorsionado por la influencia de la civilización; en pugna con lo socialmente adquirido, que constituye lo artificial, el estado natural del hombre es sustentado como lo genuino o ideal. De aquí se ha inferido en algunas oportunidades que el camino correcto es el de la "vuelta a la naturaleza", el retorno al estado originario, natural, desechando o apartando todo lo culturalmente adquirido y condicionado en el ser humano.

Es evidente, en esta hipótesis, la tradición religiosa de la misma, aunque ha sido sustentada por autores no religiosos. En la actualidad tiene un valor histórico, pero no es infrecuente encontrar que forma parte de la posición teórica o del esquema referencial de algunos desarrollos psicológicos.

En este tipo de postulación se implica que el hombre natural es bueno, y tiene cualidades que se pierden o perturban por influencia de la organización social; de tal manera se llegó a construir una imagen de este tipo ideal de ser humano, o a suponerlo existente en culturas o poblaciones de

organización primitiva. El desarrollo de la cultura da, así, un barniz superficial al ser humano, pero por debajo de éste se halla su naturaleza originaria, que de esta manera es inamovible y fija, y puede ser reencontrada o puesta nuevamente en primer término.

En este aspecto, sostuvieron posiciones similares autores tan diversos como Rousseau, Klages y Lessing; en el siglo diecisiete Hobbes, Spinoza y Lócke postulaban un "estado natural" anterior a la civilización, y ello implicaba considerar a esta última como artificial y convencional. Para Rousseau, las artes y las ciencias han producido una decadencia del ser primitivo, esencialmente bueno, que así se ha corrompido por la influencia cultural, apartándose de su relación directa y sana con la naturaleza y de su bondad originaria; la cultura es algo artificioso, y por ser antinatural provoca la decadencia del ser humano. Más modernamente, Klages sostuvo una oposición entre alma y espíritu; la primera se halla en relación directa e inmediata con la naturaleza, mientras que el espíritu es la esfera racional, la fuerza lógica que destruye progresivamente a la primera. Lessing desarrolló también un "naturalismo" como la fuente auténtica de la vida, distorsionada por la acción de los hombres.

En la teoría del "hombre natural" hay que reconocer, según lo establece correctamente Bidney, dos cosas diferentes: por un lado la suposición de un estado natural prehistórico originario, del cual ha emergido el hombre actual, y -en segundo lugar y por otra parte- un estado universal presente, por el cual el hombre en todos los lugares y en todos los tiempos es el mismo; no se trata, en este último caso, de una condición genética pretérita, sino de una condición universal del ser humano que subsiste como tal por debajo de las modificaciones culturales, que son así meramente superficiales.

Sabemos en la actualidad que no existe tal "hombre natural", y que esta teoría es la prolongación, en el campo científico, de una fantasía de carácter religioso, que supone al hombre engendrado en forma "pura" Por las manos de Dios, para luego sufrir una decadencia o "caída" en el pecado y la culpa. La teoría del hombre natural no es tampoco una postulación aislada, sino que integra o forma parte de toda una concepción que considera el mundo total como invariable y fijo, y que, además del hombre natural, postula una justicia natural, un derecho natural, etcétera. En otros términos, es parte de una ideología.

Las investigaciones antropológicas han demostrado, en forma incontrovertible, que los individuos de culturas primitivas tampoco son seres naturales, y que su personalidad está funcionalmente correlacionada con la estructura total de su respectiva organización social, que tampoco es simple y sencilla, sino altamente compleja.

Sabemos que el hombre es un producto histórico; transfórmala naturaleza y, en ese proceso, crea la cultura y transforma su propia naturaleza. Con el hombre aparece una nueva manera de adaptarse: la de crear nuevas condiciones ambientales transformando el medio natural, y este proceso lo puede realizar, en parte, previendo los resultados y los objetivos. El hombre mismo es también producto de un desarrollo histórico y deviene una nueva naturaleza: la humana.

4. *El hombre aislado*

Es otro de los supuestos muy enraizados en nuestra cultura y, por lo tanto, en nuestras teorías científicas. Se supone que el ser humano es originaria y primitivamente —tanto como especie cuanto como individuo— un ser aislado, no social, que asimila con esfuerzo y gradualmente la necesidad de relacionarse con otros individuos; de esta manera, un problema que se planteaba a la psicología era el de investigar cómo los seres humanos entran en relación los unos con los otros y, para ello, se emitió la hipótesis —entre otras— de un instinto gregario o de una energía especial, la libido.

Esta abstracción está muy estrechamente relacionada con la anterior, la del hombre natural, y ambas pasan por alto el hecho de que el hombre sólo es tal en función de ser social y que, incluso, el alto grado de individualidad del cual es un reflejo este postulado, es también un producto social. En síntesis, se puede decir que aun este hombre aislado, que toma en cuenta con frecuencia la psicología, es también un producto social, y que esta teoría, llamada por algunos la teoría de los Robinson Crusoe, no tiene ningún fundamento valioso.

El problema viene justamente, en la actualidad, a plantearse en términos totalmente invertidos; ya no se trata de saber cómo individuos aislados devienen seres sociales, sino cómo de integrantes de una cultura y de seres eminentemente sociales, llegan a producirse o resultar hombres aislados. Inclusive, desde el punto de vista de su desarrollo biológico a partir de la vida intrauterina, el ser humano vive en una intensa y profunda compenetración con la vida de otros seres humanos, en una verdadera situación simbiótica, y la investigación recae en el complejo proceso de aculturación por el cual se pasa de esta condición indivisa, primitivamente no diferenciada, a la condición de individuo y persona.

5. *El hombre abstracto*

Es uno de los errores conceptuales y metodológicos más serios en que se incurre en el campo de la psicología, por derivación del error filosófico correspondiente. Consiste en estudiar al ser humano como determinado, aislado de las situaciones reales, históricas y presentes, en las que transcurre su vida, se forma su personalidad y se establecen sus relaciones de todo tipo.

De esto resulta que cuanto más abstracto es el hombre que se estudia, más idénticas resultan todas sus características y más fijas, eternas e inmutables las categorías que se elaboran. La abstracción conduce tanto a la concepción del hombre aislado como a la del hombre natural, descartando las variantes sociales y culturales como agregados no sustanciales del ser humano, que se superponen e incluso subvierten una primitiva naturaleza.

Esto ha conducido a generalizaciones y conclusiones erróneas, a conceptos y nociones estériles, y a una mitología de entidades psicológicas. Pero además, como lo expresa Foucault, "tratándose de los hombres, la abstracción no es solamente un error intelectual", porque trasciende como ideología no sólo al campo científico, sino también al campo político y social, como instrumento de dominio y control.

Por lo contrario, la psicología moderna tiende a considerar todos los fenómenos psicológicos como derivados de determinadas relaciones e interacciones concretas del ser humano, como ser social, con las situaciones reales de su vida. Este es el aspecto que, aun con inconsecuencias y errores diversos, incorpora a la psicología el advenimiento de las distintas escuelas de los últimos cincuenta o sesenta años, y éste es el déficit más serio de la psicología tradicional. En esta última se estudia al hombre en general, la percepción y la memoria, por ejemplo, como entidades en sí, y no a *este* hombre que percibe o que recuerda, a *esto* que es percibido y recordado, en *esta* estructura social y económica, en *este* momento y en *esta* situación.

Este proceso de abstracción, realismo y formalismo de la psicología tradicional y el papel innovador de las corrientes psicológicas modernas han sido analizados en forma talentosa por Politzer, a cuyo libro remitimos al lector interesado.

6. *Individuo-sociedad*

Es una falsa antinomia de la cual aún está profundamente impregnada la psicología, tanto como otros campos científicos. Supone que el

individuo está limitado, distorsionado o coaccionado por la organización social. Se relaciona muy estrechamente con la concepción del hombre aislado, en cuanto supone que para lograr los beneficios de la vida social, los seres humanos hemos tenido y tenemos que sacrificar la satisfacción de tendencias individuales, que son incompatibles con las normas sociales y la organización cultural en general.

Estos supuestos tienden a ocultar el ingrediente irracional de la organización social, adjudicándolo a una primitiva organización animal del ser humano que aún subsiste en cada uno de nosotros, con lo que se salva superficialmente una contradicción profunda implícita en la misma estructura social. Esta es, en sí, compleja y contradictoria, y tales contradicciones se reflejan en el ser humano, social e individualmente considerado. Se trata así de "salvar" la sociedad en su organización presente, considerando malo y animal al hombre, atribuyendo a este último todos los desajustes de nuestra organización. Es lo contrario del mito del hombre natural, en el cual el hombre es bueno y la sociedad es mala; por ello en algún período, esta última tesis fue sustentada como una crítica social y una tendencia renovadora y progresista.

Si tomamos el caso de la delincuencia, la guerra o la prostitución, el esquema planteado por esta antinomia individuo-sociedad las postula como resultantes de impulsos instintivos, primitivos o animales, que aún subsisten en todos los individuos y que, en un momento dado, sobrepasan las barreras del control y la represión cultural. El problema reside, realmente, en que la misma sociedad que reprime y prohíbe la delincuencia y la prostitución y rechaza las guerras tiene contradictoriamente en su seno - los elementos causales de las mismas, en forma de componentes sociales irracionales, no dominados.

Hay una permanente y estrecha relación entre individuo y sociedad y sólo se puede comprender el uno por el otro; como seres humanos, dependemos en alto grado de la naturaleza, de nuestros semejantes y de la organización social para satisfacer necesidades.

7. *Innato-adquirido*

Es una antinomia en la que se ha concentrado durante mucho tiempo la investigación y la polémica, y que está muy relacionada con otras antinomias, como las de naturaleza-sociedad, herencia-aprendizaje, etcétera.

Todas estas contradicciones están acuñadas en el formalismo y en la falta de comprensión del proceso dialéctico, pero a su vez esto no ocurre

únicamente como proceso intelectual o ideológico, sino que además enclava o se sustenta en la lucha entre el "fijismo" y las corrientes sociales progresistas; todas las posiciones y fuerzas en lucha por mantener el concepto de una naturaleza y una sociedad fija e inmutable, hecha ya de una vez para siempre, se adhirieron a las teorías que postulaban lo innato, mientras que todas aquellas fuerzas que propugnaban el mejoramiento y el progreso de la organización social pusieron el énfasis sobre el aprendizaje, lo adquirido, el cambio y el desarrollo.

8. *El ser humano*

En contraposición a los dualismos metafísicos de los cuales aún está impregnado todo nuestro conocimiento científico, la concepción dialéctica tiende a considerar en un primer plano la unidad e interdependencia de todos los fenómenos, y a ver todas las antítesis como fases o momentos de un proceso. De esta manera pierden vigencia las discusiones e investigaciones que aislan al ser humano, o tratan en forma abstracta una parte de sus manifestaciones, sin conexión con la naturaleza y su medio social. El ser humano puede ser entonces caracterizado por lo siguiente:

a) Su condición de pertenecer a una naturaleza muy peculiar: la humana. A partir del Renacimiento es cuando el hombre comprende que forma parte de la naturaleza, pero mucho más tardíamente acepta que forma parte, además, de una naturaleza distinta y muy particular; su condición de ser social hace que paulatinamente se estructure una síntesis integrada de naturaleza y sociedad, en la que esta última no es un factor superficial que modifica características transitorias o no esenciales del ser humano, sino que cambia profunda y sustancialmente la primitiva condición de ser natural, en el sentido de depender en gran parte, o totalmente, de la naturaleza.

b) Su condición de ser concreto, esto es, que pertenece a determinada cultura, a determinada clase social, grupo étnico, religioso, y que esta pertenencia no es casual o aleatoria, sino que integra su ser y su personalidad. Que no se debe estudiar la conciencia o la atención *in abstracto*, sino la conducta concreta de tal individuo o de tal grupo en tales condiciones concretas y en un momento dado.

c) Su condición de ser social, sólo por lo cual es un ser humano, que sólo llega a ser tal por la incorporación y organización de experiencias con los demás individuos; el conjunto de las relaciones sociales es lo que define al ser humano en su personalidad.

d) Su condición de ser histórico, tanto en el sentido individual como

social, es el producto de un desarrollo en el cual emergen nuevas potencialidades, que no se dan de una vez para siempre en forma fija e inmutable. Este alto grado de desarrollo depende de una compleja organización de la materia viva y es reflejo de la estructura social en el más amplio sentido.

e) Porque el medio ambiente del ser humano es un ambiente social, del que provienen los estímulos fundamentales para la organización de sus cualidades psicológicas.

f) Porque no puede conocerse la condición del ser humano por pura reflexión; el conocimiento que se alcanza está, a su vez, socialmente condicionado.

g) Porque el hombre es el único de los seres vivos que puede pensarse a sí mismo como objeto, utilizar el pensamiento, concebir símbolos universales, crear un lenguaje, prever y planificar su acción, utilizar instrumentos y técnicas que modifican su propia naturaleza. Aun formando parte de la naturaleza, puede en cierta medida ser independiente de ella. Todo esto está en estrecha relación con su posibilidad —distinta a la de todos los animales— de producir sus medios de subsistencia.

h) Que la producción de esos medios de subsistencia crea la matriz fundamental de todas las relaciones humanas.

Bibliografía

Las referencias completas de las citas bibliográficas de cada capítulo se encontrarán en la bibliografía general que se inserta al final del libro.

Brown, J. A. C.; Buber, M.; Cassirer, E.; Dujovne, L. Engels F. (e); Favez Boutonier (a); Foucault, M.; Goldstein, K. (a, b); Groethuysen, B.; Kardiner, A.; Marx, C. (a, b); Marx, C. y Engels, F. (a); Merleau Ponty, M. (b); Plejanov, J.; Politzer, G. (a); Rosenthal, M.

Capítulo II

Conducta

1. *La conducta en psicología*

El término conducta o comportamiento ha sido incorporado a la psicología desde otros campos del conocimiento; fue ya anteriormente empleado en la química —y lo sigue siendo aún— para referir o dar cuenta de la actividad de una sustancia, un cuerpo, un átomo, etcétera. Posteriormente, Huxley lo introduce en biología para referirse también a las manifestaciones de la sustancia viva: célula, núcleo, etcétera; y Jennings, en psicología animal. En todos estos campos, el término se refiere al conjunto de fenómenos que son observables o que son factibles de ser detectados, lo cual implica la consigna metodológica de atenerse a los hechos tal cual ellos se dan, con exclusión de toda inferencia animista o vitalista. Se busca, por lo tanto, que su descripción y estudio sean una investigación libre -o lo más libre posible— de adiciones antropomórficas. Esta posición antime tafísica y antivitalista tiende en todas las ciencias a un mayor rigor científico, describiendo y explicando todos los fenómenos en función de los fenómenos mismos, sin tener necesidad de recurrir a potencias o fuerzas ajenas y distintas a los sucesos naturales. En el estudio del ser humano también se aplicó el término a todas las reacciones o manifestaciones exteriores, tratando así de que la investigación psicológica se convirtiera también sistemáticamente en una tarea objetiva, y —por lo tanto— la psicología en una ciencia de la naturaleza.

El término conducta, aplicado a las manifestaciones del individuo, tiene siempre la connotación de estar dejando de lado lo más central o principal del ser humano: los fenómenos propiamente psíquicos o mentales. Estos últimos serían realmente los fenómenos más importantes, dado que originan la conducta; y si estudiamos únicamente esta última, nos estamos ocupando sólo de productos y derivados, pero no del fenómeno central. Etimológicamente la palabra conducta es latina y significa conducida o guiada; es decir, que todas las manifestaciones comprendidas en el término de conducta son acciones conducidas o guiadas por algo que está fuera de las mismas: por la mente. De esta manera, el estudio de la conduc-

ta, considerada así, asienta sobre un dualismo o una dicotomía cuerpo-mente, sobre la tradición del más puro idealismo, en el que la mente tiene existencia de suyo y es el punto de origen de todas las manifestaciones corporales; según esta perspectiva, el cuerpo es solamente un instrumento o un vehículo del que se vale la mente (alma) para manifestarse. La raíz religiosa de este esquema es fácil de deducir.

En la historia del concepto de conducta en psicología, tiene importancia el artículo de Watson publicado en 1913, que inicia la corriente o escuela llamada Conductismo o Behaviorismo, en el que sostiene que la psicología científica debe estudiar sólo las manifestaciones externas (motoras, glandulares y verbales); aquellas que pueden ser sometidas a observación y registro riguroso, tanto como a verificación. Ya antes que Watson, Pillsbury había definido la psicología como la ciencia de la conducta y Angelí —integrante de la escuela funcionalista— anticipaba el reemplazo de la mente por la conducta como objeto de la psicología. Posiblemente entre los más importantes, en lo que respecta a la conducta como objeto de la psicología, haya que contar los estudios de P. Janet y los de H. Piéron. Este último formuló desde 1908, una psicología del comportamiento, y P. Janet hizo importantes aportes al tema de la psicología de la conducta, en la que incluía la conciencia, considerada como una conducta particular, como una complicación del acto, que se agrega a las acciones elementales. El mismo autor estudió la evolución de la conducta, describiendo una jerarquía de operaciones, compuesta de cuatro grupos: conducta animal, intelectual elemental, media y superior.

Pero aun con estos anticipos, el behaviorismo de Watson fue una verdadera proclama, consecuente y abierta, de una posición materialista en psicología; lo es, aun considerando todas sus limitaciones mecanicistas y los reparos puestos por diferentes autores a la verdadera paternidad de Watson sobre el concepto de conducta y —entre otros— las objeciones de H. Piéron, para quien el behaviorismo, como psicología específicamente norteamericana, sólo tiene de específico "sus exageraciones frecuentemente pueriles".

Sin entrar en esta polémica de la prioridad sobre el concepto de conducta en psicología, interesa saber que fue Watson el que promovió una de las escuelas que hicieron tambalear, aun más, el edificio de la psicología clásica y que —de distintas maneras y con diferentes valores— aportó elementos que conducen a nuevas posibilidades de la psicología. Tolman dice que, indiscutiblemente, se habló de la psicología como ciencia de la conducta antes de Watson, pero este último transformó la conducta en "ismo".

Watson incluyó en la conducta todos los fenómenos visibles, objeti-

vamente comprobables o factibles de ser sometidos a registro y verificación que son siempre respuestas o reacciones del organismo a los estímulos que sobre él actúan. Intentó asentar la psicología sobre el modelo de las ciencias naturales, con una sólida base experimental, y por ello presentó una sistemática oposición a dos postulados fundamentales de la psicología clásica: a la introspección como método científico, y a la conciencia como objeto de la psicología. Sobre esto último, sin embargo, tal como lo sugiere Tilquin, quedan dudas de si la exclusión de la conciencia, por parte de Watson, es de carácter ontológico o metodológico.

Koffka incluye una división tripartita de la conducta, que presenta como muy semejante a la de McDougall; denomina procesos a la suma de movimientos observables, distinguiéndola del comportamiento y de las vivencias. El comportamiento incluye los procesos que denomina efectivos o reales y para los que se emplean conceptos funcionales, mientras que para los fenómenos o vivencias se utilizan conceptos descriptivos.

Explica estos conceptos con ejemplos sencillos. Si se observa un leñador y se determina que el número de leños que parte por minuto va disminuyendo, se está haciendo una observación del comportamiento, es decir, de procesos efectivos o reales; si sobre esta base se determina la fatiga del leñador, se está describiendo su comportamiento con un concepto funcional. En otro ejemplo similar, una persona desconocida pierde algo en la calle y yo lo recojo y se lo entrego; si al día siguiente vuelvo a encontrarla, esa persona reacciona de otro modo; describo su comportamiento diciendo que me ha reconocido o que me recuerda, utilizando un concepto descriptivo.

Las vivencias o fenómenos están constituidos por los pensamientos u opiniones que cada sujeto puede expresar. El leñador puede decir que está fatigado, y el desconocido de ayer, que me reconoce. Pero puede haber contradicción o una falta de paralelismo entre la descripción funcional de su comportamiento y las vivencias que realmente tienen esos individuos. La conducta externa y la conducta interna están "no sólo acopladas por fuerza y accidentalmente, sino emparentadas por esencia y unidas objetivamente".

Según Koffka, Thorndike también emplea la palabra conducta de la misma manera o con la misma extensión, es decir, incluyendo el aspecto fenoménico.

Jaspers es otro de los autores que intentó unificar los fenómenos que estudia la psicología, ordenándolos en cuatro grupos, según el grado de perceptibilidad de los mismos; el primero es el de los fenómenos vivenciados; el segundo, el de las funciones o rendimientos objetivos (memoria, inteligencia, trabajo, etcétera); el tercero, el de las manifestaciones cor-

porales concomitantes; y el cuarto, el de las objetividades significativas (expresiones, acciones, obras).

Lagache ha dedicado mucha atención a este tema y define la conducta como la totalidad de las reacciones del organismo en la situación total. Reconoce en ella: 1) la conducta exterior, manifiesta; 2) la experiencia consciente, tal como ella es accesible en el relato, incluyendo las modificaciones somáticas subjetivas; 3) modificaciones somáticas objetivas, tal como ellas son accesibles a la investigación fisiológica; 4) los productos de la conducta; escritos, dibujos, trabajos, tests, etcétera.

El término conducta se ha convertido así, en la actualidad, en patrimonio común de psicólogos, sociólogos, antropólogos, sin que por este solo empleo se esté filiado en la escuela del behaviorismo; inclusive se ha convertido en un término que tiene las ventajas de no pertenecer ya a ninguna escuela en especial y de ser lo suficientemente neutral como para constituir o formar parte del lenguaje común a investigadores de distintas disciplinas, campos o escuelas.

De esta manera, el empleo que vamos a hacer nosotros del término está fuera de los límites de la escuela conductista o de alguna de sus variantes, aunque por otra parte resume y recoge las consecuencias, para la psicología, de la revuelta watsoniana, tanto como las de la *Gestalt* y el psicoanálisis. Incluimos así bajo el término conducta, *todas* las manifestaciones del ser humano, cualesquiera sean sus características de presentación, ampliando de esta manera el concepto a sectores mucho más vastos que los que caracterizan al conductismo. Es lo que han hecho, entre otros, Koffka, Janet, Lagache y —entre nosotros— E. Pichón Rivière. Al conjunto de manifestaciones del ser humano que llamamos conducta, está dedicado el presente estudio.

Adoptamos, como punto de partida, las definiciones que da Lagache sobre conducta, como "el conjunto de respuestas significativas por las cuales un ser vivo en situación integra las tensiones que amenazan la unidad y el equilibrio del organismo"; o como "el conjunto de operaciones (fisiológicas, motrices, verbales, mentales) por las cuales un organismo en situación reduce las tensiones que lo motivan y realiza sus posibilidades". En el ser humano este conjunto de operaciones tiene una estructura muy compleja que iremos distinguiendo en el curso de nuestra exposición.

2. La conducta como fenómeno central en la psicología

Trabajar en psicología con el concepto de conducta es una especie de retorno a "los hechos mismos", en la medida en que esto es factible en

cualquier ciencia; este atenerse a los hechos, tal cual se dan y tal como existen, permite confrontación de observaciones, verificación de teorías y comprensión unitaria de aportaciones ubicadas en distintos contextos o encuadres teóricos.

Nuestro estudio de la conducta se hace en función de la personalidad y del inseparable contexto social, del cual el ser humano es siempre integrante; estudiamos la conducta en calidad de proceso y no como "cosa", es decir, dinámicamente. Mowrer y Kluckhohn enumeran cuatro proposiciones "mínimas esenciales" de una teoría dinámica de la personalidad, a saber:

1. La conducta es funcional. Por funcional se entiende que toda conducta tiene una finalidad: la de resolver tensiones.
2. La conducta implica siempre conflicto o ambivalencia.
3. La conducta sólo puede ser comprendida en función del campo o contexto en el que ella ocurre.
4. Todo organismo vivo tiende a preservar un estado de máxima integración o consistencia interna.

Coinciden en estos cuatro puntos el psicoanálisis, la antropología social y la psicología del *learning*. El psicoanálisis ha demostrado la continuidad entre los fenómenos normales y patológicos de conducta; la antropología social tuvo una gran influencia en esta aceptación de la conducta, como estructura unitaria, al romper la distinción categórica entre sociedades "civilizadas" y "salvajes"; la psicología del *learning* ha contribuido a integrar nuestra comprensión de los atributos y capacidades, vistos como únicamente "humanos", y las características de conducta manifestadas por el mundo "animal".

Los aportes con que se cuenta en la psicología contemporánea son copiosos y contradictorios. Aquí desarrollamos nuestra perspectiva de que la conducta es la unidad de estudio de toda la psicología y de todas las escuelas; no que lo será, sino que ya lo ha sido. Sean cuales fueren los fundamentos teóricos y los "modelos" de pensamiento empleados, todas las corrientes y todos los campos psicológicos han estado estudiando consciente o inconscientemente la conducta. Esa unidad de la cual todos han partido es multiforme y contradictoria, en constante devenir. Por ello, 1° que intentamos en nuestro estudio presente es una dialéctica de la conducta, de la que las distintas escuelas han tomado sólo fragmentos diferentes y con ello han distorsionado las relaciones reales entre los momentos del proceso dialéctico único.

3. Unidad y pluralidad fenoménica de la conducta

Desde antiguo se reconocen en el ser humano dos tipos distintos de fenómenos, a los que pueden reducirse todas sus manifestaciones. Uno es concreto, aparece en el cuerpo y en actuaciones sobre el mundo externo; aunque nunca puede existir una acción sobre un objeto sin que concomitantemente ocurra una modificación o movimiento del cuerpo, puede suceder que uno u otro sean, en momentos distintos, le más importante. Así, consideramos una conducta concreta corporal cuando se trata, por ejemplo, del enrojecimiento o palidez de la cara, mientras que calificamos de conducta concreta en el mundo externo a, por ejemplo, concurrir a un sitio, conducir un automóvil, aunque para ello se necesite lógicamente de las modificaciones corporales. Otro tipo de conducta incluye todas aquellas manifestaciones que no se dan como acciones materiales y concretas sino de manera simbólica; estas últimas son los fenómenos reconocidos como mentales.

Estos son los fenómenos de conducta de los que siempre se ha partido en el estudio psicológico. Las diferencias doctrinarias derivan todas, no de la psicología misma, sino de aplicar a la psicología doctrinas científicas e ideologías que toman selectiva y preferentemente sólo algunos de estos fenómenos y los relacionan de una manera dada, o bien olvidan o postergan los fenómenos reales reemplazándolos por abstracciones o entes de los que hacen depender los fenómenos menos reales (alma, espíritu, etcétera); en esta última forma se procede no ya sólo en el campo religioso o metafísico, sino en el mismo campo científico. Por ejemplo, existen fenómenos que llamamos mentales; de ellos se deriva el concepto abstracto de "mente", que pasa muy pronto a tener independencia y vida propia, de tal manera que el fenómeno concreto está contenido o resulta de un hipotético funcionamiento de una abstracción, instituida en entelequia. Para nosotros hay fenómenos mentales, pero no hay una "mente"; hay fenómenos y valores espirituales, pero ello no implica que haya un espíritu.

En esta forma, los dos tipos de fenómenos (concretos y simbólicos) dieron lugar a un dualismo sustancial, de la pluralidad fenoménica se hizo una trasposición a un dualismo sustancial. Es como si se describieran, por ejemplo, el rayo y el trueno no como fenómenos ligados a un mismo suceso, sino dependiente cada uno de ellos de una especial y particular categoría sustancial, entre las cuales se postulan correlaciones muy complejas y discutidas. Este tipo de trasposición idealista procede de la religión (y de la organización social que la sustenta); tiene una línea de evolución que está ligada a la mitología, donde se hacía depender el rayo y el trueno cada uno de un dios particular, y la aparición de los fenómenos se des-

cribía no como fenómenos, sino como una lucha entre el dios del rayo y el dios del trueno.

Para nosotros, la pluralidad fenoménica tiene su unidad en el fenó-

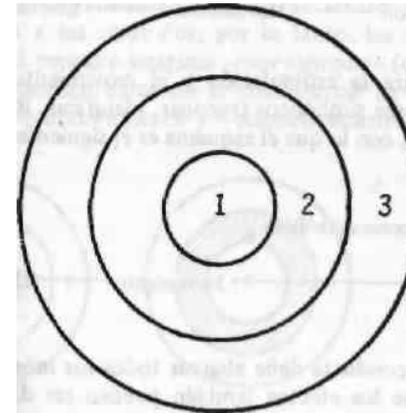


Fig. 1. Áreas de la conducta: 1) área de la mente; 2) área del cuerpo; 3) área del mundo externo

meno de la conducta misma, en el funcionamiento altamente perfeccionado del sistema nervioso central, y en el ser humano considerado siempre como persona en cada una de sus manifestaciones, vinculado en su condición humana al medio social.

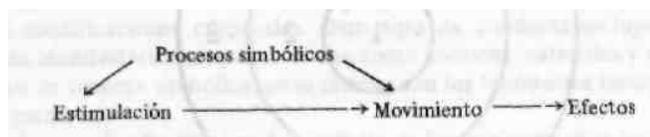
Siguiendo a Pichón Rivière, representamos los tres tipos de conducta como tres círculos concéntricos y los enumeramos como uno, dos y tres, que corresponden respectivamente a los fenómenos mentales, corporales y de actuación en el mundo externo. El mismo autor, estudiando muy detalladamente este esquema y su dinámica en psicología y psicopatología, ha llamado a estos círculos *tes Áreas de la conducta*.

Mowrer y Kluckhohn refieren que los psicólogos se hallan polarizados fundamentalmente en dos grupos: los mecanicistas y los finalistas (teleo-ogistas); para los primeros los estímulos producen movimientos y centran estudio en esta relación, mientras que los finalistas están interesados por estudio de la relación entre los movimientos del cuerpo y los efectos

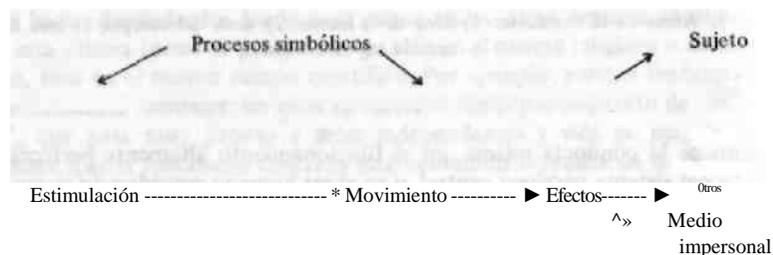
resultantes. Los autores nombrados integran esta divergencia en un esquema único de estudio:



Pero, además, entre la estimulación y el movimiento intercalan la existencia de los procesos simbólicos (razonar, planificar, imaginar, considerar, pensar, etcétera), con lo que el esquema es el siguiente.



Un estudio de la conducta debe abarcar todos los momentos de este proceso, agregando que los efectos también pueden ser divididos, según recaigan sobre el sujeto mismo, sobre otros o sobre el medio impersonal:



Este último esquema se aclarará más adelante cuando nos ocupemos de las opiniones de Murray, que tienen cierta similitud con los conceptos en que se basan Mowrer y Kluckhohn. Desde ya anotemos que la estimulación no es independiente del sujeto y de su conducta, y que tanto los procesos simbólicos como los movimientos y los efectos, son todos conductas. La división en efectos sobre el sujeto, sobre otros y sobre el medio impersonal, queda sustituida con ventaja por el esquema de las *Áreas de la conducta*, según lo ha formulado E. Pichón Riviére; forma parte además de nuestras tesis principales el no reconocer la existencia psicológica de un medio impersonal, tanto como el hecho de que los movimientos y los efectos son conductas entre las que hay diferencias muy significativas que tocan al concepto básico de conducta y que desarrollaremos más adelante.

4. *Coexistencia y preponderancia de las áreas de la conducta*

La conducta siempre implica manifestaciones coexistentes en las tres áreas; es una manifestación unitaria del ser total y no puede, por lo tanto, aparecer ningún fenómeno en ninguna de las tres áreas sin que implique necesariamente a las otras dos; por lo tanto, las tres áreas son siempre coexistentes. El pensar o imaginar —por ejemplo— (conductas en el área de la mente) no pueden darse sin la coexistencia de manifestaciones en el cuerpo y en el mundo externo y —respectivamente- también a la inversa.

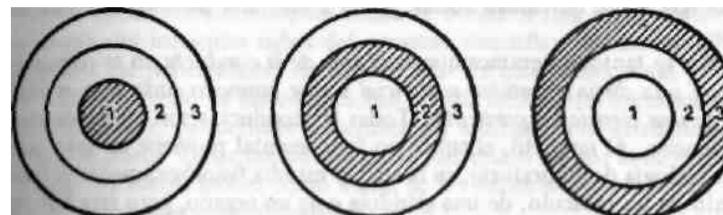


Fig. 2. Preponderancia y coexistencia de las áreas de la conducta

Esta permanente coexistencia de las tres áreas no excluye el predominio de alguna de ellas en un momento dado, predominio que permite calificar a la conducta como perteneciente a cada una de las tres áreas.

5. *Ciencias de la conducta*

Conviene desde ya adelantar que constituye un error suponer que a cada área de conducta corresponda una ciencia particular, a saber: la psicología para el área de la mente, la biología para la conducta en el área del cuerpo y la sociología para las manifestaciones en el área del mundo externo. Este criterio tan erróneo ya no puede ser en la actualidad seriamente sustentado por nadie. Estas tres ciencias se pueden y deben aplicar a todas las manifestaciones del ser humano, sea cual fuere el área de predominio o de manifestación, de la misma manera que un mismo objeto puede ser estudiado tanto por la física como por la química; no hay, por lo tanto, en el ser humano sucesos que deban ser estudiados exclusivamente por una ciencia o que sean del dominio exclusivo de un solo campo científico.

Toda manifestación del ser humano se da siempre en el nivel psicoló-

gico, y es por lo tanto factible de ser estudiada por la psicología, tanto si se trata de una manifestación mental como corporal (movimiento, gesto, tic, etcétera) o en el mundo externo. De la misma manera, en cualquier área la conducta implica siempre la participación indefectible del cuerpo y del mundo externo. Una conducta en el área de la mente, por ejemplo el pensar, debe ser estudiada tanto por la psicología como por la biología y la sociología: hay una psicología del pensamiento, una biología y una sociología del pensamiento. Una conducta en el área del cuerpo también debe ser estudiada por las tres ciencias; así, hay una psicología del gesto, una biología del gesto y una sociología del gesto. Una conducta en el mundo externo sigue las mismas exigencias; hay —por ejemplo— una sociología de la movilidad social, tanto como una psicología y una biología.

Por lo tanto, reiteramos que *cada área de la conducta no se corresponde con una distinta entidad sustancial y que tampoco Cada área es privativa de una ciencia en particular*. Todas las conductas son objeto de todas las ciencias. Al respecto, el equívoco fundamental proviene en gran parte de la biología de laboratorio, en la cual se estudia fisiológicamente el movimiento de un músculo, de una glándula o de un órgano, pero esta biología no es la de la realidad, sino la de condiciones artificiales, muy reducidas en su complejidad original.

Para el estudio de la psicología, queda con esto anotado un dato fundamental que queremos ahora subrayar: *la psicología no es solamente la ciencia de los fenómenos mentales*, la psicología abarca el estudio de todas las manifestaciones del ser humano y éstas se dan siempre, en realidad, en el nivel psicológico de integración. La psicología no excluye ninguna otra ciencia, sino que las implica necesariamente. Sin psicología no hay un conocimiento total del ser humano. Tampoco lo hay con la psicología sola.

6. Áreas de la conducta y las "partes del alma"

Platón distinguió tres partes del alma, y en esta forma designó, en realidad, tres tipos de fenómenos psíquicos: la parte concupiscente, la irascible y la racional, cada una de las cuales tenía un lugar propio en el cuerpo: el vientre, el corazón y la cabeza, respectivamente. Al respecto, ya Demócrito había creído que el pensamiento asienta en la cabeza, la ira en el corazón y los apetitos en el hígado.

Aristóteles reconoce también tres partes en el alma: vegetativa, sensitiva e intelectual; la primera es común a todos los seres vivos, la segunda a

toda la ^{serie} animal y ^{so} la tercera es peculiar y privativa del hombre. Esta división de Aristóteles es la que se sigue en toda la Edad Media, y su influencia perdura aún en nuestros días.

Kant, basado en Tetens y Mendelssohn, dividió las actividades psíquicas en: conocimiento, sentimiento y voluntad, y esta división predomina aún en la actualidad: intelecto, afecto y voluntad.

Si se examina con cierto detenimiento, veremos que cada una de esas partes del alma, del psiquismo, no significan otra cosa que las distintas áreas de la conducta. Y no puede ser de otra manera, porque todas estas divisiones han partido siempre de la conducta real y concreta, de la experiencia del ser humano y de su quehacer social.

Este volver a los fenómenos reales de donde se han originado las abstracciones, ha insumido siglos del progreso científico; ha necesitado del desarrollo del materialismo en forma cada vez más consecuente y —para ello— del desarrollo de las condiciones de vida de los seres humanos (organización social), que permite la formación y emergencia de estructuras con las que se puede tomar conciencia de la subversión en que se ha incurrido al tomar las abstracciones como entes, de los cuales se hace depender, a su vez, los fenómenos reales (idealismo).

La afirmación de que se hallan presentes siempre las tres áreas en toda manifestación de conducta, corresponde al hecho de que no se pueden dar fenómenos afectivos sin los intelectuales y volitivos, y viceversa. Aclaremos, nuevamente, que no se trata de los mismos hechos con diferente

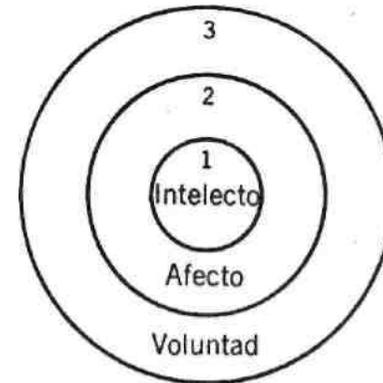


Fig. 3

lenguaje. El idealismo no se diferencia del materialismo por el empleo de un lenguaje distinto, sino que se trata en un caso de conocer los objetos y los seres humanos tal cual se presentan en la realidad, mientras que en otro caso se trata en parte de conocer y en parte de seguir desconociendo los hechos y objetos reales.

7. Predominio sucesivo o alternante de las áreas de la conducta

La conducta es una unidad que tiene una triple manifestación fenoménica, en cuanto se da al mismo tiempo en las tres áreas, que son así siempre coexistentes, aunque con un predominio relativo en alguna de ellas, lo que nos permite calificar la conducta como mental, corporal o en el mundo externo. Pero este predominio es relativo, en el sentido de que puede alternar o sucederse con el predominio en otra de las áreas. Se puede, por ejemplo, reaccionar con ansiedad frente a una situación dada (área de la mente); posteriormente, en otro momento, puede ceder totalmente esta manifestación y aparecer en su lugar palpitaciones (área del cuerpo), o bien ser ambas reemplazadas por una conducta inestable en una actividad (área del mundo externo). Esta alternancia puede hacerse en todas las direcciones y tener siempre el mismo significado, es decir, ser una misma reacción (ansiedad) a una situación dada. Pero en esa alternancia o sucesión de las áreas puede haber una progresiva modificación del sentido de la conducta: a las manifestaciones en el área uno, puede suceder una conducta en el área tres, que modifica la situación y a su vez modifica, ulteriormente, la conducta en el área uno.

La alternancia del predominio puede significar un proceso estereotipado, como en el caso de que el significado de la conducta sea siempre el mismo, o bien puede ser un proceso dialéctico, como en el caso del pensar y realizar en concordancia; a su vez la realización modifica el pensar, y así sucesivamente.

8. Predominio estable de un área de la conducta

Por otra parte, el predominio de una de las áreas puede ser permanente, en el sentido de que las otras dos están muy poco desarrolladas o no se emplean como áreas de expresión de la conducta. Sobre esta base se puede estructurar o construir una verdadera tipología que, por otra parte, coincide con tipologías o clasificaciones de la personalidad, ya desarrolladas por

otros autores. En todo caso, lo que interesa no es una nueva tipología, sino señalar nuevamente cómo, con mayor o menor consecuencia, en psicología se ha tomado siempre como un punto de partida la observación y estudio de la conducta.

Las personas clasificadas como esquizoides tienen un predominio estable del área de la mente, en la que se manifiesta toda su conducta en forma preponderante, con escasa o nula intervención de reacciones o manifestaciones corporales, tanto como de actividad o actuación en el mundo externo. Tal vez sería mejor decir que los que presentan esta modalidad de expresión de la conducta han sido clasificados como esquizoides, introvertidos. En contraposición a éstos se hallan los "hombres de acción", en quienes todo transcurre en el área tres, con intervención escasa o nula de las manifestaciones mentales y corporales. Un tercer tipo está constituido por aquellos en quienes predomina el área corporal: tienen palpitaciones si tienen miedo, apetito si están contentos, constipación si están frustrados, acidez estomacal si se enojan, etcétera. Constituyen el grupo reconocido como el de las personalidades infantiles.

9. Coincidencia y contradicción de las áreas de la conducta

Hemos visto que en el predominio sucesivo o alternante de las áreas de la conducta, estas manifestaciones pueden ser coincidentes, en cuanto a su significado o sentido, en respuesta a una situación dada; es el ejemplo que hemos dado de la ansiedad, percibida como tal (área 1), reemplazada por palpitaciones (área 2), o por inestabilidad en una tarea (área 3). Este es un tipo de coincidencias cuando el predominio alterna.

Otro tipo de coincidencia se da cuando las manifestaciones de las tres áreas coexisten en forma relativamente equivalente y de tal manera que todas tienen el mismo sentido o constituyen una misma reacción a una situación dada. Es el caso en que se dan al mismo tiempo los tres tipos de reacción del ejemplo antes anotado.

Un fenómeno de gran importancia es el de la contradicción entre las manifestaciones de las distintas áreas de la conducta. Esta contradicción puede ser sucesiva o coexistente y en ambos casos puede ser en la misma o en diferentes áreas.

La contradicción sucesiva se refiere a que conductas polares, por ejemplo aceptación-rechazo, pueden aparecer sucesivamente como manifestaciones en la misma o en diferentes áreas (sentir el rechazo y después actuar aceptando).

La contradicción coexistente en la misma unidad de la conducta en un mismo momento, es un fenómeno de enorme interés para la psicología y la psicopatología, que rompe necesariamente con los cuadros del formalismo lógico y en el cual una cosa puede ser y no ser al mismo tiempo. Esto sólo se puede comprender con la introducción del pensamiento dialéctico, que reconoce como real la contradicción en la unidad. Como fenómeno fue descripto y estudiado por Freud, aunque derivando de ello consecuencias teóricas no del todo correctas por falta del instrumento necesario (el pensamiento dialéctico). Freud se esforzó por hacer entrar sus descubrimientos en el cuadro del pensamiento formal, sin reparar en que lo que descubriría rebasaba y hacía entrar en crisis, también en la psicología, al pensamiento formal.

Respecto del fenómeno que reseñamos, la duda es un ejemplo de la existencia de manifestaciones contradictorias en una misma área al mismo tiempo; esto puede darse en el área del cuerpo y del mundo externo en forma de vacilación e inseguridad, respectivamente.

La contradicción en distintas áreas ocurre, en un mismo momento, también tanto en condiciones normales como patológicas, cuando por ejemplo se desea concurrir a una entrevista y al mismo tiempo se llega después de la hora fijada (contradicción entre áreas uno y tres); cuando se desea ser cordial y al mismo tiempo se está tenso (áreas uno y dos), cuando se actúa afectuosamente y al mismo tiempo se está con el cuerpo tenso (áreas tres y dos).

Estas contradicciones entre las manifestaciones en las distintas áreas de la conducta, que se presentan en forma simultánea, corresponden al fenómeno más general de *disociación de la conducta o división esquizoide*, cuyo grado o magnitud puede ser muy variable.

El carácter contradictorio o conflictivo de la conducta fue estudiado muy detalladamente por Freud y constituye un aporte fundamental de la escuela psicoanalítica, pero Freud, que no mantenía la teoría en el plano de la conducta concreta, se vio llevado a la hipótesis de la existencia de una segunda mente o una parte especial de la mente, que ya no era de carácter consciente, sino inconsciente, y que estaba con la parte consciente en un juego recíproco, de cuyos vaivenes dependía la conducta concreta. Estamos, otra vez, ante el fenómeno del "mentalismo" que antes reseñamos como una de las variantes o modalidades del idealismo en psicología.

Si la disociación o la división esquizoide no se mantiene, ocurre otro fenómeno ya estudiado también atentamente por Freud; el de la conducta como transacción entre ambos términos en conflicto. Una disociación de la conducta (división esquizoide) evita la aparición del conflicto aunque, por

supuesto, sin resolverlo, mediante una división y separación de los términos opuestos o antinómicos.

Bibliografía

- Bergeron, M. (a, b, c); Foulquié, P., y Delédalle, G., Geach, P., Janet, P. (a, b, c), jaspers, R.; Koffka, K. (a, b); Lagache, D. (a, c, d, f, g); Mowrer, D.H., y Kluck-hohijj C; Muenzinger, K.F.; Pichón Rivière, E. (a, b, c); Piéron, H., Postman, L.; Tolman, E.; Schilder, P. (b, c); Schwartz, L.; Tilquin, A.; Watson, J. (a, b); Balint, M.

Capítulo III Situación

y campo

1. *Conducta y situación*

La psicología, como otras ciencias, ha considerado al hombre en forma aislada, y a todas sus manifestaciones como productos, atributos o propiedades inherentes a la condición "natural" del hombre. Este enfoque es la lógica extensión a la psicología del supuesto filosófico de que cada sustancia se caracteriza por sus atributos y, por lo tanto, cada objeto posee propiedades peculiares que sólo dependen de él, de su "naturaleza".

Este enfoque ha entrado, sin embargo, progresivamente en crisis, porque las cualidades de todos los objetos dependen no sólo de la "naturaleza" del objeto, sino que son siempre cualidades relativas, que emergen de las relaciones que se establecen en un momento dado. Las propiedades de los objetos sólo pueden ser definidas en función de un relativismo: el de las condiciones en las que existen en un momento dado. Y esto es vigente para todas las ciencias; un objeto duro lo es a determinada temperatura, presión y humedad de la atmósfera; en condiciones distintas puede ser blando. Un objeto de un color puede ser de un color totalmente distinto en condiciones diferentes. El aire es gaseoso, pero lo es a determinada presión y temperatura; modificando adecuadamente esas condiciones el aire puede ser líquido. El que contemos con condiciones relativamente estables hace que, en general y para un determinado sector del desarrollo de la investigación, las modificaciones relacionales no cuenten, pero sobrepasado un límite ya no se puede continuar la investigación sin tomar en cuenta este relativismo. En psicología estos hechos son, sin embargo, de una gravitación fundamental: la conducta de un ser humano o de un grupo ^{es} está siempre en función de las relaciones y condiciones interactuantes en cada momento dado.

En una oportunidad en que se trataba de estudiar en una escuela el juego de los niños durante el recreo, se adujo que la presencia de un observador durante los recreos alteraría el juego natural de los niños. Es evidente que las observaciones recogidas están en cierta medida condicionadas por la presencia del observador, pero nada justifica llamar condiciones

naturales a la situación habitual en la que no hay observador. Se hace en estos casos una trasposición de lo que es habitual a la condición de natural, de algo ya dado en la naturaleza de los hechos. El juego de los niños en condiciones habituales depende de todas las condiciones que también son relativas, pero que por habituales pasan inadvertidas, tomando en cuenta solamente al objeto de estudio abstraído de la situación total.

Para estudiar un fenómeno debemos, entonces, hacerlo en función de sus relaciones, en un momento dado. En el ejemplo anterior del juego de los niños durante el recreo, debemos estudiar en este momento, a estos niños, en este recreo y en esta escuela. Ya no es el estudio de un hecho, suceso u objeto aislado tomado "en sí", sino en las relaciones y condiciones de interacción en cada momento dado. Esto rige, por ejemplo, también en el campo de los productos químicos y su utilización terapéutica. Un derivado barbitúrico no tiene propiedades farmacológicas y químicas por su "naturaleza" exclusiva; es decir, su propiedad de ser hipnótico no sólo depende de la droga sino, además, de las condiciones del organismo y de la relación transferencial con quien la administra; un cambio en esos factores puede hacer que la droga excite y despierte en lugar de dormir, así como una droga puede provocar dolor de cabeza cuando, en otras condiciones, la misma droga lo calma. Seguramente que toda la farmacología debe ser revisada en función de considerar las propiedades, no sólo como inherentes a la naturaleza de un producto, sino como emergentes de una *Gestalt*.

Esta diferencia, que Lewin ha presentado como un pasaje del pensamiento aristotélico al pensamiento galileano, es de suma importancia para la psicología contemporánea. La conducta del ser humano no es ya una cualidad que emerge de un algo interior y que se despliega en un afuera; no hay que buscar en un "adentro" lo que se manifiesta "afuera". Las cualidades de un ser humano derivan siempre de su relación con el conjunto de condiciones totales y reales. El conjunto de elementos, hechos, relaciones y condiciones, constituye lo que se denomina *situación*, que cubre siempre una fase o un cierto período, un tiempo.

Lalande define la situación como el "término empleado por algunos filósofos contemporáneos, especialmente por Dewey, para designar en lenguaje neutro, tal fase determinada de la experiencia, cierto conjunto típico de condiciones concretas, que constituyen o determinan tal estado de la actividad". En forma coincidente, Fairchild incluye la siguiente definición: "La totalidad de factores, internos y externos, orgánicos y ambientales, de importancia para la conducta que se investiga, tales como aparecen a un observador en un análisis científico objetivo." Von Uexküll introdujo el término *Umwelt* para designar así al mundo circundante que es el

producto del organismo, pero como se lo confundió con el *milieu* que es lo que rodea en forma inmediata al organismo, el mismo autor lo reemplazó por *Merkwelt* (mundo perceptible) con lo cual designa el mundo especial que tiene cada organismo, formado por lo que él recoge o percibe del mundo exterior.

Los seres humanos estudiados en psicología, sea en forma individual o grupal, deben serlo siempre en función y en relación estrecha con el contexto real de todos los factores concretos que configuran la situación. No es lo mismo referirse al hombre de la era industrial que al de la esclavitud, y no es IQ mismo en la era industrial un período de crisis y desocupación que otro de prosperidad. Tampoco son idénticas las situaciones de distintas épocas de la vida de un mismo individuo ni las de sus distintas actividades, incluso en el curso del mismo día; no es totalmente el mismo ser humano ni son las mismas las condiciones exteriores.

2. Abstracción de la situación

A través de múltiples y muy distintas situaciones, podemos sin embargo, reconocer una continuidad del ser humano, sea ya en el curso de la vida individual, ya en el de la colectiva o social. Esto se obtiene a través del proceso de generalización y ampliación de la situación que se considera, de tal manera que cuanto más prolongados son los períodos, las situaciones son menos concretas o específicas y, por lo tanto, más abstractas.

De aquí se pasa, insensiblemente, al hombre abstracto de la psicología tradicional, desvinculado totalmente de relaciones y cuyas cualidades o manifestaciones dependen solamente de su "naturaleza", de su organización interna. Esto ha conducido a errores que aún rigen, con gran frecuencia, en la psicología, a los que ahora nos queremos referir brevemente.

Uno de ellos consiste en utilizar abstracciones generalizadoras para explicar conductas o sucesos concretos, en forma totalmente desvinculada de la situación. Un ejemplo de ello es la persona que en un momento dado es agresiva; si le digo que su conducta deriva de la situación de abandono por un próximo y prolongado viaje que debo realizar, el sujeto me contesta que no, porque él siempre ha sido una persona agresiva. El ejemplo tiene interés porque no es otra la manera de proceder, aun en la actualidad, de muchos psicólogos de distintas escuelas. Veamos más en detalle y en este ejemplo, la abstracción y su papel en la distorsión de los hechos.

Si se dice que N. es agresivo ahora porque siempre lo es, estamos ^{aa}judicando la explicación de un suceso presente a una condición o cualidad que corresponde a la "naturaleza" de N., o bien, a su personalidad.

Aun admitiendo esto último como más correcto que lo primero, la personalidad de N. no consiste sólo en ser agresivo, sino en ser, por ejemplo, muy afectuoso, también muy detallista y correcto en su empleo, etcétera. En su forma de ser, entonces, no sólo cuenta lo agresivo, sino también otras muchas cualidades, que iremos utilizando adecuadamente para explicar las distintas conductas de N. El decir que N. es agresivo es legítimo, pero no lo es el emplear esta generalización como explicación de la conducta agresiva de N. conmigo, porque además N. no es siempre agresivo conmigo. No es correcto este tipo de explicación, porque una generalización se obtiene por abstracción de las situaciones en las que se ha repetido un determinado fenómeno o reacción, pero cada una de esas reacciones se produce en situaciones concretas, que son justamente las que abstraemos. Lo abstracto generaliza lo concreto, pero no lo explica.

Otro de los errores a los que conduce la abstracción, al desvincular los fenómenos de las situaciones en las cuales aparecen, es tomar la secuencia de los fenómenos como una relación de causa a efecto. Si, en la misma situación del ejemplo anterior, N. deja de manifestarse agresivo pero es aquejado por un fuerte dolor de cabeza, ambos son fenómenos que se producen en una situación definida y concreta, y se comete un error si se considera la agresión como causa del dolor de cabeza que le sigue en orden de aparición.

Otra consecuencia de la abstracción de las situaciones es el desdoblamiento del fenómeno en una entelequia, en un doble interior, al que se adjudica la aparición de los fenómenos concretos; de esa manera, la agresión se transforma en una fuerza o instinto agresivo, con cuya invocación se supone explicado el fenómeno.

3. Campo de conducta

La situación comprende y ubica los fenómenos que queremos estudiar en un marco demasiado amplio, y aunque constituye un concepto necesario y útil, se plantea la exigencia metodológica de reducir su amplitud para poder estudiar los fenómenos con mayor precisión; esta necesidad se llena satisfactoriamente con el concepto de *campo*. Este último no es otra cosa que la situación total considerada en *un momento dado*, es decir, es un corte hipotético y transversal de la situación.

Se define un campo como el conjunto de elementos coexistentes e interactuantes en un momento dado. El concepto proviene de la física, donde fue introducido por Faraday, Maxwell, Hertz y traído y estudiado en la psicología especialmente por K. Lewin, quien da la siguiente defini-

ción: "Totalidad de hechos coexistentes concebidos como mutuamente interdependientes". Por hechos interdependientes se entienden personas y objetos.

El campo es dinámico, se está permanentemente reestructurando y nidificando, por lo cual el estudio de un campo como un corte es siempre un artificio, que se puede obviar en gran medida con el estudio de campos sucesivos y continuos. Incluye siempre, como uno de sus elementos integrantes, al sujeto o partes de su personalidad (Yo).

La conducta es siempre el emergente de un campo, emergente que puede recaer en forma predominante sobre el individuo o sobre los otros elementos que lo integran. La parte del campo o de la situación que rodea al individuo se denomina *entorno* o *medio*, reservándose la designación de *medio ambiente* para el entorno social, humano.

La relación sujeto-medio no es, entonces, una simple relación lineal de causa a efecto entre dos objetos distintos y separados, sino que ambos son integrantes de una sola estructura total, en la que el agente es siempre la totalidad del campo y los efectos se producen también sobre, o dentro de él mismo, como unidad. La conducta es, así, una modificación del campo y no una mera exteriorización de cualidades internas del sujeto ni tampoco un simple reflejo o respuesta lineal a estímulos externos.

Todo campo y toda situación son siempre originales y únicos, en el sentido de que no se repiten jamás totalmente de la misma manera.

4. Subestructuras del campo

Hasta aquí hemos estudiado el campo de conducta como una unidad, en el que ahora tenemos que distinguir subestructuras o subunidades, que a su vez denominaremos también como campos; son dos, de los cuales uno se subdivide.

a) *Campo ambiental o geográfico*: está constituido por el conjunto de elementos, condiciones y sucesos (incluyendo el o los individuos), tal como puede ser descrito y comprendido objetivamente en su estructura.

b) *Campo psicológico*: comprende la configuración o estructura particular que para el sujeto o el grupo tiene, en un momento dado, el campo ambiental o geográfico; el campo psicológico aparece, en realidad, implicado en la conducta misma. Si en el aula de una clase (campo ambiental), un niño se comporta como si estuviese en su casa con su madre, este último es el campo psicológico, que aparece implicado en la conducta y —para el sujeto— superpuesto o predominando sobre el campo ambiental.



Fig. 4. Subestructuras de campos

Dentro del campo psicológico y formando parte de él, podemos describir c) el *Campo de conciencia*, que es la configuración que tiene el campo ambiental para la conducta consciente o simbólica del sujeto o del grupo considerado. No se halla constituido solamente por el conjunto de experiencias que aparecen conscientemente en forma simultánea, sino que además —como para el caso del campo psicológico— el campo de conciencia está implicado en la conducta en el área uno o simbólica.

Dicho en otros términos, el campo psicológico es el campo implicado en la conducta, en las tres áreas. Reservamos para el área uno o simbólica, la denominación de campo de conciencia y para el conjunto de las áreas dos y tres, el nombre de campo psicológico propiamente dicho. Adoptamos para los mismos el gráfico de la figura 4.

5. Coincidencia y disociación de campos

El campo ambiental constituye la realidad vista desde el exterior y es el contexto de toda conducta, no se refiere al conjunto de elementos concretos situados en un ámbito espacial, sino que abarca también el sentido que tiene su organización, su estructura, considerada en su unidad y totalidad. Todo conjunto de elementos está siempre ligado a la actividad de los seres humanos en forma indefectible, en el sentido de que implica, en forma concreta o virtual, otros individuos, ciertas pautas y normas sociales. De esta manera, un campo ambiental no es una mera descripción de objetos aislados como, por ejemplo, una mesa, silla, bancos y pizarrón, sino que implica indefectiblemente el sentido de la totalidad, como, por ejemplo, una sala de conferencias o una clase.

El campo psicológico, en ese campo ambiental, no está únicamente integrado por la conducta de un individuo o del grupo en las tres áreas, sino además por el contexto implícito en esas manifestaciones de con-

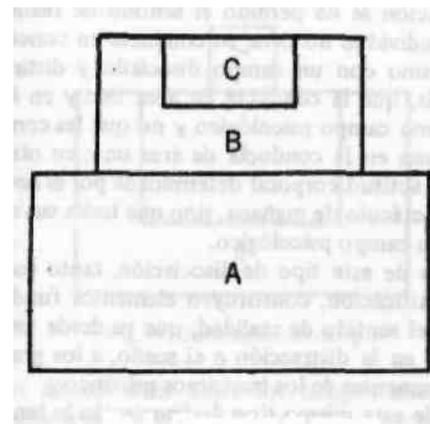


Fig. 5. Disociación de campos

ducta: gestos, actitudes, acciones, pensamientos, aspiraciones. Cuando el contexto psicológico de esos fenómenos (campo psicológico) coincide con el campo ambiental, decimos que el individuo o el grupo actúa con *sentido de realidad*, es decir, que coinciden los tres campos, y el sujeto o el grupo se comporta en forma adaptada a la realidad. El esquema que le corresponde es el presentado más arriba. (Fig. 4.)

Si, por ejemplo, en este campo ambiental (la clase), un alumno piensa en un espectáculo al que tiene que concurrir al día siguiente y tiene una actitud corporal en relación con esos pensamientos, su campo psicológico ya no coincide con el ambiental. En ese caso decimos que hay una disociación entre ambos. (Fig. 5.)

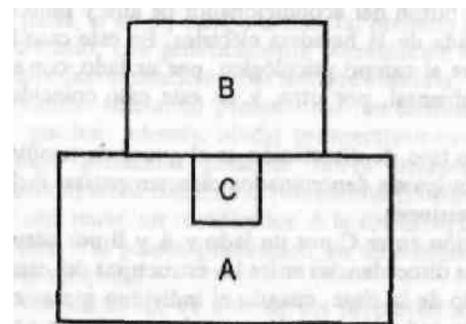


Fig. 6. Disociación de campos

En esta disociación se ha perdido el sentido de realidad en ese momento, porque el individuo no tiene su conducta en concordancia con el campo ambiental, sino con un campo disociado y distinto del mismo. Observemos, además, que la conducta en área uno y en áreas dos y tres proviene de un mismo campo psicológico y no que las conductas de áreas dos y tres se originan en la conducta de área uno; en otros términos, el sujeto no tiene una actitud corporal determinada por el hecho de que esté pensando en el espectáculo de mañana, sino que todas sus manifestaciones son emergentes de su campo psicológico.

La discordancia de este tipo de disociación, tanto como el grado de reversibilidad y rectificación, constituyen elementos fundamentales para valorar la pérdida del sentido de realidad, que va desde un grado mínimo y/o pasajero, como en la distracción o el sueño, a los grados máximos y estabilizados o permanentes de los trastornos psicóticos.

Otro ejemplo de este mismo tipo de disociación lo tenemos en el caso del miembro fantasma y otras alteraciones del esquema corporal: una persona a quien se le ha amputado una pierna (campo ambiental) continúa contando con ella en su campo psicológico y actúa entonces en función de este último. (Fig. 5.)

Otro tipo de disociación distinto lo tenemos, por ejemplo, en el caso de una persona que puesta frente al espejo intente, por ejemplo, tocarse con la mano derecha el lóbulo de la oreja izquierda, pudiendo ocurrir que lo que logre sea tocarse la oreja del mismo lado. En este caso, es el campo psicológico propiamente dicho (B) el que está disociado de los otros dos, y el esquema representativo sería el de la figura 6.

Otro ejemplo que corresponde a este mismo tipo de disociación es el caso de saber que en mi casa no funciona hoy la luz eléctrica (campo de conciencia) y, sin embargo, entro a una habitación y giro la llave, más tarde aprieto el botón del acondicionador de aire y pido que se me traiga una bebida helada de la heladera eléctrica. En este caso ha ocurrido una disociación entre el campo psicológico, por un lado, con el campo de conciencia y el ambiental, por otro, y en este caso coinciden entre sí estos dos últimos.

Este último tipo de disociación es el que se da también en los trastornos psiquiátricos graves denominados caracteropatías, incluyendo en estas últimas las perversiones.

La disociación entre C por un lado y A y B por otro, es una posibilidad más de estas discordancias entre las estructuras del campo; ocurre en el caso del ejemplo de la clase, cuando el individuo piensa en el espectáculo de mañana, pero toda su actitud corporal corresponde a un estar presente y participando de la clase. (Fig. 7.)

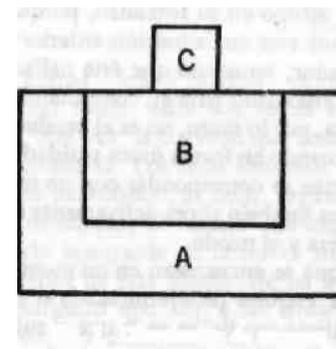


Fig. 7. Disociación de campos

Todas estas disociaciones entre los campos están implicadas en las respectivas disociaciones entre las áreas de conducta y no constituyen fenómenos separados, sino conjuntos, que se dan unitariamente en lo que se denomina las divisiones esquizoides. El tener en cuenta no sólo los fenómenos de conducta, sino también los campos que ellos implican, además de ampliar nuestro conocimiento de los hechos que estudiamos, nos permite comprender gran cantidad de fenómenos normales y patológicos. Tampoco nos detendremos a reseñar el aporte que esto puede significar para el estudio y la investigación en otras disciplinas, especialmente la sociología del conocimiento.

Habría aún que aclarar que estas disociaciones entre los campos no borran los nexos genéticos que los unen, sino que los considera tal como se presentan en un momento dado. El campo psicológico con el cual se actúa o piensa en un momento dado corresponde siempre, genéticamente, a otro campo ambiental, pero de otro momento de la vida del sujeto o del grupo. Por otra parte, si en un campo ambiental presente aparece un campo psicológico distinto, que genéticamente corresponde a otra situación, de todas maneras la desvinculación no es siempre absoluta, porque para ese individuo en el campo ambiental presente existen elementos que activan su pasado y lo pueden, además, ubicar prospectivamente en un suceso futuro. Un campo ambiental presente activa siempre determinados aspectos de la historia, tanto como de la prospectiva (ideales, aspiraciones), que pueden, por otra parte, ser rectificadas. A la totalidad de los puntos de vista sobre el futuro y el pasado psicológico, en un momento dado, Lewin llamó "perspectiva temporal".

L.L., en la fábrica donde es uno de los propietarios, reacciona con «era y miedo cuando, en un momento dado, ve hablar al contador de la empresa con uno de sus socios. El campo ambiental está disociado del psi-

cológico, tomado este último en su totalidad, porque su reacción, en ese momento, se corresponde con una situación anterior en que L.L. revisaba los libros con su contador, temiendo que éste hallara una sustracción de dinero que L.L. había efectuado para sí, computándolo como un gasto de la empresa. Su conducta, por lo tanto, no es el producto directo del campo ambiental presente, actuando en forma única y aislada, sino que éste activa un campo psicológico que se correspondía con un momento anterior, que de esta manera participa también ahora activamente en el condicionamiento y aparición de la cólera y el miedo.

Las relaciones en que se encuentran en un momento dado los campos (A, B y C) pueden ser estables (estereotipadas) o variables (plásticas), y es solamente en esta última condición en la que el sujeto, en un permanente interjuego con la realidad, puede alcanzar una concordancia entre las estructuras del campo y, por lo tanto, una imagen más real del mundo, un mejor sentido de la realidad y una mayor madurez en su personificación. Si, como siempre ocurre, del conocimiento y relaciones entre los campos, es decir, del estudio metodológicamente necesario de momentos del proceso de la conducta, se infieren —sin más— conclusiones metafísicas y sociológicas, se cae en un profundo error, del cual no hay que responsabilizar a la psicología, sino a la forma en que se las usa. La conducta de los seres humanos es siempre un producto social que a su vez interactúa, como fuerza social, con la realidad. Las disociaciones surgen en cuanto la realidad social es siempre y permanentemente cambiante, mientras que su reflejo, la conducta y el campo psicológico, pueden estereotiparse y perdurar más allá del campo ambiental en el cual originariamente se han constituido.

El tema de la disociación de los campos y de las conductas es vastísimo y abarca problemas de gran trascendencia. Uno de ellos es el de la falsa conciencia, que consiste en el hecho de que se puede vivir en determinadas condiciones, mientras que la conciencia que se tiene de dichas condiciones no corresponde a la realidad. Como vemos, estamos frente a otro ejemplo de división y disociación de campos.

Muy ligado a todo lo expuesto está el problema de los cambios de ambiente, con dificultad para el cambio concomitante en el campo psicológico, de tal manera que para poder seguir utilizando el mismo repertorio de conductas, el sujeto estructura el nuevo campo ambiental de manera que responda a la estructura del antiguo campo psicológico. Es el caso, por ejemplo, de las personas a quienes se les repiten las mismas cosas en el curso de su vida, sin saber que ellos mismos están estructurando el campo ambiental en concordancia con su campo psicológico.

6. Teorema de W. I. Thomas

El teorema de Thomas -según Merton— postula que "si el hombre define situaciones como reales, ellas son reales en sus consecuencias". En esto encontramos, otra vez, la cuestión que desarrollamos en este capítulo: el campo de la conducta. Los seres humanos se comportan según la estructura de su campo psicológico, es decir, según la estructura que para ellos tiene, en cada momento, el campo ambiental, y dicha conducta deviene, a su vez, parte integrante de la nueva situación y tiene efectos sobre el desarrollo ulterior de esta última. De tal manera, los seres humanos responden al significado que dan a las situaciones, y en cuanto se asigna una significación, "la conducta consecuente y algunas consecuencias de esta conducta están determinadas por este significado".

Merton relaciona el teorema de Thomas con lo que él mismo llama la "predicción creadora", que consiste en el hecho de que la predicción de un suceso actúa ya como causa para originarlo. Según el propio Merton, se trata de "un mecanismo por el cual un error de buena fe engendra su propia realización ilegítima, produciendo las mismas circunstancias que erróneamente se supuso existir".

La predicción de una situación es ya una conducta, que se hace parte integrante de una nueva situación y tiene efecto en el desarrollo subsecuente de la nueva situación y la nueva conducta. La predicción creadora es, al comienzo, una falsa definición de la situación, pero, de todos modos, configura un campo psicológico que evoca una nueva conducta, que convierte en real la concepción originalmente falsa.

La relación, coincidencia, contradicción e integración de las distintas estructuras de la situación y del campo tienen su dinámica y su relativa autonomía. La predicción creadora tiene su vigencia —relativa siempre— en el campo de las relaciones humanas y no en el mundo de la naturaleza. Lo que los seres humanos creemos o profetizamos sobre la órbita de un planeta, por ejemplo, evidentemente no lo influye ni lo modifica. Sin embargo, la división entre hecho humano y hecho natural no es tampoco aquí muy neta. Cualquier predicción sobre un asunto humano no es, por sí sola, creadora de las condiciones que lo realizan, y hay hechos naturales sobre los cuales nuestras creencias pueden influir; si creemos y estamos firmemente convencidos de la total destrucción de la vida por el empleo, que creemos inevitable, de la bomba atómica, esta creencia puede actuar como concausa. Y la profecía opuesta, también. Entiéndase que tales -ausas no actúan nunca en forma aislada y por sí, pero, en ciertas circunstancias, pueden tener un peso particular. Si de esto se deduce que la realí^a es según la pensamos o creemos los seres humanos, se subvierte una

verdad relativa (que es cierta como momento del suceder humano) en una modificación idealista. Y de esto no tiene la responsabilidad la psicología, sino aquellos que la utilizan de ese modo.

Un ejemplo ilustrativo que da Merton es el de un banco sobre el que se difunde el rumor, falso, de su insolvencia y su quiebra económica. Este rumor hace que los inversores acudan en masa a retirar sus inversiones, y la demanda masiva produce realmente la insolvencia y la quiebra pronosticada.

Un individuo que se cree ladrón creará situaciones en las que los demás desconfiarán de él. Es posible que resulte más correcto hablar para estos fenómenos de "campos psicológicos autorrealizadores", en lugar de "predicción creadora", porque el fenómeno es mucho más amplio que lo que abarca esta última denominación. Tampoco corresponde limitar el fenómeno, como lo hace Merton, a las ideas falsas o a los errores de buena fe.

El campo que se autorrealiza no es sólo el campo de conciencia, sino el campo psicológico en su totalidad, de tal manera que lo que se realiza puede no ser una creencia (campo de conciencia), sino un campo psicológico inconsciente y aun indeseable para el mismo sujeto. Freud estudió este fenómeno con el nombre de impulso de repetición.

El papel de las creencias, teorías e ideologías, como fuerzas para encauzar, manejar o modificar la realidad, se relaciona con todo esto que estamos describiendo, pero aquí se agrega el papel "realizador" de todas las conductas y no sólo de las del área simbólica (creencias, teorías, ideologías, etcétera), además de aquellos efectos que no son deseados o que, inclusive, resultan perjudiciales.

Es menester señalar el hecho de que no existe ningún campo psicológico que no esté relacionado con un campo ambiental; inclusive las ideas falsas y las predicciones erróneas son siempre emergentes de una situación real, objetiva. Es decir, un campo psicológico se configura siempre como emergente de un campo ambiental, aun entrando en contradicción con este último. El "campo psicológico autorrealizador" refleja, por lo tanto, ciertos elementos o ciertas estructuras del campo ambiental. Más que predicción, sería en buena medida un indicador o un índice de lo que ya está ocurriendo, aun en proporciones mínimas. Este fenómeno se observa con cierta mayor claridad en el campo de la psicopatología, en la que, por ejemplo, se puede utilizar un sueño como predicción de una enfermedad que aparece ulteriormente. Sin embargo, es más comprensible todo el fenómeno cuando se considera que el sueño es una resultante precoz o anticipada de la enfermedad, que ya existe en forma latente o encubierta y, en este sentido, el sueño no puede ser considerado como una

predicción que luego se cumple, sino como un índice de lo que ya está ocurriendo. Entre otros casos hemos visto, por ejemplo, el de una persona que en momentos de frustración simulaba ataques epilépticos muy burdos, pero a la que en el curso de los años sobrevinieron ataques epilépticos reales indudables. Los ataques simulados no pueden ser considerados tampoco, en este caso, en rigor, como predicciones que se autorrealizan, sino como productos, ya, de una situación conflictiva, tanto como las crisis epilépticas mismas. En síntesis, todo lo que aparece en el campo psicológico es un emergente de un campo ambiental y nunca puede ser independiente o aislado de este último. Aun las ideas falsas, tanto como el delirio o la alucinación, reflejan elementos reales del campo ambiental.

7. Otro papel de la disociación

Hasta ahora hemos considerado la división esquizoide (entre áreas de conducta tanto como entre campos) como un proceso que puede parecer (especialmente en algunos ejemplos) totalmente negativo o patológico. Sin embargo, el papel que juega la disociación puede ser muy diferente, en el sentido de que, en algunos casos, es condición necesaria y útil para la adaptación y adecuación —por lo menos en parte— a la realidad.

Un estudiante que rinde examen mantiene entre sus dedos una medallita a la que permanentemente hace rotar. Su campo de conciencia y el ambiental coinciden, mientras que parte del campo psicológico, a través de su conducta con la medallita, tiene una configuración disociada de las anteriores, implicando otra situación y otro vínculo con el cual se siente más protegido, a manera de un ritual.

Este ejemplo nos señala, además, que las disociaciones no sólo ocurren entre los campos, sino que pueden existir dentro de cada campo, es decir, que ocurre también lo que podríamos llamar *disociaciones parciales*. Lo que queremos señalar es que la disociación puede implicar una condición necesaria o imprescindible, para un mejor sentido de la realidad, en la parte en concordancia con la misma. Se "sacrifica" una parte de la personalidad, para "salvar" la otra. En el ejemplo anterior, si el estudiante no tuviera parte de su personalidad incluida en un campo psicológico disociado, en el cual controla sus temores al examen con un ritual, sucumbiría totalmente a dicho miedo y su examen se haría imposible. "or otra parte, subrayamos que la disociación de las áreas de conducta implica la de los campos respectivos y viceversa, y que no pueden presentarse áreas sin conductas, ni tampoco lo contrario.

Daval, S., y Guillemain, B.; Girod, R.; Estes, W.K.; Freud, S. (j); Goldstein, K (a b)- Katz, D. (a); Koehler, W.; Koffka, K. (b); Lefebvre, H., Lewin, K. (a, b, c)- Merleau Ponty, M. (c); Merton, R.K.; Oñativia, O.V.; Rapaport, D. (b); Uexküll,

1. *Campo y ámbito*

Hemos desarrollado el concepto de que toda conducta se da siempre en un campo y hemos distinguido en este último subestructuras, alguna de cuyas relaciones hemos estudiado. El campo es siempre una delimitación en el espacio y en el tiempo del fenómeno que se estudia.

Otra delimitación, metodológicamente necesaria, es la que se hace en función de la amplitud con que se considera el suceso humano que se analiza. Con gran frecuencia se mezclan conclusiones derivadas de ámbitos como totalmente excluyentes. Otro hecho frecuente es el no reconocer las diferencias entre campo y ámbito. El primero se refiere a la totalidad de los elementos que interaccionan en un tiempo dado, pero es la amplitud de esta totalidad la que permite reconocer los diferentes ámbitos.

Todos los fenómenos y objetos existentes en la naturaleza están siempre en relación, como totalidad única, y un conjunto de elementos puede ser tomado para su estudio con una amplitud variable. Esta es una de las características fundamentales del ámbito, el cual tiene aún otra particularidad: la de que no se refiere ni abarca todos los elementos y fenómenos, sino que se refiere a la amplitud de los sucesos y vínculos humanos. Un individuo puede ser estudiado en forma aislada, pero el estudio puede igualmente recaer sobre conjuntos de individuos o bien sobre fenómenos aun más amplios como las conductas, normas y pautas, consideradas como instituciones sociales.

2. *División del ámbito*

Según la extensión o amplitud con la cual se estudia un fenómeno, se pueden reconocer tres tipos de ámbitos:

a) *Ámbito psicosocial*: es aquel que incluye un solo individuo, que es estudiado en sí mismo, autónomamente; es el encuadre adoptado por todo

el conjunto de la psicología tradicional. El estudio de un individuo, a través de todos sus vínculos o relaciones interpersonales, pertenece también al ámbito psicosocial, pero el análisis se centra siempre en el individuo.

b) *Ámbito sociodinámico*: aquí el estudio está centrado sobre el grupo, tomado como unidad, y no sobre cada uno de los individuos que lo integran, como era el caso anterior.

c) *Ámbito institucional*: la relación de los grupos entre sí y las instituciones que los rigen constituyen en este caso el eje de la indagación.

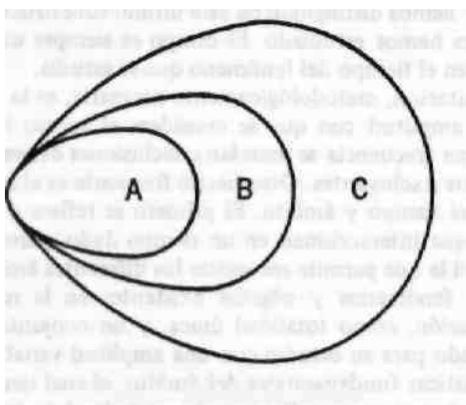


Fig. 8. División del ámbito

Los tres ámbitos no son excluyentes, sino que, a la inversa, todo estudio completo debe abarcarlos a todos, en su unidad y su interjuego, o —por lo menos— no tomar a uno de ellos como la totalidad o confundir y superponer indiscriminadamente los fenómenos que tienen lugar en uno y en otro. Se trata, en rigor, de un solo y único ámbito, en el cual el estudio se puede centrar sobre el individuo, el grupo o las instituciones.* (Fig. 8.)

3. Psicología individual y social

Esto nos permite aclarar y reiterar, que no existen dos psicologías —individual y social—, porque todos los fenómenos humanos son, indefec-

* En un libro posterior distingo y agrego un cuarto ámbito, el de la comunidad. *Psicohigiene y psicología institucional*, Bs. As., Paidós, 1966.

blemente, también sociales y porque el ser humano es un ser social. Más aun, la psicología es siempre social, y con ella se puede estudiar también a un individuo tomado como unidad, porque el estudiar individuos no es lo característico de la psicología individual; lo característico de esta última es enfocar los fenómenos individuales como abstractos y referidos totalmente al sujeto mismo.

Con la psicología individual es posible también estudiar grupos sociales tanto como con la psicología social se pueden estudiar individuos.

Lo que queremos subrayar es que el ámbito psicosocial no pertenece indefectiblemente a la psicología individual, así como el ámbito sociodinámico no corresponde siempre a la psicología porque una y otra no se definen por la cantidad de individuos que estudian, sino por la forma de estudiarlos.

Si, por ejemplo, se estudian los grupos y las normas sociales como provenientes del destino de la libido individual, se están estudiando fenómenos sociales con la metodología de la psicología individual, mientras que si se estudia un solo individuo pero en función de sus vínculos, experiencias sociales, de la asimilación y organización de las mismas, como pautas de conductas de su propia personalidad, estamos utilizando la psicología social.

Cuando decimos que no hay dos psicologías, queremos significar que la psicología es siempre social, se estudien individuos, grupos o normas sociales. La psicología individual (como método, no como estudio de individuos) es una abstracción que debe ser totalmente eliminada del campo científico.

De esta manera, para nosotros, cuando se habla de psicología individual y social, se habla en realidad de ámbitos: psicosocial para la primera y sociodinámico e institucional para la segunda, la cual puede ser, a su vez, subdividida en micro y macrosociología.

4. Teoría del campo de K. Lewin

En toda la exposición sobre campos y ámbitos de la conducta que hemos realizado hasta aquí, y que utilizaremos en el libro, se han utilizado portaciones básicas de K. Lewin, pero sin atenernos estrictamente a sus teorías y conceptos. Por su gravitación sobre la psicología contemporánea, creemos necesario reseñar brevemente cuáles son estos aportes, en la forma en que han surgido en su creador.

Para K. Lewin, la persona es inseparable del ambiente, y llama *Ambiente psicológico* a todo lo que rodea al individuo; el conjunto del individuo con su ambiente constituye el *Espacio vital*, que contiene así la tota-

lidad de hechos que pueden promover y condicionar la conducta; estos hechos son sólo los existentes en un espacio y en un momento dados.

Entre todos los hechos existentes en un momento dado, el espacio vital es una parte del mismo, constituida por la persona y su medio psicológico, tal como existe para ella; pero, además, existe una multitud de procesos en el mundo físico o social, que no afecta el espacio vital del individuo en ese momento, y al que se denomina *Espacio no psicológico*. Entre ambos existe una tercera zona de hechos o sucesos, llamada *Zona limítrofe*, constituida por ciertas partes del mundo físico o social que afectan el espacio vital.

El espacio vital de Lewin es el que nosotros hemos comprendido como campo psicológico, incluyendo el campo de conciencia.

Bibliografía

Freud, S. (b); Gurwitsch, A.; Katz, D.; Koehler, W.; Koffka, K. (b); Lewin K (a, b, c); Rapaport, D. (b).

Capítulo V Conducta y

jerarquización de áreas

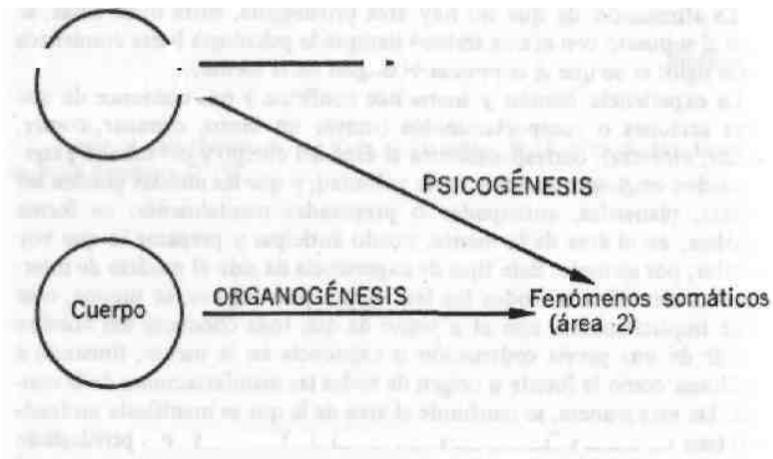
1. No hay área privilegiada*

Desde el punto de vista psicológico no hay área privilegiada, en el sentido de que en un campo dado la respuesta o reacción (conducta) es simultánea en las tres áreas y que, por lo tanto, éstas siempre coexisten; aunque, como lo hemos visto, puede darse una alternancia en el predominio. La afirmación de que no hay área privilegiada, entre otras cosas, se opone al supuesto con el que trabajó siempre la psicología hasta comienzos de este siglo: el de que la conducta se origina en la mente.

La experiencia común y diaria nos confirma y nos convence de que ciertas acciones o comportamientos (mover un brazo, caminar, comer, estudiar, etcétera), correspondientes al área del cuerpo y del mundo externo, pueden originarse en un acto de voluntad, y que las mismas pueden ser previstas, planeadas, anticipadas o preparadas mentalmente; en forma simbólica, en el área de la mente, puedo anticipar y preparar lo que voy a escribir, por ejemplo. Este tipo de experiencia ha sido el modelo de interpretación científica de todos los fenómenos psicológicos; se supone, o se trabaja implícitamente con el *a priori* de que toda conducta del hombre depende de una previa ordenación o existencia en la mente, tomando a esta última como la fuente u origen de todas las manifestaciones de la conducta. De esta manera, se confunde el área de la que se manifiesta un fenómeno (sus cualidades fenoménicas), con un ámbito o un ente privilegiado en el que se originan todas las manifestaciones de la conducta, lo cual constituye una supervivencia de la mitología dentro de la psicología moderna, al convertir el área mental en una entidad llamada Mente. No hay nada que exista como mente; sólo existen fenómenos mentales.

* La concepción de las áreas de la conducta que se desarrolla en este capítulo corresponde a lo que he designado "Principio de equiparación de las áreas de conducta" en el Apéndice de *Psicología concreta* de G. Politzer. (Politzer, G.: *Escritos psicológicos*. Tres tomos. Buenos Aires, Edit. J. Alvarez, 1965.)

Una de las primeras consecuencias, para la psicología, de este esquema animista y de la extensión de la experiencia diaria, como fenómeno subjetivo, a principio científico, ha sido la limitación del objeto de estudio de la psicología: ésta se atuvo solamente al estudio de una parte del ser humano: a las manifestaciones de su mente. Se supone que todas aquellas conductas o comportamientos que no aparecen con su determinante mental no son fenómenos psicológicos, sino fisiológicos o biológicos. Entre estos últimos se distingue todavía aquellos causados o determinados por la mente, a los cuales se aplica el término de *psicogénéticos*. Para el resto queda la denominación de *somáticos* u *organogénéticos*. De esta manera, los fenómenos en área dos y tres pueden ser, a veces, organogénéticos, y otras veces, psicogénéticos, y una preocupación fundamental de este enfoque de la psicología es la de discriminar entre uno y otro.



$\begin{matrix} / & \backslash \\ \text{Mente} & | _ \\ & \end{matrix}$

$\begin{matrix} \text{tt} & \text{Fenómenos psíquicos} \\ & \text{(área 1)} \end{matrix}$

Fig. 9. Esquema de la concepción tradicional en psicología

2. La mente inconsciente

Un segundo tipo de consecuencia, que aún subsiste gravitando de manera muy intensa sobre el desarrollo científico de la psicología, comienza con un hallazgo de la más alta importancia, proveniente del campo de la psicopatología. Abocado Freud al estudio de los síntomas neuróticos, halló que los mismos aparecen o desaparecen en función de determinadas experiencias de la personalidad, y que el origen de estos síntomas se puede

vincular a la vida y a las experiencias psicológicas; en otros términos, que los síntomas tienen significado psicológico.

No tardó en hacerse una generalización -por otra parte, justificada y reiteradamente verificada como correcta— de este descubrimiento a toda conducta del ser humano: síntomas corporales, síntomas neuróticos, psicóticos (delirios y alucinaciones), el sueño, las equivocaciones, el chiste, etcétera.

De estos descubrimientos derivaron varios hechos fundamentales que nos interesa subrayar ahora: a) que todas las manifestaciones del ser humano, sean cuales fueren sus características particulares, pueden ser incorporadas o englobadas con la denominación de conductas; b) el carácter unitario de los fenómenos de conducta, con una transición entre lo normal y lo patológico; c) que toda conducta tiene un significado y es por lo tanto una manifestación psicológica.

Una persona que desea realizar el trabajo de escribir unas planillas tiene, en el momento en que se dispone a hacer lo que desea, unos calam-

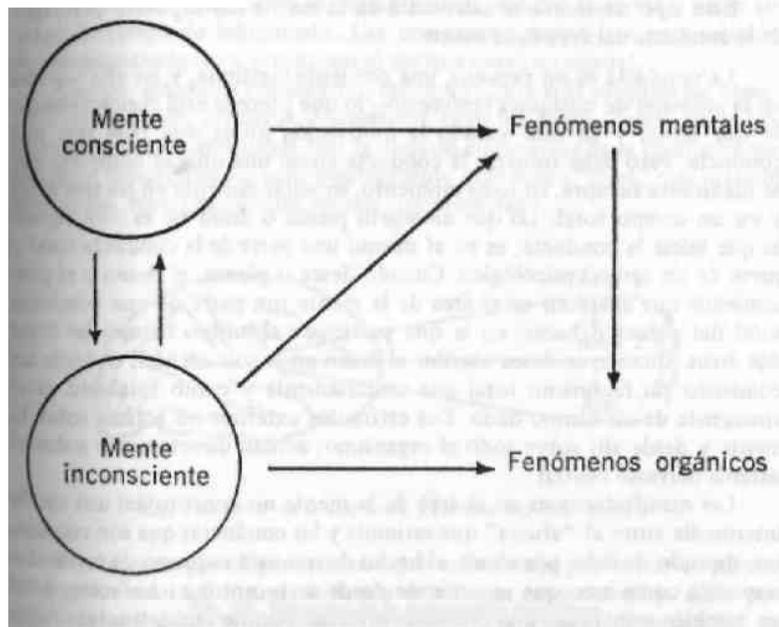


Fig. 10. Esquema de la concepción freudiana

ores en el brazo que se lo impiden, y esto se reitera cada vez que recomiend^{za} o intenta retomar la tarea. El desear escribir es la conducta en el área de « mente. Para la psicología clásica éste es el fenómeno psicológico y todo

lo que ocurre en el brazo está fuera de la psicología y responde únicamente al nivel fisiológico o biológico.

Las investigaciones de Freud condujeron al descubrimiento de que este calambre del sujeto, cada vez que se dispone a escribir, tiene una historia ligada a la vida del mismo y que, aunque el sujeto conscientemente desee escribir, su calambre significa, pues, rechazo de la tarea que —por otra parte— se desea, consciente y sinceramente, realizar.

Lo que ocurre ulteriormente es que, tomando como modelo la experiencia diaria a la que nos hemos referido, se admite necesariamente que si hay "un contenido mental" (el deseo de escribir), al rechazo de escribir tiene que corresponder también otro contenido mental: el deseo de no escribir. Y se postula entonces la existencia de una *Mente inconsciente* por debajo o detrás de la mente consciente. De aquí deriva el estudio de las complejas relaciones entre estas dos mentes o esta mente de "doble fondo".

Este tipo de teoría se estructura en la matriz del supuesto privilegio de la conducta del área de la mente.

La conducta es un proceso, una corriente continua, y en ella —como en la sucesión de cualquier fenómeno— lo que precede está condicionando lo que sigue, y en este sentido la motivación no es otra cosa que una conducta. Pero debe tomarse la conducta como una unidad compleja que se manifiesta siempre, en todo momento, simultáneamente en las tres áreas y en un campo total. Lo que un sujeto piensa o desea no es —en rigor— lo que inicia la conducta; es en sí mismo una parte de la conducta total y parte de un campo psicológico. Cuando desea o piensa, el deseo o el pensamiento que aparecen en el área de la mente son parte de una conducta total del pensar o hacer, en la que participan al mismo tiempo las otras dos áreas. Cuando se desea escribir el deseo no es sólo mental; es desde un comienzo un fenómeno total que unitariamente y como totalidad es el emergente de un campo dado. Los estímulos externos no actúan sobre la mente y desde allí sobre todo el organismo; actúan directamente sobre el sistema nervioso central.

Las manifestaciones en el área de la mente no constituyen una escala intermedia entre el "afuera" que estimula y las conductas que son respuestas, dejando de lado, por ahora, el hecho de que este esquema de estímulo-respuesta como arco que se extiende desde un receptor a un efector, debe ser también sometido a una profunda revisión, porque está estructurado en el más franco elementalismo.

Las respuestas, las manifestaciones de conducta, no son psicológicas por un presunto pasaje por el área de la mente; toda conducta es siempre en el ser humano de carácter psicológico, porque se da con los caracteres

correspondientes al más alto nivel de integración, sea cual fuere su área de expresión predominante. Además, no hay una cosa que se llame "Mente" por la que "pasan" los fenómenos para devenir mentales o psicológicos: el área de los fenómenos de conducta calificados como mentales no es un receptáculo o una parte constitutiva del ser humano, y sólo existe funcionalmente en tanto dicho fenómeno se manifiesta. De otra manera se transforma, otra vez, un atributo o una cualidad de un fenómeno en una entidad, es decir, se "cosifica" el fenómeno.

La conducta de áreas dos y tres (cuerpo y mundo externo) no es exteriorización o producto de un fenómeno que principal u originariamente ocurre "dentro". Tanto lo "interior" como lo "exterior" son manifestaciones de igual valor; desde el punto de vista de la dinámica psicológica, ambos son partes de un todo (un sujeto en una situación dada, en un momento dado). Todo esto significa que entre las áreas de la conducta, ninguna es privilegiada: todas son psicológicas y no pueden dejar de serlo en el ser humano, tal como se presenta en la realidad concreta y no en las simplificaciones de laboratorio. Las tres áreas guardan la misma relación de condicionamiento u origen con el sistema nervioso central.

Kantor, psicólogo conductista, reconoció en la vida psíquica los aspectos cognoscitivos, afectivos y conativos, pero los llamó "fases" de la respuesta. Esto se corresponde con la división en las áreas de la conducta que nosotros desarrollamos, pero posiblemente el término "fases" que prefiere Kantor sea, metafísicamente, menos comprometido.

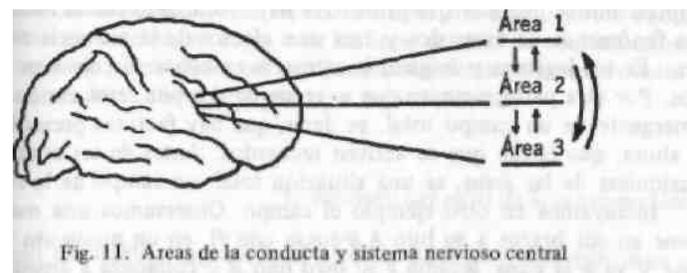


Fig. 11. Áreas de la conducta y sistema nervioso central

También en psicología tenemos que esforzarnos por volver a retomar los hechos tal cual son, destejendo una trama muy compleja dada por siglos de animismo e idealismo entretrejido con religión. Este camino es muy difícil de retomar en psicología, pero una buena parte ya está hecha. La distorsión reside, fundamentalmente, en un antropomorfismo. Por ejemplo, según la concepción tradicional de la psicología, la depresión es "un estado de ánimo particular, un sentimiento; este sentirse deprimido

puede "dar efectos" externos, tales como desgano y desinterés por todo, descuido por el aseo personal y la vestimenta, etcétera. El punto de partida de este planteo es falso. La depresión no es un sentimiento ni una idea. Es fundamentalmente un suceso humano, una experiencia vivida y no sólo una vivencia. Y este suceso puede tomar, simultáneamente, todas las áreas de la conducta o puede tomar alguna de ellas, y en el caso de que se manifieste en las áreas dos y tres, el individuo está deprimido sin tener ni el sentimiento ni la idea de estar deprimido. Como ya hemos visto, en momentos distintos puede haber alternancia entre las áreas, tanto como una relativa estabilidad de expresión en alguna de ellas. El sentirse deprimido es un aspecto de la depresión, que puede faltar sin que ésta deje de ser tal. Evidentemente tenemos en psicología una gran herencia subjetivista que aún influye en gran proporción. No se trata de hacer una psicología sin la experiencia subjetiva, se trata de ubicar a esta última en el marco y el contexto de lo que le corresponde, sin instituir la *elprimum movens* o entelequia de todos los fenómenos humanos.

Lo que hemos descripto para el caso de la depresión ocurre con todos los fenómenos; tomemos el de la memoria. El recordar un suceso o un pensamiento es una conducta en el área de la mente, pero se puede recordar también en cada una de las otras dos áreas: se puede repetir un gesto o una actitud corporal (área dos) y se puede repetir una acción (área tres). Este es otro de los aportes de S. Freud, el de la relación entre el recordar y el repetir: son todos fenómenos de memoria que, por lo tanto, se pueden dar en las tres áreas. Pero cuando se repite (en áreas dos y tres), no es imprescindible postular que primero se haya recordado con la mente y que los fenómenos de áreas dos y tres sean efectos de la memoria en el área uno. Es tan legítima y original la memoria en esta área como en las otras dos. Por otra parte, siempre que se recuerda o repite, esta conducta es el emergente de un campo total, es decir, que hay factores presentes, aquí y ahora, que hacen que se activen recuerdos. Antes de ser conducta, en cualquiera de las áreas, es una situación total, un campo de la memoria.

Incluyamos en otro ejemplo el campo. Observamos una madre que tiene en sus brazos a su hijo A y juega con él en un momento dado, lo deja y va a la cuna, levanta a su otro hijo B y comienza a amamantarlo. A se dirige entonces a la mesa, toma un vaso y lo rompe. Decimos que A tiene celos.

Según el criterio subjetivista, vivencial (el "modelo mentalista")» A actuó así porque sintió celos. Subrayamos dos tesis implícitas en esa afirmación: 1) que los celos son contenidos mentales, y 2) que el romper el vaso es consecuencia del contenido mental (los celos).

Aquí, según este modelo, empieza a actuar el fantasma de la intros-

cción- ¿Cómo comprobar que A realmente tuvo o tiene los celos en la mente, en su experiencia subjetiva?

A todo esto respondemos, primero, que no hay por qué esforzarse en contestar planteos que son erróneos; segundo, que reformando el planteo se resuelve el problema.

Cuando se dice que A tiene celos, se está dando la descripción de un suceso, su significación como acontecimiento humano. Los celos constituyen el significado de una situación total, de un campo total.

A no actúa de esa manera por consecuencia de los celos; esa forma de actuar, en esa situación total, eso son los celos. La causa no son los celos, sino el campo que se ha estructurado. Los celos son el significado de la conducta.

El niño puede no sentir o no tener conciencia de sus celos. Esto no altera el hecho de que está celoso como manifestación preponderante en el área tres.

No hay por qué transformar el significado de una situación (los celos) en un contenido mental previo, que sea la causa de la conducta resultante.

Los celos constituyen la descripción significativa de la situación total, incluida en ella, por supuesto, la conducta del sujeto; pero el significado no es causa: el niño A no actuó así por celos. Actuó así porque su madre levantó al hermano en su lugar. (El problema de la motivación se verá por separado.)

Supongamos ahora, en una situación similar, que el niño A puede comunicarnos sus experiencias subjetivas; podrá confirmar que tiene celos, en cuyo caso las manifestaciones en las tres áreas son coincidentes. Podrá decir que no tiene celos, en cuyo caso las áreas estarán en contradicción, pero eso no anula su conducta celosa. Que las manifestaciones sean contradictorias en tres áreas no excluye que sean todas correctas.

3. Retorno del mito de la introspección

Cuando un sujeto -siguiendo el ejemplo anterior- dice que tiene o que no tiene celos, ¿cómo verificar lo que nos dice? ¿Cómo verificar los datos obtenidos por introspección?

En primer lugar, cuando en una situación determinada se dice algo, se siente o se piensa algo, eso no es otra cosa que conducta en el área uno; de ninguna manera eso es introspección, porque el individuo reacciona en esa área con manifestaciones que son el resultado del campo total, y de ninguna manera es una observación interior o una percepción de lo que le pasa "dentro".

En segundo lugar, no hay nada que se haga necesario verificar. Si el sujeto dice que siente o que piensa algo, ésa es su conducta y hay que tomarla como tal. Se preguntará, con toda razón, cómo saber que el sujeto no está simulando o nos está engañando. El problema de la simulación es como el problema de la introspección: psicológicamente es un falso problema. Es muy similar al problema que se le planteó a Freud, cuando estudió situaciones traumáticas como causantes de síntomas neuróticos y luego encontró que esos traumas no habían ocurrido en la realidad, sino que eran fantasías; pensó que toda la teoría sufría con esto un desmentido, hasta que tomó los hechos psicológicos "en serio" y vio que las fantasías tenían tanto valor patogenético como si hubiesen sido realidad. Tenemos, nosotros también, que "tomar en serio" todos los fenómenos psicológicos y no caer en la defensa que el propio paciente estructura para sí mismo y para poder con ella tolerar la realidad. Si asistimos a una conducta de celos en áreas dos y tres y el individuo nos dice que él no siente celos, es porque en realidad no siente tales celos. Si simula y dice que no tiene celos cuando en realidad los sintió, el único que se engaña es él mismo; nosotros no tenemos por qué entrar en la simulación y tomamos lo que dice como un existente psicológico real, de valor psicológico, y no como un dato de introspección del que hay que verificar si es verdad o no. Dicho de otra manera, no hay posibilidad de datos falsos o de simularlos.

Una mujer joven de personalidad histérica realizó varios intentos de suicidio; en un momento dado, al referirse a ellos, dijo que todos esos intentos de matarse no eran serios, que eran simulados. Le contesté que no, que el intento de suicidio siempre va en serio, y que ella creía que simulaba para defenderse de sus deseos muy serios de matarse.

El mito de la introspección tiene una de sus fuentes básicas en el supuesto de la conciencia como conocimiento, y en la extensión, a toda la psicología y a toda la conciencia, del esquema de la percepción del mundo externo. De esta manera se supone que los fenómenos del área uno constituyen una percepción de los fenómenos subjetivos o "interiores" que tienen lugar en las otras dos áreas. Y esto es totalmente **erróneo**.

Si digo que me siento cansado, no es que esté percibiendo el cansancio de mi cuerpo con mi mente, sino que el sentirme cansado es ya una de las manifestaciones del estar cansado. Puedo estar cansado sin sentirlo o negándolo, y en este caso esas manifestaciones ocurren en áreas dos y tres y no en la uno. Si me siento cansado y no hay otras manifestaciones en áreas dos y tres, no es menos cierto que lo estoy, y esto se manifiesta en área uno, con exclusión de las otras áreas. Este último caso, como ejemplo, es una razón de peso para inclinarnos decididamente a ver cómo los fenómenos de área uno no constituyen una percepción interna de lo que

re en las otras áreas, porque me puedo sentir cansado sin que aparezca el cansancio en la tarea que realizo ni en ningún síntoma en mi cuerpo.

Otro ejemplo significativo es que cuando hablo y digo lo que pienso, esto es realmente conducta en área uno y no introspección; lo que digo no es mi percepción de lo que pienso, sino que esto último está directamente contenido en lo que digo y no en un doble o un aparte; de ninguna manera percibo primero por introspección lo que pienso para luego referirlo en palabras. El sujeto no es un mediador entre su acontecer psicológico y el observador, y tampoco el área uno es mediadora entre el sujeto y su cuerpo.

4. El fenómeno de conversión

Anteriormente he referido el ejemplo de una persona que desea escribir y al mismo tiempo rechaza la tarea y cómo este rechazo aparece, directamente, como calambres en el brazo que le impiden escribir. Esta aparición o transformación de un fenómeno psíquico en fenómeno somático es lo que se llama *Somatización* o *Conversión*. Es un fenómeno descubierto por Freud, al cual él mismo aplicó el nombre de conversión, y lo explicaba teóricamente como una transformación de energía psíquica en expresión somática.

El fenómeno descubierto ha sido correctamente descrito, pero se han derivado de él conclusiones teóricas que son falsas, justamente por implicar la hipótesis de la primacía o privilegio de la conducta en el área de la mente o estar basadas en ella.

No hay tal conversión de un fenómeno psíquico en somático; un fenómeno es tan psíquico en el área uno como en la dos y de ninguna manera el significado de una conducta debe ser transformado en un preexistente causal contenido en la mente. Todo esto se relaciona, además, con el capítulo de Conflictos que será desarrollado más adelante, pero lo que debe consignarse desde ya aquí es que, si es un conflicto el que se alivia con la somatización, de ninguna manera ocurre una transformación de un fenómeno psíquico en somático por la conversión de una energía; el conflicto es psicológico porque es el conflicto de un ser humano y no porque aparezca en la mente; tanto puede existir el conflicto en el área de la mente como en el cuerpo o en el mundo externo.

5. Las áreas en el curso del desarrollo

En el curso del desarrollo del individuo, las tres áreas no son funcio-

nalmente equivalentes e, inclusive, todas no están siempre constituidas. La primera en aparecer o formarse es el área dos, posteriormente, la tres, y por último, la uno. Es posible que este orden en el desarrollo sea no solamente ontogénico, sino también filogenético.

En un comienzo sólo existe el área corporal: todo es el cuerpo, el cual está, incluso, indiviso con el mundo externo en un estado que se llama transitivismo, y todo ocurre en el cuerpo; el sujeto y el mundo es el cuerpo. Con la discriminación progresiva entre el cuerpo y el mundo externo,

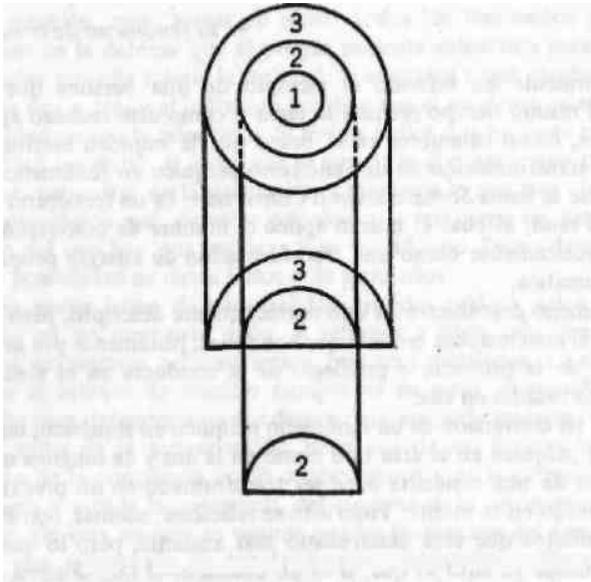


Fig. 11 bis. Desarrollo de las áreas (onto y filogenético)

se incorpora este último como una nueva área. Posteriormente, en forma muy gradual, se incorpora el área de la mente: la capacidad de simbolizar y reemplazar la acción concreta y los objetos concretos por sus símbolos, sin confundir, además, el símbolo con lo simbolizado.

La formación del área uno es, entonces, relativamente tardía en el desarrollo del niño y requiere tanto una previa y apreciable discriminación entre yo y no yo, como una relativa emancipación de las cosas, de la acción y del presente inmediato; este pasaje del acto al pensamiento se manifiesta, según Wallon, entre los tres y cinco años de edad. Pero antes de

esta separación entre acto y pensamiento tiene que haber ocurrido una separación entre cuerpo y acción, es decir, tiene que haberse formado el área tres como distinta de la dos.

El comienzo de la vida se caracteriza por un estado parasitario intrauterino, del cual se pasa a un estado simbiótico madre-niño; este último tiene como característica la de ser una unión de dos seres vivos con un beneficio recíproco para ambos, a diferencia del parasitismo en el cual uno de los seres que entran en la unión se beneficia de la misma, mientras que el otro se perjudica. En la simbiosis la unión es indispensable para la supervivencia de ambos individuos, mientras que en el parasitismo el parásito es el que no sobrevive sin la unión. Lo importante es que este estadio parasitario-simbiótico es, fundamentalmente, corporal, y a partir de aquí debe ir haciéndose progresivamente una ruptura de la independencia total y el pasaje a una vida independiente; esto se va logrando con un mayor grado de individuación, personificación y discriminación del mundo externo, así como de discriminación y de posibilidad de alternancia y sucesión de conductas en todas las áreas.

6. Conducta auto y aloplástica

La conducta es siempre un efecto, respuesta o emergente de una situación dada y —como ya hemos visto— sus manifestaciones coexisten en las tres áreas, aunque puede predominar alguna de ellas; si la reacción predominante es una conducta en el área de la mente o del cuerpo, o en ambas, se llaman conductas autoplásticas, por modificarse fundamentalmente el sujeto. Cuando el predominio de la modificación recae, fundamentalmente, en las condiciones externas, hablamos de conducta aloplás-

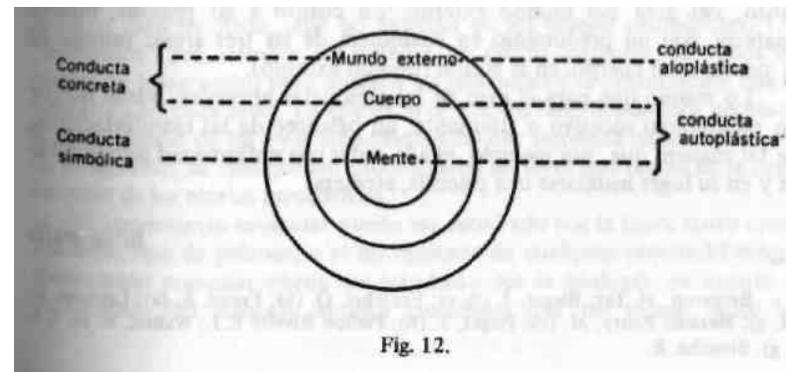


Fig. 12.

tica. Este último caso ocurre cuando -por ejemplo— se modifica o suprime un objeto que tememos, mientras que, en el caso de la conducta autoplástica, la reacción es predominantemente corporal (temblor) o mental (sentir ansiedad o pensar en el problema). Por supuesto que estos predominios pueden ser momentáneos y sucesivos, o bien pueden estabilizarse en forma más o menos permanente como rasgos de la personalidad. El grado de plasticidad y de adecuación a la realidad

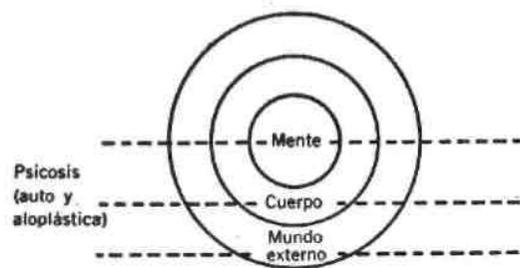


Fig. 13

Neurosis
(conducta autoplástica)

Enfermedad psicósomática
(conducta autoplástica)

Psicopatías y perversiones
(conducta aloplástica)

son los factores que caracterizan fundamentalmente la conducta normal.

Aunque sobrepasando en cierta medida el propósito de estudiar aquí solamente la conducta normal, podemos observar que, en psicopatología, la clasificación de los distintos tipos de enfermedades corresponde a su respectiva ubicación en las distintas áreas de la conducta. Así, las neurosis son perturbaciones autoplásticas, que quedan predominantemente localizadas en el área de la mente. Las enfermedades psicósomáticas (todas lo son) son aquellas manifestaciones autoplásticas con un predominio en el área del cuerpo. Las psicopatías y perversiones son alteraciones aloplásticas, por lo tanto, del área del mundo externo. En cuanto a las psicosis, pueden aparecer con un predominio en cualquiera de las tres áreas: psicosis en la mente, en el cuerpo, en la acción (mundo externo).

Lo mismo que para el caso de las conductas normales, puede ocurrir un predominio sucesivo o alternante, un balanceo de las manifestaciones, de tal manera que, por ejemplo, puede ceder una enfermedad psicósomática y en su lugar instalarse una psicosis, etcétera.

Bibliografía

Bergeron, M. (a); Bleger, J. (d, e); Fenichel, O. (b); Freud, S. (a); Lagache, D-(d, g);

Niveles de integración de la conducta

Merleau Ponty, M. (c); Piaget, J. (b); Pichón Rivière E.J.; Wallon, H. (c, d, e, f, g); Blanche, R.

1. Niveles fisicoquímico, fisiológico y psicológico

La conducta, por sí misma, no delimita ni configura con exactitud el objeto de la psicología, porque como manifestación del ser humano puede ser estudiada por distintas disciplinas científicas: tanto por la biología como por la química, la física, la sociología, la antropología, la filosofía, etcétera. El objeto de cada uno de estos campos tampoco puede delimitarse adjudicándoles un tipo particular de conducta. *En todos los casos, la misma conducta puede ser objeto de estudio para todos ellos.*

La psicología se caracteriza o define por estudiar la conducta en su más alto nivel de integración; abarca toda la conducta, es decir, todas las áreas de su manifestación, y lo mismo puede decirse para todas las ciencias: a cada una de ellas le corresponde un nivel de integración distinto del mismo fenómeno, y en lo referente a la conducta puede abarcar todas las áreas, ninguna le es privativa y ninguna le es excluyente.

Se entiende por integración un desarrollo en el cual hay un progresivo y creciente perfeccionamiento y complejidad en la organización, la estructura y la función, y esta progresiva complejidad y perfeccionamiento se cumplen por etapas, planos o niveles. En cada uno de estos niveles la creciente diferenciación, complejidad y perfeccionamiento de la organización funcional coinciden con la aparición o surgimiento de nuevas cualidades o características, que no existían en los niveles precedentes. Los elementos^a son siempre los mismos, en última instancia, en todos los niveles de integración, pero difieren las relaciones y la organización que se estructura en cada nivel. La aparición de nuevos fenómenos hace necesaria^a investigación de las leyes específicas a las que responde cada nuevo nivel^b de integración, al cual quedan subordinadas las leyes que regían en la organización de los niveles precedentes.

El movimiento muscular puede ser estudiado por la física tanto como cualquier tipo de palanca, o el movimiento de cualquier objeto. El mismo Movimiento muscular puede ser estudiado por la biología, en cuanto el Movimiento del músculo implica cualidades que no tienen todos los

objetos en movimiento que estudia la física; la biología incorpora en su estudio un tipo de fenómenos que corresponden a un nivel de integración superior a los del fenómeno físico, aunque los pertenecientes a este último no dejen de operar y estar presentes en el nivel superior de integración. El mismo fenómeno puede ser estudiado por la sociología, en cuanto el movimiento muscular forma parte o integra un ritual o una norma de convivencia. En el nivel de integración psicológico, se estudia la conducta en algunas de sus particularidades o características que no están incluidas en ninguna de las ciencias anteriores y que corresponden a un nivel especial y específico de integración, sin que ello invalide, ni dejen de operar, las leyes y la organización de los niveles precedentes.

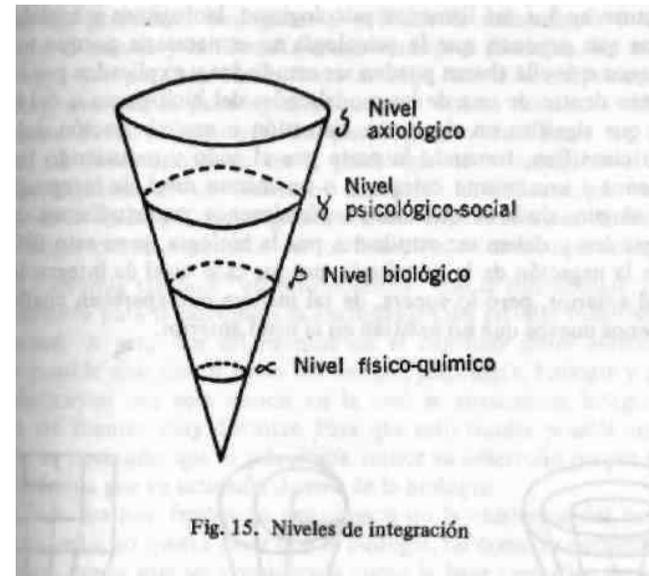
De esta manera, en cualquier área en que se manifieste, la conducta es siempre un fenómeno psicológico tanto como social, biológico y físico-químico *al mismo tiempo*. Los distintos niveles de integración se pueden observar coexistiendo en las distintas cualidades de un mismo fenómeno, como lo hemos visto en el caso de la conducta del ser humano, pero también puede observarse la instalación progresiva de niveles superiores de integración en el curso del desarrollo del individuo, o de la especie, o de la escala animal, o del conjunto de todos los fenómenos existentes. Todos los niveles de integración que vemos coexistiendo en un fenómeno dado, han sido sucesivamente predominantes en momentos respectivos del desarrollo. Ampliaremos el estudio en el párrafo que dedicamos al encuadre evolutivo.

Erróneamente se ha supuesto, y se sigue suponiendo en los hechos — aunque se niegue muchas veces en teoría —, que la psicología abarca el estudio del área de la mente, la biología el área del cuerpo y la sociología el área del mundo externo y que, respectivamente, les corresponden los niveles de integración psicológico, biológico y social. El esquema de este supuesto sería el siguiente:

Área de la mente	Nivel psicológico	PSICOLOGÍA
Área del cuerpo	Nivel biológico	BIOLOGÍA
Área del mundo externo	Nivel sociológico	SOCIOLOGÍA

Fig. 14. Correlaciones erróneas

Toda conducta, en cualquiera de las tres áreas, puede ser estudiada en los tres niveles de integración y, por lo tanto, por las tres ciencias, que están muy correlacionadas entre sí. Es todavía bastante frecuente encontrar que se discute si una conducta (un síntoma) es psicológica u orgánica; no puede dejar de ser las dos cosas al mismo tiempo, porque todo lo que se manifiesta en el hombre no puede dejar de ser psicológico y porque este "juicio" de integración no puede darse jamás sin los niveles precedentes.



2. Niveles, áreas, campos y ámbitos

Hemos ya expuesto cómo los distintos niveles de integración están «estrechamente relacionados con las distintas áreas de expresión de la conducta, sin que haya exclusión entre niveles y áreas, sino más bien una necesaria integración.

Lo mismo puede decirse para los distintos ámbitos de la conducta (psicosocial, sociodinámico e institucional), en cada uno de los cuales puede ser estudiada la conducta en los distintos niveles de integración. En lo que respecta a los distintos campos (ambiental, psicológico y de "ciencia), éstos también pueden ser estudiados en los distintos niveles de integración, tanto como las áreas de la conducta.

3. Psicologismo, biologismo, sociologismo

Todas las ciencias no son sino fragmentos de una sola realidad, única y total; todos los fenómenos se relacionan entre sí y se condicionan recíprocamente. Estos hechos no deben ser olvidados cuando, por razones metodológicas, tenemos que aislar, dividir y estudiar por separado algún grupo de fenómenos; cuando se lo olvida, el resultado es una generalización de formulaciones que sólo son viables y adecuadas para un determinado nivel de integración o para un grupo pequeño de fenómenos. Es lo que ocurre en los así llamados psicologismo, biologismo y sociologismo.

Los que suponen que la psicología no es necesaria porque todos los fenómenos que ella abarca pueden ser estudiados y explicados por la biología, están dentro de una de las modalidades del biologismo o del biomorfismo, que significa en rigor una distorsión o una aberración del pensamiento científico, tomando la parte por el todo y reduciendo todos los fenómenos a una misma categoría o un mismo nivel de integración. No queda ninguna duda de que todos los fenómenos que estudiamos en psicología pueden y deben ser estudiados por la biología, pero esto último no implica la negación de la psicología, porque cada nivel de integración contiene al anterior, pero lo supera, de tal manera que aparecen cualidades y fenómenos nuevos que no existían en el nivel anterior.

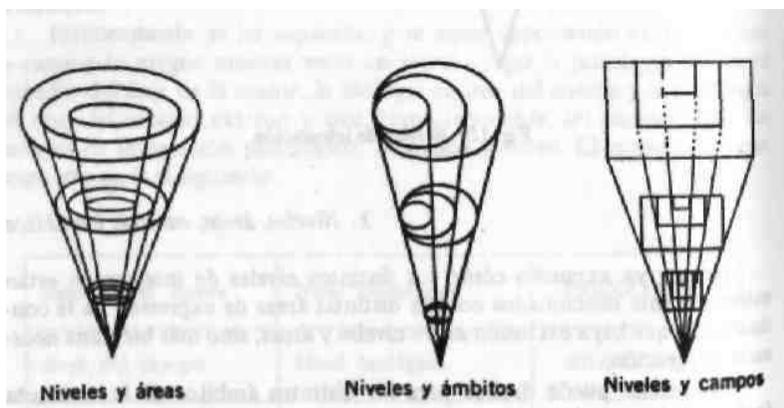


Fig. 16. Relaciones entre niveles, áreas, ámbitos y campos

Mutatis mutandis, lo mismo podría decirse del psicologismo, sociologismo, del fisicoquimismo, etcétera.

El problema más significativo en este sentido en la actualidad, es el de la relación entre psicología y reflexología. Al descubrir Pavlov, en forma nerimental, los fundamentos fisiológicos de la actividad psicológica, la psicología se hizo para muchos innecesaria. No fue e'sta la posición de Pavlov quien nunca negó la necesidad de la psicología. En una carta a P. Janet decía que psicólogos y fisiólogos debieran trabajar juntos y tomarse mucho más en cuenta. Pavlov tampoco se presentó nunca como psicólogo, sino como fisiólogo; no se puede decir lo mismo de muchos de sus continuadores, y sobre todo de algunos de sus difusores, que lo tergiversan e incurren en posiciones biologistas y reducen la reflexología a un fetichismo, y la ciencia y la filosofía a una verdadera filodoxia. He sostenido y sostengo que para ser consecuente consigo misma la reflexología tiene que integrarse con la psicología, y que esta última no deriva sola y directamente de la reflexología. La psicología no da cuenta de la totalidad de un fenómeno, pero sin la psicología no se completa el estudio y la investigación de un fenómeno humano. La reflexología centra su estudio en la fisiología de los grandes hemisferios cerebrales, mientras que la psicología centra su estudio en los fenómenos como sucesos humanos.

Se confunde también "estudio objetivo" con la reflexología, dejando erróneamente para la psicología la exclusividad del estudio subjetivo de los fenómenos. A esto nos referiremos en el capítulo sobre Metodología.

Es posible que, con el curso del tiempo, psicología, biología y sociología constituyan una sola ciencia en la cual se encuentren integrados los aportes de fuentes muy distintas. Para que esto resulte posible en alguna medida, es necesario que la psicología realice su desarrollo propio sin quedar interferida por su inclusión dentro de la biología.

Si bien no hay fenómeno psicológico sin la existencia del fenómeno biológico, esto no quiere decir que la biología, tal como se encuentra en la actualidad, tenga que ser considerada como la base científica de la psicología. Para llegar a este punto, es muy posible que la biología tenga en buena medida que basarse sobre la psicología, para poder llegar a ser una biología humana que sirva, posteriormente, de base a la psicología.

4. El nivel psicológico de integración

Es el nivel funcional que corresponde al ser humano y es el que alcanza el grado mayor de integración de todos los niveles de organización existentes, no sólo en el hombre sino también en la naturaleza y entre los seres vivos. Toda conducta del ser humano se manifiesta siempre en el nivel psi-

cológico de integración, es decir, que tiene los caracteres que corresponde a la cualidad de suceso humano, conteniendo y sintetizando, a su vez, los niveles biológico y social.

La conducta es siempre la manifestación de un ser humano en un contexto socio-cultural y tiene, por lo tanto, propiedades que no aparecen o no existen en el nivel biológico. En este sentido, toda la biología no estudia al hombre como ser vivo en el nivel de todos los demás seres vivos—recurre, en cierta medida, a un artificio, porque hace abstracción de la condición particularísima y única del hombre entre todos los seres vivos. Al estudiar órganos y su fisiología, o aparatos y sus funciones se recurre a un artificio—imprescindible en cierto momento del desarrollo científico—de fragmentación y elementalización de una realidad muy compleja, difícil de captar como unidad; a pesar del provecho de tales estudios, no es menos cierto que no se deben realizar trasposiciones directas que desjerarquizan el fenómeno humano. La biología misma ha reaccionado contra este elementalismo de laboratorio y tiende a estudiar funciones totales del organismo como unidad. Es decir, se incorpora la estructura como categoría fundamental de los fenómenos biológicos, por la cual las funciones del organismo tienen que ser estudiadas como totalidades únicas e indivisibles de una compleja y permanente interacción individuo-medio. K. Goldstein es uno de los representantes de la influencia consecuente de la teoría de la forma (*Gestalt*) sobre la biología y la medicina.

La conducta, en el nivel psicológico de integración, constituye la así denominada conducta molar, que posee las siguientes cualidades: motivación, función o finalidad, objeto o fin, significado y estructura.

5. Conducta molar

Broad introdujo la necesidad de diferenciar entre conducta molecular y molar, división que fue retomada por D.C. Williams y luego por Taiman y defendida además por otros autores, como Holt, de Laguna, Weiss, Kantor, y que va ganando paulatinamente terreno en la psicología contemporánea. La división separa o diferencia, en la conducta, la reacción puramente fisiológica de la estructura psicológica de la misma.

Para Tolman, Watson no distinguió cuán diferentes eran estas dos nociones de conducta (molecular y molar) y trabajó con ambas, en forma indistinta, sin introducir ninguna discriminación: por un lado definió la conducta en términos estrictamente físicos y fisiológicos, como, por ejemplo, en términos de receptor-conductor-efector, pero por otro lado reconoció que la conducta es mucho más que la suma de sus componentes fisió-

Broad intentó distinguir entre un behaviorismo que se atiende solamente a la actividad "observable" y un behaviorismo que debe apelar a los hipotéticos de las moléculas del cerebro y del sistema nervioso. Póster, Jjoiit y otros autores habían criticado la reducción del comportamiento del ser humano a un juego de "sobresaltos musculares", y se nega a aceptarla, porque el organismo no es exclusivamente una excitación nerviosa o una contracción muscular, ni tampoco un juego de reflejos que se desencadenan y se entrecruzan. El estudio de la conducta como conjunto de reflejos no llena todas las necesidades reales del estudio de ella, como manifestación específicamente humana. La conducta molar tiene en sí misma propiedades características que son distintas de las propiedades físicas y fisiológicas que se hallan al estudiar la conducta como fenómeno molecular.

La conducta molar posee una unidad en sí misma, que se pierde cuando se la estudia como reacción puramente fisiológica. Con "poseer una unidad en sí misma", se quiere decir que no necesita ser reducida a otro nivel para que se puedan definir y fijar sus propiedades, y que—inversamente—al ser traspuesta a otro nivel de integración, estas cualidades se pierden.

Desde que Tolman destacó esta diferencia entre conducta molecular y molar, se la ha empleado de manera poco discriminada, y los términos se han tornado ambiguos. Littman y Rosen, por ejemplo, muestran que estos términos actualmente se usan, por lo menos, de siete formas distintas. Para Thorpe y Schuller, el concepto de la relación entre conducta molar y molecular "es todavía tan desconcertante para los psicólogos, como lo fue para los filósofos el de la relación entre cuerpo y alma". Personalmente, adjudico valor fundamental a esta diferencia y no creo que sea inevitable la situación caótica en la que han caído algunos psicólogos al respecto.

Un empleo muy difundido de estos dos conceptos es equivalente a la distinción entre fenómenos macro y microscópicos, que tampoco creo sea correcto. Para aclarar esta confusión nos basamos, fundamentalmente, en el aporte de Tolman, y en esa misma dirección tratamos de profundizar y detallar el concepto.

Para este autor, la conducta molecular está constituida por los elementos subyacentes, fisiológicos y físicos, de una respuesta total. La conducta molar es más que la suma de los fenómenos fisiológicos y físicos, es un fenómeno emergente que tiene propiedades descriptivas y definitorias propias, y que es estudiado, por lo tanto, como hecho original en sí mismo, "con prescindencia de cualquier proceso subyacente muscular, glandular o neural".

Las propiedades de la conducta molar son, según lo describe Tolman, las siguientes:

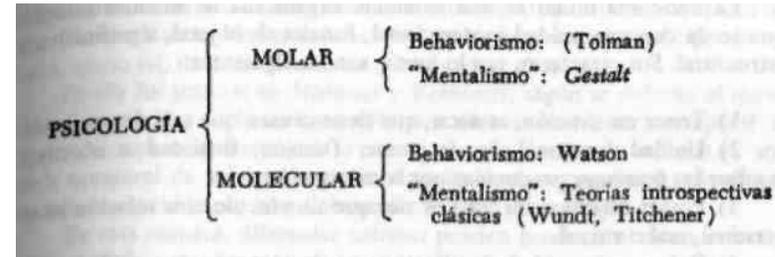
- 1) La de "tender a" o "provenir de" un objeto-finalidad u objeto-situación, específicos.
- 2) La de implicar siempre una pauta específica de interacción con objetos-medios.
- 3) La de poseer selectividad referente a los objetos-medios y los caminos-medios.

La conducta molar es intencional y cognitiva y tales caracteres son evidentes, "se trate de la conducta de una rata o de un ser humano"; son definidos por caracteres y relaciones observados o inferidos de la observación de la conducta. "Una rata que corre por un laberinto, un gato que se escapa de una caja con obstáculos, un hombre que va a su casa para cenar, un niño que se esconde de un extraño, una mujer que lava o cuenta chismes por teléfono, un alumno que contesta las preguntas de un test, un psicólogo que recita una lista de sílabas sin sentido, un amigo y yo que nos contamos mutuamente nuestros sentires y pensamientos. Estas son conductas molares."

Tolman cita a McDougall como uno de los autores que ha sostenido una concepción similar, describiendo y estudiando propiedades distintivas o inherentes a la conducta misma y reconociendo para ésta seis caracteres: 1) una cierta espontaneidad de movimientos; 2) persistencia de una actividad, independientemente de la continuidad de la impresión con la que se ha iniciado; 3) variación de la dirección de los movimientos persistentes; 4) fin de los movimientos, tan pronto como se ha logrado un cambio de la situación; 5) preparación para la nueva situación a cuya producción contribuye la conducta; 6) cierto grado de progreso en la eficiencia, cuando se repite la conducta en circunstancias similares.

Aunque para Tolman el concepto de conducta molar no se deriva de una influencia directa de la psicología de la *Gestalt*, es indudable que, conscientemente o no, hay en este concepto y en sus cualidades una confluencia de aportes del conductismo, de la *Gestalt*, del psicoanálisis. Es la resultante de un cierto movimiento de confluencia y convergencia, fertilización e integración de distintos aportes psicológicos.

Así como todas las escuelas psicológicas podrían ser clasificadas según su carácter elementalista, asociacionista o guesáltico, de la misma manera se puede clasificar las diferentes corrientes psicológicas en función de haber considerado, como su objeto de estudio, la conducta molecular o la molar. De esta manera tenemos:



La conducta, tal como aparece en el ser humano, es siempre molar (caminar, estudiar, comer, saludar, conversar, votar, etcétera). Por el contrario, la conducta molecular es aquella que toma un segmento, fragmento, separado o disociado de la totalidad del ser humano y de la situación específica y estudiado en sí, en calidad del fenómeno originario y completo: movimiento de un músculo, de un dedo o un brazo, secreción de una glándula, latido arterial, etcétera. La conducta molar no se forma por la síntesis o por la conjunción de conductas moleculares, sino que es originaria y primitiva, y -por el contrario- es la conducta molecular la que se aísla por un artificio de la investigación, "desarticulando", elementarizando, la conducta molar. El error del planteo opuesto estriba en seguir considerando que la conducta del ser humano se forma de elementos o de partes, que se juntan o acoplan.

Para algunos autores, la conducta molecular es una manifestación segmentaria (ejemplo: el movimiento de su brazo, la secreción de la parótida, etcétera); mientras que la conducta molar es manifestación de la totalidad del ser humano como acción socialmente significativa (ejemplos: votar, casarse, etcétera). De esta manera en el ser humano habría tanto conductas moleculares como molares.

Nuestro criterio es que la conducta en el ser humano es siempre molar, y toda actividad segmentaria no es nunca realmente una actividad segmentaria, sino que implica siempre al ser humano, como totalidad, en un contexto social. Así, el movimiento de un brazo es siempre conducta molar, es un saludo, un gesto de desprecio o una señal de acercamiento. La actividad considerada como segmentaria es un artificio que desarticula la conducta tal como realmente se da. La secreción de una glándula es solamente una actividad segmentaria en el laboratorio, mientras que en el ser humano está siempre integrando una conducta molar: tener apetito, asco o repugnancia. Una misma conducta molecular puede integrar muy distintas y variadas conductas molares, y la psicología tiene su centro de actividad en la investigación de estas últimas.

La conducta molar es una totalidad organizada de manifestaciones que se da con una unidad motivacional, funcional, objetiva, significativa y estructural. Sus caracteres, por lo tanto, son los siguientes:

- 1) Tener motivación, es decir, que tiene causas, que está determinada.
- 2) Unidad funcional; la de poseer función, finalidad u objetivo: resolver las tensiones producidas por la motivación.
- 3) Poseer objeto o fin, que es siempre un vínculo, una relación interpersonal, real o virtual.
- 4) Poseer una unidad significativa, es decir, tener un sentido que se implica comprensivamente como acontecer humano en la personalidad total y en la situación de la cual emerge.
- 5) Tener estructura: implicar una pauta específica de relación.

6. Movimientos y efectos

La diferencia que establece la división que estudiamos, entre conducta molecular y molar, ha sido objeto de atención para otros autores. Para Guthrie, en un sentido estricto, toda la conducta humana consiste en contracciones musculares y secreciones glandulares y, para él, toda la personalidad humana debe, en ese sentido, ser reducida a esta actividad de los efectores. Distingue entre actos y movimientos, siendo los primeros consecuencia de los segundos. Todo acto asienta sobre movimientos y se diferencian y definen uno de otro por el resultado final.

Hasta aquí, el movimiento es equivalente a la conducta molecular, mientras que lo que Guthrie llama acto equivale a la conducta molar. Pero para este autor, las leyes básicas del *learning*, por ejemplo, deben ser aplicadas a los movimientos y no a los actos, dado que son los músculos los innervados y no el mundo externo sobre el cual los músculos operan. Consideramos que, con esto, Guthrie abandona la conducta molar como hecho psicológico original, para estudiar la conducta molecular como si ésta fuera el hecho específico y más importante en psicología. La descripción en términos de efecto es, según Guthrie, teleología.

Murray establece en el comportamiento una distinción entre las acciones y el efecto producido por éstas; por acciones entiende los movimientos corporales, lo que equivale, por lo tanto, a lo que Guthrie llama movimientos, mientras que lo que Guthrie llama actos equivale a la parte del comportamiento considerada en sus efectos, según Murray.

Este mismo autor define el efecto del comportamiento como un *qM* es hecho, mientras que las acciones se refieren al *cómo* es hecho. A la des-

ripción en sí de una configuración de movimientos corporales aislados de efectos Murray denomina *Actonas*; se refiere entonces al tipo de acción como tal, no a los electos de tales movimientos.

Divide las actonas en *Motonas* y *Verbonas*, según se refieran al movimiento muscular o a la acción verbal; una motona es una serie temporal de contracciones musculares más o menos organizada, y una verbona es una serie temporal de palabras o grafismos más o menos organizados; la verbona está constituida por las palabras efectivamente empleadas.

De esta manera, diferentes actonas pueden producir el mismo efecto: por ejemplo, el alimentarse, que es un efecto, puede producirse con actonas diferentes en el niño y en el adulto, y en la vida del mismo individuo se logra el mismo efecto con actonas diferentes en distintos momentos.

Para Murray, se debe describir la conducta tanto en términos de actonas como de efectos, pues mientras estos últimos son lo que se logra, la actona es la "técnica" utilizada para lograr dichos efectos.

Para nosotros, la distinción de Murray es importante, pero creemos que se incluye ya dentro de lo que corresponde a las cualidades de la conducta molar, que se presta más para reunir en un solo concepto distintos caracteres. Podríamos resumirlo con el siguiente cuadro sinóptico, en el cual incluimos también los caracteres que Freud describió para los instintos pero que corresponden, en rigor, a la conducta.

Características	Conducta molar	Guthrie	Murray	Freud
¿Por qué?	Motivación			Motivación
¿Para qué?	Finalidad			Finalidad
¿Con	¿Para			Objeto
	Objeto			
o contra quién ?				
¿Qué?	Significado	Actos	Efecto	Significado
¿Con qué?	Áreas	Movimientos	Actonas	Zonas
				libidinales
¿Cómo?	Estructura			Fuente
¿De dónde?	Génesis y niveles de integración			

A las cualidades de la conducta, aceptadas hasta aquí, nos parece ¿tóra necesario agregar el estudio de las Actonas, propuesto por Murray. ¿te "¿con qué?" (que corresponde a las actonas de Murray y a los movientes de Guthrie), no es otra cosa que parte de lo anteriormente estuco como conducta molecular: el cuerpo y sus manifestaciones (conduc-) > considerados como instrumentos.

Bibliógrafo

Bastide R.; Boring, E.; Buytendijk, F.J.; Carmichael, L.; Cobb.S.; Daval, s. y GuiUemain', B.; Freud, S. (c, d, e); Germani, G. (a); Goldstein, le (a); Guthrie, E.' R. (a, b); Herrick, C.J.; Koch, S. (a, b); Littman, R.A., y Rosen, E.; lyotaid, j.p.. Me Dougall W. (a, b), Murray, H.A.; Nadel, S.E.; Rubinstem, S.L. (a, \j. c); Smimov A y otros; Teplov, B.M.; Thorpe, P., y Schmuller, A.M.; Tolman, £.S. (b, c, d)'

1. *Carácter funcional de la conducta*

Freud, al estudiar los instintos, reconoció en ellos las cuatro características siguientes: poseer una fuente, una finalidad, un objeto y un sentido. De ellas, la finalidad del instinto es la descarga de su tensión.

Posteriormente, podemos reconocer que lo que Freud ha estudiado, al igual que todos los psicólogos, ha sido la conducta, pero las características que encontraba en ésta las refería —como todos los psicólogos— a una serie de entidades abstractas, con lo que realizaba una trasposición de la dramática a la dinámica; por eso necesitamos reducir la trasposición y referir los descubrimientos a los fenómenos concretos y no a las entidades con las cuales se los ha reemplazado. De esta manera la finalidad del instinto no es otra cosa, en realidad, que la finalidad de la conducta, que ha sido estudiada también con el nombre de función de la conducta.

Todo organismo se halla en un equilibrio inestable o lábil, en el sentido de que, si bien tiende a mantener un equilibrio, éste no puede ser estático, total ni definitivo. El organismo tiende a mantener dicho equilibrio, o a recuperarlo si lo ha perdido, y las modificaciones que en él se producen para lograr dicha finalidad constituyen la conducta del organismo. Y esto mismo ocurre también en el nivel de integración psicológico.

Todo campo tiende a mantener o a recuperar su estado de equilibrio; la pérdida de este equilibrio crea una tensión. En este sentido, la conducta es un emergente del campo total que tiende a resolver la tensión mediante « restablecimiento del equilibrio. Pero la tensión no es la causa de la conducta porque ella no existe independientemente del campo total, sino como uno de sus fenómenos, que deriva de la particular estructura que teñe el campo en un momento dado.

La conducta, de esta manera, es siempre una respuesta al estímulo onfigurado por la situación total, así como es una defensa, en el sentido o.ue protege al organismo de la desorganización.

2. Homeostosis

El ser humano, al igual que otros organismos vivos, se hace en cierta medida independiente del medio que lo rodea, en el sentido de que mantiene condiciones internas constantes, independientemente de las variaciones que pueden ocurrir en el medio externo. La cantidad de líquidos (sangre y linfa) y su concentración, depende de una regulación autónoma del sistema nervioso, de tal manera que la cantidad y composición de los mismos se mantiene constante aun cuando se modifique el medio externo. La cantidad de glucosa de la sangre, o de electrolitos, es relativamente constante aun con fuertes variaciones en la ingestión. De igual manera, la temperatura del organismo tiende a mantenerse constante aun con fuertes oscilaciones de la temperatura en el ambiente externo. La regulación y el mantenimiento de un medio interno constante fueron estudiados por C. Bernard Richet, especialmente, y son lo que en el año 1929 Cannon denomina homeostasis, llamando mecanismos homeostáticos a los medios por los cuales se logra.

Si en el ambiente exterior disminuye la cantidad de oxígeno, el organismo se modifica de tal manera que el aporte de oxígeno que reciben los tejidos sigue siendo constante, finalidad que se logra con un aumento de los glóbulos rojos. Si la temperatura exterior es muy baja, se ponen en juego los mecanismos homeostáticos que evitan que el organismo pase a tener la misma temperatura, y se produce, por un lado, vasoconstricción de manera de evitar la pérdida de calor, y, por otro lado, mayor producción de calor por activación de las combustiones o del metabolismo interno. De esta manera, en realidad, las condiciones estables del organismo son dinámicas y no estáticas.

Esta propiedad de poder mantener constantes las condiciones internas, aunque haya grandes variaciones en las condiciones externas, es lo que permite, en cierta medida, que el ser humano se independice o que no viva tan sometido o tan estrictamente sujeto al medio, y se adapte en cambio a condiciones muy variadas.

Cannon extendió este concepto de homeostasis, indebidamente, déla biología a otros campos; posteriormente también se lo incorporó a la psicología, donde coincide con la finalidad de la conducta, que es la de mantener constantes las condiciones internas de un campo dado, del cual el organismo es uno de los integrantes.

La homeostasis no es una causa y constituye un error apelar a este término como una razón suficiente de los fenómenos; la homeostasis denomina una cierta regularidad con la que los fenómenos ocurren y se relacionan. Stagner y Karwoski aclaran que no es correcto hablar de que el

nismo mantiene la homeostasis, porque esto sería equivalente a decir in cuerpo que cae mantiene la gravitación. Se trata, en síntesis, de °P? ^{cvl} animización de los fenómenos y, en este caso, de la homeostasis, no debe por lo tanto ser considerada como un verdadero *deus ex*

Stagner y Karwoski hacen una diferenciación entre una homeostasis táctica y otra dinámica; la primera corresponde a la restitución fisiológica romática del equilibrio, sin intervención de la experiencia, mientras que i segunda es la que aparece en situaciones más complejas, en las que interinen no sólo centros bulbares o subcorticales, sino también los centros uDieriores que incluyen el aprendizaje, la memoria, el pensamiento. Este distingo nos parece innecesario e introduce nuevamente, además, la dicotomía innato-adquirido.

Para los cibernetas el fenómeno de la homeostasis puede considerarse como un caso particular de los llamados mecanismos de realimentación o servomecanismos e, inclusive, habría una ventaja en denominarlos de esta última manera, porque así se respeta la continuidad del mismo proceso en los diferentes fenómenos, ya de los seres vivos, ya de los no vivos. Los servomecanismos más sencillos logran el control y la regulación de una máquina mediante funcionamiento propio. Si la máquina acelera su funcionamiento se pone automáticamente en juego el control que la regula, y lo mismo en el caso de disminución. Este aporte de la cibernética es muy promisorio, tanto como otros, para la psicología, pero se debe evitar el error de explicar la homeostasis dando como causa de la misma a la realimentación o los servomecanismos.

El concepto de homeostasis en psicología se refiere entonces, en síntesis, a que el campo psicológico tiende a mantener constantes sus condiciones de equilibrio o a recuperarlas si las ha perdido; esta tendencia a la desorganización o al desequilibrio proviene en parte de la propia inestabilidad del campo psicológico, pero también del campo ambiental o geográfico. Las modificaciones que tienen lugar en el campo constituyen lo que denominamos conducta, la cual puede resultar, predominantemente, ya sea en una modificación del sujeto o del resto del campo. Según sea el caso, hablamos respectivamente de conductas auto y aloplásticas. Estas últimas conducen a una modificación del campo ambiental, si el sentido de realidad es suficiente para que ocurra la coincidencia entre campo psicológico y ambiental.

De esta manera, la adaptación del ser humano a las condiciones eternas tiene un sentido especial, dado que dicha adaptación se logra no °on un sometimiento pasivo a las condiciones externas, sino manteniendo °nstante su estructura, es decir, se adapta sin cambiar o, mejor dicho,

cambia lo necesario para no modificarse. Otra característica importante de este tipo de adaptación es que se modifica el mundo externo a las necesidades del ser humano, y esto es válido tanto física como psicológicamente: tendemos a mantener una imagen del mundo externo que no perturbe nuestro campo psicológico, y también en función de ello se percibe o se reprime la percepción.

Sin embargo, tampoco se logra mantener de manera totalmente fija e invariable la constancia de la estructura del campo psicológico y de la personalidad total y cada vez que se ha perturbado y recuperado el equilibrio la estructura no vuelve nunca a ser exactamente la misma que existió antes. Esto posibilita el proceso del aprendizaje, es decir, la modificación más o menos estable o permanente de la conducta a raíz de determinadas experiencias.

3. Tensión y ansiedad

La tensión no existe independientemente del campo y no es tampoco una causa que se agrega para producir fenómenos; sólo es uno de los fenómenos. Cuando un organismo o un campo mantienen estabilizada una estructura definida, decimos que no hay tensión, mientras que afirmamos su existencia cuando una desorganización no ha sido totalmente superada con una nueva estructura estabilizada.

La tensión es una cualidad del campo tanto como del organismo y *puede o no ser subjetivamente percibida*. Cuando la desorganización o el estado de tensión del campo se estudia en el sujeto, la llamamos ansiedad,

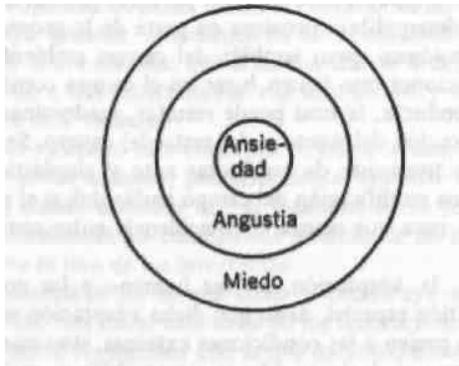


Fig. 17. Manifestaciones de la tensión

que también, por lo tanto, es tanto tensión como conducta. Subrayamos que la ansiedad es una conducta y tiene, por lo tanto, todas las características que hemos definido para ésta. La ansiedad es una conducta desorganizada o desordenada, que tiende imperiosamente a organizarse u ordenarse, como todo desequilibrio del campo. Es por lo tanto un error partir de la tensión o la ansiedad para explicar y comprender la conducta, porque pasarían a ser consideradas como causas primigenias e irreducibles a otros fenómenos.

El correlato subjetivo de la tensión del campo es la ansiedad, pero la tensión puede aparecer en las tres áreas o sólo en alguna de ellas, y recibe distintos nombres según su predominio en alguna de las tres áreas de manifestación de la conducta. Si es subjetivamente percibida, es decir, si aparece en el área de la mente o área uno, se reserva para ella el nombre de ansiedad. Si aparece como fenómeno predominante en el área dos o del cuerpo, la llamamos angustia (temblor, diáforesis, poliúrea, etcétera), mientras que se denomina miedo si aparece en el área tres, es decir, ligada o referida a un objeto concreto.

Como ya se sabe, estos fenómenos pueden coincidir, tanto como pueden presentarse aisladamente o bien pueden alternar o sucederse.

4. Señal de alarma

La tensión en el campo, o su correlato subjetivo, la ansiedad, funciona como señal de alarma, en el sentido de que la desorganización que implica promueve nuevas manifestaciones de conducta que tienden a restablecer el equilibrio. Entiéndase bien que no se trata de una sucesión en la que la desorganización produce la ansiedad y ésta produce la conducta, sino que la desorganización es en sí la ansiedad, y tanto ésta como las nuevas conductas son, todas y siempre, emergentes del campo total.

Si esta desorganización alcanza un nivel demasiado intenso o amplio no se produce un reequilibrio, la ansiedad no funciona como señal de alarma y se ha sobrepasado la capacidad automática del organismo de recuperar su equilibrio. La ansiedad se transforma, en estos casos, en la conducta predominante, porque para que ella funcione como señal de alarma se requiere una intensidad óptima que no debe ser sobrepasada. En otros términos, el campo restablece su equilibrio, automática o espontáneamente, siempre que su desorganización no haya sobrepasado determinado nivel; por encima de este umbral, la desorganización subsiste y con ella la tensión y la ansiedad. En ese caso, la desorganización es la estructura particular del campo o del organismo.

La señal de alarma es la base sobre la que se estructura la posibilidad de postergar respuestas con una mejor integración.

De esta manera, la señal de alarma permite anticipar o prever situaciones, en cuanto se reacciona ya anticipadamente o se prepara la respuesta, ante la existencia actual de señales mínimas de una situación de peligro ante las cuales funciona previsoramente la señal de alarma y las conductas adecuadas.

5. Finalidad de la conducta

El concepto de finalidad de la conducta lo hemos visto ya como equivalente del de función de la conducta. Podemos decir también que se relaciona con la tendencia de todo campo u organismo al equilibrio homeostático, a mantener constantes sus condiciones internas, libres de tensión. Es lo mismo a que aludía Fechner con la denominación de principio de constancia y a que Freud se refería, posteriormente, siguiendo a B. Low, como principio del Nirvana.

Debemos todavía aclarar que la finalidad de la conducta no es la de eliminar toda tensión, sino la de mantener a ésta en un nivel óptimo, constante, característico del organismo. El desarrollo óptimo de la personalidad se alcanza con un grado óptimo de ansiedad, y no con su ausencia total.

En segundo lugar, se debe considerar que nunca se recupera totalmente el estado de organización y de equilibrio anterior, sino que en esta creación y regulación de tensión van paulatinamente apareciendo nuevas formas de reacción y nuevas integraciones, de tal manera que en este proceso ocurre un aprendizaje. La finalidad que se logra con la conducta no es una finalidad mecánica, sino que ocurre o tiene lugar un verdadero proceso de aprendizaje y de adaptación, con creaciones nuevas; la conducta, sin embargo, puede ser también estereotipada, de tal manera que no hay ruptura de viejas pautas de conducta ni creación de nuevas.

Aclaremos, nuevamente, que la finalidad de la conducta no es trascendente a ésta, sino que está implicada, desde luego, en ella. Su relación y su diferencia con la teleología estriba en que la finalidad se resuelve en el examen de la causalidad, mientras que la teleología se trasvasa en el animismo. Finalidad de la conducta no se refiere a la intención consciente ni a una intención entelequial, sino a la prospectiva implícita en todo suceso presente. E. von Bruecke (citado por Cannon) decía que "la teleología es una dama sin la cual el biólogo no puede vivir y con quien, sin embargo, se avergüenza de mostrarse en público". Esta situación termina cuando consecuentemente se reduce la finalidad a una descripción del suceso y no

una fuerza especial y misteriosa que persigue un objetivo. Nos oponemos R a todas las creaciones entelequiales, como la "psicoide" (Driesch), que „ un elemento que dirige desde el exterior y que "utiliza" la materia para „s fines. Insistimos en que la conducta es esencialmente reguladora de tensiones y esto es lo que debe entenderse por finalidad, y que esta función reguladora se cumple tendiendo toda conducta a un algo: objeto o situación.

6. Descarga de tensión

Toda conducta tiene, entre sus cualidades, la de lograr una finalidad, la de liberar o resolver una tensión originada por la desorganización del campo. Ocurre, por otra parte, que en algunos casos este alivio de tensión, es decir, la finalidad de la conducta, pasa a tener un papel en primer plano.

Esta es la función predominantemente jugada por algunas conductas regresivas, desordenadas, aparentemente irracionales e inadecuadas, tales como el pateo, chupeteo, crisis nerviosas, erección genital, etcétera.

M. Ribble ha estudiado el papel de la tensión en el recién nacido y en el desarrollo del niño, y especialmente el papel que cumple la succión como descarga de tensión y reguladora, por lo tanto, de las funciones del organismo. Al igual que otros autores que se han ocupado del tema, observó que con la succión el niño no sólo logra su alimento, sino que existe una necesidad de succión en sí, como actividad muscular y descarga de tensión; han descrito también perturbaciones del desarrollo a raíz de una insuficiente descarga de tensión, algunas de naturaleza irreversible y grave. Todas las necesidades del recién nacido incrementan, en forma difusa, la tensión total del organismo, y esa tensión está conectada básicamente con el hambre, la asfixia, la nutrición deficiente de los tejidos por una circulación no del todo bien estabilizada y por un déficit de regulación del sistema nervioso central, que no tiene aún bien establecida su coordinación. En un 30 a 60% de los niños, la tensión muscular es intensa, y se alivia o desaparece cuando succionan o cuando se les golpea suavemente la cara. La desaparición de la tensión, su descarga y, por lo tanto -en este ejemplo-, la succión, implica una mejor regulación de todas las funciones (nerviosa, circulatoria, respiratoria, digestiva, etcétera).

El problema de la tensión y su descarga juega también un *rol* muy importante en la conducta del adulto y en algunas modificaciones psicopatológicas, tal como la crisis epiléptica, en la cual aparece, inclusive, una situación placentera después de la "descarga".

Cuando hablamos de descarga de tensión, se utiliza un modelo meca-

cista que, a todas luces, es inadecuado. En realidad no se "descarga" nada. Lo que realmente ocurre es que una nueva organización o estructura del campo, del organismo y de la conducta, reemplaza a una anterior. Si - por ejemplo- un alumno está tenso porque espera el resultado de su examen, al recibir el resultado positivo deja de existir la tensión, pero no porque se haya "descargado", sino porque el campo, su organismo y su conducta, cambian de organización, de estructura.

Bibliografía

Boutomer, J.; Cannon, W. (a, b, c); Dempsey, E.W.; Emerson, A.E.; Fenichel O. (b); Freud, S. (f, k); Goldstein, K. (a, b); Henry, J.; Hoch, P.H.; Zubin, J.; Kubie' L.S.; Mace, C.A.; Rapaport, A.; Ribble, M. (a, b, c); Ruesch, J.; Prestwood A R ■ Sluckin, W.; Spitz, R. (b); Stagner, R.; Toch, H.; Hastort, A.H.; Ueberwasser W • Walkei, N.

Capítulo VIII

Objeto de la conducta

1. Brentano, Freud

Reaccionando contra los intentos de edificar la psicología sobre el modelo de las ciencias de la naturaleza, F. Brentano planteó las bases de una psicología empírica, reconociendo en las funciones psicológicas un contenido, un objeto o fin. Para Brentano, los fenómenos psicológicos, a diferencia de los físicos, son intencionales, es decir, contienen o se dirigen a un objeto o se relacionan con un contenido, y esto es, precisamente, lo que distingue, según él, a los fenómenos psicológicos de los fenómenos naturales.

Lo que en la terminología actual estudiamos como objeto de la conducta, Brentano lo incluyó en el carácter intencional de la conciencia; este último calificativo no se refiere al fenómeno subjetivo de la intención, sino a una cualidad de la conciencia. En la representación algo es representado, en el amor algo es amado, en el odio algo es odiado.

Al respecto, decía el mismo Brentano: "Todo fenómeno psíquico está caracterizado por lo que los escolásticos de la Edad Media han llamado *inexistencia intencional* (o mental) de un objeto, y que nosotros llamaríamos, si bien con expresiones no enteramente inequívocas, la referencia a un contenido, la dirección hacia un objeto (ñor el cual no hay que entender aquí una realidad), o la objetividad inmanente. Todo fenómeno psíquico contiene en sí algo como su objeto, si bien no todos del mismo modo". Todavía hay que aclarar, como lo hace el traductor de la edición en castellano, que la palabra *inexistencia* no significa la no existencia, sino la "existencia en".

Brentano se vio necesitado —como nosotros ahora- de reiterar la aclaración del concepto de "Inexistencia intencional" tomado de los escolásticos: "Esta expresión ha sido mal comprendida, creyendo que se trata de proposición y persecución de un fin. Quizás hubiera sido mejor evitarla; los escolásticos usan más frecuentemente aun la expresión 'objetivo', en vez de intencional. Se trata, en efecto, de que para el objeto psíquicamente activo, y como tal, algo está presente en su conciencia de cierto

modo, ya sea como meramente pensado, ya sea como apetecido, rehuido u otro modo semejante. Si di la preferencia a la expresión 'intencional' lo hice porque tenía por mayor aun el peligro de un equívoco si designaba lo pensado con los términos de pensado como objetivamente siendo, p_{Ue}r los modernos suelen llamar objetivo a lo que existe en realidad, por oposición a los fenómenos 'meramente subjetivos', a los cuales no corresponde ninguna realidad."

El fenómeno psíquico tiene, para Brentano, una objetividad inmanente, y por ello los fenómenos psíquicos tienen que ser considerados actos en sí mismos; si se observa una silla, el fenómeno que estudia la psicología no es la silla, sino el acto de ver. Pero no existe el ver como tal, sino referido a un objeto que es visto. Esto es, que el fenómeno psíquico es un acto que siempre implica un objeto, es decir, se refiere a un contenido. Los fenómenos físicos -siempre, según Brentano- son fenómenos en sí, se "autocontienen" y para existir no necesitan referirse a otros objetos; el acto psíquico posee intención o referencia a objetos, mientras que el fenómeno físico es intrínsecamente completo. Todo fenómeno psíquico se refiere siempre a un contenido como parte de su propia naturaleza.

Husserl retoma el concepto de Brentano haciendo distintas objeciones y funda la moderna corriente fenomenológica. Para él, la intencionalidad no es una característica descriptiva de las vivencias psíquicas, sino precisamente el total concreto de la relación sujeto-objeto, así que no sucede ni dentro del sujeto ni fuera en las cosas.

Por otra parte, con una línea de investigación propia -aunque asistió a los cursos de filosofía de Brentano—, Freud estudió los instintos y describe también a través de ellos el carácter objetual de la conducta. Entre las propiedades que estudia en los instintos (fuente, fin, carga y objeto), reconoce el carácter independiente del objeto en el sentido de que éste no está predeterminado, no es una característica innata del instinto, sino que depende de las experiencias del sujeto. De tal manera, una misma finalidad del instinto (descarga de tensión) puede ser lograda con objetos diferentes que no están configurados como característica innata del instinto; es el caso de la tensión sexual, que puede ser aliviada o descargada con un objeto del mismo sexo, del sexo distinto, con un fetiche, etcétera.

Las investigaciones de Brentano, tanto como las de Freud, conducen ambas a descubrir que toda conducta está siempre ligada a un objeto. Sin embargo, Freud no prosiguió consecuentemente esta línea de investigación, sino la del instinto como impulso: M. Klein y la escuela inglesa de psicoanálisis son los que retoman la investigación del objeto de la conducta, aunque sin abandonar la noción de impulso como hecho básico. Con los estudios de Lagache y de E. Pichón Rivière aparece en la psicología y en el

análisis la necesidad de un estudio consecuente de todos los fenómenos conductuales y en función de la relación objetual.¹⁰ El concepto de objeto es amplio y Jaspers lo define como "todo lo

está frente a nosotros, lo que tenemos delante de nosotros en los ojos internos espirituales, o los ojos externos del órgano de los sentidos, lo que nos atrae, pensamos o reconocemos, todo aquello a que podemos estar referidos, respecto de algo que está enfrente, sea real o irreal, evidente o abstracto, claro u oscuro".

Brentano planteó el objeto de la conducta como problema filosófico, Freud como dato psicológico, y es Tolman quien lo caracteriza en términos experimentales o behavioristas. Para este último autor, la conducta es intencionada, es una modificación que se realiza en dirección a un fin, y es esto lo que hace que la conducta tenga una organización, una unidad. La intención no es una fuerza directriz, exterior al proceso de la conducta, sino una cualidad descriptiva de la misma, es el itinerario de aproximación o evitación de objetos por ciertos medios escogidos; la conducta es el conjunto de acciones o movimientos dirigidos a un objeto.

2. Conducta como vínculo

Al aceptar que toda conducta está siempre ligada a un objeto (relación objetual), se está describiendo el hecho de que la conducta es siempre un vínculo con otros, una relación interpersonal; toda acción en el mundo externo es, obviamente, una relación del sujeto con un objeto (animado o inanimado) que en este caso es concreto; pero también toda conducta en el área de la mente o del cuerpo está siempre referida a un objeto, que en este caso es virtual, pero no por ello menos real, desde el punto de vista psicológico.

Aun la relación con un objeto concreto inanimado implica la existencia de objetos virtuales, porque la conducta es primordial y fundamentalmente un vínculo con otros seres humanos; en otros términos, es siempre una relación interpersonal. Todo contacto con objetos inanimados se hace en función de pautas de conducta asimiladas en la relación interpersonal, y todo objeto tiene o contiene "cristalizada" una cantidad de vínculos humanos; la relación con objetos "contiene" siempre vínculos humanos.

En la formación de la conducta humana no actúan estímulos *in abstracto*, sino siempre estímulos sociales o interpersonales. La conducta de un sujeto con una mesa, por ejemplo, no es la conducta con una abstracción de mesa, sino con una mesa concreta, pero en la que se yuxtaponen objetos virtuales, porque no se forma la conducta con la mesa *in abstracto*,

sino siempre en relación con otros (comiendo, jugando, etcétera). La relación con objetos contiene o implica siempre vínculos humanos. Un niño que juega con un aro, juega virtualmente con otros o contra otros. El niño que se chupa el dedo, reemplaza en el dedo (objeto concreto) al pecho de su madre y a ella misma (objeto virtual).

De esa manera toda conducta es siempre un vínculo, un precipitado de la relación interpersonal o, dicho de otra manera, toda conducta se refiere siempre a otro. La relación con las cosas es siempre un derivado de las relaciones con las personas, de las relaciones interpersonales; los objetos son siempre mediadores que se cargan de las cualidades de las relaciones humanas. Las pautas de conducta se asimilan o aprenden siempre en relación con otras personas.

En este sentido, la conducta no es solamente un vínculo, sino siempre un vínculo humano, en forma concreta y/o virtual. Este vínculo virtual y el objeto virtual de todo vínculo concreto es lo que Freud presentó como contenidos inconscientes.

Toda conducta es siempre un vínculo, una *Gestalt*, constituida por un objeto, el sujeto o parte del sujeto (el yo) y una determinada pauta o calidad de la relación (la estructura), y estos elementos no se dan nunca por separado.

Toda nuestra conducta frente a objetos presentes está, en gran proporción, influida o condicionada por las experiencias anteriores que hemos tenido con otros objetos. La conducta resulta tanto más adecuada cuanto más se superponen el objeto concreto y el objeto virtual, y resulta tanto más discordante cuanto más se separan o difieren; esta última es la base de la conducta delirante y alucinatoria.

La relación con objetos reales presentes modifica y rectifica las experiencias anteriores, de tal manera que la conducta puede resultar totalmente adecuada al objeto, pero puede también ocurrir que las características reales del objeto presente no alcancen a rectificar la conducta que se activa en relación predominante con el objeto virtual.

M. Klein ha estudiado sistemáticamente la relación y el interjuego entre objetos externos y objetos internos o virtuales, y ha extendido esta investigación a toda la psicología y psicopatología (la teoría de la relación objetal). A diferencia de Freud y otros autores que aceptaban un prolongado período an-objetal en la vida del niño, M. Klein postula la existencia de la relación objetal desde la primera experiencia del niño. Muchos fenómenos que Freud describió como an-objetales (narcisismo, autoerotismo, etcétera), son para M. Klein vínculos, es decir, tienen una relación objetal.

Hay una cierta superposición entre los términos relación objetal, vínculo y relación interpersonal; esta última pone el énfasis sobre la tota-

A del grupo que se considera, el vínculo se centra en el tipo de unión A relación, mientras que la relación objetal tiene más en cuenta las características con las cuales el sujeto interactúa con el objeto externo. En síntesis, afirma que toda conducta es siempre una experiencia con otros seres humanos y que esto es lo más importante en la formación de pautas de conducta tanto como en la personalidad total.

F. Pichón Rivière ha estudiado sistemáticamente la psicología del niño y ha realizado aportes originales, reconsiderando la psicología y el psicoanálisis desde la estructura del vínculo, tanto como ha investigado en el terreno de la psicopatología desde este enfoque tan promisorio. El término vínculo se reserva para toda la estructura, formada por el sujeto o el yo del mismo, el objeto o parte del objeto y la calidad de la relación entre ambos; incluye o implica también el concepto de relación interpersonal y de relación objetal. El tipo de unión o relación entre sujeto-objeto es lo que estudiaremos como estructura de la conducta. Rickman consideraba que la psicología, en su totalidad, podía ser dividida en áreas de investigación, según el número de personas implicadas, pudiéndose hablar de psicología unipersonal, bipersonal, tripersonal, tetrapersonal y multipersonal. La psicología unipersonal es la que se atiene a examinar lo que pasa "dentro" de cada persona tomada aisladamente: estudia los aspectos neurológicos de la sensación, aprendizaje, memoria, imaginación, introspección, etcétera. El observador que interviene en este caso no tiene ninguna relación con la persona observada, o por lo menos se presume que es así, o se ignora que no es así. En ese caso, el ideal para el observador es un robot. Esta psicología unipersonal es lo que algunos califican duramente de "psicología de las ratas" o de "psicología de latón". En la psicología bipersonal se entra en la psicología de la relación, por lo tanto en la psicología del vínculo. Todo el psicoanálisis, por ejemplo, es una psicología bipersonal. Pichón Rivière se refiere a esto, rectificando que la psicología no es realmente bipersonal, sino bicorporal y multipersonal, en el sentido de que aunque sólo intervienen dos personas, el campo psicológico incluye siempre a otros, es siempre un grupo formado por más de dos personas. Tomando sistemáticamente el vínculo de esta relación real es como se construye la psicología social como instrumento y como teoría.

3. Tipos de objeto

La relación objetal tiene otro antecedente importante en la interpsicología de Tarde, la que, en rigor, según lo señala Agache, debería llamarse interpersonología y no interpsicología. Más contemporáneamente, Sulli-

van ha creado la corriente de la psicología de la relación interpersonal, y Hesnard trata como sinónimos la relación interpersonal, el vínculo y }a relación interhumana. Especial mención corresponde a las investigaciones y aportes de Fairbairn.

Sin embargo, creo de valor establecer una diferencia entre relación de objeto y relación interpersonal. La primera se refiere predominantemente al objeto del campo psicológico; la segunda, al objeto del campo ambiental. O, en otros términos, se relacionan con lo que la escuela kleiniana designa, respectivamente, como objeto interno y objeto externo. Por supuesto que estas diferencias no son absolutas, sino que son elementos de un proceso de interacción dialéctica entre realidad externa y realidad psicológica. Todos los objetos internos provienen siempre de experiencias y relaciones con objetos externos, pero no son su copia ni su "doble".

M. Klein ha reconocido dos tipos fundamentales de objeto y -por lo tanto- dos tipos de relaciones objétales. Uno es el objeto parcial: aquel que sólo resume o contiene experiencias de un solo tipo (buenas o malas), mientras que el objeto total es aquel sobre el cual coinciden, al mismo tiempo, experiencias contradictorias u opuestas (buenas y malas). A ello hemos agregado el reconocimiento del núcleo aglutinado, que es un objeto no discriminado y que configura lo que he denominado una relación sincrética de objeto o relación con objeto aglutinado. Sincretismo es un término introducido por Renán y retomado por Wallon, para caracterizar un modo global de aprehensión que deja al objeto sin diferenciación, sin discriminación.

Como ya lo hemos dicho, no hay objeto sin una relación específica con el mismo, y tampoco hay vínculo sin un objeto. No hay conducta que no sea un vínculo. La diferenciación de objeto parcial, total y aglutinado aclara muchos problemas, tanto de la psicología normal como de la psicopatología.*

4. Comunicación

Se llama comunicación al proceso por el cual los seres humanos condicionan recíprocamente su conducta en la relación interpersonal. Es evidente que en este proceso juega un papel de primera magnitud el lenguaje, por

* Lo que aquí se designa como "objeto aglutinado" sufrió una modificación y ahora lo designo Núcleo aglutinado, dejando la palabra objeto sólo para el parcial y ^e total. Al respecto se puede encontrar una información más amplia en los capítulos III y IV de *Simbiosis y ambigüedad*. Buenos Aires, Paidós, 1967.

El instrumento más perfeccionado de comunicación, pero tenemos al mismo tiempo que tomar en consideración otros medios, que operan en forma aislada o bien acompañando al lenguaje.

El concepto de comunicación se hace así muy amplio, ya que incluye todos los procesos en los cuales la conducta de un ser humano —consciente o inconsciente— actúa como estímulo -en forma intencional o no- de la conducta de otro u otros seres humanos. Y a su vez el efecto producido, la conducta emergente, reacciona como estímulo que modifica la conducta primera. En su sentido más amplio, la comunicación incluye todo intercambio de mensajes, transmisión de significaciones entre personas o grupos, e incluye siempre, esquemáticamente, un emisor, un mensaje y un receptor. Todo mensaje tiene un contenido significativo y una función.

La comunicación puede ser interindividual o diádica, intragrupal e intergrupala, según opere entre dos individuos o dentro de un grupo o entre grupos entre sí. Puede sufrir alteraciones por distorsionada e incompleta, provocando separación, malentendidos y conflictos. Ruesch, en investigaciones muy promisorias, ha reconsiderado la psicología y la psicopatología en función de la comunicación.

La comunicación no sólo opera como agente estimulante unidireccional, sino como un circuito completo que implica un proceso de retroacción, retorno o *feed-back*, en el cual el receptor se convierte a su vez en emisor. Y este proceso funciona como un control de la conducta y corrección de la misma, por la recepción de información sobre los efectos del mensaje (la conducta). El *feed-back* puede ser positivo o negativo, según incrementa las tendencias existentes o lleva a una estabilización del sistema.

La palabra, por su valor simbólico, cumple un *rol* esencial en el proceso de la comunicación, reproduciendo en el receptor el contenido simbólico del efector. Pero, junto con la palabra, resultan estímulos para la conducta del otro (receptor) los fenómenos del área del cuerpo y los del mundo externo. Es la llamada comunicación preverbal: timbre de la voz, actitudes, gestos, acciones, etcétera.

Como la conducta de una persona puede estar en contradicción en las distintas áreas, resulta posible que deseando obtener una respuesta dada, o un efecto determinado, se obtengan respuestas no deseadas, pero que han sido condicionadas por el mismo efector por medio de la comunicación con las áreas o conductas no conscientes, proceso de gran importancia sobre el cual no nos podemos extender aquí.

El lenguaje es una conducta que no sólo transmite un significado intencional por su contenido consciente sino que, al mismo tiempo, es un mulo ^{para} la conducta del otro, suscitando acciones o modificaciones

corporales. En algunas oportunidades la palabra, como acción sobre el otro, ocupa un lugar de primer orden, por encima de su contenido simbólico explícito. La comunicación (verbal y preverbal) tiende a estereotiparse con mucha facilidad, y cada individuo o grupo llega a tener un cierto repertorio, más o menos fijo, de técnicas de comunicación, que limitan pero que al mismo tiempo controlan la comunicación. Siguiendo a Goldstein, podemos admitir los siguientes empleos del lenguaje: a) como medio que permite hacer presente en otros ciertos pensamientos del efector; b) como señales ligadas a situaciones actuales, concretas y presentes: lo que se dice alude a lo que está ocurriendo ahora, en lugar de expresar o representar símbolos de objetos ausentes. Esta es, fundamentalmente, la función que estudia el psicoanálisis en la relación terapeuta-paciente; c) el lenguaje afectivo emplea las palabras como "vectores de intención"; d) el empleo del lenguaje sin intención de comunicación (psitacismo).

Además de la importancia que esto tiene para estudiar las perturbaciones de la personalidad y de las relaciones grupales, la comunicación preverbal asume normalmente una gravitación de primer orden en la formación de la personalidad del niño, ya que ésta se produce por un proceso de identificación con la conducta del adulto y, precisamente, con aquella conducta que está menos sometida al control. Esto adquiere suma importancia, porque toda experiencia se incorpora o introyecta en un aspecto doble, uno instrumental y otro normativo, que veremos mas en detalle al estudiar el yo y el superyó.

El proceso de comunicación nos permite analizar y reconocer la enorme importancia que tienen los seres humanos, unos sobre otros, y cómo los estímulos más importantes y significativos que forman y condicionan la conducta no provienen del medio físico, sino de otros seres humanos, de sus conductas. En este proceso de comunicación se concreta la socialización del ser humano, porque todo el proceso de condicionamiento recíproco de los seres humanos, a través del proceso de la comunicación, se lleva a cabo según normas y contenidos dados en una estructura social determinada, que también se transmiten, implícitamente, en los mensajes.

Bibliografía

Bleger, J. (d, e, 0); Brentano, F.; De Waelhens, A.; Fairbairn, W.R.D.; Fink, E.; Freud, S. (c, h); Frick, F.C.; García de Onrubia, L.F.; Guntrip, H.; Hesnard, A.; Jaspers, K.; Klein, M. (a, b); Koolhaas, G.; Lagache, D. (i); Liberman, D.; Lyotard, J-F.; Maisonneuve, J.; Merleau Ponty, M. (d); Miller, A.A.; Mullahy, P.; Rolla, E.; Ruesch, J. (a, b, c, d, e); Sluckin, W.; Spiegel, R.; Spitz, R.A. (a, b); Stoetzel, J.; Sullivan, H.S. (a); Tra-Duc-Thao; Wallon. H. (c, f); Winnicott. D.W.; Langer, S.; Baran-ger, W. (5,c, d); Bouvet, M.; Masserman, J.H.; Goldman, A.E.

Capítulo IX

Sentido de la conducta

1. Sentido o significado

Cuando se estudia la conducta en su nivel psicológico, como conducta molar, una de sus características fundamentales es la de poseer sentido o significado.

Siempre se ha ligado el valor de la palabra a su capacidad significativa, es decir, a su capacidad de poder representar, simbólicamente, cosas concretas, y de poder además transmitir con ella una idea, intención o pensamiento del que habla. De igual manera siempre se ha relacionado y valorado, muy especialmente, una gran cantidad de gestos y actitudes como significativos, es decir, que representan también una intención o una idea.

A partir de los estudios de Freud, este cuadro de la conducta se ha ampliado y complicado enormemente; se ha demostrado que no sólo tienen significado o sentido las palabras, gestos y actitudes que intencionalmente utilizamos, sino que también tienen sentido las manifestaciones que escapan a nuestro control voluntario o consciente: gestos, actitudes, actos sintomáticos, sueños, etcétera. En este sentido, el aporte de Freud fue mucho más amplio, porque abarcó dentro del sentido los síntomas neuróticos e inclusive el delirio. En la actualidad, podemos afirmar que *toda conducta del ser humano es siempre significativa*, tiene un sentido, se trate de conductas normales o anormales, intencionales o no, conscientes o no.

El sentido o significado es siempre una relación, tal como lo ha estudiado detenidamente W. Blumenfeld, pero ésta puede ser de tipo muy distinto, por lo que —dice el mismo autor— "no es lícito tratar la palabra sentido' como si se refiriera a un concepto inconfundible e inequívoco,⁵¹¹⁰ que se debe exigir que tanto en la filosofía como en la psicología ^da autor manifieste explícitamente, al usarla, cuál es el concepto de sentido a que se refiere su reflexión".

2. El sentido como suceso humano

Hemos de emplear como sinónimos los términos sentido y significado, y nos referimos con ellos a la relación que tiene siempre la conducta con la vida y la personalidad total del sujeto y con una situación dada; pero lo que mejor califica el sentido es el hecho de que toda conducta es un suceso o acontecer humano, y damos el significado de la conducta cuando la referimos en términos de acontecer humano, en lo que posteriormente estudiaremos como Dramática.

Excluimos terminantemente el supuesto de que una característica del sentido de la conducta sea el hecho de que haya intención de comunicar o significar algo. Sentido no implica intención ni voluntad.

Toda conducta tiene sentido cuando la relacionamos con la vida del sujeto en las situaciones concretas en que dicha conducta se manifiesta¹ un movimiento de los brazos deja de ser solamente un movimiento y pasa a ser suceso humano —conducta molar— cuando conocemos su sentido: rechazo, acercamiento, saludo, etcétera. Toda la relación humana y toda la vida del ser humano son significativas, pero, por ser un hecho tan habitual, no distinguimos con suficiente claridad cuándo describimos y cuándo interpretamos, de tal manera que percibimos directamente el significado de una conducta cuando la describimos. Y es que todo lo que el ser humano tiene como experiencia, posee directamente una organización, un sentido.

Blumenfeld estudió las distintas modalidades del sentido y las clasificó en semántica, final o tética, estructural o éidica, fundamentante o lógica, y de motivación. En cada una de ellas se da una relación particular, a saber:

Sentido semántico: relación entre signos y objetos.

Sentido tético (final): con algo que es un medio se persigue un fin. La relación es entre acontecimiento y acontecimiento.

Sentido estructural o éidico: relación entre las partes y el todo.

Sentido lógico o fundamentante: relación entre un enunciado y su fundamentación.

Sentido de motivación: relación entre comportamiento y su motivación.

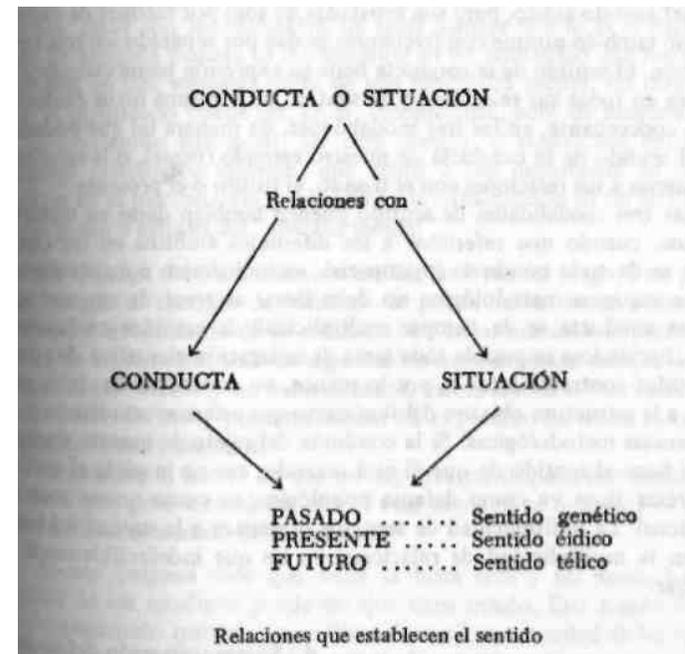
El sentido de la conducta no es un contenido que adscribimos artificialmente los seres humanos al movimiento o a la conducta de otros seres humanos; tal punto de vista procede del estudio de la conducta molécula y del ser humano abstraído del contexto social. La conducta es siempre molar y el sentido es una de sus cualidades esenciales, no algo que se agrega³ a posteriori. El proceso de fraccionamiento o elementalización hizo q^{ue}

perdiera de vista la estructura unitaria de la conducta como acción man^a en un con:exto social, cultural.

3. Modalidades del sentido

El sentido de la conducta radica en el contexto del cual ésta emerge, decir, en el conjunto de relaciones establecidas. Distintos tipos de relaciones establecen distintas modalidades de sentido, tal como lo hemos presentado según el estudio de Blumenfeld sobre el sentido en general.

Dichas modalidades de sentido de la conducta se refieren a las distintas relaciones que tiene una conducta o una situación con otras conductas u otras situaciones, ubicadas estas últimas en el presente, en el pasado o en el futuro.



La relación en el presente, entre una conducta y otra conducta, corresponde a lo que Blumenfeld llama sentido éidico y se refiere a la relación de parte con el todo y —en otros términos— la inclusión de conductas mole-

culares coexistentes en una sola conducta molar. Si consideramos un sujeto que está arrodillado, describimos de esta manera una conducta molecular el sentido de la misma se halla considerando dicha conducta molecular no en forma aislada, sino en el contexto total en el cual realmente ocurre, en una relación con otras conductas moleculares (posición de las manos, actitud del cuerpo, expresión de la cara, etcétera) y en una situación dada (iglesia, por ejemplo). Si reubicamos la conducta molecular en el contexto de la totalidad de la cual es sólo una parte artificialmente aislada, encontramos la conducta molar y su sentido (rezar), tanto como su carácter de experiencia humana (encuadre dramático).

El sentido télico está incluido en la relación de la conducta con propósitos, aspiraciones o ideales que se pretende alcanzar u obtener, mientras que el sentido genético se halla implicado en la relación de la conducta con otras conductas o situaciones del pasado. En realidad, estas dos últimas forman también parte de la totalidad única y de la situación presente, es decir, del sentido édico, pero son separadas no sólo por razones de exposición, sino también porque con frecuencia se dan por separado los tres tipos de relación. El sentido de la conducta tiene su expresión plena cuando se la considera en todas sus relaciones y el sentido de la misma no es excluyente, sino concordante, en las tres modalidades, de manera tal que podemos hallar el sentido de la conducta de nuestro ejemplo (rezar), si la referimos o restituimos a sus relaciones con el pasado, el futuro o el presente.

Estas tres modalidades de sentido pueden también darse en distintos contextos, cuando nos referimos a los diferentes ámbitos en los cuales siempre se da toda conducta (psicosocial, sociodinámico e institucional).

Este esquema metodológico no debe llevar al error de suponer que para una conducta se da siempre multiplicidad de sentidos excluyentes entre sí, haciéndose imposible toda tarea de indagación científica. Si aparecen sentidos contradictorios o, por lo menos, no concordantes, éstos pertenecen a la estructura objetiva del fenómeno que estamos estudiando y no a deficiencias metodológicas. Si la conducta del sujeto de nuestro ejemplo anterior tiene el sentido de que él está rezando, eso no invalida el sentido que el rezar tiene ya como defensa psicológica, ya como norma social o institucional. La multiplicidad de sentidos pertenece a la unidad del fenómeno en la multiplicidad de relaciones en las que indefectiblemente el tiene lugar.

4. Sustancialización del sentido

El sentido de una conducta no es un contenido o equivalente sustancial de la conducta. El significado o sentido de un símbolo deriva del

ho de que dicho signo representa un objeto o se relaciona con él, y de esquema limitado se ha derivado una relación similar entre las distintas ' *z* e la conducta. Esta relación entre signo y objeto, denominada por m menfeld sentido o relación semántica, es la que ha llevado a suponer

las manifestaciones corporales y las acciones en el mundo externo ;conductas en áreas dos y tres) son signos de un objeto o un contenido ental. No es de esta manera como nosotros afirmamos y estudiamos el «jenificado de la conducta. El "modelo" de este supuesto erróneo puede radicar en la relación existente entre la palabra como signo y el objeto aue es designado, que existe como objeto o acontecimiento concreto.

Cuando en una situación determinada un individuo adopta actitudes corporales cuyo significado, por ejemplo, es que el individuo está enojado o agresivo, este significado es inherente a la actitud o al gesto y no preexiste como contenido mental previo, del cual el gesto o la actitud sean un simple vehículo. Si el individuo no tiene conocimiento de su gesto o su actitud, éstos son inconscientes, de igual manera que lo es el significado, pero de ninguna manera lo inconsciente es un contenido que reside como sustancia en una supuesta parte de una hipotética mente. En otros términos, el significado puede ser, en sí, inconsciente, pero de ninguna manera es un contenido sustancial. De otra manera, el significado entra en un realismo ontológico ingenuo, que tanto y tan justamente ha criticado Politzer en el psicoanálisis, y que llevó a la construcción de un inconsciente como plano o estrato del "aparato mental".

En el juego de tenis están contenidas las leyes del juego, y en este sentido -según el ejemplo de Politzer- se puede hablar de un sentido o un contenido inconsciente de la conducta. De todas maneras, es preferible no hablar de contenidos, sino de significados inconscientes, porque éstos son directamente vividos y no vehiculizados, incorporados o "traducidos" por la conducta. Crítica y posición similar ha expresado Sartre en su bosquejo del psicoanálisis existencial.

Al estudiar el hecho de que no hay área privilegiada nos hemos referido ya al prejuicio mentalista, con el cual también se relaciona el error de sustancializar el sentido de la conducta.

Si una persona dice que tiene la boca seca y no puede hablar, el sentido de esa conducta puede ser que tiene miedo. Este miedo no es un Previo contenido mental que se "transforma" en sequedad de las mucosas, sino que esto último es en sí el miedo. Si esa misma persona no sólo tiene oquedad en la boca sino, además, tiene miedo, esto no significa de ninguna manera que su miedo sea la percepción o la consecuencia del estado paralar de sus mucosas, sino que ambas (conductas en área uno y dos) son

fenómenos de igual jerarquía y no el uno la causa o el "contenido" H I otro.

Nos hemos referido ya, en cierta medida, a estos hechos cuando estudiamos la teoría del fenómeno de conversión, que resulta de una conjunción de la sustancialización del sentido con una sobrevaloración o jerarquización errónea del área de la mente. Hall y Mohr hallaron que el rechazo de las madres a la maternidad o al embarazo se relaciona con el parto prematuro. Decimos que el parto prematuro tiene el sentido de un rechazo de la madre hacia el hijo, tanto como lo tenía directamente la actitud emocional de la madre, pero este último no es el contenido del primero, sino que el parto prematuro es, en sí, rechazo del hijo. No hay una conversión (transformación) del "contenido psicológico" (conducta en área uno), en un fenómeno somático, sino que este fenómeno somático es también tan psicológico como el "contenido mental"; y el hecho de que un fenómeno pueda desaparecer y aparecer otro en su lugar no significa una transformación de contenidos, sino la expresión de un mismo hecho en distintas áreas.

Adler se ha referido de una manera genérica a este tipo de fenómeno denominándolo el "lenguaje de los órganos", y con ello estaba señalando la importancia psicológica del cuerpo, como área de expresión de fenómenos que tienen siempre un sentido.

Así como las áreas de la conducta pueden estar en contradicción, de igual manera el sentido de la conducta en distintas áreas puede también estar en contradicción. Una mujer que quiere a su marido y siente su amor (área uno), puede al mismo tiempo tener frigidez (área dos), cuyo significado es de rechazo. En estos casos no hay por qué optar entre uno u otro sentido, sino que ambos son reales. A este tipo de fenómeno se refería Adler cuando decía que el cuerpo es más honesto que la mente; pero ello tampoco es rigurosamente cierto, en cuanto ambos significados son "honestos", tanto el rechazo como el amor.

De todas maneras, lo que interesa subrayar aquí es el error de transformar el sentido de la conducta en un contenido sustancial, de acuerdo con el esquema mentalista. El cuerpo no expresa lo que pasa en la "mente", sino que la conducta corporal es directamente una conducta molar, en un nivel de integración psicológico, y no puede dejar de serlo ni ser de otro modo.

Aunque ha sido Freud, como ya lo hemos dicho, quien impulsó el estudio del carácter significativo de la conducta, la orientación de sus investigaciones ha traído una cierta confusión, que aún perdura como vicio sustancialista. Al estudiar el significado de la conducta (en síntomas, sueños, actos fallidos, etcétera), Freud consideraba dichas manifestaciones como símbolos de un contenido sexual al cual simbolizaban, y en este

tido es explícita su fórmula de que las neurosis son el negativo de las ^{el}ersiones, es decir, que aparece un síntoma neurótico cuando está coar-^ la aparición de una perversión sexual. El significado del síntoma neurótico es así el contenido simbólico, sexual, inconsciente, que tiene un diento especial en el "aparato mental", en el ello. Esta es una dirección

órica que ha facilitado la sustancialización del significado de la conducta. Itra ha sido el estudio de los símbolos, es decir, de relaciones constantes y •versales, con los que es posible realizar una traducción de la conducta en su contenido simbolizado. A. Freud, por ejemplo, sostiene que es posible proceder como en las matemáticas, y "sin profundizar realmente en la comprensión psicológica del individuo que se tiene en tratamiento, la traducción de los símbolos nos descubre los contenidos del ello". Esto ha conducido a todo lo contrario de lo que el psicoanálisis representa genuinamente: a un aislamiento del individuo de su propia vida y de las condiciones en que ella se ha desarrollado y se sigue desarrollando; es decir, a un ser humano abstraído y abstracto. La confección de diccionarios de significados es una verdadera aberración del psicoanálisis, que aún tiene auge en cierta medida.

5. Significado no es relación causal

El significado de la conducta no es causa de la misma; por ello, es un error decir que la agresión, por ejemplo, es la causa de un gesto agresivo. Si se afirma esto, se olvida que el significado no es un preexistente, sino un implicado de la acción misma, una conducta o una experiencia vivida. Este "desdoblamiento" del acontecer humano es lo que Politzer ha estudiado y criticado con tanta razón como talento, atribuyendo a este artificio el origen de lo que él mismo llamó el "mito de la vida interior".

La motivación es también una relación que da sentido a la conducta, pero no todo sentido o significado es una motivación, error que se comete con mucha frecuencia, y al cual hay que atribuir la hipótesis que supone contenidas en el inconsciente las motivaciones de la conducta. Esto no invalida el hecho de que las motivaciones de una conducta puedan ser realmente inconscientes, aunque no como contenido sustancial.

De la misma manera —y en otro ejemplo ya dado— el motivo de que una persona está arrodillada no es el de que está rezando, sino que el estar así es estar rezando. De igual manera, la causa de la frigidez del ejemplo anterior no es el rechazo que la mujer tiene por su marido, sino que su frigidez es, en sí, el rechazo y este último no es un "doble" mental que actúa como causa.

6. *Carácter subjetivo u objetivo del significado*

La sustancialización y la mentalización convirtieron el significado en una experiencia "interna", que se "expresa" mediante la conducta, pero que es en sí inaccesible, está en otro plano y en el centro de la subjetividad. Para esta posición, el sentido de la conducta es subjetivo y, por lo tanto, inaccesible a cualquier indagación científica tanto como inabordable con cualquier metodología. En esta posición ha triunfado el solipsismo de Berkeley, con el agravante de que es la posición que con frecuencia sustentan las corrientes que se conceptúan como más científicas y más materialistas. Obvio es decir que esta coincidencia con el idealismo de Berkeley se debe a una falta de consecuencia en una posición materialista y científica.

Decir que el significado de la conducta es subjetivo, es tanto como decir que el valor que el dinero representa no es un valor objetivo, sino subjetivo; y lo mismo para el significado de las palabras como para la señal en un camino.

El significado es un aspecto de la cultura y puede ser materialmente registrado, descrito y definido; es un valor objetivo, que debe ser tratado como tal. Gran parte del problema subjetivo-objetivo reside en una falsa disociación y contraposición de estos dos términos; el significado, siendo subjetivo, sólo puede serlo en la medida en que es también objetivo.

Bibliografía

Adler, A. (a, b, c), Blum, G.; Blumenfeld, W.; Freud, A.; Freud, S. (c, d, e); Guiraud, P.; Langer, S.; Ogden, C.K.; Richards, LA.; Politzer, G. (a, b); Rodrigué, E.; Sartre, J.P. (a); Wallon, H. (c); Morris, C.

Capítulo X **Encuadres para el estudio de la****conducta**1. *Los encuadres*

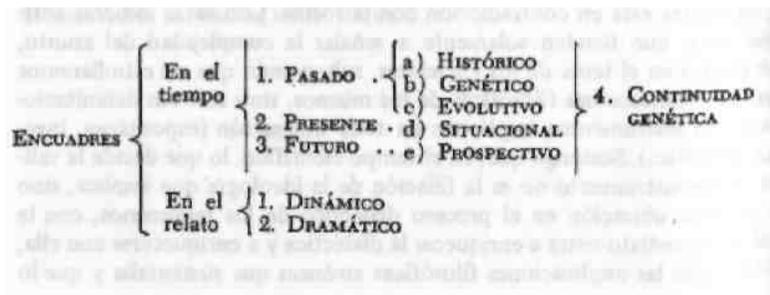
Un fenómeno es siempre muy complejo para ser estudiado en su totalidad, y nos vemos obligados a limitarlo o circunscribirlo, fragmentarlo o aislarlo, porque si partimos del conocimiento de que todo tiene relación con todo, resultan múltiples -por no decir infinitas- las relaciones que tendríamos que captar unitariamente. Cuando al estudiar un fenómeno se toma un sector de sus relaciones y se lo enfoca sistemáticamente en función de las variables que quedan incluidas en ese sector, decimos que se está utilizando un encuadre de estudio, el cual sitúa en primer lugar o en un primer plano determinadas categorías del pensamiento que, a su vez, son reflejos, cristalizados en la experiencia, de determinadas vinculaciones reales de los fenómenos que se estudian. Los encuadres no son solamente "principios" o "modelos mentales de pensamiento", sino que reflejan la ubicación filosófica del investigador y su contacto práctico con determinados aspectos de la realidad social y del objeto que estudia. Agreguemos que la utilización de encuadres no es privativa del científico; están implicados en el diario vivir y desde aquí pasan insensiblemente al campo de la indagación científica, donde perseveran, se amplían o modifican.

Lo que se estudia y la forma de estudiarlo, en cuanto son forma y contenido en complicada relación, presentan entre sí distintos nexos que surgen de un complejo proceso, en el que ora es el contenido lo determinante, ora entra éste en contradicción con la forma. Con estas someras anticipaciones, que tienden solamente a señalar la complejidad del asunto, entraremos en el tema de los encuadres, subrayando que no estudiaremos aquí las implicaciones filosóficas de los mismos, sino sólo sus delimitaciones como instrumentos implícitos en toda indagación (espontánea, ingeniosa, científica). Sostengo que, en el campo científico, lo que decide la validez de un instrumento no es la filiación de la ideología que implica, sino su correcta ubicación en el proceso dialéctico de los fenómenos, con la cual de inmediato entra a enriquecer la dialéctica y a enriquecerse con ella, rectificando las implicaciones filosóficas erróneas que sustentaba y que lo

sustentaban. Las distintas corrientes o escuelas psicológicas se ubican en encuadres unilaterales que ellas mismas aportan y que, por ser unilaterales desembocan o vienen provistos, ya, de errores y falsas implicaciones ideológicas. La discusión de estas últimas cae en la esfera del filósofo, quien puede rebatirlas y anularlas, pero con ello se rebate la ideología y no el conocimiento o el instrumento científico que aportan, aun habiendo trabajado con supuestos falsos explícitos o implícitos. Todo instrumento y todo conocimiento debe ser científicamente verificado, comprendido y ubicado en el proceso dialéctico de la investigación y en el de los fenómenos que se estudian. Y ésta es la tarea del científico en la que jamás podrá ser reemplazado por el filósofo, así como tampoco podrá reemplazar a éste

La necesidad metodológica y lógica de los encuadres tiene una característica fundamental, que es su ventaja y al mismo tiempo su defecto: utiliza un escaso número de variables (relaciones) y supone constantes las variables (relaciones) excluidas. Por ello, estos artificios de la investigación que en el momento presente todavía no pueden ser totalmente superados exigen una cuidadosa valoración de los resultados en la reubicación del fenómeno en su totalidad originaria y en la realidad de la cual, en cierta medida, se lo ha abstraído y simplificado. Al trabajar con ellos se irán logrando instrumentos cada vez más fieles, cosa que no ocurrirá mientras se haga únicamente una crítica filosófica y se espere, en forma latente, un genio salvador.

Los encuadres para el estudio de la conducta son muy numerosos y sólo nos ocuparemos aquí de los más importantes en la psicología contemporánea, agrupados en dos tipos, según su ubicación en el tiempo y según el tipo de relato utilizado. Será considerada también la diferencia entre los encuadres en función del reposo o el movimiento de los fenómenos, así como los encuadres descriptivos y motivacionales. Otros encuadres importantes, como el elementalista, totalista, conductista, "mentalista", serán incluidos en el desarrollo de otros capítulos.



Estos distintos encuadres pueden, a su vez, ser relacionados con encuadres elementalistas o totalistas, conductistas o "mentalistas". En forma •urna³» so*o os relacionaremos entre sí, tanto como con las áreas de conducta, los ámbitos (psicosocial, sociodinámico e institucional), los campos (de conciencia, psicológico y geográfico) y con los niveles de integración (psicológico, sociológico, axiológico, biológico, físico-químico)-

2. Encuadre histórico

Difícilmente se pueda valorar actualmente, en forma correcta, el progreso que ha significado para las ciencias la introducción del encuadre histórico, echando por tierra las concepciones estáticas, "fijistas", que suponían todo lo existente como invariable y como algo que había existido siempre y no podía seguir existiendo de otro modo que no fuera ése, invariable. Esto se refería o abarcaba todos los fenómenos, tanto de la naturaleza como la organización social, el régimen político, las leyes, etcétera. Sin ánimo de realizar un estudio, ni siquiera medianamente exhaustivo, del encuadre histórico, debemos sin embargo discriminar distintas acepciones del mismo, en lo que atañe específicamente al estudio de la conducta.

A) En forma bastante general y amplia se entiende por encuadre histórico la descripción, relato, recuerdo o reconstrucción, realizado en una seriación cronológica, de acontecimientos, conductas, circunstancias. En psicología, utilizado en esta acepción, se debe distinguir entre la historia o "las" historias que relata, recuerda o reconstruye el sujeto y la historia que realmente ha ocurrido, debiendo darse valor a ambas, tanto en sus coincidencias como en sus discrepancias y contradicciones. Se trata, en síntesis, en todos los casos, del estudio o indagación del curso de las conductas y/o acontecimientos (sea en el campo psicológico, de conciencia o geográfico y en sus relaciones).

El relato, descripción o recuerdo debe a su vez -para un estudio intenso- ser indagado en función de la situación presente en la cual se relata, describe o recuerda, y considerar estas manifestaciones como conductas actuales. Ampliaremos estas consideraciones al referirnos más adelante al encuadre situacional, pero desde ya es necesario aclarar que el relatar, describir o recordar la historia es reproducirla y revivir (en distintas áreas) los sucesos pasados, porque no se reproduce la historia sino como respuesta o emergente de una situación actual de la cual el sujeto es un integrante.

B) El encuadre histórico es, sin embargo, mucho más que eso: indaga o deriva una lógica o una relación entre distintas conductas, fenómenos o acontecimientos, que se han sucedido en el curso del tiempo. Aquí debemos, todavía, reconocer tres formas de distinto valor:

a) La que establece relaciones entre distintos momentos de la misma conducta (considerada en una sola área, o bien en sus distintas modalidades sucesivas); tal es el caso cuando se estudia, por ejemplo, la locomoción, desde el nacimiento hasta el dominio de la posición erecta, o cuando se estudia la presentación sucesiva o alternante de la ansiedad, angustia y miedo, como modalidades de un solo tipo de reacción. El caso en que aparece en distintos ámbitos se da al estudiar, por ejemplo, un rasgo de carácter de un chico (psicosocial) en relación con la estructura de su familia (sociodinámico).

b) La que establece relaciones o nexos entre distintas manifestaciones aparecidas en el curso del tiempo, sea en la misma o en distintas áreas de conducta; en este caso ya no se estudia una conducta dada en función de sus cambios, sino que se establecen relaciones con otras conductas que la han sucedido o precedido. El nexo o la relación que se establece no es causal, sino el de ser manifestaciones de un solo proceso o de un mismo conflicto; es el caso del chico cuya tendencia y necesidad de romper cosas en su casa se relaciona con la aparición de dificultades escolares o, más tarde, de robos a los vecinos, cuando cede aquella primera conducta. La sucesión no establece una relación de causa a efecto, sino que son manifestaciones, por ejemplo, del desamparo afectivo en su hogar. Esta acepción es la utilizada también en el caso que relaciona, por ejemplo, el temblor de un sujeto con la cefalea que lo reemplaza y posteriormente con la locuacidad, todas manifestaciones distintas de una misma situación conflictiva que el sujeto no puede resolver.

c) La que establece relaciones y postula inferencias entre conductas que se repiten en el curso del tiempo, en la historia de un individuo, un grupo o una colectividad, sea en igual forma o igual en sus resultados. Es lo que Freud ha denominado la compulsión de repetición; el caso, por ejemplo, del individuo frustrado en reiterados noviazgos, rechazado por distintos profesores, y del chico aislado por sus hermanos y falto de protección por parte de sus padres. El nexo no sólo está dado por una pauta de conducta que se reitera, sino por ser además él mismo agente en la estructuración de situaciones similares, y en promover conductas de rechazo en el prójimo o en las personas que quiere. La relación tampoco es, en este caso, de causa a efecto, sino que son todas conductas promovidas por un conflicto común estereotipado. No es tampoco el pasado que actúa como causa del presente, sino que las pautas de conducta del sujeto son también

actuales, aunque estereotipadas, configurando campos presentes también iterativos.

C) Una tercera modalidad es el establecimiento de una relación, o un nexo causal o significativo, entre distintas conductas o acontecimientos de la vida del sujeto. Esta es una acepción actualmente predominante cuando se habla del encuadre histórico en forma genética, es decir, el derivar el presente del pasado, sea en forma significativa o causal. Y, en este último caso, se superpone con el encuadre dinámico motivacional, que estudiaremos más adelante. En el ejemplo anterior, y según esta tercera modalidad, se daría como causa del rechazo que sufre el sujeto en sus noviazgos, el rechazo que sufrió históricamente en su hogar siendo niño, en lugar de considerar -como en el caso anterior— que ambos rechazos, en distintas edades, obedecen a otra causa. En este mismo ejemplo, el nexo de carácter significativo aparece cuando los sucesos históricos aclaran un suceso presente, en la medida que adquieren sentido como un estilo de vida, o en cuanto se deduce un significado común a todos estos episodios de rechazo: el de buscar castigo, sin que esto sea no obstante la causa, sino a su vez expresión de una situación conflictiva.

El encuadre histórico ha sido y es el utilizado tradicionalmente por el método clínico y constituye una de las bases fundamentales en que se ha apoyado y construido el psicoanálisis; en él la historia es una explicación del presente por el pasado y, especialmente, del presente adulto por el pasado infantil. Freud no ha desestimado, en su teoría de las series complementarias, otros factores causales, pero ha dado preferencia en su investigación a la historia infantil, no como una simple sucesión cronológica de conductas y acontecimientos, o una recopilación de hechos (crónica), sino con un nexo de sentido y causalidad. De esta manera, el psicoanálisis no sólo aporta, enfatiza y promueve la importancia del relato e indagación de lo acontecido -para la investigación y la terapia— sino que aporta una forma específica de comprender, de manejar dicho relato, es decir, una teoría histórica del presente tanto como una teoría de la historia individual, estableciendo determinadas relaciones causales entre acontecimientos de distinto orden y diferentes momentos de la vida; aunque ha prevalecido en el psicoanálisis el estudio de la historia individual (psicosocial), en la que una conducta actual se explica por conductas pretéritas del mismo individuo, dicho enfoque se amplía progresivamente con la historia total del grupo familiar tanto como en otros grupos e instituciones sociales (sociodinámico e institucional).

El conductismo también ha utilizado el encuadre histórico, al que

Kantor llama la "biografía reaccional", es decir, la historia del comporta-miento del individuo.

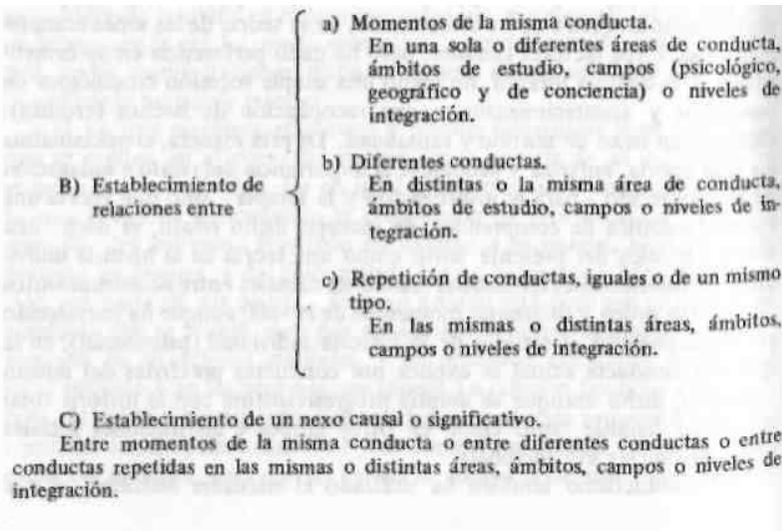
K. Lewin considera que el haber enfatizado el pasado como causa de los fenómenos se debió al temor de caer en la "metafísica de la teleología"; para él, este énfasis del pasado es uno de los motivos del desarrollo del asociacionismo y su derivación en la repetición, por exclusión de la finalidad y la dirección del comportamiento, consideradas como teleologías.

En rigor, y ello ocurre también en el psicoanálisis, el encuadre histórico es también un encuadre histórico-genético, pero conviene examinarlos por separado y distinguir uno de otro; de igual manera el encuadre evolutivo es también histórico, pero por su importancia se lo estudia aparte.

Resumen del encuadre histórico y sus acepciones

A) Descripción, relato, recuerdo o reconstrucción de acontecimientos y/o conductas. Puede referirse a una sola o a todas las áreas de conducta, ámbitos de estudio (psicosocial, sociodinámico e institucional), o niveles de integración.

La importancia mayor de esta modalidad del encuadre histórico está dada por la discriminación entre campo geográfico, psicológico y de conciencia; pueden utilizarse todos o sólo uno de ellos. Otro hecho importante a considerar es el de las características del momento presente desde el cual se realiza la descripción, relato, recuerdo o reconstrucción.



3. Encuadre genético

Se refiere al estudio de los fenómenos en función de su origen; implica i supuesto de que todo fenómeno u objeto tiene un origen último o rrimero, que es posible detectar o situar, y antes del cual no existía en absoluto. La tradición religiosa de tal enfoque es muy evidente, en el sentido que supone que cada existente tiene un origen propio y exclusivo, negando la relación y transformación de todos los fenómenos. Para la concepción genética más ortodoxa, cada especie y cada fenómeno natural tiene un origen propio y exclusivo en el pasado, que se remonta a la creación divina.

Aplicado con dicho rigor, el encuadre genético es, en la actualidad, insostenible, porque sabemos que no hay tal origen primero o absoluto, sino que, en la interrelación de todos los fenómenos, determinados momentos históricos pueden ser tomados como puntos de partida —genéticos—, pero en forma relativa y no absoluta; es decir, en el decurso del tiempo algún momento aparece como más significativo o decisivo. El estudio genético de la locomoción —por ejemplo— puede ser referido al momento en que el niño adopta la posición erecta, tanto como al momento en que gatea o a los movimientos de la vida intrauterina.

El encuadre genético, rigurosamente sostenido, corresponde a una actitud predominante en el campo científico durante el siglo XIX, en la cual lo más importante era indagar el punto inicial de cada objeto, especie, institución social (estado, familia, propiedad, etcétera), y tiene estrecha vinculación con el enfoque metafísico que considera todos los fenómenos como aislados y cada uno con su iniciación y decurso propio e individual, estableciéndose *a posteriori* las relaciones entre ellos.

Nosotros lo separamos del encuadre histórico, porque este último puede ser utilizado independientemente del genético, aunque con gran frecuencia no se hace diferencia entre ambos y se habla —como en el caso del psicoanálisis— de un método histórico-genético, en el que lo genético implica indagar no sólo el origen de un fenómeno, sino también la continuidad del mismo. Algunos psicoanalistas, como Hartmann y Kris, adoptan también el criterio de la conveniencia de separar y fijar su autonomía. Estos autores caracterizan el encuadre genético diciendo que "describe cómo una condición sometida a observación se ha originado del pasado individual y desarrollado a través del tiempo", y agregan que la genética describe cómo en una situación pasada fue adoptada una solución específica, por qué ésta fue retenida como pauta de conducta, y qué relación existe entre esta solución y el desarrollo posterior.

D. Rapaport, en un estudio superpone el encuadre genético con el

evolutivo y le da el sentido de epigénesis, es decir, que las cualidades psicológicas no existen preformadas ni tienen un punto de origen absoluto sino que se constituyen gradualmente en el curso del desarrollo. En un artículo en colaboración con M.M. Gilí, estos autores definen el punto de vista genético como "la exigencia de que toda explicación psicoanalítica de todo fenómeno psicológico incluya proposiciones relativas a su origen y desarrollo psicológico".

Freud no incluyó el encuadre genético en su metapsicología, ni lo definió expresamente, pero en uno de sus artículos del año 1913 dice que el psicoanálisis "consiste en la reducción de un producto psíquico a otros que le han precedido en el tiempo y de los cuales se ha desarrollado". El método psicoanalítico no conseguiría suprimir un solo síntoma patológico si no investigara su génesis y su desarrollo, y de este modo el psicoanálisis hubo de orientarse desde un principio hacia la investigación de procesos evolutivos. Así, descubrió primero la génesis de los síntomas neuróticos y, en su ulterior progreso, hubo de ampliar su radio de acción a otros productos psíquicos y realizar con ellos la labor de una psicología genética.

Para Piaget, la genética implica que todo fenómeno tiene que ser estudiado desde el ángulo de su desarrollo en el tiempo, es decir, como un proceso continuo en el que no se puede jamás fijar ni el comienzo ni el fin.

El encuadre genético es, entonces, un encuadre histórico, pero que tiende al estudio del origen relativo de un fenómeno y su desarrollo en el curso del tiempo, con lo cual se superpone, en parte, con el encuadre evolutivo y también con el dinámico tal como lo estudiaremos más adelante; asimismo ocurre esta superposición en el creador del término "psicología genética", J. M. Baldwin. Lo más característico del encuadre genético es la referencia a la investigación del origen. Su importancia primordial se pone de relieve en el encuadre de la continuidad genética.

4. Encuadre evolutivo

Es un encuadre histórico, de tal manera que con frecuencia se habla de histórico-evolutivo, pero que por su importancia se considera por separado; abarca en forma unitaria todos los fenómenos y todos los campos científicos, y toma gran incremento a partir de los estudios, fundamentalmente, de Darwin en biología, Spencer en psicología y H. Jackson en neurología. Postula que el desarrollo de un fenómeno no es uniformemente continuo, sino que presenta discontinuidades o saltos, que son el resultado de la acumulación crítica de cambios graduales y permanentes, de tal manera

que todo el fenómeno puede ser estudiado en función de niveles evolutivos y grados de variación dentro de éstos. El encuadre evolutivo puede aplicarse tanto a una conducta (el lenguaje, por ejemplo), como a un individuo como totalidad, a una especie, a todas las especies, a todos los fenómenos vivos, a todo lo existente, relacionando los fenómenos inorgánicos y los orgánicos; constituye una verdadera teoría general, muy vasta y muy amplia, cuyas características presentaremos sucintamente.

El encuadre evolutivo sostiene que los fenómenos complejos se han desarrollado a partir de fenómenos extremadamente simples, pasando progresivamente por niveles. Cada nivel ulterior es más complejo, más organizado, más integrado, más lábil o inestable, más diferenciado, más heterogéneo y especializado. Los niveles superiores de integración superan pero contienen a todos los anteriores, de tal manera que estos últimos no quedan totalmente abolidos. Cada nivel superior de integración presenta nuevas cualidades o propiedades, que no estaban presentes en los anteriores.

Los distintos niveles de integración al ser estudiados en el desarrollo de un individuo, de una especie, reciben el nombre de ontogénesis, mientras que el estudio del desarrollo de las distintas especies como correspondientes a distintos niveles evolutivos de integración recibe el nombre de filogénesis. La ontogénesis reproduce la filogénesis: es el postulado o principio de Serres, popularizado por Haeckel como ley biogenética, y a la que Perrier llamó ley de patrogenia.

Históricamente, la teoría evolutiva fue, en el pasado, justamente todo lo contrario de lo que significa en la actualidad: afirmaba la antigua teoría de la preformación, con un contenido opuesto al de la teoría de la epigénesis, desarrollando el supuesto de que todo fenómeno preexiste ya, total o completamente formado, en el germen del cual procede; la evolución, aquí, no hace sino "des-envolver" lo que estaba "en-vuelto", pero no hay verdadera creación de cualidades o fenómenos nuevos y originales.

Estudiando el concepto de evolución en su acepción amplia, Bidney enumera tres principios relacionados entre sí, que han sido formulados en el curso del tiempo:

- a) Principio de los niveles: postula que todos los existentes pueden ser graduados en una escala de acuerdo con su grado de perfección.
- b) Principio de continuidad: formulado por Kant, establece la existencia de una transición entre todas las especies, por un gradual incremento de la diversidad.
- c) Principio de plenitud: postula un máximo de diversidad en los fenómenos de la naturaleza.

Cuando se combinan a) y b), se arriba a la noción de un "continuum jerárquico", esto es, niveles en los que los fenómenos constituyen series que difieren en grado pero no en calidad. Los principios b) y c) no están necesariamente co-implicados; a) y c) son compatibles con una metafísica estática, en la que el tiempo es secundario, tanto como con una cosmología dinámica. Por otra parte, la temporalización de la cadena biológica es compatible con la idea de especies fijas.

Es entonces cuando se combina el principio del "continuum jerárquico" (a y b) con la hipótesis de un proceso temporal natural, cuando se formula el principio evolucionista de la transformación de las especies.

Si se postula la existencia de niveles que son independientes y que no tienen nada de común entre sí, se llega a la teoría de la evolución emergente, formulada por G.H. Lewes y C.L. Morgan y sustentada por Alexander McDougall; se caracteriza por el hecho de que cada uno de los niveles sale (emerge) del otro, sin que sea una producción en el sentido de una relación de causa a efecto. El evolucionismo emergente recibe, por otra parte, el impulso de la concepción bergsoniana de la "evolución creadora". Para Piaget, la teoría de la emergencia tiene una relación inmediata y directa no sólo con la teoría de la forma sino, además, con la filosofía fenomenológica, en la cual la emergencia se da por una reestructuración del campo total, como si el apelar a la *Gestalt* fuese en realidad una verdadera solución.

La conducta está también sometida a este proceso de integración por niveles progresivos, en los cuales se va haciendo más diferenciada, discriminada e integrada, y este proceso puede ser seguido tanto sobre el plano psicológico, como sobre los niveles neurológicos. Al igual que la conducta, todas las funciones tanto como la personalidad total tienen la misma integración, desarrollo y organización por niveles.

No sólo la progresión se hace con una sistemática organización de niveles; la desorganización tampoco se hace en forma caótica, sino por una regresión a un nivel anterior ya superado. Esto ha permitido estudiar sistemáticamente las enfermedades y trastornos de la conducta (tanto como las afecciones neurológicas) como una regresión o reactivación de niveles anteriores, que fueron normales en el curso del desarrollo, es decir, que la enfermedad o los trastornos de conducta no se hacen al azar, sino siguiendo una cierta sistemática.

El nivel inmediato anterior no debe emplearse como explicación causal de la organización del nivel evolutivo que lo continúa, porque la evolución no es por sí misma una fuerza que origine el desarrollo; la explicación total de los fenómenos de un nivel dado, por la organización del nivel inmediato anterior, constituye lo que se llama el "reduccionismo", que por cierto no ha escaseado en el caso de la psicología, anunciándose así

su total anulación, por el hecho de que los fenómenos psicológicos asientan sobre un nivel neurológico; pero al proceder así, se anulan cualidades específicas del nivel psicológico de integración.

Ni la evolución ni la regresión explican la génesis o la causa de una conducta o de un síntoma; sólo nos proveen de las líneas directrices en las cuales los fenómenos ocurren, y si -como en el caso de la enfermedad o del síntoma- ellos constituyen reactivación de niveles de integración superados y, por lo tanto, pueden ser considerados como conductas arcaicas, es únicamente la situación presente la que confiere la motivación y el significado de la aparición de esas conductas arcaicas. En el campo de la psicopatología, en lugar de la ley biogenética fundamental de Haeckel, se presenta la llamada teoría de la recapitulación, según la cual "la enfermedad mental es la repetición de una vida orgánica especial y propia de períodos más inferiores de la evolución natural". (Carus.)

En el encuadre evolutivo en psicología se tiene que enfrentar fundamentalmente dos problemas básicos: uno, el de determinar la estructura de las diversas fases del desarrollo, y otro, el de establecer la ordenación genética de las mismas.

El encuadre evolutivo facilita o posibilita estudios comparativos entre la organización psicológica del niño, del hombre primitivo, de ciertos animales más evolucionados, así como de distintos estados anormales. La regresión no es siempre patológica, sino que hay una oscilación funcional entre distintos grados de organización de un fenómeno dado: tal es el caso del dormir, del sueño, de la fantasía. De la misma manera, hay que considerar que no siempre todos los aspectos de la personalidad se desarrollan en el mismo grado de organización, sino que puede haber desigualdades notables, por ejemplo, entre un alto grado de desarrollo de la vida intelectual y un alto grado de infantilismo o inmadurez afectiva.

5. Encuadre situacional

Llamado también a-histórico o sistemático por K. Lewin, postula que un fenómeno es la resultante de un campo presente, es decir, de la totalidad de factores coexistentes y mutuamente dependientes en un momento dado. Si un fenómeno tiene lugar en un momento dado, las causas del mismo están presentes en ese momento.

Un campo, definido de esa manera, es en realidad un corte transversal e hipotético de una situación dada; es decir, es un momento de un proceso, de tal manera que el estudio pleno se logra cuando se reconstruye el proceso a partir de los momentos sucesivos. Aislar el campo (el momento)

del proceso total conduce a contraponer artificial y estáticamente el pasado con el presente, el encuadre situacional con el histórico, genético y evolutivo. Seguramente que, por reacción contra los abusos del historicismo, el encuadre situacional se utiliza contra el histórico-genético, pero ambos están tan en oposición y tan en relación como lo está el presente con el pasado. La totalidad de un fenómeno sólo puede ser abarcada en la conjunción de ambos encuadres, en una interacción dialéctica en que el presente se transforma permanentemente en pasado y éste a su vez vive y opera en el presente; pero el encuadre situacional introduce un orden metodológico de suma importancia en cuanto enfatiza el estudio de lo que está sucediendo ahora, aquí, es decir, en el momento y el lugar presentes. La conducta es un proceso que debe, por lo tanto, ser estudiado en función del tiempo, es decir, en función de la dialéctica pasado-presente. El encuadre situacional no excluye la importancia de la historia ni de la prospectiva, las considera permanentemente activas en el campo actual, y sólo en esas condiciones son factores que intervienen en la producción de la conducta. El pasado se actualiza en función del presente y se integra con él; este último implica un momento o una organización dada de la historia, porque desde el punto de vista psicológico el pasado no es uno solo, sino que, según las condiciones vigentes, se actualiza un segmento del mismo o se organiza de una manera dada. No hay ninguna situación sin historia, pero las experiencias pasadas que integran el campo presente dependen de la organización de este "aquí-ahora". De la misma manera ocurre cuando cada generación "reescribe" o reinterpreta la historia, actualizando los factores de la misma que se reactivan en una estructura social dada.

La investigación de la conducta exige una descripción correcta y profunda de la situación total de la que emerge; la omisión de esta exigencia da origen al abstraccionismo y las generalizaciones equívocas, porque cuanto más abstractas las conductas, más eternas resultan las categorías y más estáticas las esencias.

El encuadre situacional ha abierto, o ampliado, la posibilidad de la investigación en psicología en condiciones experimentales. No es posible aplicar el método experimental a los acontecimientos históricos; esto sólo es posible cuando podemos manejar variables presentes y actuales, posibilidad que se ha abierto con el empleo sistemático del encuadre situacional. Se ha convertido en el instrumento con el cual, por ejemplo, la sesión psicoanalítica puede ser utilizada como una situación experimental de indagación.

La introducción del encuadre situacional en el trabajo psicoanalítico nos ha llevado, personalmente, a diagnosticar algunas contradicciones actuales entre teoría y práctica, una de las cuales consiste en que, mientras

- psicoanálisis formula sus teorías en el encuadre histórico-genético, su técnica de trabajo y de investigación (sistemáticamente en la transferencia) un empleo consecuente del encuadre situacional: toda conducta del naciente es un emergente de la situación total, del campo configurado "aquí y ahora", y todos los elementos históricos que aparecen no son tomados en sí, sino como elementos de reactivación o de actualización a partir del campo presente. La conducta que se repite (transferencia!) está siempre integrando una estructura presente, originaria y original de este "aquí y ahora"; este repetir una conducta tiene la misma validez que el recordar: son regresiones al pasado, pero son conductas presentes con causas presentes, que deben ser estudiadas como tales.

El encuadre situacional no implica siempre el establecimiento de la causalidad de la conducta que se estudia, porque lo que se recuerda puede ser significativo (puede aludir) a condiciones presentes, que no pueden ser captadas y explicitadas como tales.

6. *Encuadre prospectivo*

No ha tenido una profundización específica en la psicología moderna, en concordancia con la tradición filosófica que desde muy antiguo trae esta concepción, pero de todas maneras se halla involucrada, implicada o admitida en cierta medida en algunos desarrollos de la investigación.

La teleología afirma, fundamentalmente, la existencia y la importancia de las causas finales en oposición a la causalidad mecanicista; y esta oposición se ha visto indudablemente favorecida por la estrechez conceptual del mecanicismo. En la actualidad no se acepta la existencia independiente y opuesta de un determinismo causal y un determinismo teleológico, ya que este último se resuelve en la dialéctica del primero.

Para la conducta tiene especial importancia la teleología, porque la afirmación de la existencia de una finalidad y un sentido en los fenómenos orgánicos y psicológicos ha sido siempre considerada como una posición metafísica y anticientífica, por ser anticausalista. Felizmente esta estrechez ha sido superada y podemos admitir que la conducta se orienta hacia algo, una finalidad y un objeto, sin que tengamos que recurrir a potencias ni entidades extrañas a los fenómenos mismos. En el campo de la conducta está contenido tanto el presente como el pasado y las tendencias hacia un futuro, hacia un objetivo o una finalidad; pero esta tendencia hacia el futuro está incluida como elemento presente, en el campo actual (en cuyo condicionamiento interviene), y no como elemento aislado, superpuesto, que actúa por sí, como causa final. Es decir, que el futuro no es causa de

por sí, sino que interactúa en el campo presente y a su vez emergente del mismo. Siguiendo un término de L.K. Frank, K. Lewin llama "perspectiva temporal" a esta inclusión del pasado y del futuro en el campo psicológico.

Nos parece preferible hablar de un encuadre prospectivo, que tiene sobre el término teleología la ventaja de eludir una aclaración filosófica que debiera repetirse insistentemente; se trata de describir un fenómeno en un encuadre y no de filiarse en la teleología o en la teleofobia.

Adler, en su Psicología individual, dio un lugar de preeminencia a la meta que cada individuo tiene en la vida, es decir, los objetivos que cada uno se propone alcanzar. Esta meta interviene en forma muy predominante en la configuración de la conducta presente, como una especie de ficción conductora o impulsora. Esto hace que el individuo utilice un tipo de "técnica" que es peculiar, y con la cual tiende a obtener los objetivos que le compensen las inferioridades que el sujeto trae desde la infancia; estas "técnicas" son las que Adler llamó el "estilo de vida".

Adler rechaza todo criterio explicativo de carácter causalista, para ubicarse decididamente en una teleología o determinismo finalista y, para él, toda la conducta del ser humano —normal y patológica— sólo puede entenderse en función de los objetivos que con ella se persiguen.

Aunque no en la forma exclusiva en que lo plantea Adler, la dirección que él estudió fue incorporada por Dembo, especialmente en la psicología social, como un factor importante de la conducta del ser humano, con la denominación de "nivel de aspiración". Se describe con ello la tendencia del ser humano a lograr continuamente una superación de lo ya logrado, y este propósito es una determinante de importancia de la conducta, con lo que se tiende a crear nuevos campos de intereses, de inestabilidad y de tensión. El nivel de aspiración incluye el conjunto de expectativas que el sujeto tiene, y en función de ello incrementa su lucha o se siente más frustrado en la medida en que no lo satisface. O, aun satisfaciéndolo, se renueva sobre un nuevo y más alto nivel. Este factor prospectivo tiene un alto condicionamiento cultural, tanto en sus cualidades como en su intensidad.*

De todas maneras, como factor prospectivo es un elemento actual que integra el campo presente en el que se desarrolla la conducta. Y en realidad, toda teleología se resuelve, en última instancia, en la causalidad.

* Aquí debe recordarse el concepto de "proyecto" desarrollado por Sartre y anteriormente por Heidegger. Algunos aspectos de este capítulo son tratados más detalladamente en uno de los capítulos del *Apéndice* de este libro.

7. Con tin uidad genética

Es el encuadre que, en la actualidad, se presta mejor para el estudio detallado y para la investigación de la conducta como proceso; no se trata realidad de un encuadre totalmente nuevo, sino de una integración o sistematización dialéctica de todos los anteriores. En la continuidad genética se estudia la estructura de campos psicológicos sucesivos, de tal manera que, además del estudio de cada campo como momento en sí, se estudia el desarrollo progresivo de la estructura de cada campo a partir del anterior. De esta manera establecemos un nexo gradual entre el presente y el pasado tanto como con el futuro psicológico.

La continuidad genética abre grandes posibilidades en la investigación en psicología, algunas de las cuales ya se han llevado a la práctica, tanto en psicoanálisis como en la investigación topológica, especialmente.

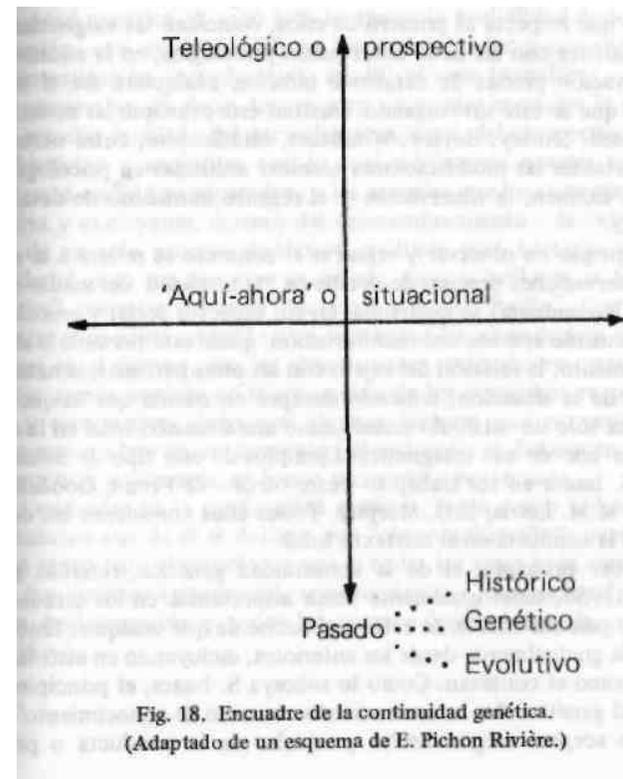


Fig. 18. Encuadre de la continuidad genética.
(Adaptado de un esquema de E. Pichon Rivière.)

Podemos decir, sucintamente, que en los encuadres relativos al tiempo, las contradicciones, incompatibilidades y exclusiones se presentan si se los considera metafísicamente, es decir, en forma aislada, y no dialécticamente. Las mejores condiciones de interacción están cubiertas, en su máxima posibilidad actual, por el encuadre de la continuidad genética en el que se resuelven las antinomias estáticas en un proceso y que permite trabajar y operar en psicología con un gran ajuste metodológico, por ser el encuadre que mejor integra las exigencias del método científico, sin quitar su especificidad a los fenómenos.

S. Isaacs da, en una de sus publicaciones de la que ahora presentamos un resumen, una exposición de lo que consideramos el método de estudio con el encuadre de la continuidad genética, estableciendo un enlace muy íntimo entre los métodos de observación y la técnica analítica, a través de tres principios fundamentales: a) consideración de los detalles; b) observación del contexto; c) estudio de la continuidad genética.

En lo que respecta al primero de ellos, coinciden las exigencias de la técnica analítica con las de la observación psicológica, en la necesidad de una observación precisa de detalles e indicios, cualquiera sea el tipo de fenómeno que se esté investigando. Ilustran este principio las investigaciones de Gesell, Shirley, Bayley, Winnicott, Middlemore, entre otros. Son muy importantes las modificaciones técnicas utilizadas en psicología para facilitar el examen, la observación y el registro minucioso de detalles de la conducta.

El principio de observar y registrar el contexto se refiere a la necesidad de observaciones precisas de detalle de "la totalidad del medio en que la misma (la conducta) se desarrolla, en sus aspectos social y emocional". Observar, cuando aparece una manifestación, quién está presente o ausente en ese momento, la relación del sujeto con las otras personas, la naturaleza o carácter de la situación, teniendo siempre en cuenta que lo que actúa no es nunca sólo un estímulo aislado, sino una situación total en la cual el estímulo es uno de sus integrantes. Ejemplos de este tipo de sistemática los halla S. Isaacs en los trabajos -entre otros- de Freud, Goodenough, Valentine, M.M. Lewis, L.D. Murphy. Todos ellos consideran los detalles precisos de la conducta en el contexto total.

El tercer principio, el de la continuidad genética, referido por J. Riviére en 1936, tiene igualmente suma importancia en los estudios psicológicos y psicoanalíticos; se refiere al hecho de que cualquier fenómeno se desarrolla gradualmente desde los anteriores, incluyendo en esto tanto la conducta como el contexto. Como lo subraya S. Isaacs, el principio de la continuidad genética "es un instrumento concreto de conocimiento". Nos impone no aceptar ningún hecho particular de la conducta o proceso

mental como *sui generis*, ya hecho, o surgiendo bruscamente, sino considerarlo como parte de una serie evolutiva.

El conjunto de estos tres principios detallados por S. Isaacs constituye para nosotros > 1^{as} características de una metodología estricta y detallada que transcurre en lo que hemos designado como el encuadre de la continuidad genética.

A todos estos elementos técnicos se agrega, en la técnica psicoanalítica el estudio especialmente llevado a cabo en la relación emocional del analizado con el analista, ya que ésta (la transferencia), se transforma en un instrumento fundamental para observar *in situ* la conducta, el contexto y la continuidad genética de los mismos, de tal manera que no tenemos que depender de terceros en la recopilación de datos. Inclusive en la transferencia quedan bajo observación directa manifestaciones y conductas preteritas, pero que se manifiestan "aquí y ahora", con la ventaja que podemos no sólo observarlas en detalle sino, además, observar el contexto y la continuidad genética. A todo esto se agrega la posibilidad de someter una verificación, casi experimental, las hipótesis o deducciones que inferimos en la investigación, introduciendo modificaciones (variables) y examinando las respuestas. Es decir, tenemos en un mismo encuadre la posibilidad de un estudio detallado del encuadre situacional, del prospectivo, del genético, histórico y evolutivo, con lo cual ratificamos nuestra tesis de que todos estos encuadres separados, y las escuelas que los sustentan en forma exclusiva y excluyente, derivan del desmembramiento o la "elementarización" de un solo proceso dialéctico, múltiple pero unitario; resulta algo parecido al caso en que con un objeto duro y brillante se forman dos "escuelas" opuestas: la de la "dureza" y la del "brillo". Por otra parte, al rehacer el proceso original en un solo encuadre, se enriquece cada una de sus fases en el tiempo, con las observaciones realizadas en otras fases, ventaja que queda anulada en la separación de los encuadres en pasado, presente y prospectivo, dado que algunos factores que no resulta posible discriminar u observar en contexto (situacional), se distinguen en la sucesión genética, y viceversa, en forma recíproca y potenciada.

El encuadre de la continuidad genética, tanto como todos los encuadres aislados que de él se derivan por "elementalización", pueden ser utilizados tanto para el estudio de una o todas las áreas de la conducta, para todos los ámbitos (psicosocial, sociodinámico o institucional), todos los niveles de integración y todos los campos (psicológico, de conciencia y geográfico).

8. *Enquadre dinámico*

Asume gran importancia en la psicología contemporánea, cuyo advenimiento y desarrollo posibilita hasta un punto tal que, para muchos, psicología moderna es sinónimo de psicología dinámica. Se origina como reacción contra el enquadre estático de la psicología tradicional y, al surgir, posibilita el desarrollo consecuente de todos los encuadres en el tiempo preparando además el terreno para el enquadre dramático. Se cuentan entre sus antecesores inmediatos, Bergson, Roustan, W. James, para quienes el fenómeno psicológico se caracteriza por ser una comente o un flujo en continuo movimiento. Decisivamente se impone con el advenimiento del psicoanálisis, pero no se superpone totalmente con él.

El término dinámica, utilizado en psicología, implica varios significados, que es imprescindible distinguir y no superponer indiscriminadamente, para evitar errores y confusiones.

a) Una primera acepción es aquella que utiliza la palabra dinámica como opuesta a estática y significa el estudio de la conducta como proceso, en movimiento, en sus cambios y transformaciones. Este estudio de la conducta como proceso, y no como cosa, ha significado un adelanto muy importante en psicología, porque nos permite indagar las modificaciones y cambios del comportamiento, como fenómenos integrantes de un solo proceso unitario; nos permite, además, considerar la continuidad entre lo normal y lo patológico.

b) Una segunda acepción es aquella que reserva el término dinámica para la reducción de todo fenómeno a las fuerzas que lo originan y condicionan. El término, tanto como esta acepción, derivan de la física mecanicista, en la que el movimiento se considera siempre originado por fuerzas externas e independientes de los objetos que resultan movidos. El predecesor más importante en este enquadre es Herbart y, más modernamente, podemos citar los estudios de P. Janet, Freud, K. Lewin. Incluimos aquí también, los desarrollos no sólo en función de fuerzas, sino también de energías y tendencias (Ribot, Hóffding, McDougall, Monakow, Jung, W. James).

Freud se ciñó estrictamente al esquema mecanicista y en el año 1926 define, en la *Enciclopedia Británica*, el punto de vista dinámico del psicoanálisis como un derivar "todos los procesos psíquicos —salvo la recepción de estímulos exteriores— de un interjuego de fuerzas que se estimulan o se inhiben mutuamente, que se combinan entre sí, que establecen transacciones las unas con las otras, etcétera. Todas estas fuerzas tienen originalmente el carácter de instintos, o sea que son de origen orgánico". Es decir que,

Freud, el proceso de la conducta es el resultado de un interjuego de ^{estas} fuerzas y ^{son} los instintos. Aunque Freud mismo tenía conciencia del carácter relativo e hipotético de este esquema teórico, le fue indudablemente muy útil en la investigación, y gracias a los descubrimientos hechos con esta misma teoría dinámica de los instintos, estamos hoy en condiciones de reemplazarla. El mismo autor llamó a su teoría de los instintos su mitología, porque los instintos se constituían en entidades reales como divinidades mitológicas, tenían supeditado el destino de los seres humanos. Freud reconoció, en un primer momento, los instintos sexuales y los instintos de conservación y, ulteriormente, distinguió entre el instinto de vida y el instinto de muerte.

Fenichel, discípulo de Freud, aunque no acepta el instinto de muerte, incorpora este concepto de dinámica, pero no lo distingue claramente de la acepción que hemos visto más arriba y dice que "la psicología psicoanalítica explica los fenómenos psíquicos como el resultado de la acción recíproca y de la acción contraria de fuerzas, esto es, de una manera dinámica. Una explicación dinámica es al mismo tiempo genética, puesto que no sólo examina un fenómeno como tal, sino también las fuerzas que lo producen. No estudia actos aislados; estudia los fenómenos en términos de proceso, de desarrollo, de progresión o de regresión".

Nosotros creemos que es fundamental este distinguo, porque en la psicología contemporánea se tiende a conservar la primera acepción y a abandonar la segunda. Pareciera que, como seres humanos, tenemos una dificultad que sólo superamos muy gradualmente, y que se presenta sistemáticamente en la investigación científica, en todos los campos: observamos fenómenos concretos y teorizamos como si estuviésemos estudiando entelequias; sólo en un estadio posterior, y muy gradualmente, reducimos nuestros esquemas teóricos a la realidad concreta. Actuamos como los niños que ven a sus padres dejar los juguetes durante la noche y siguen creyendo que son los reyes magos los que los han dejado, o bien como una persona que —por ejemplo— traduciendo al inglés un texto escrito en castellano, creyera por ello que el texto está escrito en inglés.

La concepción topológica de K. Lewin también es dinámica y recurre al concepto de fuerza, pero de manera distinta a Freud. Para este último, las fuerzas originan los fenómenos, mientras que para Lewin las fuerzas derivan de las interrelaciones que se establecen, en cada momento, entre los elementos coexistentes en cada campo, es decir, que no tienen existencia independiente ni autónoma; se acerca, de esta manera, a la concepción más actual y más rigurosamente científica que del concepto de fuerza se tiene en las ciencias naturales. Para diferenciarlos, llamaremos al utilizado por Janet y por Freud, enquadre dinámico causal, y al utilizado por K.

Lewin, dinámico vectorial. En este último se incluye también Tolman representante del conductismo moderno, con su concepto de "pulsión" c) Una tercera acepción de dinámica se refiere a todo estudio psicológico que centra su estudio en las motivaciones de la conducta. Se comprende fácilmente que si se sostiene que las motivaciones de la conducta están dadas por fuerzas, se borran las diferencias existentes entre la acepción dinámico-causal y la que estamos ahora presentando; pero conviene mantener el distingo, porque esta diferencia es fundamental, ya que no siempre se superponen, y el estudio de las motivaciones concretas y reales de los seres humanos, diferenciadas netamente de las fuerzas consideradas como motivaciones, es lo que introduce un clivaje fundamental entre el encuadre dinámico y el dramático.

9. Encuadre dramático

Significa realizar el estudio de la conducta en términos de experiencia, de acontecer o de suceso humano, es decir, dentro del mismo nivel de integración en el que realmente ocurre; implica, por lo tanto, mantener la descripción y el estudio de la conducta en el nivel psicológico. Fue promovido por G. Politzer, y sus peculiaridades coinciden totalmente con las de la conducta en el nivel psicológico de integración.

Así como el concepto de conducta centra toda la psicología y ha sido, como fenómeno -de manera explícita o implícita, consciente o inconsciente— el punto de partida de todas las escuelas psicológicas, así también el carácter dramático de la conducta es el punto de partida de todas las corrientes y de todos los encuadres en psicología; es el hecho común del cual derivan todas las teorías y todas las descripciones.

Después de muchos años de desarrollo científico de la psicología, nos volveremos a encontrar en el punto de partida: reconocer que los hechos son lo que son, y que deben ser estudiados como tales. Pero ahora el punto de partida es lúcido, no inconscientemente contenido. El encuadre dramático implica la exigencia metodológica de emplear y conservar la descripción psicológica, en todos los campos de la psicología, sin recurrir a una "reducción" neurológica, fisicoquímica o mitológica. Ahora los datos con los que tenemos que trabajar en psicología son los hechos psicológicos.

La continuidad genética puede ser tanto dinámica como dramática, de la misma manera como pueden serlo, aislada o individualmente, cada uno de los encuadres en el tiempo.

Las correlaciones entre dramática y dinámica son múltiples, y algunas totalmente excluyentes. Así tenemos que el encuadre dramático es dina-

mico en la acepción "a"; puede ser dinámico en la acepción motivacional, «ero es totalmente excluyente del dinámico-casual, porque en este último, dramática queda totalmente postergada, excluida y reemplazada por las fuerzas que le dan, supuestamente, origen. Por otra parte, en la acepción dinámico-vectorial, la modalidad incorporada por K. Lewin, dramática y dinámica se complementan e integran.

Resumen de encuadres en el relato

- a) Como proceso, cambio y transformación, en forma opuesta al encuadre estático. Estudia la conducta en una, distinta, a todas las áreas de conducta, en cualquiera de los encuadres en el tiempo, en uno o en todos los ámbitos, campos y niveles de integración.
- A. DINAMICO**
- b) Reducción a fuerza
 - 1) *Dinámico causal.* En total oposición con el encuadre dramático. Puede ubicarse como una de las modalidades del motivacional (c). Estudia el interjuego de fuerzas en cualquiera de los encuadres en el tiempo, en una o todas las áreas de conducta, ámbitos, campos; en cuanto a los niveles de integración significa el abandono del nivel psicológico y su reducción al nivel fisiológico o fisicoquímico.
 - 2) *Dinámico vectorial.* Admite las fuerzas, pero no como causas, sino como resultantes de las interrelaciones que se establecen en cada momento entre los elementos coexistentes en cada campo. Es incompatible con el dinámico causal (a), pero ambos son opuestos al estudio estático. Se complementa con el encuadre dramático y el motivacional. Lewin lo introdujo para el encuadre situacional, pero puede ser utilizado en todos los encuadres en el tiempo, tanto como en todas las áreas, ámbitos, campos y niveles.
 - c) Motivacional. Estudia las motivaciones de la conducta y puede ser utilizado en todos los encuadres en el tiempo tanto como en el dramático, en todas las áreas de conducta, ámbitos, campos y niveles de integración. Puede coincidir con el encuadre dinámico causal.
- B. DRAMATICO.** Opuesto al encuadre estático, incompatible con el dinámico causal, se complementa con el dinámico vectorial. Puede ser utilizado en todos los encuadres en el tiempo, en todas las áreas, campos y ámbitos, pero en un solo nivel de integración: el psicológico.

Bibliografía

Bidney, D.; Bleger, J. (c); Brown, J.F. (a), Boring, E.; Courtes, F.; Delage, Y.; Goldsmith, M., Eucken, R.; Farrington, B.; Favez Boutonier, J. (b), Fenichel, O. (b), Freud, S. (g. »> 0; Foucault, M.; Fromm Reichmann, F.; Hartmann, H., y Kris, E.; Isaacs, S.; Jackson, H.; Kofka, K. (a); Koehler, W.; Lewin, K. (a, b, c); Lewin, K. y Derribo, T.; Festinger, L., y Sears, P.; Murphy, G. (a); May, E.; Murray, H.A.; Perrier, R • Piaget, J. (a); Politzer, G. (a, b); Rapaport, D. (b); Riviére, J.; Rouart, J.; Ruyer, R • Schwartz, L.; Simpson, G.G.; Singer, C.R.; Spencer, H. (a, b); Tilquin, A.; Tol-man E.C. (c, d), Tran-Duc-Thao; Werner, H.; Woodworth, R.S. (c); Heidbreder, E.; Lacriman, N.; Hallowell, A. I.; Sartre, J.P. (a).

Capítulo XI Motivación de la conducta

1. *Determinismo de la conducta*

Un principio fundamental del desarrollo científico, en todos los campos, es el de que todos los fenómenos están determinados, es decir, que responden a una causalidad, por más compleja que ésta pueda ser; en otros términos, el principio del determinismo afirma el condicionamiento causal de todos los fenómenos. Es universal, aun reconociendo su multiformidad.

En el terreno de la psicología, esto tardó en introducirse consecuentemente, y aun más en demostrarse; la especial complejidad de los fenómenos psicológicos hizo que esta tarea fuese muy gradual, de tal manera que, mientras otras ciencias progresaban en función del principio del determinismo, la psicología giraba todavía en torno de la polémica entre determinismo y libre albedrío.

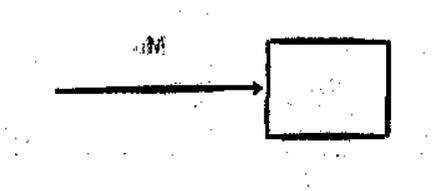
Freud es quien ha estudiado y demostrado el carácter causal de los fenómenos psicológicos, de tal manera que la indagación de los motivos de la conducta es uno de sus grandes aportes a la psicología, y en tal grado, que una de las características de la psicología moderna es la de ser dinámica, es decir, que estudia las motivaciones.

El estudio de la motivación de la conducta es el estudio del porqué. Por lo general, se dan como equivalentes los términos de motivación y causalidad, pero, a su vez, ellos tienen distintas acepciones que trataremos de aclarar y desarrollar.

2. *Tipos de causalidad*

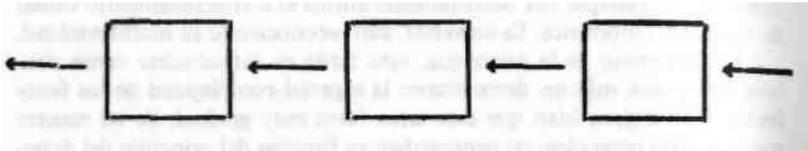
A) Monocausalidad unidireccional.

Es la más simple causalidad mecánica; supone la existencia de una sola causa, actuando en una sola dirección, y una vez obtenido el efecto, se agota.



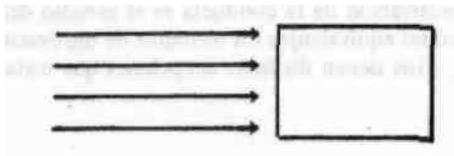
B) Monocausalidad en cadena.

Al igual que en el caso anterior, una sola causa actúa en una sola dirección, pero el efecto producido se transforma, a su vez, en causa de un nuevo efecto, y así sucesivamente, de tal manera que se produce una reacción sucesiva, continua y encadenada. Es el caso del juego de billar, en el que el golpe sobre una bola provoca su movimiento, y al golpear ésta sobre otra, la pone a su vez en movimiento.



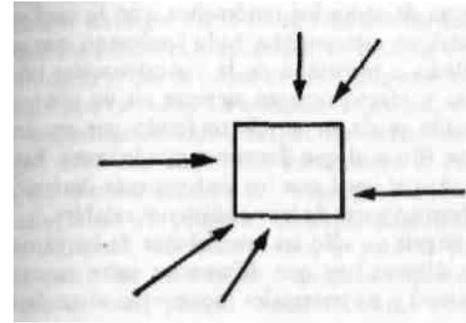
C) Policausalidad unidireccional.

Corrige el error de las hipótesis anteriores, postulando que todo fenómeno es siempre la resultante de un conjunto numeroso de causas, que actúan todas en la misma dirección, impulsando al objeto en el mismo sentido.



D) Policausalidad concéntrica.

Al igual que en el caso anterior, son muchas las causas que actúan sobre un objeto al mismo tiempo, pero todas en distintas direcciones, de manera tal que el efecto final es una resultante del paralelogramo de fuerzas y no una simple suma. Aquí ya se incluye el hecho de que una conducta puede ser la resultante de motivos en conflicto entre sí.

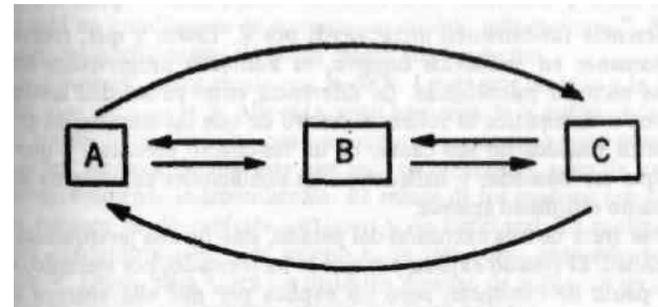


E) Acción recíproca.

En esta formulación de la causalidad no sólo se admite la existencia de múltiples causas, sino que además se tiene en cuenta que el efecto producido reacciona sobre las causas, en un condicionamiento recíproco muy complejo.

Este tipo de interacción causal se aleja del simplismo mecanicista de las hipótesis anteriores y entra ya dentro del materialismo dialéctico. En psicología el mejor esquema motivacional de acción recíproca es el propuesto por Freud con el nombre de series complementarias y que estudiaremos más adelante.

El fenómeno de la acción recíproca es aun mucho más complejo de lo que indica este gráfico, porque cuando B y C reaccionan sobre A, o C sobre B, las modifican de tal manera que, cuando a su vez, A reacciona sobre B y C, ya actúa como una causa de calidad distinta a la que actuó en el momento inmediato anterior; y así sucesiva y progresivamente.



En la acción recíproca, causa y efecto son momentos de la interrelación e interdependencia de todos los fenómenos, con lo cual se simplifica un proceso único, total; en este sentido, todo fenómeno que se estudia e en cierta medida aislado o recortado de la concatenación universal. Las relaciones entre causa y efecto ocurren siempre en un contexto, lo cual implica que esa relación se da en un cierto fondo que en un momento dado es relativamente fijo y al que llamamos condiciones. Estas también son causas, e interactúan al igual que los factores más dinámicos, los que en ese momento no forman parte de las condiciones estables.

Es necesario distinguir no sólo las condiciones de las causas, sino que aun dentro de estas últimas hay que diferenciar entre causas esenciales (determinantes, decisivas) y no esenciales (accesorias, secundarias), subordinadas a las primeras.

F) Causalidad gúestáltica.

En todas las formulaciones anteriores se utilizan, implícitamente, supuestos elementalistas que la psicología de la *Gestalt* trata de revisar críticamente. Para ella, no puede haber causas elementales que actúan independientemente, sino que se trata de productos o emergentes de una estructura total.

Para la psicología fenomenológica, no se puede hablar de efectos entre el objeto y el sujeto porque ambos forman parte de una sola estructura unitaria. Aquí ya no se trata de causas elementales que actúan independientemente, sino de una situación en la que no existe lo interno ni lo externo, en cuanto el organismo motivado integra, a su vez, la situación motivante.

3. Causalidad histórica y a-histórica

Diferencia fundamental incorporada por K. Lewin y que, reconocida paulatinamente en todos los campos, es asimilada progresivamente por todas las escuelas psicológicas. La diferencia entre causalidad histórica y a-histórica o sistemática se refiere al hecho de que las situaciones o acontecimientos pasados no son causas de un fenómeno presente, y que éstas tienen que ser buscadas y halladas en las condiciones actuales en las que el fenómeno estudiado aparece.

No se trata de una exclusión del pasado, sino de una jerarquización de la causalidad. El pasado explica por qué se ha formado, por ejemplo, determinada pauta de conducta, pero no explica por qué ella aparece en un momento dado y no en otro. De esta manera se diferencia entre causa y

- sis u origen, que por supuesto es también una forma de la causalidad. El mismo Lewin distingue en la causalidad sistemática las siguientes características: que un suceso es considerado en función de la situación total en momento dado y que la causa de un fenómeno es siempre la interrelación de numerosos factores. La causalidad histórica responde a la cuestión, por qué una situación individual, en un cierto momento y en un determinado lugar, tiene esas cualidades particulares. A estas últimas Lewin se refiere con las denominaciones de "concepto histórico de la causalidad" en contraste, llama a la primera "concepto sistemático de la causalidad". Ambas son legítimas, no excluyentes, y para la psicología ambas son importantes, pero ello no impide o anula la imprescindible necesidad de distinguir una de otra, porque —insiste Lewin— "hechos presentes sólo pueden ser afectados por situaciones presentes".

Ya hemos incluido esta diferencia en la consideración de los encuadres histórico y situacional. En Lewin coincide también el encuadre situacional con la consideración gúestáltica de la causalidad, pero en otros autores puede no darse lo mismo.

Malinowski, en defensa de la posición funcionalista en antropología, critica las teorías de la supervivencia, en un sentido que coincide con el distingo establecido por Lewin. En una ciudad moderna, dice Malinowski como ejemplo, el vehículo automotor ha reemplazado al tirado por caballos, pero, sin embargo, en algunos momentos del día o en algunos sitios de la ciudad es todavía posible encontrar estos últimos vehículos. En la teoría de carácter histórico que critica, esto se explica por una supervivencia de elementos del pasado que no se conforman o adecúan al medio cultural presente, con el cual no armonizan; para Malinowski, en cambio, si aún existen estas supervivencias es porque han adquirido un nuevo significado y una nueva función, que armoniza con ciertos elementos de la organización presente: "tipos anticuados de automóviles no son nunca empleados simplemente porque hayan sobrevivido, sino porque el público no está en condiciones de comprar un modelo más moderno". En otros términos, un hecho actual tiene sus causas en el presente.

Una posición coincidente con la de K. Lewin por un lado y la de Malinowski, por otro, es la de Allport con su hipótesis de la autonomía funcional de los motivos. Sostiene que los motivos son siempre contemporáneos, si surgen siempre de sistemas que les han precedido, pero de los cuales son funcionalmente independientes. El enlace de los motivos con el origen de los mismos es de carácter histórico y no funcional. La motivación es siempre contemporánea. Este mismo autor cita como antecedente la opinión de W. James, para quien los instintos dejaban de actuar en un momento dado de la vida, por haberse transformado en hábitos.

4. Series complementarias

Constituye la teoría de la causalidad introducida por Freud y que en buena medida, coincide con ciertos aspectos fundamentales de la causalidad recíproca. Con ellas estudió Freud principalmente los fenómenos comprendidos en la psicopatología, pero se aplican también a toda la psicología.

En las series complementarias hay tres series de causas que no actúan independientemente; en realidad, lo que actúa es la resultante de su interacción.

Una primera serie complementaria está dada por los factores hereditarios y congénitos. En factores hereditarios se incluyen todos aquellos transmitidos por herencia, es decir, por los genes; en los factores congénitos se incluyen todos aquellos que provienen del curso de la vida intrauterina.

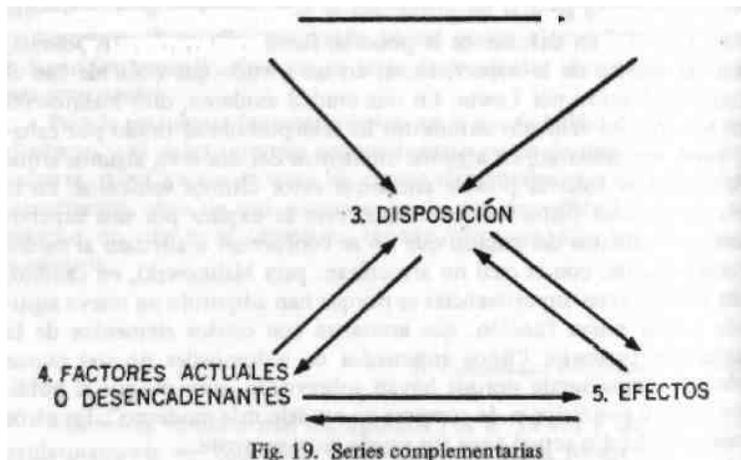


Fig. 19. Series complementarias

FACTORES CONGÉNITOS Y HEREDITARIOS

» 2. EXPERIENCIAS INFANTILES

Una segunda serie complementaria está constituida por las experiencias infantiles, que adquieren una importancia fundamental porque ocurren en una época de formación de la personalidad y, por lo tanto, son más decisivas.

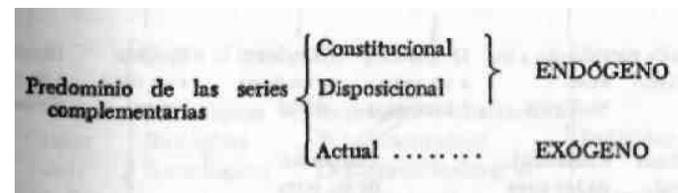
Una tercera serie complementaria está constituida por los factores desencadenantes o actuales. Estos últimos actúan sobre el resultado de la interacción entre la primera y segunda serie complementaria, es decir, sobre la disposición.

La primera serie complementaria da, como resultado, lo que se denomina el componente constitucional. Tanto ésta como la segunda serie complementaria se pueden incluir dentro de lo que Lewin ha llamado la causalidad histórica, mientras que la disposición y los factores desencadenantes constituyen la causalidad sistemática, porque hay que tener en cuenta que la disposición es también un factor actual, integrante del campo presente, al igual que los factores desencadenantes.

Los efectos pueden reaccionar, solamente, sobre estas dos últimas series complementarias, es decir, modificando la disposición y/o los factores desencadenantes; no pueden modificar el pasado (la herencia y las experiencias infantiles), pero sí la gravitación de los mismos.

Existe también una interacción entre los factores desencadenantes y la disposición, en el sentido de que esta última acentúa, promueve o estructura la actuación de determinadas causas desencadenantes, y estas últimas pueden, a su vez, modificar la disposición. Por supuesto que todas estas interacciones así como existen pueden dejar de existir y entrar en un círculo vicioso, estereotipado (paralización del aprendizaje), y también se pueden distorsionar, perturbar o influir positivamente.

Las tres series complementarias están siempre presentes en toda conducta (normal o patológica), pero puede existir un predominio (siempre relativo y nunca absoluto) de cada una de las series, en los casos en que la intervención de alguna de ellas sea preponderante; cuando tal es el caso para la primera y segunda serie complementaria (constitución y disposición), se caracteriza como un predominio de factores endógenos, mientras que cuando lo importante es el factor desencadenante, se caracteriza como un predominio de los factores exógenos. Entre ambos no hay contradicción o exclusión; siempre están presentes ambos, aunque, como acabamos de ver, puede ocurrir un predominio de alguno de ellos.



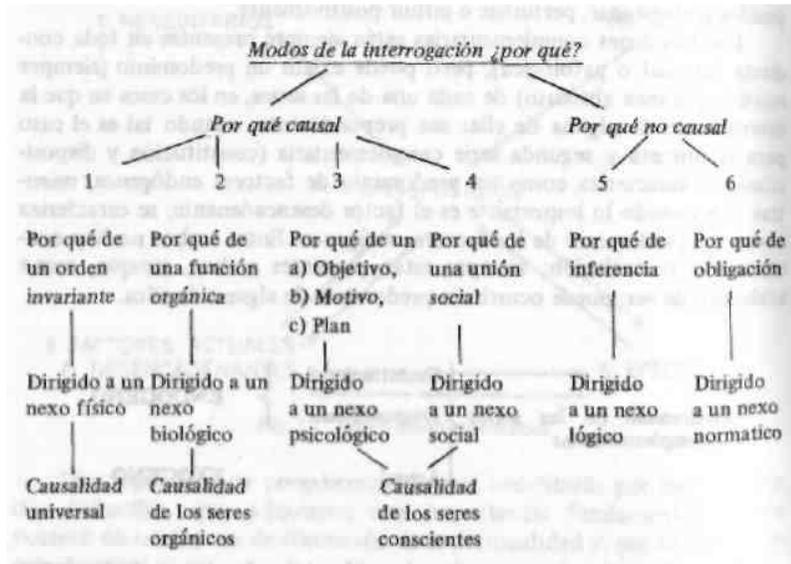
Estas denominaciones, según el predominio de alguna de las series complementarias, se utilizan para calificar tanto las causas como las consecuencias mismas (normales o anormales: síntomas y enfermedad). Exógeno y endógeno califican solamente predominios relativos, pero no son excluyentes; lo exógeno sólo puede actuar a través de lo endógeno, y a su vez

este último condiciona o modifica al primero. Además, lo endógeno ha sido a su vez, en algún momento del desarrollo, también exógeno.

5. Causalidad y niveles de integración

Todos los fenómenos están interrelacionados y la causalidad es, según ya lo hemos dicho, un momento de todas estas complejas y continuas interacciones. Podemos valorarlas y sistematizarlas dividiéndolas, como ya lo hemos hecho, en causas primarias y secundarias, pero también examinándolas en función de los niveles de integración, de las áreas, de los ámbitos y los campos.

La causalidad opera en todos los niveles de integración de la conducta, y reservamos específicamente el término causalidad para todos los niveles, excluido el psicológico; la causalidad operante en este último es lo que denominamos motivación.



Motivación es, entonces, la causalidad operante en el nivel psicológico de integración, ya que la motivación es también conducta y no un agente externo o extraño o distinto de la conducta misma. Tampoco excluye los otros niveles de integración, sino que, como en el caso de la conduc-

en general, los implica (contiene). La motivación es, por lo tanto, una conducta molar y aparece como suceso, acontecer o experiencia humana amática). Estudiada la motivación, todavía cabe, necesariamente, el estudio de la causalidad de la motivación. Los distintos tipos o modos de "por qué" han sido estudiados y clasificados por Mac Iver dentro de un esquema referencial, que a nuestro juicio es el de los niveles de integración; además, el autor estudia estos niveles de integración en distintos tipos de fenómenos, mientras que nosotros estudiamos fundamentalmente la causalidad en todos los niveles de integración de un solo fenómeno: la conducta del ser humano. Por la claridad didáctica de su estudio, reproducimos el cuadro de Mac Iver, aunque diferimos en algunas de sus apreciaciones al respecto.

6. Causalidad y ámbitos de la conducta

La causalidad, tanto como la motivación, pueden ser estudiadas en todos y en cada uno de los ámbitos de la conducta: psicosocial, sociodinámico e institucional; con esto se sostiene que todos los niveles de integración pueden ser aplicados en todos los ámbitos. Estos últimos tampoco pueden existir independientemente, sino que siempre están todos implicados y relacionados.

Si se trata, por ejemplo, de investigar el alcoholismo, se puede estudiar la causalidad y la motivación del mismo en los individuos, los grupos sociales o las instituciones (ámbitos de la conducta), y a su vez, en cada uno de ellos puede ser estudiado en distintos niveles: psicológico (depresión, ansiedad, etcétera), biológico (causas metabólicas, etcétera), socioeconómico (período de crisis económica, inflación, guerra, etcétera).

Causas del alcoholismo	Según el nivel	Ejemplo	Según el ámbito
	Psicológicas . .	Depresión o frustración	
Biológicas . . .	Subalimentación		
Sociológicas . .	Desorganización-grupos primarios	Grupales	
Económicas . .	Crisis económica	Institucionales	
Axiológicas . .	Caída de valores		

7. Causalidad y campo de la conducta

Las causas pueden ser estudiadas en los tres campos, es decir, en el conjunto de factores presentes en interacción en un momento y un espacio dados. Uno de los aspectos más interesantes en este enfoque de la causalidad, es el de la coincidencia o divergencia entre las causas en los tres distintos campos, que sólo son aspectos parciales de una unidad y una totalidad.

Aquí se estudian las causas en un momento dado, examinando los factores presentes y su interacción en el campo de conciencia (pensamientos, intenciones, etcétera), en el campo psicológico (conductas en el área del cuerpo y del mundo externo), tanto como el contexto y el campo ambiental, tal cual es en su estructura real u objetiva.

Si relacionamos la causalidad con los campos de la conducta podemos entender más correctamente los fenómenos de donde ha derivado la clasificación de las causas en objetivas y subjetivas, por un lado, y en exógenas y endógenas por otro. La clasificación objetivo-subjetivo tiene en cuenta la observación o el registro que puede realizarse de los fenómenos, y así llamamos causas objetivas a todas las que emergen de A y B, mientras que llamamos subjetivas a las que derivan de C.

La clasificación de causas en endógenas y exógenas tiene en cuenta al organismo por un lado y los demás factores por otro; así son exógenas las causas que derivan de A y endógenas las que provienen de B y C.

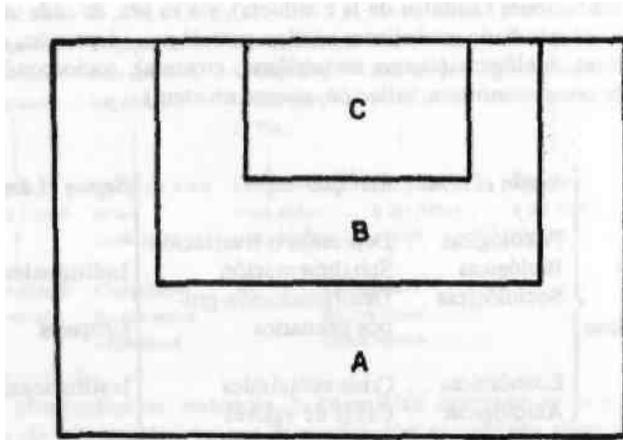


Fig. 20. Campos de la conducta

Ya hemos estudiado, en otro capítulo, que las áreas de la conducta tienen una estrecha relación con los campos, en el sentido de que el área B se superpone con el campo C, las áreas dos y tres con el campo B; diferencia entre campos y áreas de la conducta y el interés de estudiarlos por separado (aunque como vemos se pueden superponer) estriban en que las áreas de la conducta no excluyen otros estudios, además del de su relación con los campos; estos últimos implican las áreas en el nivel psicológico y en un momento de un espacio dado.

	Áreas	Campos	Ejemplo	Causalidad	
Motivos	1. Mente	C. Conciencia	.. Deseo	Endógena	Subjetiva
	2. Cuerpo y mundo externo	B. Psicológico	.. Miedo .. Abulia		
	3. Mundo externo	A. Ambiental	.. Peligro	Exógena	

8. Motivación consciente e inconsciente

Lo que una persona acusa o expresa como motivación de su conducta puede ser sólo parte de la motivación total, pero puede también ser únicamente una justificación o racionalización de aquella, escapando a su conocimiento las motivaciones verdaderas. El primer caso es lo que lleva a la distinción entre motivos conscientes e inconscientes, y esta admisión de motivos inconscientes permite ampliar los límites de la motivación humana, que hasta Freud sólo se extendían a las causas.

La motivación consciente o inconsciente se refiere, en última instancia, al conocimiento o desconocimiento, respectivamente, que el propio individuo tiene de las motivaciones. Es indiscutible que hay diferencia entre necesidad y conciencia de necesidad: la primera corresponde al campo ambiental y psicológico, la segunda al campo de conciencia.

9. Causalidad psicogenética y organogenética

Esta discriminación entre causas orgánicas y psicológicas asienta sobre un dualismo sustancial: el de la existencia de cuerpo y mente, pudiendo derivar las causas de la conducta de cada uno de ellos, de donde reciben,

respectivamente, la denominación de psicológicas o somáticas (organogénicas).

En este planteo se incurre en una confusión entre el cuerpo (somático) como área de conducta y el cuerpo como nivel de integración biológico. En este último sentido, todo empieza y todo termina con el cuerpo y no hay —por lo tanto— ninguna conducta (normal o patológica) que no tenga causas orgánicas, es decir, en la que no haya modificaciones del organismo. Pero el cuerpo, considerado únicamente en su nivel biológico de integración, no es en rigor el cuerpo del ser humano total, porque en este último todas sus manifestaciones son también y siempre psicológicas, en cuanto lo consideramos como área de la conducta. La unidad reside en que, en el ser humano, el cuerpo como área implica necesariamente el nivel biológico de integración. En otros términos, en el ser humano toda causalidad tiene que ser motivación, en algún momento, del proceso de la conducta.

Las causas psicológicas son, por un lado, fáciles de definir si se admite como hecho psicológico la existencia de la mente o la psiquis (aunque traiga problemas mucho más serios por otros lados), posición que ya no podemos mantener seriamente en la actualidad; toda conducta en el ser humano acontece también en el nivel biológico de integración, y en el proceso de la causalidad que la produce interviene indefectiblemente la motivación (nivel psicológico).

De, esta manera, si no mantenemos el dualismo cuerpo-mente, la división en causas psicológicas o somáticas ya no puede sostenerse, resultando absurdos los problemas de si el psiquismo influye sobre el cuerpo y viceversa.

Psicogénesis y organogénesis juega todavía un papel muy importante en el capítulo de las causas de las enfermedades (etiología), tanto orgánicas como mentales. Esta misma división en enfermedades orgánicas y mentales necesita ser esclarecida, porque éstas no se corresponden, respectivamente, con la organogénesis y la psicogénesis. Ambas son enfermedades orgánicas, en cuanto siempre interviene el cuerpo, y la división sólo tiene validez si se entiende que, con esta clasificación, se está hablando de áreas de la conducta.

Se habla de psicogénesis, utilizando el esquema de las series complementarias de Freud, cuando predomina en la etiología la disposición y dentro de ella los sucesos de la vida durante la infancia; de igual manera se incluyen en la psicogénesis las enfermedades en las que predominan los factores desencadenantes provenientes de la vida actual del ser humano. De esta manera se desplaza la psicogénesis del concepto primitivo de origen anímico o mental, a los sucesos de la vida (dramática).

Toda enfermedad, orgánica o mental, tiene causas biológicas y psico-

respectivamente, se superponen y coexisten, con un predominio variable entre ellas. Las causas psicológicas no deben ser referidas, entonces, a un origen mental o psíquico, sino a la relación del sujeto con su medio y especialmente a su relación con otros seres humanos, a un contexto que debe ser investigado en cada caso.

Debemos todavía aclarar una concepción dinámica de las enfermedades que atribuye en la psicogénesis un papel fundamental a las distintas áreas de la conducta, y especialmente a los afectos y las emociones. El error consiste en partir de la conducta en una de las áreas, tomada en forma aislada, como si éste fuese el punto de partida motivacional, rompiendo así no sólo la unidad con las otras áreas de la conducta, sino además con el contexto, la situación total que es la fuente de la causalidad psicogenética.

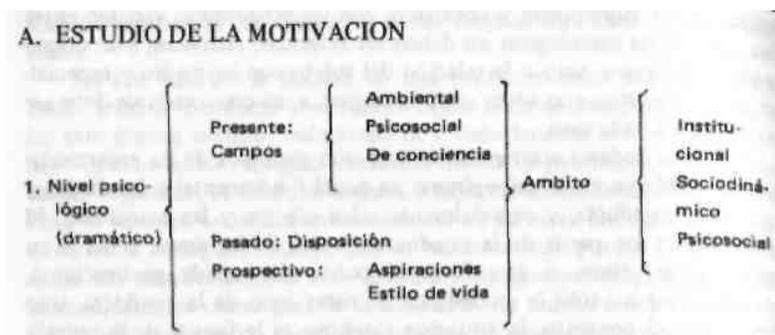
Si una persona llora, significa que está triste; su llanto es su tristeza. El origen psicológico de esta conducta no deriva del hecho de que la "tristeza psicológica" se "transformó" en llanto. El origen psicológico de su tristeza, que aparece en el área del cuerpo como llanto, emerge de una situación, de un suceso.

Lo mismo puede decirse del papel que se hace jugar a la ansiedad en la psicogénesis, porque la ansiedad no es la causa de un síntoma, sino que ambos son emergentes de una situación.

10. Sobredeterminación causal

De todo lo expuesto se puede deducir que toda conducta (normal o patológica) se halla sobredeterminada, es decir, que tiene una policausalidad muy compleja que deriva de distintos contextos o múltiples relaciones en los que se halla todo ser humano y cada una de sus conductas. En otros términos, nunca está operando una sola causa.

En la sobredeterminación causal debemos establecer una jerarquía de importancia, según las situaciones específicas que estamos estudiando y según los objetivos a que tiende dicho estudio. Ello puede ser facilitado con el siguiente esquema, que en la investigación psicológica puede hacerse en el siguiente orden:



B. ESTUDIO DE LA CAUSALIDAD

1. Otros niveles de integración

Siempre hay un porqué específico al tipo de problema que se investiga, y la causalidad sólo tiene sentido en un contexto delimitado de relaciones; de otra manera, se disuelve o diluye el fenómeno que se estudia en la infinita interacción con todos los fenómenos. No se deben formular causas generales para fenómenos específicos; no en el sentido de evitar la abstracción y la generalización, sino en el sentido de especificar causas comunes a varias y múltiples relaciones, cuando se requiere la causa específica de un nivel, un ámbito o un campo. Siempre debemos tener en cuenta que, en forma explícita o implícita, la causa siempre se refiere a un esquema referencial, es decir, a un conjunto "recortado" de relaciones.

11. *Los instintos*

Capítulo muy extenso de la psicología tradicional, se ve cada vez más reducido en la psicología moderna, después de haber sido en un momento dado el eje de gran parte de la psicología, así como centro de innumerables investigaciones y polémicas. Los instintos no son hechos, sino inferencias, y en la medida en que se ha adelantado en la investigación, las deducciones se han ceñido mucho más a los fenómenos concretos que se estudian, de tal manera que recurrir de inmediato a la hipótesis de los instintos para explicar o comprender un suceso lleva fácilmente a un bloqueo de la indagación, porque queda todo explicado sin haber explicado nada.

Con el término instinto se comprenden distintas cosas, que se hace imprescindible discriminar: a) se entiende por instinto las fuerzas o pulsio-

básicas, de carácter biológico, a las que en última instancia se deben¹ dos los fenómenos y se reducen todas las causas, b) una acepción distinta nomina instintos a conductas o pautas de conducta características de especie, que son innatas y no necesitan —por lo tanto— del aprendizaje que se ponen de manifiesto muy precozmente y se desarrollan en su totalidad de manera adecuada al logro de un fin y que carecen de la cualidad de fácil modificación o plasticidad; c) una tercera acepción de instinto incluye la organización o estructura nerviosa o biológica, que sustenta o que posibilita la aparición de los distintos fenómenos biológicos y psicológicos.

El concepto tradicional de instinto en psicología se atiene más a la formulación *b*, mientras que la revisión de la psicología tradicional se atiene a la interpretación o formulación de los instintos como fuerzas o pulsiones, que actúan como estímulos internos de carácter biológico, sobre los que asienta toda la vida psíquica. Esta ha sido fuertemente enfatizada especialmente por Freud, y dio lugar a una de las corrientes de la psicología dinámica moderna.

La tercera acepción es, para nosotros, la que en la actualidad merece que se le dé más gravitación. De esta manera el instinto no es una fuerza ni una conducta, sino la estructura orgánica que posibilita determinadas conductas, pero estas últimas no aparecen si no se da la experiencia, de manera tal que la conducta y su objeto no están predeterminados biológicamente ni pueden ser considerados como instintos. Las experiencias no clínicas que apoyan este criterio se hallan, a nuestro entender en las aportaciones de Tinbergen y Lorenz, quienes han sugerido la existencia de "mecanismos desencadenadores innatos" con los que el organismo reacciona a ciertos estímulos signos. Pero los estímulos no están determinados por los "mecanismos desencadenadores innatos", sino que, a la inversa, son estos últimos los que quedan determinados por los primeros y más primitivos estímulos que sobre ellos actúan. Este fenómeno, llamado "impronta" o "impresión", consiste entonces en una experiencia cuyo objeto se constituye en el estímulo concreto que podrá ulteriormente seguir poniendo en juego los "mecanismos desencadenadores innatos" correspondientes, con exclusión de otros estímulos y otros objetos. Lorenz comprobó que si un patito acepta una figura maternal, ya solamente esa madre ocupará el lugar. Lo interesante es que como madre puede actuar cualquier ser vivo al cual queda fijado, negándose después a aceptar a ningún otro como tal. La figura maternal que queda "impresa" pudo ser aun el mismo Lorenz. La cantidad de instintos admitidos por los distintos autores es muy variable: desde los que postulan uno o dos instintos hasta los que presentan un instinto para cada función importante o indispensable de la vida, y

sin duda que la importancia de los instintos ha sido sumamente exagerada y llegaron a constituir un verdadero obstáculo para la investigación. Fue el estado de cosas que se fue modificando, en la medida en que avanzaron los conocimientos antropológicos, sociológicos y psicológicos, que mostraron la gravitación de la cultura en la formación de la personalidad y las pautas de conducta, especialmente los datos que nos han conducido a la noción de relativismo cultural y la relación entre éste y la estructura de la personalidad (M. Mead, Kardiner, Linton, etcétera).

Freud ha reconocido dos instintos, pero diferentes en distintos momentos de elaboración de sus teorías: inicialmente describió la existencia de instintos sexuales e instintos del yo (de conservación), pero posteriormente modificó este esquema, incluyendo estos dos bajo la denominación de instintos de vida (Eros) y contraponiendo a los mismos los instintos de muerte (Tánatos). McDougall describió tres instintos principales y siete secundarios, Colvin enumera treinta instintos, W. James presentó una lista de cincuenta y dos, Woodworth aceptó ciento diez. Bernard, de quien tomamos estos datos, estudió muy especialmente el problema en un libro dedicado al tema, realizando un análisis estadístico del uso de la palabra instinto en cinco mil seiscientos ochenta y cuatro casos tomados por el autor de la bibliografía de unos quinientos autores, deduciendo que los instintos se distribuyen, según estos estudios examinados, en veintidós epígrafes y un grupo llamado misceláneo, en la forma siguiente:

	<i>No de casos</i>		<i>No de casos</i>
Altruistas	119	Migratorios y de clima	64
Antisociales	185	Juego.....	168
Disgusto o repulsión	74	Retiro y descanso.....	36
Económicos	281	Religiosos.....	83
Estéticos.....	152	Venganza.....	96
Éticos	48	Humillación de sí mismo	139
Familia	413	Afirmación de sí mismo	806
Temor y huida.....	287	Manifestación de sí mismo	107
Alimentación	228	Sexo	853
Gregarios o sociales	697	Destreza.....	266
Intelectuales	262	Misceláneos	229
Imitativos	91		

Si bien, progresivamente, el papel de los instintos en la vida humana se redujo en la psicología moderna, a favor del incremento del papel de la socialización y el aprendizaje, un baluarte de los instintos ha seguido siendo el campo de la psicología animal, hasta los estudios modernos de la etología (Tinbergen, Lorenz, etcétera) que también reducen el carácter especulativo de la teoría de los instintos.

El análisis de la literatura sobre instintos y especialmente los estudios de Bernard y el libro reciente de Fletcher, conducen a demostrar que los estudios tradicionales sobre instintos se refieren al estudio de necesidades. Pero, si bien se incluyen la alimentación y la sexualidad, no se incluyen otras necesidades básicas y fundamentales como la respiración (salvo Claparède que sí la incluye), la defecación, etcétera. Es fácil deducir que se han considerado como instintos las necesidades básicas, pero entre éstas únicamente aquellas cuya satisfacción trasciende a un acto social. Seguramente se habría hablado, regular y constantemente, de un instinto respiratorio si el oxígeno fuese, al igual que el alimento, un producto inseguro en su provisión.

Sin embargo, no son pocos los autores que diferencian instinto de necesidad, considerando a esta última como la manifestación concreta del primero, y siendo, además, la necesidad más plástica en cuanto su satisfacción es menos imperiosa. Para nosotros todos los instintos son necesidades, pero una necesidad se "realiza" o se "cosifica" en un instinto cuando el objeto que satisface dicha necesidad es un valor de cambio.

Hacemos nuestra la actitud de Kardiner con respecto a los instintos cuando dice que "se pueden sacar conclusiones en torno de la conducta; sobre el instinto sólo se puede filosofar". Creemos que cuanto menos se recurra a los instintos, tanto mejor para la tarea científica. No es infrecuente hallar la contradicción entre aportes positivos y concretos a la psicología, expuestos y desarrollados con teorías especulativas y abstraccionistas. Un ejemplo muy neto de ello es Freud, en quien hay una seria oposición y contradicción entre los aportes concretos al estudio de la motivación y el carácter metafísico, mitológico de su teoría de los instintos, según él mismo la calificó.

12. Variables

Reciben el nombre de variables todos aquellos factores cuya magnitud puede sufrir modificaciones. Aquellos que tienen valores concretos y que el investigador modifica metódicamente, dentro de condiciones que se mantienen constantes, se llaman en psicología experimental variables inde-

pendientes. Todos aquellos factores cuyos valores quedan definidos por I_0 s de estas últimas reciben el nombre de variables dependientes; en otros términos, son los efectos de los que los primeros son las causas.

Es fácil inferir que este esquema responde estrictamente al de la relación estímulo-respuesta. Sin embargo, en psicología, esta relación no se cumple sistemática y estrictamente; las respuestas de distintas personas no son iguales frente a los mismos estímulos y tampoco lo es la respuesta de una misma persona en distintos momentos. Aquí Tolman hace intervenir entre las variables dependientes e independientes, las variables intermedias que son de dos tipos: variables inmanentes (necesidades) y variables cognitivas. Las primeras incluyen las necesidades sexuales, de seguridad hambre, reposo, etcétera, mientras que entre las segundas se incluyen las actividades complejas y superiores, tales como la comprensión del estímulo o la situación, el recuerdo de experiencias pasadas, etcétera.

El esquema de las variables independiente-intermedia-dependientes, establecido en primera instancia por Tolman, tiene varios sentidos que es necesario aclarar, según lo hace S. Koch, definiendo cada una de las variables de la siguiente manera:

Las variables independientes de un sistema son los factores identificados, mensurados y —en lo posible— manipulados, que pueden ser discriminados en el sistema, como las condiciones antecedentes de los sucesos, que el sistema se propone predecir o prever.

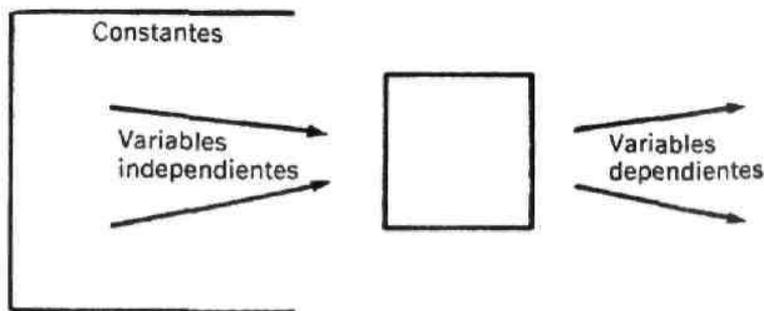


Fig. 21. Variables dependientes e independientes.

Las variables dependientes de un sistema designan los sucesos que el sistema predice o prevé. Las variables intermedias son los términos interpolados entre las dos anteriores.

Las variables dependientes e independientes pueden ser empleadas con tres sentidos distintos: sistemático, empírico y matemático.

El sentido sistemático incluye las definiciones dadas más arriba.

El sentido empírico se refiere a todos los factores que son sistemáticamente variados en una situación experimental, con la finalidad de observar y registrar un cambio correlativo en otra parte del sistema.

El sentido matemático se refiere a todos los términos de una relación de dependencia funcional, de los cuales un término dado (la variable dependiente) es una función especificada.

Las variables intermedias son, para Tolman, factibles de ser descriptas o definidas, objetiva y funcionalmente, y de ser cuantificadas o medidas.

Los estímulos que inician o promueven una conducta constituyen u operan en el nivel físico-fisiológico (variables independientes), mientras que las variables intermedias son las que motivan la conducta y están, necesariamente, siempre presentes en la conducta del ser humano: por ello Tolman también las llama, respectivamente, "causas iniciadoras" y "determinantes inmanentes".

Tolman ha estudiado muy intensamente este problema y no es fácil sintetizar sus aportaciones al respecto, que progresivamente se han ido complicando de más en más. Entre las causas iniciadoras (físico-fisiológicas y del medio ambiente) y los efectos (la conducta) se interponen las determinantes de la conducta o variables intermedias, que son a su vez de tres tipos: a) las determinantes inmanentes: intenciones y cogniciones; b) las capacidades intencionales y cognitivas, que son las que dan una cierta cualidad a las anteriores; c) los "ajustes" que constituyen, según lo dice Tolman, "nuestro sustituto behaviorista de lo que los mentalistas llamarían conciencia e ideas". Funcionan produciendo cierta clase de modificaciones o mejoras en las determinantes inmanentes.

En el año 1932 el esquema de Tolman al respecto, era, sumariamente, así:

A) Variables independientes o causas iniciadoras

Estímulo (S)

Herencia (H)

Entrenamiento o experiencia previa (T)

Estado fisiológico inicial (P)

H y T influyen en el resto de las variables. P condiciona o determina^a qué estímulos reacciona el organismo. P y S, juntas, producen una serie de variables intermedias.

148

José Bleger

B) Variables intermedias

Capacidades: producidas por las dos variables independientes H y T. Determinantes inmanentes: intenciones y cogniciones. "Ajuste": ideación.

C) Conducta

Causada indirectamente por S, P, T y H a través de las variables intermedias.

En 1951, Tolman modificó en buena medida el esquema anterior y, entre otras modificaciones, no incluye T entre las variables independientes, y entre las variables intermedias incluye capacidades y rasgos temperamentales, sistema de necesidades, matriz de valores y creencias, espacio de conducta y espacio de conducta reestructurado.

Bibliografía

Allport, G.W. (a, b, d); Ancona, L., y otros; Bernard, L.L.; Bunge, M.; Boss, M., Diehl, P.; Dumas, G. (b); Engels, F. (a, b); Fenichel, O. (a); Fletcher, R.; Fondation Singer-Polignac; Forest, J.H.; Freud, S. (c, d, e); Hull, C.L.; Kardiner, A.; Klineberg, O.; Lagache, D. (i); Larguier des Bancels, J. (b); Lewin, K. (a, b, c); Lindzey, G.; Lorenz, K.; Mac Iver, R.; Madsen, K.B.; Marcus-Steff, J.; Maslow, A.H.; Monakow, K., y Mourgue, R.; Muenzinger, K. F.; Nadel, S.E.; Nebraska Symposium;esters, R. S.; Piddington, R.; Rapaport, D. (b); Rubinstein, S. L. (a, b, c); Schneifla, T. C.; Stagner, R. y Karwoski, R.F.; Hopkins, C.O.; Stoetzi, J. (a); Taylor, W.S.; Tinbergen, N.; Tolman, E.C. (a, c, d, e); Uexküll, J. von; Young, P.T. (a); Grinberg, L., Bleger, J., Liberman, D., Rascovsky, A., Rascovsky, L.; Gill, M.M., Rapaport, D. (capítulo I); Moltz, H.

Capítulo XII Conflictos y conducta

1. Conflictos

La coexistencia de conductas (motivaciones) contradictorias, incompatibles entre sí, configura un conflicto. Aunque originariamente estudiado en el campo de la psicopatología, el concepto se ha ampliado hasta convertirse en un capítulo fundamental de la psicología general, debido, en gran medida, a las investigaciones de S. Freud y la escuela psicoanalítica.

El conflicto es consustancial con la vida misma y tanto significa un elemento propulsor en el desarrollo del individuo, como puede llegar a constituir una situación patológica; hay en esto también un pasaje gradual e indiviso entre normalidad y patología, dado por un incremento cuantitativo y un cambio cualitativo de los conflictos. Lo ideal no es la ausencia de conflictos, porque ellos constituyen la contradicción en la unidad de la conducta y, por lo tanto, su fermento dialéctico de cambio y transformación; lo que importa no es adherirse a ideas que son incompatibles con la realidad de los fenómenos, sino estudiarlos tal como son: única manera de dirigirlos. Lo que importa es el destino de los conflictos y la posibilidad de resolverlos o sobrellevarlos.

Los primeros estudios de Freud adjudicaban un poder patógeno a situaciones extraordinarias o inhabituales, llamadas situaciones traumáticas, pero ulteriormente se fue restando valor explicativo a la intervención de estos traumas, en la medida en que se reconoció que lo que podía enfermar eran los conflictos habituales de la vida diaria, incluso sin la intervención de factores brutales desencadenantes.

Freud sostuvo la hipótesis de un conflicto fundamental entre el individuo y la sociedad, en el sentido de que cada ser humano tiene que reprimir pulsiones, instintos o aspiraciones que son prohibidos por la cultura y cuya satisfacción —por lo tanto— le acarrearía serias consecuencias. Este conflicto transcurre, psicológicamente, entre fuerzas instintivas y la formación o estructura psicológica que representa la coerción social internalizada, funcionando ya como parte del sujeto mismo. Sabemos en la actualidad que tal esquema del conflicto entre tendencias biológicas y normas

culturales es demasiado simplista, porque no hay pulsiones biológicas, libres o independientes de la organización cultural, y esta última no es un elemento ajeno, que en forma aislada y pura se contrapone a la organización biológica. Los conflictos psicológicos son el reflejo o la asimilación, por parte del sujeto, de conflictos que se dan en la estructura cultural, pero estos últimos tampoco son independientes de los seres humanos ni de la acción colectiva e individual de los mismos. La organización social no es homogénea, en el sentido de que sea unívoca y disponga al individuo a un solo tipo de conducta, sino que su propia estructura es contradictoria y conflictiva. Pero tampoco se debe derivar de esto otro esquema simplista e ingenuo: que los conflictos psicológicos son simplemente el "doble" reflejo de los conflictos sociales.

Los conflictos están implicados en todos los ámbitos de la conducta (psicosocial, sociodinámico e institucional) y en estrechas interrelaciones entre sí. De esta manera, el conflicto puede ser estudiado en cada individuo tomado aisladamente, como un conflicto interno o personal; puede ser estudiado en cuanto conflicto grupal e institucional, sin que estos estudios sean incompatibles entre sí, sino que -inversamente- integran una sola totalidad única. Un estudio completo debe abarcar todos estos ámbitos. El psicoanálisis ha estudiado los conflictos fundamentalmente en el ámbito psicosocial, pero con gran participación del ámbito sociodinámico, tomando la familia como grupo básico o matriz en el que se forma o plasma la personalidad del niño. Estos estudios parciales, en lugar de ubicarse en el contexto correcto que les corresponde, con frecuencia se han inclinado hacia una posición idealista: suponer los conflictos individuales como base o causa de los conflictos sociales, económicos y políticos. Pero, por otro lado, existe el error frecuente de considerar, por ese mero hecho, al solo estudio de los conflictos psicológicos como una posición y un error idealista.

2. Frustración y conflicto

Llamamos frustración a todas aquellas situaciones en las cuales no se obtiene el objeto necesario para satisfacer necesidades, o no se logra un objetivo al cual se aspiraba.

En la frustración, el obstáculo a la consecución del objeto puede ser totalmente externo o puede ser interno.

En ambos casos conviene hablar de un predominio relativo, ya que en condiciones habituales los obstáculos externos y los internos se condicionan recíprocamente en un círculo

Conflictos y conducta

151

vicioso. Inclusive, sobre obstáculos reales externos, pueden canalizarse o proyectarse obstáculos de carácter psicológico.

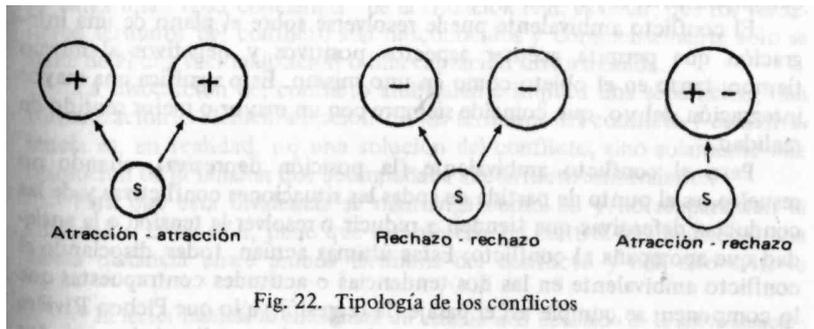
Con gran frecuencia las frustraciones son consecuencia de situaciones conflictivas, pero el ciclo puede comenzar realmente con una frustración, que a su vez puede generar conflictos. En el primer caso, el conflicto es proyectado al mundo externo y resulta más fácil, o menos difícil, sufrir frustraciones y no conflictos. En el segundo caso, no toda frustración genera conflictos; hay frustraciones crónicas a las cuales el sujeto se somete o adapta sin que aparezcan conflictos, y en otras oportunidades las frustraciones reales no son manejadas como tales, sino con una agudización o actualización de conflictos psicológicos.

El grado de tolerancia a la frustración es muy variable y constituye en sí una resultante del desarrollo y estructura de la personalidad total; cuanto más madura e integrada la personalidad, menos promoverá psicológicamente frustraciones y podrá enfrentar las frustraciones como tales, sin una desorganización de la personalidad y sin una regresión conflictiva.

3. Tipología de los conflictos

K. Lewin ha estudiado tres tipos de conflictos que llama, respectivamente: atracción-atracción, atracción-rechazo y rechazo-rechazo.

En el conflicto atracción-atracción, el sujeto está enfrentado con dos objetos que son atractivos, o que él desea, pero son incompatibles entre sí. Es el caso de quien tiene que decidir entre dos carreras que son ambas atractivas o interesantes para él. A este tipo de conflicto corresponde la alternativa del asno de Buridán, quien teniendo dos parvas de heno, se muere de hambre por no poder elegir.



En el conflicto rechazo-rechazo, el sujeto se ve obligado a escoger entre dos objetos o situaciones que son ambas desagradables, peligrosas o rechazantes. Es el dilema de Caribdis y Escila, nombres de un torbellino y un escollo del estrecho de Mesina, terror de los navegantes que deseando evitar el uno, caían en el otro.

En el conflicto atracción-rechazo, el sujeto se enfrenta con tendencias o actitudes contradictorias dirigidas hacia el mismo objeto. Se diferencia de los dos anteriores en que las tendencias son opuestas y recaen, no sobre objetos distintos, sino sobre un mismo objeto.

4. Ambivalencia y divalencia

El conflicto que K. Lewin denomina atracción-rechazo, es el tipo de conflicto que Bleuler llamó ambivalencia y que consiste en la coincidencia sobre el mismo objeto, al mismo tiempo, de actitudes, impulsos o afectos contradictorios. En el caso, por ejemplo, del amar y odiar a una misma persona, al mismo tiempo.

El conflicto de ambivalencia es un tipo de conflicto que va acompañado de gran tensión y/o ansiedad, de una situación de gran inseguridad, porque peligra el objeto que uno quiere, por el odio o el rechazo que se le tiene al mismo tiempo. Va acompañado de depresión y culpa. Es el tipo de conflicto y de relación objetal que M. Klein llamó posición depresiva, y a la ansiedad que la acompaña, ansiedad depresiva. Esta última corresponde a lo que habitualmente reconocemos como tristeza. El objeto de la ambivalencia es, además, un objeto total. Por otra parte, como siempre en toda conducta interviene una estructura total, participa también de la ambivalencia no sólo el objeto sino, fundamentalmente, el yo del sujeto.

El conflicto ambivalente puede resolverse sobre el plano de una integración que permita aceptar aspectos positivos y negativos al mismo tiempo, tanto en el objeto como en uno mismo. Esto significa una mayor integración del yo, que coincide siempre con un mayor o mejor sentido de realidad.

Pero el conflicto ambivalente (la posición depresiva), cuando no resuelto, es el punto de partida de todas las situaciones conflictivas y de las conductas defensivas que tienden a reducir o resolver la tensión o la ansiedad que acompaña al conflicto. Estas últimas actúan, todas, disociando el conflicto ambivalente en las dos tendencias o actitudes contrapuestas que lo componen; se cumple así el pasaje (la regresión) a lo que Pichón Rivière ha llamado la divalencia: división en dos conductas disociadas con dos

Conflictos y conducta

objetos distintos. Un ejemplo de ello es la situación de conflicto ambivalente en que se quiere y odia al mismo tiempo, por ejemplo, a la madre; el paso a la divalencia se cumple cuando, por ejemplo, se retiene el amor a la madre y el odio es totalmente transferido a una hermana. Se cumple así una disociación esquizoide en la que la relación objetal es ahora con objetos parciales, porque cada uno de los objetos está ligado a una parte del yo del sujeto y a uno solo de los términos parciales del conflicto total ambivalente. La división esquizoide es la conducta defensiva básica, y todas las otras conductas defensivas se basan en el manejo o distribución de los términos de esta división esquizoide.

Los conflictos que requieren nuestra ayuda, en el campo de la psicología clínica son, en muy escasa proporción, de carácter ambivalente y en cambio, son, con mucha mayor frecuencia, de carácter divalente, es decir, se requiere asistencia cuando ya no es operante la disociación divalente o bien cuando ella, por sí misma, crea nuevas dificultades o desadaptaciones o inhibiciones. Cuando operamos terapéuticamente, sólo entonces, y como etapa necesaria, reducimos la divalencia al conflicto ambivalente original.*

5. Conflictos de áreas y campos

Los conflictos son siempre conductas contradictorias, incompatibles entre sí, pero que pueden ser vividos tanto en forma consciente como inconsciente; en este último caso, el sujeto percibe la tensión o la ansiedad, pero no conoce ni discrimina los términos del conflicto que la producen. Por otra parte, aun en el caso de un conflicto consciente, no se excluye que otra parte del mismo pueda ser inconsciente. Otra alternativa es que la situación conflictiva sea inconsciente, mientras que conscientemente sólo se tenga una "falsa conciencia" de la situación real, es decir, que los verdaderos términos del conflicto son desconocidos y conscientemente sólo se tiene de él una racionalización o una captación distorsionada.

La disociación del conflicto ambivalente implica una separación, una formalización o elementalización de los términos del conflicto y esta divalencia es, en realidad, no una solución del conflicto, sino solamente una resolución de la tensión que acompañaba al conflicto ambivalente.

Para que esta divalencia se mantenga como tal y no reaparezcan la ansiedad o la tensión, tiene que establecerse un control que mantenga una cierta distancia entre ambos términos del conflicto y con ello evite la

* El lector interesado encontrará un estudio más detallado de la ambivalencia y divalencia en el capítulo VII

de *Simbiosis y ambigüedad*. Buenos Aires, Paidós, 1967.

reaparición de la ambivalencia. Todas las conductas que tienden a mantener la divalencia se estructuran entonces sobre esta división esquizoide y son las que estudiaremos como conductas defensivas.

El resultado de esta disociación de la conducta es la aparición de manifestaciones contradictorias en las distintas áreas de la conducta o -inclusive— en la misma área y una consecuente distancia o disociación entre las mismas. Esto es lo que ya hemos estudiado en el capítulo II como "Coincidencia y contradicción de las áreas de la conducta". A su vez, esta disociación y contradicción de las áreas implica, necesariamente, una disociación y contradicción de los campos de la conducta.

Si los términos de la contradicción (del conflicto) dejan o pierden la posibilidad de ser discriminados, aparece la confusión. Si aun estando discriminados, coexisten disociados pero no suficientemente distanciados uno de otro, tenemos la duda o la vacilación, términos que se aplican respectivamente para los casos en que la duda se da en las áreas uno o tres. Si no están suficientemente disociados y la aparición de una de las conductas trae necesariamente la aparición del otro indeseable, se está en el caso de las inhibiciones. Una transacción de ambos términos del conflicto se da en el caso de los fenómenos que pertenecen a lo que Freud llamó la "psicopatología de la vida cotidiana", o en los síntomas.

Una estabilización de la disociación del conflicto implica una disociación estabilizada de las áreas de la conducta, o una disociación de una misma área, lo cual constituye una verdadera alienación, una pérdida o limitación de las posibilidades expresivas de la conducta integrada y de la personalidad total.

6. Objeto bueno y objeto malo

Con ningún objeto se pueden tener exclusivamente experiencias negativas o, por el contrario, solamente experiencias positivas, y esto implica una fuente de conflictos, en el sentido, por ejemplo, de que una persona que nos gratifica, en otros momentos nos frustra. El conflicto reside en que con un mismo objeto recogemos experiencias que están en contradicción entre sí y se promueven sentimientos o actitudes que también están en contradicción.

La disociación del objeto total (ambivalente) en dos objetos parciales hace que con uno de ellos se viva solamente la parte gratificante y con el otro únicamente las experiencias frustrantes. Al primero se denomina "objeto bueno" y al segundo "objeto malo". Estas denominaciones gené-

Conflictos y conducta

155

ricas fueron introducidas por M. Klein, y el fenómeno fue estudiado intensamente por su escuela.

La división esquizoide (divalencia) permite mantener separados y distanciados el objeto bueno del objeto malo, y todas las conductas defensivas tienden a mantener en forma estable esta disociación.

Toda experiencia implica, necesariamente, esta contradicción en la unidad de la conducta, y en ello reside el conflicto. Freud estudió muy concreta y correctamente las situaciones de conflictos, tal como se dan en la realidad en los seres humanos, pero por no mantener su teoría en el plano de la dialéctica de la conducta, presentó teóricamente estos conflictos como una lucha de fuerzas o instintos o un conflicto entre instancias psicológicas (conflicto entre el yo y el ello), o conflicto entre fuerzas instintivas, biológicas y exigencias culturales.

La división del objeto total (ambivalente) en objeto bueno y malo (divalencia) implica no solamente la división del objeto, sino también una división del yo del sujeto y una disociación de la estructura del vínculo, que se establece entre cada objeto parcial y respectivamente- la parte del yo con él relacionada.

Objeto bueno y malo califica, en síntesis, el objeto respectivo de la experiencia buena y mala, gratificante y frustrante.

7. Ansiedad y conflicto

Freud postuló el origen de la angustia en una transformación de la energía sexual (libido) impedida en su descarga (estancada), situación que se da cuando fracasan las conductas defensivas. Posteriormente, manteniendo la misma hipótesis sobre la génesis de la angustia, postuló que su aparición en pequeña cantidad opera como una señal de alarma que moviliza las conductas defensivas.

M. Klein, ulteriormente, emitió la hipótesis de que la angustia era la actuación del instinto de muerte.

En ambas teorías se superpone la psicología con la biología e -inclusive- con hipótesis biológicas de carácter especulativo que distan de tener verificación científica.

La ansiedad o angustia es un estado de desorganización del organismo, según lo ha estudiado Goldstein, y su intensidad puede variar desde un mínimo que sirve de señal de alarma hasta un máximo en el pánico. Esta desorganización aparece frente a situaciones de frustración o de conflicto. La angustia no es la causa de la conducta ni de los síntomas, sino uno de

los fenómenos que se producen en distintos momentos de la dinámica de la relación objetal.

En base a los estudios de M. Klein, se ha sistematizado el conocimiento de dos tipos de ansiedad. Uno de ellos ligado al conflicto ambivalente (la situación depresiva) y que se denomina ansiedad depresiva (tristeza); el otro, la ansiedad que se produce siempre que la disociación divalente corre riesgo de perderse o cuando el objeto malo amenaza al yo y al objeto bueno a él ligado, es la ansiedad de la posición esquizoparanoide y se denomina ansiedad paranoide (miedo). Ambos no son excluyentes, sino coexistentes, y lo que se califica es el predominio de uno sobre el otro. Además, hay una relación dinámica entre uno y otro, tanto como la hay entre la ambivalencia y la divalencia.

8. *Unidad genética de los conflictos*

El conflicto ambivalente (denominado atracción-rechazo por K. Lewin) es el conflicto primordial, en el sentido de que todos los demás derivan de él y significan con respecto a él una cierta defensa, ya que todos los demás conflictos aparecen como consecuencia de una división esquizoide del conflicto ambivalente.

Todos los conflictos divalentes, entre los cuales hay que contar también los que K. Lewin califica como atracción-atracción y rechazo-rechazo, son defensas frente al conflicto ambivalente, de tal manera que esto tiene no sólo importancia desde el punto de vista del conocimiento genético, sino también desde el interés puesto en la resolución terapéutica. Muchos conflictos resultan estar encubriendo un conflicto más básico y por cierto más inquietante. Un ejemplo de ello puede ser el caso del estudiante que se mantiene sin estudiar porque tiene que resolver o decidir entre dos carreras universitarias que le atraen de igual manera (conflicto atracción-atracción); esto resulta ser un conflicto de carácter defensivo porque tiene -por ejemplo- atracción y miedo de fracasar en cada una de las dos carreras, con lo cual su conflicto es verdaderamente una ambivalencia que elude con la divalencia que le permite racionalizar su miedo al fracaso. El dilema de una cosa u otra se reduce al problema con cada una de las dos cosas. Lo mismo puede decirse de todos los demás conflictos de tipo divalente, que tienen que ser reducidos al conflicto ambivalente para que realmente puedan ser resueltos.

Conflictos y conducta

157

9. *Síntesis*

Si de la copiosísima literatura sobre el tema, con las perspectivas más variadas, se tratara de sintetizar un cierto consenso de los distintos autores, se podría concluir en las siguientes afirmaciones:

- a) Que el conflicto es una lucha u oposición entre sistemas de energías o de impulsos, o de estructuras mentales, o de conductas, que ocurre en el individuo.
- b) Que constituye una de las fuentes más importantes de motivaciones.
- c) Que el resultado de dichos conflictos es una modificación de la conducta, que aparece como un intento de transacción o de compromiso.

En ello subrayaríamos las siguientes observaciones, según la exposición hecha:

- a) Que el conflicto es siempre conflicto de conductas, campos y ámbitos, y que no hay un "dentro", sino solamente como vivencia y nunca como espacio en el que operan fuerzas e impulsos.
- b) La conducta es, a su vez, la resultante de conflictos, lo cual permite el estudio del proceso de la conducta en sí mismo, sin la intervención de entidades mitológicas ajenas a ella misma, con lo cual no se aclaran, sino que se complican los problemas.
- c) La conducta, tanto como toda la vida del ser humano, es siempre respuesta y siempre compromiso.

Bibliografía

Cameron, N.; Fenichel, O. (b); FiUoux, J.C.; Freud, A.; Freud, S. (h, i); Goldstein, K. (a, b); Guthrie, E. R. (c); Horney, K. (a); Hunt, J. McV.; Klein, M. (a, b, c); Lewin, K. (a, b, c); Luna, A. R.; Maier, N. R. F.; Matte Blanco, I.; Michotte, A.; Pichón Rivière, E. J.; Stagner, R.; Karwoski, T. F.

Capítulo XIII Conductas defensivas

1. *La defensa*

El término defensa es empleado por primera vez por Freud en 1894 en su estudio sobre las "Neuropsicosis de defensa", en el cual describe los síntomas como formaciones defensivas frente a ideas y afectos insoportables y dolorosos. Más tarde, sustituye el término por el de represión, pero en 1926 lo retoma y define la represión como una forma de defensa.

Los peligros contra los cuales tenían que operar las defensas podían provenir —según A. Freud— de tres fuentes: de los instintos, de la conciencia moral (superyó) o de la realidad exterior.

Todas las conductas defensivas son conductas que operan sobre la disociación (divalencia) y tienden a fijar o estabilizar una distancia óptima entre objeto bueno y malo. Fueron estudiadas por Freud y la escuela psicoanalítica con la denominación de mecanismos de defensa, pero son en realidad conductas y deben ser estudiadas como tales. Si se optara por mantener la denominación original de mecanismos de defensa, de ninguna manera se debe suponer que estos supuestos mecanismos originan la conducta respectiva, sino que, a la inversa, lo concreto son las conductas, y los mecanismos derivan de un proceso de generalización y abstracción de las primeras, pero de ninguna manera tienen que ser convertidos en ente-lequias.

Las conductas defensivas son las técnicas con las que opera la personalidad total, para mantener un equilibrio homeostático, eliminando una fuente de inseguridad, peligro, tensión o ansiedad. Son técnicas que logran un ajuste o una adaptación del organismo, pero que no resuelven el conflicto, y por ello la adaptación recibe el nombre de disociativa.

En todo momento en que fracasan las conductas defensivas y -por consiguiente- la disociación de la conducta, aparece la ansiedad como un índice de restitución, o peligro de restitución, de la ambivalencia (conflicto). La pérdida de las defensas habituales, en forma total, conduce a una desintegración psicótica, pero en condiciones más comunes no alcanza tal intensidad ni totalidad, y la ansiedad que aparece promueve la formación

de nuevas conductas defensivas. Esta alternancia de las conductas defensivas puede ser un proceso estereotipado o bien constituir un verdadero proceso de aprendizaje.

Las conductas defensivas no existen solamente en los procesos patológicos, sino que intervienen normalmente en el ajuste y desarrollo de la personalidad; lo que caracteriza lo normal o lo patológico no son conductas defensivas típicas en su calidad, sino una variación en su *quantum* o grado de aparición, lo cual a su vez condiciona o produce cambios cualitativos; la rigidez o plasticidad en la dinámica o alternancia de las conductas defensivas es otro de los caracteres que diferencia lo normal de lo patológico.

Toda conducta defensiva conduce a una restricción del yo o a una limitación funcional de la personalidad, porque siempre opera contra una parte del mismo yo, ligada a un objeto perturbador; esta restricción puede ser muy amplia o de tal magnitud que la capacidad del yo se reduce a un mínimo.

La defensa no es un sobreagregado, sino que es la conducta misma, en sus múltiples alternativas frente a los conflictos; éstos tampoco son nada ajeno a la conducta misma. El propio Freud, que comenzó sus investigaciones con un esquema energista de los conflictos, en el año 1938 admite la escisión del yo frente a los conflictos, con la aparición de dos conductas o reacciones opuestas, "ambas válidas y efectivas"; "el rechazo siempre se complementa con una aceptación; siempre se establecen dos posiciones antagónicas y mutuamente independientes que dan por resultado una escisión del yo. El desenlace depende, una vez más, de cuál de ambas posiciones logre alcanzar la mayor intensidad".

2. Proyección

Es un término primitivamente utilizado por Condillac y por Helm-holtz para describir una teoría, según la cual las sensaciones son primero percibidas como experiencia psicológica y sólo posteriormente, por una localización en el espacio, fuera del yo, adquieren realidad independiente de la psicológica, es decir, que la sensación se percibe primero como experiencia interna y sólo posteriormente es ligada a objetos exteriores. En psicología, en la actualidad, se denomina proyección al hecho de atribuir a objetos externos características, intenciones o motivaciones, que el sujeto desconoce en sí mismo. La proyección puede realizarse tanto sobre objetos inanimados como sobre seres animados.

Lo que se proyecta y se experimenta, por lo tanto, es uno de los términos de la divalencia (disociación de la ambivalencia) y, por lo tanto, una

Conductas defensivas

161

estructura que incluye un objeto parcial y parte del yo ligado a ese objeto. La proyección se realiza ubicando el objeto parcial en el área tres, sobre un objeto real del mundo exterior, y reteniendo el otro objeto parcial en el área uno o en la dos. Se puede proyectar tanto el objeto bueno como el malo. En ciertos casos puede ocurrir una proyección de objeto total.

Forma parte tanto de la conducta normal como de la anormal, y juega un papel muy importante en la psicología de la personalidad. Interviene normalmente en el curso del desarrollo, en el cual, por ejemplo, las frustraciones, vividas con agresión contra el objeto frustrante, son proyectadas sobre otro objeto, y entonces se percibe a este último objeto como agresivo, lo que permite mantener el vínculo sin conflictos con la persona que se necesita para la satisfacción de necesidades. Interviene en todo proceso de percepción y es la experiencia reiterada con la realidad la que permite la rectificación de lo proyectado y, por lo tanto, una percepción correcta. Si esta proyección no es rectificadora por la realidad y dista de la misma en forma apreciable, se producen la alucinación y la ilusión; la primera es más masiva, en el sentido de que toma menos en cuenta las características reales del mundo exterior, y es de más difícil rectificación que la segunda.

Si se proyecta predominantemente el objeto malo, el sujeto se siente bueno por retener el objeto bueno como propio, mientras que el o los objetos del mundo exterior son percibidos como malos o peligrosos. Este caso es lo que denominamos la conducta de estructura paranoide.

Si se proyecta lo bueno, el sujeto se siente malo y pasa a una relación de dependencia del objeto externo, dependiendo de su protección y de sus juicios sobre él. Si la proyección es demasiado intensa, el sujeto se siente pobre y vacío.

La proyección puede dar como resultado una identificación que en este caso se denomina identificación proyectiva, en la cual el sujeto experimenta como propias, conductas de un objeto externo y vive dichas experiencias a través del otro. En casos extremos y patológicos (esquizofrenia), el sujeto siente que lo tocamos a él si tocamos un objeto con el cual él está identificado proyectivamente. Es también identificación proyectiva el caso de los que siempre ayudan a otros, para vivir a través de los otros y no de sí mismos.

Pichón Rivière ha introducido, en este sentido, una terminología que permite comprender mejor los procesos

de proyección en las diferentes situaciones normales y patológicas; denomina depositario al objeto externo sobre el cual se efectúa la proyección, depositante al sujeto que la realiza y depositado a lo que es proyectado. La discriminación entre depositado y depositario permite la rectificación de lo proyectado, y por lo tanto, el

mejor conocimiento de la realidad, mientras que la superposición total e identificación entre ambos es el proceso característico de las psicosis. Otro proceso que tiene lugar en la relación interpersonal, es el hecho de que el depositario puede asumir el papel de lo depositado y a su vez entrecruza proyecciones con el depositante, y este proceso, en un grado máximo o intenso, es característico de las psicopatías.

El desarrollo normal y la integración de la personalidad con la integración del sentido de la realidad, depende de un progresivo clivaje entre lo proyectado y el depositario. En el curso del desarrollo es la defensa más temprana o más precoz, que aparece aún antes que la represión. Esto se relaciona con el orden de aparición de las áreas de conducta, de las cuales, como ya hemos visto, la del mundo externo es anterior a la de la mente. La proyección se relaciona con la primera y la represión con la segunda. Sin embargo, hay que tener en cuenta que la proyección no sólo aparece en relación con el momento en que se forma el área del mundo externo, sino que la misma proyección, alternada reiteradamente con la introyección, es la que forma el área del mundo externo diferenciada del área del cuerpo, que en un primer momento se hallan indivisos o en estado de transitivismo (sincretismo).

Todos los fenómenos animistas se basan sobre la proyección, al igual que el enamoramiento, la alienación, y gran cantidad de otros fenómenos. La proyección interviene también en el proceso de los conocimientos y en el de la orientación con un mayor sentido de realidad. La diferencia entre animismo y conocimiento no estaría solamente en un *quantum* de proyección sino, además, en una distancia óptima con el objeto, y en la interacción entre proyección e introyección.

3. Introyección

Es la incorporación o asimilación, por parte de un sujeto, de características o cualidades que provienen de un objeto externo, del mundo exterior. Con esta acepción fue introducida y estudiada por Freud, anteriormente, para Avenarius, designaba el proceso por el cual se atribuye la existencia de objetos exteriores a una objetivación de estados internos, proceso que dicho autor suponía era la dificultad esencial que había que superar en la indagación filosófica.

Cumple un papel muy fundamental en el desarrollo normal, en la formación de la personalidad, tanto como en otros procesos normales y patológicos. La introyección puede ser parcial o total, en cuanto se incorpora una parte del objeto externo, o su totalidad. Normalmente se alterna, suce-

Conductas defensivas

siva y reiteradamente, con la proyección, permitiendo un mejor sentido de la realidad con la rectificación de la proyección, pero puede alterarse el proceso total de la proyección-introyección, como ocurre en la introversión y en el autismo.

Fue especialmente estudiada por Abraham y Freud en los estados de duelo, en los que, por la pérdida de un objeto querido el sujeto incorpora propiedades del mismo y pasa a tener algunas de sus características. La introyección puede ser de un objeto parcial (bueno o malo) tanto como de un objeto total (ambivalente).

Si el objeto introyectado invade demasiado la personalidad del sujeto, este último pasa a conducirse, parcial o totalmente, con los rasgos del objeto introyectado. Esto recibe el nombre de identificación introyectiva. Es el caso de un ejemplo muy sencillo, de Freud, de un niño que pierde su gatito querido y entonces comienza a caminar como si tuviera cuatro patas, ayudado con las manos, y a maullar como si él mismo fuese el gato. O, en otro ejemplo, cuando el niño habla y camina igual que su padre, etcétera. Como se ve, la identificación introyectiva incluye también todo lo que se ha estudiado con el nombre de imitación, que tanta importancia asume en psicología social. La identificación introyectiva interviene también en otros fenómenos mucho más masivos de cambio de personalidad: las metamorfosis.

4. Regresión

Se llama así a la reactivación y actualización de conductas, o de un nivel total de comportamiento, que corresponden a un período anterior ya superado por el sujeto. La regresión tiene lugar siempre que aparece un conflicto actual que el sujeto no puede resolver, y entonces reactiva y actualiza conductas que han sido adecuadas en otro momento de su vida, pero que corresponden a un nivel anterior, infantil.

La regresión nunca es un revivir total de conductas anteriores, sino que siempre son conductas nuevas y distintas, pero que se hacen dentro de un molde o estilo que pertenece al pasado.

La regresión ocurre tanto en condiciones normales como en estados patológicos. El primer caso se produce, por ejemplo, en el dormir y el soñar, mientras que todos los estados patológicos son regresiones y la regresión se hace a puntos disposicionales del desarrollo, denominados puntos de fijación. Freud y Abraham sistematizaron los distintos momentos o niveles del desarrollo de la personalidad y los relacionaron con las

distintas afecciones mentales, según el grado de regresión.

La regresión puede ser total o parcial, reversible o no; puede implicar todas las áreas de la conducta o solamente algunas de ellas, o partes de las mismas.

5. *Desplazamiento*

En el desplazamiento, las características de un objeto o la proyección efectuada sobre él se propagan o difunden a otros objetos o partes de la realidad externa, asociados de alguna manera al primero.

Fue descrito como la conducta más típica o específica de las fobias, en las cuales la evitación de un objeto es transferida a otro, con la ventaja de que se puede mantener la relación con el objeto primitivo. Uno de los primeros casos estudiados fue el que se conoce como "el caso Juanito"; en él, el padre de Juanito se convirtió en un objeto ambivalente: querido y temido al mismo tiempo. El temor fue desplazado del padre a los caballos y ello permitió que la relación afectiva continuara con su padre, convertido así en objeto parcial.

En realidad, en el desplazamiento interviene de todos modos, siempre, el proceso de proyección-introyección: el padre es introyectado como objeto ambivalente y, después de su disociación, se proyecta la divalencia (los objetos parciales) sobre depositarios diferentes.

En el desplazamiento ocurre una progresión o "contaminación" de los objetos, que se hacen así peligrosos o temidos; del caballo se puede desplazar el miedo a la calle, a los carros, a las personas que los manejan, etcétera.

6. *Represión*

A partir de la disociación, uno de los objetos parciales y las manifestaciones de conducta con él ligadas quedan excluidos de la conducta actualmente desarrollada. Si esto ocurre en el área de la mente, llamamos represión a este proceso que lleva necesariamente a una limitación de la capacidad funcional del yo y de la personalidad total. Pero esta exclusión puede realizarse sobre objetos proyectados y sobre los depositarios de dichos objetos, en cuyo caso hay una negación de la realidad externa, es decir, parte de esta última queda totalmente afuera o excluida, como si realmente no existiese.

La represión o negación puede ser también de una parte del cuerpo, aquella con la que se halla ligado el objeto disociado, divalente, proceso

Conductas defensivas

muy relacionado con las alteraciones y la dinámica del esquema corporal. Una parte del cuerpo frecuentemente muy reprimida o negada es, en nuestra cultura, la parte de los órganos genitales, a los cuales el sujeto excluye como si no existieran, ya sobre sí mismo, sobre todos- o sobre algunas personas, especialmente los padres, en quienes la admisión de la sexualidad crea un conflicto en el sujeto que necesita mantenerlos idealizados.

7. *Conversión*

Uno de los términos del conflicto (objeto parcial) se fija, como conducta, en el área del cuerpo, en forma de un síntoma o una manifestación orgánica. A ello nos hemos referido en el capítulo V. Fue descubierta y estudiada como situación típica de la histeria.

8. *Aislamiento*

En el aislamiento, además de la disociación o fraccionamiento del objeto ambivalente en objetos parciales, ocurre un distanciamiento de la conducta ligada a uno de los objetos parciales, como forma de impedir la reaparición o confluencia del objeto parcial reprimido o negado.

El aislamiento tiende a lo inverso del desplazamiento, porque es justamente lo que se trata de evitar: el desplazamiento de características malas o indeseables del objeto malo hacia el objeto bueno. En el desplazamiento actúa la contaminación, mientras que aquí se trata de evitarla; en el desplazamiento se contaminan nuevos depositarios con el objeto malo, mientras que aquí se trata de evitar la contaminación del objeto bueno y su depositario respectivo.

9. *Inhibición*

Se trata de una impotencia o déficit (total o parcial) de una función o de un tipo de conducta, tanto en área uno, como en la dos o tres.

La conducta o función inhibida es la parte ligada al objeto parcial que es negado o reprimido y aislado, de tal manera que se inmoviliza uno de los términos del conflicto y, por lo tanto, se evita la ambivalencia.

Se diferencia de la conversión o somatización en que en la inhibición no hay síntomas, es decir, conductas distintas a las normales; en ella el sin-

toma es justamente sólo la ausencia de la función normal. A. Freud diferencia entre inhibición y restricción del yo, diciendo que la inhibición se orienta contra los propios procesos internos, mientras que la restricción del yo opera contra los estímulos del mundo externo. Esta diferencia no es válida, porque toda defensa implica una restricción del yo y —además— las inhibiciones pueden operar, tanto en área uno, como en la dos y tres.

10. Racionalización

Es una forma de negación en la que, para evitar el conflicto o la frustración se dan razones o argumentos que los encubren.

La racionalización es una utilización del razonamiento para encubrir o negar realidades, mientras que en el razonar no ocurre esto.

El ejemplo más sencillo es el de la zorra que no puede alcanzar las uvas y entonces se tranquiliza pensando (racionalizando) que las uvas están verdes; niega que las uvas están maduras, que ella las desea y que no las alcanza.

11. Formación reactiva

Se reprime toda la conducta ligada al objeto malo, pero no en forma estabilizada o fija, de tal manera que permanentemente existe el peligro de una reactivación del conflicto ambivalente. En este caso, la conducta manifestada, ligada al objeto bueno, se extrema y se hace más intensa o más perseverante.

Es el caso del sujeto que tiene que luchar con tendencias amorales o perversas, y no sólo manifiesta la conducta ligada al objeto bueno, sino que ésta es más intensa, de tal manera que se conduce como hiperamoral.

12. Sublimación

En la formulación primitiva de Freud, en la que operaba con la teoría de los instintos, el concepto de sublimación fue presentado como las conductas que, socialmente aceptadas y útiles, canalizaban o descargaban, si embargo, tendencias que eran culturalmente rechazadas en su formación ginal. Toda la actividad y la producción científica, intelectual, artística, cultural en general, incluidas las religiones, eran consecuencia de la sublimación.

Conductas defensivas

167

En la teoría de las relaciones objetales, que es la que aceptamos, utilizamos y desarrollamos aquí, la sublimación permite una integración y resolución de la ambivalencia y, por lo tanto, del conflicto, haciendo que en esa integración se canalicen armónicamente y de manera socialmente productiva tanto el objeto bueno como el malo, y las partes respectivas del yo a ellos ligadas.

Bibliografía

Abraham, K.; Fenichel, O. (b); Freud, A.; Freud, S. (d, e); Klein, M. (a, b).

Capítulo XIV Estructura de la conducta

1. *Los "grados de libertad" o repertorio de conductas*

La conducta, estudiada en el nivel psicológico, es la conducta molar, es decir, una totalidad organizada formando una unidad de experiencia con una unidad de significado. Hemos estudiado en ella su finalidad u objetivo, su carácter de vínculo con la relación de objeto o de fin, sus motivaciones, su significado. Pero además, toda conducta es una pauta específica de relación interpersonal (objetal), y esto es lo que queremos estudiar ahora. Estas características de la conducta molar, que hemos enumerado, constituyen partes de la estructura total de la conducta. Sin embargo, incluiremos en esta denominación, específicamente, el carácter o tipo de pauta específica de relación de la conducta en sus distintas modalidades, porque, además, indefectiblemente ella implica las otras características de la conducta molar.

Si sometiésemos una gran cantidad de personas de distintas edades, de distintas características y grados de salud o enfermedad mental, a todas las situaciones y a todos los estímulos posibles, obtendríamos una enorme cantidad de respuestas. Estas respuestas podrían ser generalizadas o abstraídas en categorías, tal como se opera en todo campo científico, y de esta manera obtendríamos lo que —por extensión de otros campos— se puede denominar "los grados de libertad" del ser humano, es decir, la cantidad de formas en que el ser humano, unitariamente considerado, puede responder o actuar; todos los tipos de conducta a los que puede recurrir: el repertorio de la conducta. Eso es lo que intentamos obtener con el estudio de las estructuras de la conducta, definidas —como ya lo hemos hecho— en su forma restringida, como pautas específicas y posibles de reacción (de conducta).

En el desarrollo de este capítulo nos basamos extensamente en los estudios de E.J. Pichón Riviére sobre la conducta y los síntomas como vínculos, tanto como en estudios personales sobre el tema. Todos estos aportes no han sido sistemáticamente expuestos, hasta ahora, en ninguna publicación, aunque han centrado reiteradamente nuestra atención en cursos, clases y conferencias. Al mismo tiempo, es necesario consignar que estos estudios se basan ampliamente en los aportes de M. Klein y en los

de Fairbairn, pero, por otra parte, sin una estricta adhesión a todas las teorías de estos autores.

Como podrá verse en el estudio de las estructuras de conducta, se toma como base el carácter del vínculo que se establece con el objeto, y se diferencia de las conductas defensivas en que, en estas últimas, se estudia la conducta como fenómeno, en gran medida, independiente del vínculo o relación objetal. Un estudio de la estructura asienta también sobre el hecho de que toda conducta es un papel y, por lo tanto, una función social, y que éstas son necesariamente limitadas en cada cultura, aun admitiendo su gran variedad; además, existe siempre en la sociedad, en los individuos y los grupos, una fuerte tendencia a canalizar y organizar la conducta en forma rutinaria, de manera tal que su recurrencia es amplia en cada individuo, en los grupos y en la organización social tomada como totalidad.

En condiciones habituales, cada persona no realiza la totalidad de las conductas y de las estructuras posibles; organiza su personalidad sólo sobre el predominio de algunas de ellas. Cada individuo tiene su repertorio de conductas, modos o estructuras privilegiadas de comportamiento. Eso es justamente lo que constituye la personalidad.

Modificando las condiciones, todos los individuos pueden realizar la totalidad de las estructuras de conducta posibles, con intensidad, frecuencia y duración muy variables. Esta es la experiencia que recogemos en el tratamiento psicoanalítico en el que se manifiestan, en el curso del tiempo, todas las estructuras en todas sus modalidades: normales, rasgos de carácter, neurosis, psicosis y caracteropatías.

Toda conducta, en el momento en que se manifiesta, es la "mejor" conducta, en el sentido de que es la más ordenada y mejor organizada que el organismo puede manifestar en ese momento, y es la que puede regular la tensión en el máximo posible para esas condiciones. La personalidad se expresa siempre sobre el más alto grado de integración y organización que le resulta posible en cada momento, aunque, lógicamente, éste puede ser altamente variable y cambiante. En otros términos, el organismo opera siempre de la manera más adecuada para sus posibilidades en ese momento, y en esto incluimos, también, no sólo la normalidad, sino la patología; de tal manera que inclusive el síntoma es la conducta mejor que el organismo puede manifestar, para resolver en la mejor forma posible las tensiones que enfrenta en ese momento.

Para que un organismo manifieste modificaciones (conductas), tiene que existir una ruptura del nivel de autorregulación y —por lo tanto— una necesidad de recuperarlo. Este efecto del estímulo o de la situación estimulante es permanentemente un peligro de intensidad muy variada para el organismo, peligro que por supuesto depende no sólo del estímulo, sino de

Estructura de la conducta

171

la organización del campo total, uno de cuyos integrantes es el organismo. Frente al objeto peligroso son factibles distintas técnicas, que son las que denominamos estructuras de conducta.

2. Estructura paranoide

En ella, lo característico es que el sujeto acusa, indentifica o vivencia, en el mundo externo, un objeto u objetos persecutorios o peligrosos, que pueden irrumpir poniendo en peligro el equilibrio o la integridad de su yo; es decir, el sujeto se siente amenazado por peligros que provienen del exterior.

Estos peligros exteriores, que el sujeto acusa o vivencia, constituyen no otra cosa que una modalidad de conducta en el área del mundo externo. Estos peligros pueden ser reales pero —al mismo tiempo— son siempre proyectados, en el sentido de que para que el sujeto acuse un objeto peligroso en el mundo externo tiene siempre que haber existido una proyección previa, puesto que un objeto peligroso real no es vivenciado o acusado como tal mientras no coincida con una proyección previa de un objeto interno peligroso. La proyección no invalida la existencia de peligros reales, que pueden dañar o destruir el organismo, pero éstos no son válidos o existentes psicológicamente mientras no haya operado la proyección.

Con esto, de ninguna manera se afirma que los peligros exteriores son creados por proyección y que el mundo real sea creación de nuestra organización psicológica; lo que se proyecta no es una esencia psicológica, sino una cierta organización de experiencias previas por las que ya ha atravesado el sujeto o el grupo. Por otra parte, lo que se estudia aquí son los momentos y las formas en que el mundo externo se incorpora como conducta en el ser humano, y para que ello ocurra, es indefectible que el ser humano se incorpore a sí mismo en el mundo exterior, y esta última es la función que cumple la proyección.

Es muy importante el grado de coincidencia entre lo proyectado (lo depositado) y el depositario. Ello depende del sentido de realidad del depositante (su salud mental), y en ello se incluye la posibilidad de proyección e introyección sucesiva y reiterada, de tal forma que se haga factible la rectificación de lo proyectado. Puede, sin embargo, no coincidir lo depositado con el depositario, sin que ello vaya seguido de ninguna rectificación.

Puede no existir un peligro real y, sin embargo, por la proyección de un objeto malo, el depositario es vivenciado o acusado como peligroso; puede existir el peligro real y la proyección ser de un objeto bueno, en cuyo caso

no se lo vivirá como objeto peligroso; puede existir el peligro real y no vivenciarse de ninguna manera, negándolo. Puede existir un objeto real bueno o anodino y, por la proyección de un objeto malo, el mismo es vivido como peligroso.

Un objeto, externo y real, nunca forma parte de la conducta de un sujeto mientras no exista una proyección, y en la conducta paranoide es referido, vivido o acusado como peligroso un objeto externo sobre el cual se ha realizado la proyección de un objeto malo.

La proyección puede ser de objeto bueno, en cuyo caso el depositario resulta vivido como un protector, pero ésta ya no pertenece a la conducta de estructura paranoide.

El peligro del objeto exterior, que es la característica de la conducta paranoide, depende de varios factores, entre ellos: de la calidad y cantidad de lo proyectado, del yo del sujeto y de las relaciones que guarda lo proyectado con el otro término de la ambivalencia primitiva o de la divalencia presente. El peligro es siempre doble: por un lado el peligro de una rein-troyección y por otro lado, como consecuencia de ello, el peligro de desintegración del yo. Lo típico de la estructura paranoide, su momento de aparición, es frente al peligro de reintroyección.

Una persona, por ejemplo, puede acusar como peligrosa a la gente por la proyección de su propia maldad, pero puede también acusarla como peligrosa porque ha proyectado lo bueno y quedado él con lo malo. El peligro, en ambos casos, es el de una reintroyección de lo proyectado y una restitución de la ambivalencia (conflicto). Pero mientras se evita este peligro, se está corriendo otro: el de la amenaza de destrucción o desintegración del yo del sujeto. La conducta paranoide es, entonces, una manifestación que se estructura frente a depositarios situados en el mundo externo, sobre los cuales se ha proyectado un objeto cuya reintroyección es aún más peligrosa en ese momento.

La conducta paranoide no existe sin proyección, pero esta última no es privativa en forma total de la primera. Lo que caracteriza la conducta paranoide no es la proyección en sí, sino el acusar, referir o vivenciar como peligroso el depositario sobre el cual se ha realizado la proyección. En otros términos, la conducta paranoide es un tipo o una pauta de conducta frente a un objeto persecutorio, pero no la única, tal como veremos en el desarrollo de este capítulo.

En la conducta de estructura paranoide se incluyen los que acusan o refieren peligros o culpas a otras personas u objetos del mundo exterior, los que adjudican a otros la responsabilidad de lo que les ocurre o hacen, los que actúan o piensan en función de eventuales, posibles o actuales peligros o riesgos del mundo exterior, los desconfiados e irritables; igual-

Estructura de la conducta

mente, las conductas de ataques y distintas formas de violencia contra el mundo exterior u objetos del mismo.

3. Estructura ansiosa

En ella, lo característico es la presencia de ansiedad en cualquiera de sus modalidades; constituye una reacción del organismo cuando éste ha perdido su posibilidad de reacción organizada y coordinada; la ansiedad es un estado de desorganización, según lo ha catalogado y estudiado Golds-tein. Para este autor, esta conducta "desorganizada" o "catastrófica" aparece no solamente como incorrecta e inadecuada, sino también desordenada, inconstante y contradictoria.

Esta desorganización de la respuesta o esta conducta desorganizada, es siempre el resultado de un peligro que ya está actuando como tal y ya está desorganizando la personalidad. Ya hemos señalado en otro lugar que si esta ansiedad no es muy intensa y no sobrepasa determinado umbral, ella constituye un elemento altamente positivo, en cuanto sirve como señal de alarma, como señal de previsión o anticipación, que moviliza y prepara el organismo para un peligro próximo o futuro.

La conducta de estructura ansiosa es siempre, entonces, el resultado de un peligro y, en función de este último, puede ser de dos clases: paranoide y depresiva, aunque siempre coexisten y alternan, con un predominio relativo de alguna de las dos, que es justamente lo que nos permite caracterizarlas. En la ansiedad paranoide, el peligro es el de un objeto persecutorio que no sólo es amenazante como en la estructura anterior, sino que en ésta ya está operando o actuando, desintegrando o desorganizando la personalidad. Aunque la ansiedad paranoide es siempre la reacción del organismo a un objeto persecutorio, lo que se manifiesta es exclusivamente el efecto y no el objeto persecutorio.

La conducta de estructura ansiosa puede manifestarse en las tres áreas conjuntamente, o bien sólo en alguna de ellas, tanto como puede alternar o sucederse en el tiempo. Según que predomine el área uno, dos o tres, recibe los nombres, respectivamente, de ansiedad, angustia o miedo. Los tres están ligados o vinculados,

como reacción, a objetos persecutorios. Con cierta frecuencia, se diferencia la ansiedad del miedo en que en este último existe un objeto al que se teme mientras que en la primera no hay objeto; nuestra experiencia nos señala que en los tres hay objeto, pero en el miedo hay además un depositario del objeto proyectado, de tal manera que el miedo es siempre preferible a la ansiedad o a la angustia porque tiene un depositario, está localizado y circunscripto el objeto persecutorio,

se sabe a qué atenerse y de dónde viene el peligro. En las tres áreas, el fenómeno de la ansiedad paranoide puede llamarse unitariamente miedo o ansiedad.

Cuando la manifestación de la ansiedad predomina en su expresión en el área del cuerpo, Freud ha designado dichos fenómenos como equivalentes de la angustia. De acuerdo con lo que venimos desarrollando, tales equivalentes son expresión directa y original de la ansiedad en el área del cuerpo.

Hay una transición gradual e insensible entre la conducta de estructura ansiosa y la paranoide, y esta transición la da el miedo, que ya ubica un depositario para el objeto proyectado. La persona que tiene ansiedad se calma cuando se manifiesta el miedo, y desaparece el miedo cuando puede reaccionar contra el depositario; en ese caso se ha transformado su conducta de estructura ansiosa en otra de carácter paranoide. Por supuesto, es factible que el proceso ocurra en ambos sentidos.

La ansiedad depresiva aparece frente al objeto ambivalente y, en ella, el peligro es el de la destrucción del mismo. Puede manifestarse, al igual que la ansiedad paranoide, en las tres áreas en conjunto o en alguna de ellas. Es el fenómeno que más comúnmente conocemos por tristeza. En él, si predomina la desorganización de la personalidad en cualquiera de las tres áreas, la seguimos calificando de conducta ansiosa, pero si hay una organización o respuesta más organizada frente al objeto ambivalente, llamamos a esto una conducta de estructura depresiva; ambas están ligadas por una transición gradual o insensible pero reversible.

4. Estructura depresiva

Lo característico de la conducta de estructura depresiva es su aparición cuando se ha perdido o destruido un objeto querido tanto como cuando se corre riesgo de perderlo o destruirlo. En la conducta de estructura ansiosa, predominantemente depresiva, se está frente al peligro de destrucción del objeto ambivalente, mientras que en la estructura depresiva esta destrucción ya se ha realizado y como el objeto es ambivalente (se lo odia al mismo tiempo que se lo quiere), el sujeto siente que es él quien lo ha destruido. Así como la desconfianza y la reivindicación caracterizan la conducta de estructura paranoide, en la conducta de estructura depresiva aparecen la culpa y la necesidad de expiación.

Cuando, en lugar de sentirse uno mismo culpable, se echa la culpa a otro y se actúa en función de ello, se ha pasado de la estructura depresiva a la paranoide.

Estructura de la conducta

175

5. Estructura evitativa

La evitación del objeto peligroso es lo característico de la estructura evitativa que, por lo tanto, asienta siempre sobre una situación persecutoria, es decir, una previa proyección. Como el objeto peligroso se halla en el mundo externo, resultan evitados conscientemente o inconscientemente los depositarios: personas, objetos y lugares que son cuidadosamente evitados. Si, de todas maneras, una persona con conducta de estructura evitativa fuerza la situación y se enfrenta con lo que trata de evitar, aparece una conducta de estructura ansiosa o paranoide o ambas.

La evitación puede dirigirse a objetos muy limitados o restringidos, que son los objetos peligrosos, pero una de las estructuras que estamos considerando es el desplazamiento, en el que progresivamente se "contaminan" otros objetos relacionados con el objeto peligroso, proyectado. Esta progresión o desplazamiento se hace por simple contigüidad o por una asociación significativa. En psicopatología, la estructura evitativa constituye las fobias.

Una forma de poder enfrentar el objeto peligroso, en la conducta evitativa, es la de ser acompañado. El acompañante es un protector, un depositario en quien se proyectan objetos buenos y puede ser —en algunos casos— cualquier persona, pero en otros solamente determinadas personas que posean alguna característica particular que resulte protectora para el sujeto. Si la protección se obtiene a través de amuletos o rituales, se pasa a la conducta de estructura ritualista, tanto como puede ser también inverso el pasaje.

Si todo el mundo externo se torna peligroso y se lo evita en su totalidad, se pasa de la estructura evitativa a la estructura esquizoide y, en su grado máximo, al autismo, como forma particular y extrema de la estructura esquizoide.

6. Estructura ritualista

La necesidad del acompañante en la conducta evitativa es el paso intermedio a la conducta de estructura ritualista, porque como su nombre lo indica, lo característico de esta última es el recurrir a rituales para anular mágicamente el peligro del objeto persecutorio, al cual se mantiene de esta manera controlado en forma mágica. El ritual aparece o se configura cuando se estereotipa la forma con la cual se impide el peligro del objeto persecutorio y peligroso, sea anulándolo mágicamente o controlando una distancia óptima entre el objeto malo y el bueno. El ritual puede consis-

en una compañía estereotipada, un objeto que sirve de amuleto o un determinado ceremonial. En este control, el orden sirve también como ritual estereotipado.

En la estructura evitativa, tanto el objeto peligroso como el bueno (ambos divalentes) estaban situados en depositarios en el área tres. Eso mismo puede ocurrir para la estructura ritualista, pero puede además abarcar las otras dos áreas; se puede tratar de un ritual o una estereotipia frente a un "mal" pensamiento, el cual necesita ser anulado con otro pensamiento "bueno". Una fórmula muy mitigada, cercana a este ejemplo, es el caso de la duda, en la cual oscilando entre dos soluciones se configura un ritual que evite el peligro que potencialmente hay en cada una de las dos. El ritual puede ser un gesto, una actitud, un tic, la rigidez muscular, o bien aparecer con la ropa, que pertenece también al esquema corporal. El ritual puede variar tanto como puede variar la dinámica y localización

de los objetos divalentes. Una diferencia fundamental con la estructura evitativa es que, en esta última, se evita un objeto peligroso en el área del mundo externo, mientras que en la ritualista puede estar en cualquiera de las tres áreas. Si se introduce el objeto malo, desde el depositario al área del cuerpo, y éste no pasa a ser controlado con un ritual, puede ser controlado y mantenido a distancia, disociado del objeto bueno, por una conducta de estructura conversiva. En psicopatología, la conducta ritualista constituye los cuadros obsesivos.

7. Estructura esquizoide

En la estructura esquizoide se evita todo el mundo exterior y se caracteriza por una actitud de aislamiento y distancia. Esta puede abarcar toda la conducta, pero también puede ser predominantemente una actitud de distancia o frialdad afectiva, sobrevalorándose las relaciones intelectuales o racionalizadas, "frías". El máximo de distancia y aislamiento de la estructura esquizoide ocurre en el autismo, que es ya claramente una situación patológica, en la que la distancia con el mundo exterior es máxima y predominan los vínculos con objetos internos. Este repliegue se da también en otra conducta de estructura esquizoide que es la introversión, pero que se diferencia del autismo porque puede fácilmente retomar contacto con el mundo externo, de acuerdo con sus características reales, retorno que está impedido en el autismo.

Autismo es un término que fue introducido por Bleuler para caracterizar la pérdida del sentido de la realidad.

Un sujeto es autista no sólo

Estructura de la conducta

177

cuando se ha distanciado del mundo exterior sin mantener contacto o relación con él, sino que autista es también aquel que mantiene contacto con el mundo exterior pero no con sentido de realidad, es decir, no por lo que las cosas son realmente, sino que las trata como si fuesen prolongación de su propio mundo interno, es decir, con una pérdida del sentido de realidad. El autismo es el punto de partida de todos los cuadros psicopatológicos que se conocen como esquizofrenias.

8. Estructura histérica

La estructura histérica se caracteriza fundamentalmente por una conducta que tiene apariencia de representación, que en casos extremos puede llegar a una verdadera teatralidad. Esta apariencia de representación se debe a que la personalidad se halla disociada y en parte permanece ajena a la conducta, que por eso mismo tiene un carácter de ficción o de representación.

En la estructura histérica la relación con el mundo exterior es aparentemente fácil y fluida, y presenta siempre, en mayor o menor grado, un carácter de seducción.

La conversión pertenece a esta misma estructura, y en ella el objeto persecutorio es controlado en el área del cuerpo, con modificaciones, transitorias o duraderas, de las funciones corporales, pertenecientes principalmente a la esfera de la musculatura estriada, pero sin limitarse a ella. En la conversión aparece también el carácter de representación o teatralidad, de ficción o simulación, dado por una profunda disociación, por medio de la cual el propio sujeto se mantiene distante de sus síntomas. En la histeria fue esta característica la que hizo que Charcot hablara de la *belle indifférence* de los histéricos.

9. Estructura hipomaniaca

La estructura hipomaniaca se caracteriza por un ritmo especial de acercamiento y alejamiento alternado, a velocidad, con lo cual se logra el control y la inmovilización del objeto peligroso.

Se la estudia especialmente en psicopatología y psiquiatría, en la manía y en la hipomanía.

-g

10. Estructura confusional

En ésta se ha perdido la discriminación entre objeto bueno y malo, entre objeto ambivalente y divalente y entre yo y no-yo. Puede aparecer también no sólo por la pérdida de una discriminación preexistente, sino por el enfrentamiento con situaciones desconocidas, nuevas, no discriminadas y que no se incluyen o incorporan a las categorías y a las técnicas de conducta con las cuales se ha manejado el sujeto hasta ese momento.

En la estructura confusional se ha desorganizado y destruido el yo del sujeto y aparece una ansiedad de tipo especial, la ansiedad confusional. A diferencia de la estructura ansiosa, en la que se desorganiza la conducta o la respuesta integrada y coordinada del organismo frente a objetos parciales o totales, en la ansiedad confusional el objeto adopta o tiene las características que hemos denominado "núcleo aglutinado", que es fundamentalmente no discriminado.

La estructura confusional se relaciona en la patología, de manera muy estrecha, con todas las perturbaciones de la claridad de conciencia: obnubilaciones y confusiones; por otro lado, cuando el núcleo aglutinado se controla en el área del cuerpo, se tiene el cuadro denominado hipocondría, o la estructura de conducta hipocondríaca.

11. Estructura accesimal

En esta estructura lo característico es el ritmo de la misma, una aparición o presentación en forma accesimal, paroxística, brusca. Toda conducta, aun comprendida en alguna de las estructuras anteriores, es de estructura accesimal si aparece con un ritmo de estas características.

En la estructura accesimal se controla o administra un *quantum* agresivo considerable, y en el campo de la psicopatología corresponde a las epilepsias.

Se diferencia de la estructura hipomaníaca por un ritmo distinto; rápido y alternante en la última, y accesimal, paroxístico en la primera. En esta misma el ritmo paroxístico puede estar reemplazado por conductas tenaces, viscosas y destructivas, o alternar con ellas.

Estructura de la conducta

179

12. Estructura hipocondríaca

Como ya hemos dicho, en la estructura hipocondríaca se controla e inmoviliza en el cuerpo un núcleo aglutinado y, por lo tanto, no discriminado. Se caracteriza por una relación predominante a través del órgano y la queja.

La disolución de la estructura hipocondríaca acarrea el descontrol del núcleo aglutinado que, si ataca al yo del sujeto, produce los distintos tipos de estructura confusional. Tiene un gran interés, especialmente desde el punto de vista psicopatológico, aún no suficientemente investigado y aclarado.

13. Dinámica de las estructuras

La conducta puede modificar rápidamente su estructura, de tal manera que esta última sólo califica momentos o un proceso total, o momentos de la "corriente" de la conducta.

Durante una sesión psicoanalítica, una persona —por ejemplo— dice lo siguiente: "No lo oigo, se me tapó el oído". Cuando le repito lo que

CUADRO SINÓPTICO DE LAS ESTRUCTURAS DE CONDUCTA

OBJETO	ESTRUCTURA	CARACTERÍSTICAS CLÍNICAS
Total (Ambivalente)	Depresiva	Culpa y expiación
	Ansiosa	Ansiedad, desasosiego
	Paranoide	Desconfianza y reivindicación
Parcial (Divalente)	Evitativa	Evitación
	Esquizoide	Distancia y aislamiento
	Histérica	Representación y seducción
	Ritualista	Rituales y ceremoniales
	Hipomaniaca	Ritmo rápido y alternante
	Confusional	Falta de discriminación
Aglutinado (Ambiguo)	Accesional	Destructividad, viscosidad, paroxismos
	Hipocondríaca	Relación con el órgano y la queja

José Bleger

había dicho anteriormente, en voz más alta, me contesta: "¿Por qué me grita? ¿Usted cree que soy sorda? No lo voy a escuchar más ni voy a venir

Cuando dice: "No lo oigo, se me tapó el oído", la conducta es de estructura conversiva; lo peligroso que teme escuchar (objeto persecutorio) es controlado y fijado en una modificación corporal.

Cuando repito lo que no oyó, se transforma la estructura conversiva en paranoide: sobre el analista queda depositado el objeto persecutorio y peligroso que antes fue fijado en la modificación corporal y que ahora fue proyectado. Ella reacciona frente al objeto persecutorio: "¿Por qué me grita? ¿Usted cree que soy sorda?"

De inmediato, se vuelve a modificar la estructura de la conducta y pasa a ser evitativa: "No lo voy a escuchar más, ni voy a venir más".

Pero las modificaciones no siempre se dan con ese ritmo (hipomaníaco) de cambios tan rápidos y -aun así- podemos siempre individualizar

Estructura de la conducta

las estructuras predominantes en la conducta de un individuo o un grupo, y éstas son las que permiten caracterizar la personalidad. De igual manera, las mismas estructuras nos permiten calificar las situaciones patológicas, se trate ya de neurosis, psicosis o caracteropatías, tópicos que no serán desarrollados aquí.

Abarcadas de esta manera, las estructuras de conducta nos permiten concebir unitariamente dentro de un mismo proceso todas las conductas, sean normales o patológicas, y nos permiten, además, seguir en el proceso los pasajes de una estructura a otra, tanto como los pasajes de la normalidad a la patología.

Podríamos, sin exageración, comparar esta tabla de las estructuras de la conducta, en relación con la normalidad, el diagnóstico de personalidad y los diagnósticos de neurosis, psicopatías y caracteropatías, con la Tabla periódica de los elementos de Mendeleiev.

14. Estructuras y ritmos

Algunas de las estructuras de conducta deben ser en cierta medida separadas o señaladas especialmente, porque tienen la característica de ser esencialmente ritmos, es decir, de manifestarse o aparecer en una forma particular en el tiempo. Podría discutirse la utilización aquí del concepto de ritmo porque se trata de una relación con el tiempo, pero sin que la conducta sea necesariamente recurrente o periódica; por ello, es posible que sea mejor hablar de *Tempo* de las estructuras de conducta.

Reconocemos tres ritmos, o tres *tempos*, básicos: accésional o paroxístico, hipomaniaco y cicloide. En el primero, la conducta aparece de manera explosiva, brusca, accésional, tal como lo hemos descrito ya, pero con este ritmo pueden presentarse estructuras diferentes, como, por ejemplo, la ansiosa, paranoide, obsesiva, histérica, etcétera.

En el ritmo o *tempo* hipomaniaco hay una rápida alternancia de proyección e introyección con variación rápida del objeto con el que se hace dicho proceso; en rigor, corresponde a una rápida alternancia de la estructura evitativa (fóbica) con su opuesta, la contrafóbica.

En el ritmo o *tempo* cicloide se presentan períodos de una misma estructura que se instalan y desaparecen gradualmente. Deriva de la observación del curso de la psicosis maniaco-depresiva, en la que se alternan períodos melancólicos con otros maníacos, con otros períodos de acalmia de estructura obsesiva. Sin embargo, es un ritmo (con sus variantes) que se observa también en la normalidad y que se da asimismo con otras estructuras de conducta.

José Bleger

Bibliografía

Bleger, J. (e, f, g); Deshaies, G.; Ey, H.; Fairbairn, W.R.D.; Goldstein, K. (a, b); Guntrip, H.; Klein, M. (a, b); Liberman, D.; Pichón Rivière, E.J. (a, b, c); Ruesch, J. (d).

Capítulo XV El problema metodológico en psicología

1. La escisión metodológica

Todos los fenómenos están estrechamente interrelacionados y, para poder estudiarlos científicamente, tenemos que efectuar una cierta segmentación de los mismos; procedimiento que no tiene que ser nunca perdido de vista para poder valorar correctamente los resultados de una investigación. Ninguna ciencia, por sí sola, puede dar cuenta de la totalidad de un fenómeno. Pero, además, la fragmentación no sólo se limita a dividir una única totalidad entre distintas ciencias sino que, dentro de cada una de ellas, las diferentes escuelas toman, a su vez, sólo algunas relaciones del fenómeno que estudian, con el agravante de que -por lo general— cada escuela cree haber tomado la totalidad del fenómeno, cuando en realidad no ha considerado más que un fragmento.

Las vicisitudes no terminan todavía aquí. Además de los campos científicos y de las distintas escuelas dentro de cada campo, aparece un nuevo factor de dispersión: el de "las metodologías científicas". Es éste el problema que ahora queremos abordar y desarrollar, demostrando que gran parte de las múltiples metodologías en el campo psicológico derivan del hecho de que se ha fragmentado y escindido el proceso unitario, dialéctico, del conocimiento, y que distintos momentos del mismo se han constituido en métodos en sí mismos, como consecuencia de lo cual nos vemos, aún en la actualidad, inundados de dicotomías y limitaciones.

Por supuesto, este proceso de formalización o "elementalización" metafísica del proceso dialéctico del conocimiento no sólo ha aportado dicotomías, sino también posiciones erróneas y distorsionadas. En la actualidad hay ya un cierto movimiento creciente que tiende a integrar este antiguo proceso de escisión, tanto ontológico como metodológico. Veamos sumariamente este proceso.

La división en sujeto-objeto, sustancia pensante y sustancia extensa, cuerpo-mente, fue beneficiosa en un momento dado y durante un cierto tiempo, porque en alguna medida hizo posible el desarrollo científico, al apartar de los fenómenos de la naturaleza una variable muy compleja (el

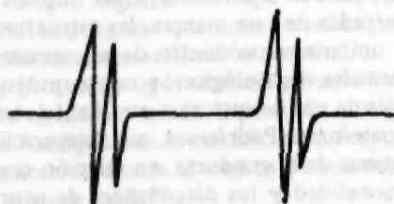


Fig. 23. Ritmo accesional



Fig. 24. Ritmo maníaco



Fig. 25. Algunos ritmos cicloides

ser humano) y actuar como si ella no existiese. La escisión ontológica facilitó el acceso metodológico a los fenómenos de la naturaleza. Así se consiguió que diera resultado la aplicación de los modelos mecanicistas, y se hizo posible manejar objetos y sucesos como realidades independientes, ajenas y distintas del ser humano. En síntesis, Descartes separó lo que podía ser científicamente investigado de lo que no podía serlo. Pero esto se realizó en función de los instrumentos conceptuales y técnicos de su tiempo. Lo que en su momento fue una escisión muy positiva y fructífera se ha convertido, con el curso del tiempo, en un obstáculo. La contraparte del progreso de las ciencias de la naturaleza fue el retraso de las ciencias del hombre; un pago por el desarrollo de las primeras. Pero en lugar de ver en todo esto un déficit que atañe a todas las disciplinas científicas, las ciencias que tienen por objeto el estudio del ser humano quedaron relegadas despectivamente como "subjetivas", porque jamás alcanzaban a llenar las exigencias del método científico, tal como se planteaban en esos momentos.

Este proceso alcanzó a todas las disciplinas que tendían a conocer al hombre, no sólo como parte de la naturaleza, sino como naturaleza humana, específica y particular, y lo mismo aconteció con todas las ciencias de la cultura. La psicología, psicopatología y psiquiatría eran "irregulares"; no "entraban" en la metodología científica.

Con el curso del tiempo y con el desarrollo del conocimiento, hemos llegado a descubrir que esas condiciones "irregulares" de las ciencias del hombre eran una ventaja que se tomaron las ciencias de la naturaleza al relegar en las primeras todas sus propias dificultades y limitaciones, proceso que les permitió desconocerlas en su propio campo. La sistematización científica, dada sobre el modelo de las ciencias de la naturaleza, no acoge a las ciencias del hombre no porque éstas no puedan ser ciencias, sino porque la primera es muy estrecha y deja siempre fuera la intervención del hombre. Inclusive lo deja fuera del proceso del conocimiento en el propio terreno de las ciencias de la naturaleza. El método de las ciencias de la naturaleza ya no representa el ideal, sino "una fase de resignación" (Schwarz), en la que hubo que actuar como si el hombre no interviniese en todo.

La desconfianza que las ciencias de la naturaleza tienen hacia la psicología es una expresión de la posición vacilante y provisional de las primeras; un verdadero temor de un "retorno de lo reprimido".

Las relaciones entre la medicina y una de sus ramas, la psiquiatría, son al respecto muy ilustrativas. La psiquiatría fue siempre "irregular", nunca alcanzó a cumplir con todas las exigencias científicas, por lo que fue siempre la cenicienta de la medicina. Pero llega un momento en que los hechos "irregulares" replantean nada menos que toda la medicina, en la

El problema metodológico en psicología

185

médula de sus esquemas conceptuales. No en vano se temía el retorno de lo reprimido. Los fenómenos que, en su momento, quedaron fuera del campo y de la metodología científica vienen hoy a replantear premisas fundamentales del método científico, a acelerar una crisis de la ciencia, pero no para diluirla ni proscribirla, sino para ampliar su poder y su extensión. La crisis de la ciencia es sólo una crisis de su estrechez idealista y de sus limitaciones metafísicas. Las ciencias de la naturaleza han procedido como si su metodología y sus procedimientos de investigación se realizaran sin la intervención del ser humano, extendiendo así indebidamente a la metodología una condición ontológica propia: la existencia de sus fenómenos en forma independiente del ser humano. En cuanto objeto de conocimiento, es diferente, por ejemplo, un planeta de una conducta. El primero existe sin el ser humano, el segundo no. La observación o la investigación no modifican el planeta, pero sí la conducta. Que el planeta exista de suyo, sin el hombre, no significa que su conocimiento se alcanza sin el hombre; es decir, que en el proceso del conocimiento en ningún caso podemos prescindir del ser humano. De la exclusión metodológica del ser humano en las ciencias de la naturaleza, se pasó a su exclusión, no sólo en la metodología de las ciencias del hombre, sino también del mismo fenómeno humano y a tratar a este último como si fuese "cosa".*

Todavía tenemos que precavernos de un riesgo de otro tipo, pero de no menor gravitación: el de la "metodología divulgada". Comprende todas aquellas exposiciones muy claras y convincentes, en que todos los pasos se siguen cronológicamente en forma muy diferenciada. Son las exposiciones de los "puristas" metodológicos, con una profunda disociación entre teoría y práctica. Con la metodología de los textos no se investiga nada ni nadie investiga, de la misma manera que nadie piensa con los procedimientos de los textos de lógica. Se podría agregar que por suerte. El purismo metodológico es el lujo de los que no hacen nada y se mantienen en una idealización estereotipada de la ciencia.

Muy frecuentemente se presentan los métodos científicos como si fuesen cañas de pescar, que es suficiente instalar para que se realice la investigación, olvidando que los métodos son cambiantes y móviles, tanto como

el conocimiento mismo, y que se forman y desarrollan en la medida en que se los aplica sistemáticamente; por otra parte, la investigación no se compone solamente de manipulaciones, sino que siempre interviene el ser humano con sus categorías de pensamiento, su personalidad total, sus

* "La omisión del psiquismo ha sido un compromiso que permitió a los investigadores ser hombres de ciencia." Fenichel, O. (*Problèmes de technique psychanalytique*, Paris, P.U.F., 1963.)

José Bleger

reacciones frente al objeto, su ideología, etcétera. Y esto interviene, inevitablemente, en toda investigación y en todos los campos científicos (y no científicos).

La ciencia no es un método o un conjunto de verdades reveladas, hechas de una vez para siempre. La ciencia se construye. Esto quiere decir que tanto el conocimiento como los medios instrumentales para obtenerlo son cambiantes y constituyen en su totalidad un proceso muy complejo, que dista de ser lineal y unidireccional.

2. Método comprensivo y explicativo

La psicología ha tratado de ceñirse, durante mucho tiempo, a las exigencias metodológicas y científicas de las ciencias de la naturaleza, especialmente la biología y la física. La consecuencia de esta orientación fue una fuerte corriente antinaturalista y uno de los exponentes de este movimiento antinaturalista y antiatomístico fue Dilthey. Separó las ciencias de la naturaleza de las ciencias del espíritu, incluyendo en estas últimas el conjunto de ciencias que tienen por objeto la realidad histórico-social. La denominación tiene su origen en J.S. Mill y fue retomada por Dilthey. Según éste, la manera de ser de lo psíquico excluye la causalidad, el atomismo y —por lo tanto— la explicación; características todas de las ciencias de la naturaleza.

En contraposición a estas últimas, la vida psíquica debe ser captada intuitivamente y no por una explicación atomista ni una construcción asociacionista; esta captación intuitiva lo es de una totalidad, que no es reducible a una conexión de elementos psíquicos. La psicología no puede desarrollarse con los "modelos" de las ciencias naturales, porque el conocimiento de la naturaleza es una actividad espiritual a la cual está subordinado el conocimiento, por lo que, para Dilthey, resulta absurdo someter lo psíquico a las normas que rigen en el dominio de las ciencias naturales, sino que ha de hacerse —precisamente— lo contrario.

Para Dilthey el espíritu es una estructura, y entiende por tal una conexión experimentada que excluye la causalidad.

En las ciencias de la naturaleza se explica, entendiendo por explicación el establecimiento de causalidad y la combinación de elementos y, por lo tanto, el método debe ser descriptivo, porque éste es el que conduce a la comprensión o la implica, mientras que para el mismo autor, lo psíquico excluye la causalidad, que es un enlace que el espíritu aplica o realiza en el conocimiento de las cosas.

Dilthey es el fundador de la psicología comprensiva y, para él, la psi-

El problema metodológico en psicología

187

cología se emparenta con las ciencias del espíritu. Su interés no era directamente la psicología, sino la búsqueda de una psicología que pudiera servir de base a las ciencias del espíritu. Llamó "explicativa" a la psicología de su tiempo y a ella opuso su psicología "descriptiva" y "analítica" o "comprensiva". Esta última debe describir los hechos psíquicos tal como efectivamente son en la experiencia vivida (*Erlebnis*), no partiendo de elementos, sino de la totalidad. La vida psíquica es, para Dilthey, inexplicable, sólo se la puede observar y describir. Esta descripción será completada por el análisis, en cuyo caso la psicología será también analítica, pero no sintética o constructiva: podrá hallar elementos dentro del todo, pero no reconstruir el todo a partir de elementos. La psicología, entonces, capta la unidad de la totalidad por un sentimiento o vivencia inmediata del nexo entre las cosas.

Ya, anteriormente, Kant había contrastado la esfera de los fenómenos naturales y la de los fenómenos morales; Windelband generalizó esta distinción y contrastó los métodos de la historia y los de las ciencias naturales y reconoció dos tipos de ciencias, que llamó: Nomotéticas a todas aquellas regidas por leyes naturales de carácter universal, e idiográficas, a las que son puramente descriptivas e individualizantes. La psicología, para Windelband, es una ciencia de la naturaleza por su finalidad y estructura, y una ciencia de la cultura (idiográfica) por su forma.

Igual oposición entre ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu se encuentra en Rickert, quien considera la psicología de Dilthey como una psicología de cultura.

E. Spranger fue otro de los continuadores de Dilthey, pero resulta, posteriormente, más integrador o más conciliador, ya que acepta una psicología naturalista junto a una psicología comprensiva o espiritualista, las cuales —para él— constituyen dos enfoques, o dos extremos, que no se excluyen necesariamente y que responden a necesidades del estudio de la naturaleza humana.

Jaspers continuó la obra de Dilthey, especialmente en el campo de la psicopatología, manteniendo una rigurosa exclusión entre lo comprensible y lo explicable, entendiendo por esto último el establecimiento de la causalidad. Si se considera el fenómeno psicológico dentro del plano del espíritu, éste sólo puede ser comprendido porque, para ese autor, la causalidad es siempre extraconsciente o extrapsicológica.

El énfasis de Dilthey sobre la recíproca exclusión entre lo explicativo y lo comprensivo y entre ciencias de la

naturaleza y ciencias del espíritu carece prácticamente de criterio cierto, en el sentido riguroso en el que él lo planteó; esto no quita mérito a su posición antiatomística. No es del mismo valor su posición antinaturalista, por que ésta es, en realidad, una

oposición a la estrechez conceptual del método en las ciencias naturales. Aun sin aceptar la oposición sistemática y excluyente que plantea Dilthey, no es menos cierto que su énfasis en la comprensión de los fenómenos ha sido muy positivo.

Para nosotros hay, sí, ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu (preferiríamos para estas últimas, sistemáticamente, la denominación de ciencias de la cultura), pero no hay oposición excluyente entre comprender y explicar, como no la hay entre el ser humano y la naturaleza. En ambas ciencias se aplica tanto la comprensión como la explicación, y la causalidad no es privativa de las ciencias de la naturaleza. Explicar y comprender son grados distintos de integración del conocimiento, y no se puede recurrir a uno sin que intervenga el otro. No existe ninguna ciencia sin comprensión de los fenómenos que está estudiando, y no se puede explicar (referir el fenómeno a otros fenómenos, ya conocidos o bien a un modelo conceptual) sin comprender (captación intuitiva de la totalidad en una unidad de significado o sentido).

Descripción, comprensión y explicación son momentos del proceso de conocimiento que están permanentemente interactuando y coexistiendo, porque no se trata, además, de un proceso unidireccional que va de la descripción a la comprensión y luego a la explicación; el interjuego hace que en la descripción esté ya actuando cierto modelo explicativo y cierto grado de comprensión que ordena o discrimina los datos de observación; la descripción esclarece y enriquece los sistemas explicativos y comprensivos existentes, y a su vez éstos enriquecen la descripción.

En todo caso, lo que queda del aporte de Dilthey es su énfasis en la comprensión, que posteriormente podemos ampliar como factor importantísimo que interviene en todas las ciencias. No hay ningún artificio técnico que pueda reemplazarla. La división de Dilthey protegió y facilitó, en cierta medida, el surgimiento de las ciencias del hombre como disciplinas científicas, y ayudó a reconocer la autonomía del fenómeno psicológico contra las corrientes reduccionistas o epifenomenistas.

Como un ejemplo de la relatividad de la diferencia entre comprensión y explicación y -respectivamente— ciencias del hombre y ciencias de la naturaleza, recuérdese que Freud intentó construir una psicología como ciencia de la naturaleza, siguiendo el rigor científico de estas últimas disciplinas y que, sin embargo, podemos ubicarlo en cierto sentido como un continuador de Dilthey, en cuanto es uno de los que más han aportado a la construcción concreta de una psicología comprensiva (aspecto más valioso, en sus investigaciones, que el de los modelos teóricos naturalistas que elaboró). Inclusive, en contra de la posición de Jaspers, se puede citar el hecho de que Freud aporta resultados concretos de una investigación

El problema metodológico en psicología

189

causal en el seno mismo de una psicología comprensiva, afirmando con ello el estricto determinismo de los fenómenos psicológicos.

En síntesis, "la distinción excluyente entre lo comprensible y lo explicativo carece prácticamente de criterio cierto" (Wallon). Si bien existe una diferencia entre explicar y comprender, no hay entre ambos exclusión sino interacción dialéctica; no se puede, por lo tanto, hablar de la existencia de un método comprensivo, por un lado, y un método explicativo, por otro.

3. Método subjetivo y objetivo

El saber científico es un conocimiento de carácter objetivo, y con ello se entiende que el saber se refiere a objetos reales, tal como ellos son, y no al efecto o a la imagen que de dichos fenómenos tenemos, o al efecto que nos producen.

Sin embargo, la división subjetivo-objetivo se ha convertido, las más de las veces, en una cuestión confusa y equívoca; en otras ocasiones, se la utiliza con un carácter peyorativo, y tanto, que para muchos y con gran frecuencia, lo objetivo está en las afirmaciones propias, mientras que lo subjetivo está en la teoría de los rivales. Una fuente de confusión reside en el no discriminar suficientemente si la calificación se aplica al objeto investigado o al método que se utiliza. El fenómeno subjetivo es tan real como el objetivo, y ambos pueden ser estudiados con rigor científico. Para ello, el método debe ser objetivo, es decir, estar constituido por instrumentos y eslabones, factibles de ser transmitidos, repetidos y utilizados por otros investigadores, de ser comunicados en forma tal que se haga posible una repetición y verificación. En otros términos, que los fenómenos subjetivos sean factibles de ser estudiados científicamente es cosa que no ofrece dudas. En cambio, que esos fenómenos subjetivos constituyan un método de investigación en sí, eso es lo no correcto. Pero que ellos intervienen indefectiblemente en todo método científico (objetivo), es innegable e ineludible. No hay método objetivo "puro". En el proceso del conocimiento siempre interviene, indefectiblemente, un momento subjetivo, pero que aislado, distorsiona todo el proceso del conocimiento científico. La única forma de ser objetivo es la de ajustar la relación entre lo objetivo y lo subjetivo en un proceso de interacción dialéctica, repetir en forma abierta, cientos y cientos de veces, el contacto con el objeto de estudio. El fenó-

meno subjetivo no existe nunca en forma aislada de un contexto objetivo, con el cual integra una unidad; y — a su vez— no se puede llegar a un conocimiento objetivo de los fenómenos sin incluir los componentes subjeti-

vos que intervienen en el proceso del conocimiento. No se debe confundir la existencia objetiva, material, de los fenómenos, que existen aunque no se los observe, con el conocimiento de dichos fenómenos, que sólo puede lograrse con la intervención de un sujeto que observa y conoce.

Ciencias de la naturaleza se ha hecho sinónimo de conocimiento objetivo, mientras que psicología se ha hecho sinónimo —inclusive en forma peyorativa— de "ciencia subjetiva". Esto no es correcto desde ningún punto de vista. Cuando tomamos los fenómenos psicológicos en forma integral, los fenómenos son tan reales en un caso como en otro, y en ambos casos el estudio debe ser metodológicamente objetivo. También se suele hablar de método subjetivo siempre que se utiliza la comprensión en el proceso del conocimiento. No hay ninguna investigación que se pueda realizar sin el empleo de la comprensión. Tampoco con la comprensión sola.

No hay método objetivo por un lado y subjetivo por otro. El método científico es el empleo correcto de recursos objetivos y subjetivos en permanente interacción, y ninguna investigación puede prescindir de ninguno de los dos.

Reproducimos, al respecto, comentarios de Gramsci, que merecen ser seriamente meditados. "Llámase objetivo, realidad objetiva, a aquella realidad que es verificada por todos los hombres, que es independiente de todo punto de vista, ya sea meramente particular o de grupo." "Pero también, en el fondo, ésta es una concepción particular del mundo, una ideología". .. "Incluso en la ciencia, buscar la realidad fuera de los hombres, entendido esto en sentido religioso o metafísico, sólo puede ser considerado como una paradoja. Sin el hombre, ¿qué significaría la realidad del universo? Toda la ciencia está ligada a las necesidades de la vida, a la actividad del hombre. Sin la actividad del hombre, creadora de todos los valores, y también de los científicos, ¿qué significaría la objetividad? No otra cosa que el caos, el vacío, si así puede decirse. Porque, realmente, si uno imagina que no existe el hombre, no puede imaginarse la lengua y el pensamiento. Para la filosofía de la praxis, el ser no puede ser separado del pensar, el hombre de la naturaleza, la actividad de la materia, el sujeto del objeto; si se hace esta separación, se cae en una de las tantas formas de religión o de abstracción sin sentido"... "Objetivo quiere decir siempre 'humanamente objetivo', lo que puede corresponder en forma exacta a 'históricamente subjetivo'. O sea, que objetivo significaría 'universalmente subjetivo' "... "La ciencia experimental ha ofrecido hasta ahora el terreno en el cual tal unidad cultural alcanzó el máximo de extensión; ha sido el elemento de conocimiento que más contribuyó a unificar el 'espíritu', a tornarlo más universal; es la subjetividad más objetivizada y concretada

is problema metodológico en psicología

191

mente universalizada"... "El concepto de objetivo del materialismo meta-físico parece que quiere significar una objetividad que existe fuera del hombre; pero cuando se afirma que una realidad existiría aun si no existiese el hombre, se hace una metáfora, o se cae en una forma de misticismo. Conocemos la realidad sólo en relación con el hombre, y como el hombre es devenir histórico, también el conocimiento y la realidad son un devenir, también la objetividad es un devenir..."

4. Método racional e irracional

Es otra dicotomía que ha llenado de confusiones el campo de la investigación en psicología, confundiendo nuevamente objeto con método.

Se llama psicología irracional (peyorativamente, por supuesto) a la que estudia fenómenos irracionales. ¿Y qué son los fenómenos irracionales? Por definición, aquellos que no responden a la razón. Si esto es así, hay que seguir estudiando los fenómenos irracionales y ampliar la estrechez de la razón. Ya lo dijo F. Bacon: "No debe estrecharse el universo hasta reducirlo a los límites del entendimiento, como han hecho los hombres hasta ahora, sino que debe extenderse y ampliarse el entendimiento, para que abarque la imagen del universo a medida que va siendo descubierto." Todo el proceso del conocimiento consiste en ir transformando lo irracional en racional, mediante el descubrimiento de las "razones" internas del fenómeno.

No hay un método científico irracional. Pero no hay método científico totalmente racional. En todo proceso de conocimiento interviene siempre una cantidad de variables de carácter irracional, y nunca una investigación es totalmente racional, por la simple circunstancia de que siempre interviene, en todo, el ser humano. El reparo o la acusación de irracional se extiende al hecho de que haya que incluir la comprensión en la psicología, pero excluyase la comprensión de cualquier ciencia y se queda en la simple recopilación de datos sin sentido. Si se utiliza sólo la intuición, se cae evidentemente en el irracionalismo (como método), pero no hay -por otra parte- investigación que pueda excluir el proceso intuitivo. Pero la intuición sólo tiene su lugar como un momento en el proceso total del conocimiento, y es la "elementalización" la que ha llevado a un fraccionamiento y a tratar cada momento como un proceso total en sí.

En rigor, no hay método racional y método irracional como procedimientos correctos. El método científico debe, entre otras condiciones, ser de carácter racional, pero esto no excluye variables irracionales. La impor-

tancia indudable de los procesos racionales no debe conducirnos a un fetichismo de la razón y, por otra parte, la mejor manera de combatir el irracionalismo en el campo científico, es la de ubicarlo en el justo lugar que le corresponde, con lo cual además se aminoran las necesidades de reivindicación de lo irracional.

No falta quien acuse de irracional toda inclusión del ser humano en el proceso de la investigación; en este sentido y en cuanto se excluye al ser humano, el mismo método científico resulta irracional, porque -en rigor— en los hechos no está excluyendo nada, sino ignorando una inclusión siempre vigente. No se trata de caer en el irracionalismo o de alentar tendencias anticientíficas, sino de transformar en racional la parte irracional de todo nuestro saber y de nuestra metodología científica. No se trata de liquidar el conocimiento científico, sino de problematizarlo para llevarlo a sus últimas consecuencias racionales. Es posible que lo que llamamos irracional sea realmente anterracional.

El problema de lo racional e irracional coincide en gran medida y respectivamente con la antinomia objetivo-subjetivo, y ambos tienen la misma solución: rehacer permanentemente el proceso total del conocimiento, con la impostergable inclusión del ser humano. De esta manera lo que se denomina irracional es una ampliación, que tenemos que recorrer científicamente, de la naturaleza y de nuestra propia naturaleza; son elementos irracionales mientras no los conozcamos y manejemos. Al ampliar el proceso del conocimiento a su totalidad dialéctica, ampliamos también el poder de nuestra razón y de nuestros procesos racionales, tanto como el conocimiento racional del mundo y de nosotros mismos.

5. Método racional y método empírico

Todas las ciencias comienzan, históricamente, con una vasta especulación de la cual se ignora el punto de partida, que es siempre un determinado quehacer, una práctica o manipulación de fenómenos. Como reacción contra la actitud especulativa, se pasa al polo opuesto y se enfatiza la experiencia y recopilación de datos en contacto directo con los hechos. De ahí procede, en parte, la antinomia entre método racional y método empírico, entre teoría y práctica, ciencia pura y ciencia aplicada.

El empirismo pretende liberarse de toda implicación metafísica, dando la experiencia como única fuente de verdad de cualquier conocimiento. El racionalismo sólo admite la razón en el proceso del conocimiento negando valor a las sensaciones y percepciones del mundo externo. Desde aquí, el empirismo pasa a ser una "hechología" y el racionalismo una verdadera

El problema metodológico en psicología

193

corriente irracional. La lucha se entabla entre una teoría desvinculada de la práctica y un empirismo grosero que se desvincula de la teoría. Es inútil seguir moviéndose en esta antinomia metafísica. Racional y empírico, teoría y práctica son momentos necesarios de un solo proceso. No hay nada más práctico que una buena teoría ha dicho muy certeramente K. Lewin.

En rigor, no hay práctica que no implique supuestos teóricos pero, en estos casos de supuestos implicados y no elucidados, el abandono de la teoría se venga con la utilización de las teorías erróneas o deficientes.

Las teorías no son formulaciones que deben ser solamente transmitidas y defendidas como tales, sino que deben ser aplicadas, y ésta es su mejor defensa. Y su mejor y única verificación. Las teorías se van construyendo y no se extraen en forma "pura" y perfeccionada de la pura especulación. La construcción de teorías se realiza trabajando en un campo concreto, aun partiendo de teorías e hipótesis erróneas, pero siempre trabajando en el campo concreto. Esperar tener la teoría perfecta, para sólo entonces aplicarla, es una aberración del método científico. A la psicología no se le puede exigir, ya, una epistemología y una metodología acabada, porque la psicología sólo se puede obtener construyéndola, y sólo se puede construir operando dentro de la psicología. Teoría y práctica se enriquecen y potencian en el proceso dialéctico. El conocimiento es un saber, un actuar según ese saber y un saber según ese actuar. El empirismo y el racionalismo tomados metafísicamente, en forma individual y aislada, conducen al idealismo filosófico y a la esterilidad científica.

6. La observación científica

Aquí es donde confluyen las antinomias y los equívocos más seculares sobre el método científico. Toda ciencia parte de la observación de hechos, sobre los cuales se elabora una hipótesis que luego puede ser verificada, manejando dichos hechos. El proceso de la investigación así, tan sencilla y claramente expuesto, sólo se da, lamentablemente, en el papel. Es la metodología del psicólogo "puro", del que no investiga pero conoce normas con las que quiere que investiguen los otros.

El principio materialista de que los objetos existen fuera e independientemente de que haya o no quien los perciba, es correcto como principio ontológico, pero de esto se deriva generalmente un supuesto incorrecto: el que los objetos se dan a la observación independientemente del ser humano que los percibe y que, por lo tanto, la observación debe ser cumplida como si no fuese realizada por un ser humano.

Los hechos que investigamos son siempre "recortados" del total de los fenómenos, y esto no ocurre en forma mecánica; los datos de los que partimos, en ciencia, no son hechos en sí, independientes de los seres humanos, sino estructurados en función de la vida de los mismos. Siempre hay una selección cultural o clasista de los problemas que se enfoca y de los datos que se tiene en cuenta; sólo se puede conocer dentro del cuadro de las categorías que son condicionadas por el desarrollo y la organización social, en un momento dado.

Una teoría permite incorporar más hechos a la investigación, pero la teoría es, a su vez, el reflejo de cierta organización de estos hechos, que se estructuran en un momento dado del desarrollo social. Y estos hechos, que son aportados por la teoría -aun errónea—, permiten la modificación de la teoría misma que ha servido para descubrirlos. Decir que esto no hace falta porque los hechos "están ahí" es índice de arrogancia y desconocimiento del movimiento real de la investigación científica.

La elección automática de hechos y el tipo de problemas que una ciencia se plantea implican ya una ideología, una concepción del mundo y una teoría; es el *substratum* irracional de todo conocimiento racional que sólo podrá ser elucidado racionalmente, utilizándolo.

El "dogma de la immaculada percepción" (Nietzsche) ha llegado a su ocaso. No hay observación pura en ningún sentido; toda observación implica ya una interpretación, una inserción *apriorística* del hecho observado en un cierto esquema con el cual fue observado. La única forma de convertir esta observación en un dato científico, es la de considerarla en función de la variable, del encuadre con el cual fue observada. No hay observador totalmente objetivo en ninguna disciplina científica, y la máxima objetividad se alcanza incluyendo al observador como una de las variables que condiciona el fenómeno que se está observando. En este sentido debemos hablar en psicología del observador participante, en el sentido de que el observador nunca está fuera del campo que condiciona los fenómenos. El observar tampoco es una función pasiva; observar sin hipótesis es solamente un mirar, que rápidamente se convierte en estereotipia; la observación debe ser una función activa, en la cual se formulan hipótesis y se piensa mientras se procede a la observación. Sin observación rigurosa no hay conocimiento científico sistemático, pero tampoco lo hay con la sola observación sin el pensamiento. Pensar es el eje de la indagación científica y la base para la observación. Este pensar no implica la construcción apresurada de sistemas especulativos y espectaculares, sino un mayor rigor en la observación según el pensar y un mayor rigor en el pensar según la observación que se va realizando.

La observación no es la mera percepción de un fenómeno externo,

El problema metodológico en psicología

sino que es una profunda relación del hombre con las cosas, y para observar, tanto como para toda la tarea científica hay una "distancia" óptima entre el sujeto y el objeto. Y en este proceso, el ser humano no entra como cosa, sino como ser psicológico; es un penetrar en las cosas y un dejarse penetrar por las cosas. Dicho con los términos de Wallon, "la percepción más grosera implica ya interpretaciones, ideas, sistemas de creencias y representaciones por las que el hombre participa en la existencia de su grupo social". Las técnicas de observación y de registro de los hechos constituyen un peldaño de la investigación, pero es importantísimo elucidar los supuestos con los cuales se está realizando la observación. La investigación tiende a responder interrogantes, pero se inicia planteando problemas, problema-tizando los hechos y, a su vez, cada nueva respuesta es una nueva proble-matización. Hace avanzar la ciencia tanto el descubrimiento de soluciones como el descubrimiento y planteo de nuevos problemas. Con gran frecuencia, además, un problema se resuelve no apelando a los hechos sino replanteando el problema, lo cual implica estar actuando con un nuevo esquema referencial, proceso en el que puede intervenir muy primordialmente la observación. En síntesis, la observación "pura" es una utopía en todos los campos, porque siempre el que observa es un ser humano y el proceso de la observación no es un simple reflejo especular, sino un proceso activo y psicológicamente muy complicado. No se alcanza la objetividad interponiendo aparatos y actuando como si el ser humano fuese otro instrumento mecánico.

Descripción, comprensión y explicación son momentos de un solo proceso continuo, que establece una estrecha interconexión y acción recíproca de todos esos momentos. Cuando se describe algo y se actúa con cierta comprensión o un cierto esquema referencial, y la descripción, a su vez, corrige y modifica la comprensión que, a su vez, se rectifica con la nueva observación. Y lo mismo con la explicación.

Por lo común no nos damos cuenta en qué medida la descripción es una comprensión de un hecho. Si vemos en un salón un conjunto de gente en una actitud dada, describimos el hecho diciendo, por ejemplo, que estaban rezando, porque lo hemos percibido como tal; el suceso no se nos da primero como percepción (descripción) y luego como significado, sino directamente como percepción de un significado. Si vemos un conjunto de gente en la misma actitud en una cultura totalmente distinta, podemos equivocarnos si decimos que rezan; en este caso se extrema, en el ejemplo, la diferencia entre descripción y significado (comprensión),

para señalar la unidad que realmente integran, incluso en nuestra experiencia diaria o común.

7. Esquema referencial

Según la definición de E. Pichón Rivière, es el conjunto de ideas, actitudes, emociones, conocimientos y experiencias con los que el individuo piensa y actúa. Es, en otros términos, una cristalización organizada y estructurada, en la personalidad, de un gran conjunto de experiencias que refleja una cierta estructura del mundo externo y con el cual el sujeto piensa y actúa sobre ese mundo.

La objetividad científica no consiste en actuar con la "mente en blanco", porque el querer lograr tal condición es una utopía. Toda experiencia se enfrenta con una cierta organización de la personalidad, que es la resultante de una cristalización de cientos y cientos de experiencias anteriores. Y esto ocurre tanto en el conocimiento ingenuo o vulgar, como en el conocimiento científico.

Este esquema referencial puede "activarse" u organizarse en función del objeto de estudio, tanto como puede ser estereotipado. Su intervención en el proceso normal y patológico (individual y grupal) del aprendizaje ha sido estudiada y expuesta por nosotros en otro lugar.

La mayor objetividad que podemos alcanzar es la de admitir la relatividad de nuestro conocimiento, analizando el *a priori* conceptual o el esquema referencial con el cual pensamos, percibimos y actuamos. Las categorías del pensamiento forman parte del esquema referencial, pero este último está formado, además, por una gran cantidad de elementos menos generales o más circunstanciales, que es necesario investigar. En psicología, lo observado es un emergente de una situación total, de la cual es integrante el observador (participante); él condiciona el fenómeno que observa, tanto como los fenómenos condicionan al observador. La actitud del observador condiciona en gran medida el fenómeno a observar, tanto como su propia observación; en la tarea psicológica hay una distancia óptima que es necesario cuidar.

El sector observado es siempre un sector seleccionado, o estructurado por una cantidad de variables entre las que interviene el observador, con sus ideas, actitudes, emociones, experiencias, etcétera.

Supongamos que se trata de observar cómo un individuo resuelve un problema: la inclusión de un observador modifica las condiciones y, por lo tanto, ya no se estudia una conducta natural. Pero, ¿qué es una conducta natural? Siempre la actuación de una persona, tanto como todo fenómeno humano, está condicionada por una gran cantidad de factores, y nunca hay un tal comportamiento natural. Lo que ocurre y lo que se sabe no puede ser separado del cómo y cuándo se supo, además del por quién. Esto es válido en su generalización: no hay ninguna conducta natural. Ya

El problema metodológico en psicología

197

lo hemos estudiado en otro capítulo diciendo que la conducta es siempre el emergente de un campo. Si un niño tiene una conducta dada en la escuela y otra totalmente diferente en su hogar, el problema no es decidir cuál de ellas es la natural o genuina. Lo son ambas y ambas son partes de su personalidad. Lo que nos ha interesado aquí es derivar las consecuencias metodológicas del estudio de la conducta como emergente de un campo.

Por otra parte, la mejor observación es la que se continúa en el tiempo, anotando tanto las modificaciones de la conducta como las del campo total. Hemos estudiado esto ya en el capítulo del encuadre de la continuidad genética.

El examen consecuente del esquema referencial resuelve, en el campo del trabajo del psicólogo, el problema filosófico clásico del componente *apriorístico* de toda experiencia. Y lo resuelve incluyéndolo como parte de la investigación total. Solución totalmente contraria a los intentos *antime-tafísicos* de los positivistas, o a la de los empirocriticistas como Avenarius, quienes pretendían reducir el proceso del conocimiento a un empirismo puro, libre de todo supuesto metafísico. Ni subjetivización radical de las categorías tal como lo hizo Kant, para quien ellas eran las condiciones de existencia del entendimiento, ni objetivización radical como lo hizo Hegel, para quien las categorías existían objetiva e independientemente del ser humano.

8. Observación e introspección

Sin temor a exagerar, se puede decir que en psicología, la actitud que se adopte frente al problema de la observación y de la introspección es el nudo gordiano de la metodología. El planteo de la cuestión gira alrededor del hecho de que en la introspección el sujeto se autoobserva, y que en este autoexamen se capta el hecho psicológico, única forma en que para los introspeccionistas (Brentano, T. Lipps, Dilthey, Natorp, W. James, Bergson) es accesible lo psíquico. Para los conductistas, que se ubican en el extremo opuesto (Watson), este método no es científico porque no permite la objetividad, y es sólo con la observación de las modificaciones externas como se hace posible la aplicación del método científico en psicología. Esta posición de Watson puede, por otra parte, como la plantea Tilquin, ser entendida como una posición exclusivamente metodológica o como una afirmación ontológica. En este último caso no sólo se dice que lo único que puede

ser estudiado científicamente son las manifestaciones externas, sino que, además, se afirma que son las únicas que existen.

Creemos, como Guillaume, que en la introspección hay que distinguir

dos cosas distintas: una de ellas es cuando llamamos introspección, por ejemplo, a un juicio que un sujeto emite sobre sí mismo, o cuando comunica lo que siente o piensa; otra es cuando el sujeto estudia por sí mismo sus propias funciones mentales. En el primer caso se trata de datos, y en el segundo se trata de un método con el que se estudian dichos datos. Lo que tenemos que agregar es que dichos datos pueden ser estudiados de manera distinta. De éstos nos hemos ocupado ya en el capítulo V.

El método de la asociación libre y la sesión psicoanalítica, como totalidad, son los que nos dan mejor perspectiva para resolver este problema. Allí, en un momento dado, recogemos la totalidad de la conducta y damos el mismo valor a todas las áreas; la conducta, como totalidad, es el emergente del campo configurado en ese momento. Los datos de la actividad en el área mental pueden estar en concordancia o en contradicción con los datos de la actividad corporal y de la conducta en el mundo externo. Aun en contradicción, no descartamos ninguno, ni nuestro propósito se orienta a descubrir qué es lo "genuino" o lo "natural", porque nunca puede cualquier manifestación dejar de ser genuina o verdadera.

Cuando comprendemos e interpretamos la conducta, esta interpretación modifica el campo, y la nueva conducta (emergente) es el resultado del nuevo campo estructurado con nuestra intervención. A su vez, el nuevo emergente nos ratifica o rectifica la interpretación dada.

Esta posición que sustentamos implica que todas las manifestaciones del ser humano son manifestaciones en el nivel psicológico de integración o que lo externo no es la manifestación de lo interno y que, además, esto último no es un suceder con vida propia sino un fenómeno que está ligado a las otras áreas, a lo externo y al campo total.

De esta manera, la oposición entre introspección y observación exterior deriva del procedimiento metafísico de separar los sucesos entre sí y de la situación, y tratar cada uno de ellos con independencia de los demás. Otra fuente de esta metodología metafísica es el dualismo cuerpo-alma y la sustancialización del fenómeno psicológico. La sola observación exterior o la sola introspección no dan más que fragmentos desvinculados del campo del cual los fenómenos son un emergente. La asociación libre permite superar este falso dualismo, y la sesión psicoanalítica permite el trabajo y la investigación psicológica en verdaderas condiciones experimentales.

El método científico no depende de que el fenómeno sea exterior o interior, sino de la situación que se estructura como condición científica. En este sentido las condiciones experimentales de la sesión psicoanalítica fueron distorsionadas con el "mentalismo", al reducir todos los fenómenos exteriores a previos "contenidos" interiores, mentales, como ya hemos tenido oportunidad de exponer en otro capítulo.

El problema metodológico en psicología

199

9. Método experimental y método clínico

Toda la psicología contemporánea puede ser considerada en función de los dos métodos fundamentales de la misma: método experimental y método clínico.

En el método experimental la observación se realiza en condiciones artificiales, en las cuales el investigador produce y reproduce a voluntad el fenómeno que desea observar, controlando los factores que intervienen en el mismo y tratando de reducir las variables al mínimo posible. Aquí hay que hacer ahora una diferencia entre psicología experimental y psicología experimentalista; la primera es la que utiliza el método experimental, mientras que la segunda utiliza los datos del método experimental.

En el método clínico se procede a un estudio detallado y profundo, basado en la observación directa y en la anamnesis con un enfoque global y unitario. El método clínico tiene siempre objetivos prácticos y se caracteriza, además, por un contacto directo y personal del investigador con la persona estudiada, contacto que se puede extender a los miembros principales de su medio.

Psicología clínica y psicología experimental no señalan campos (laboratorio, clínica, hospital, fábrica, etcétera) sino métodos, que no son excluyentes, aunque con frecuencia se los plantea como tales. El psicólogo experimental se apoya en la tradición y prestigio de su método y considera que el psicólogo clínico "no hace ciencia", que es un práctico que sólo utiliza o aplica la ciencia. El psicólogo clínico, a su vez, subraya y critica la distancia del psicólogo experimental con los seres humanos y con la vida real, reduciéndolos a una situación artificial inexistente. Esta oposición no sólo es absurda, sino nociva para la psicología. Hay psicólogos clínicos que realizan una tarea de investigación científica y los hay que no, tanto como existen médicos que investigan en su tarea y otros que no. Por otro lado, el psicólogo experimental es como el fisiólogo en relación con la medicina: no tiene por qué ser médico, pero tampoco debe creer que su tarea se hace al margen de la clínica y que sólo él realiza una tarea científica. Esta diferencia entre el fisiólogo y el médico es la que puede darse entre el psicólogo experimental y el psicólogo clínico, aunque no exista todavía una terminología diferente para designar a uno y a otro.

Sin embargo, la psicología clínica no ha obtenido todavía de la psicología experimental beneficios similares a los que la medicina obtuvo de la fisiología; más bien ocurre lo contrario y es la psicología experimental la que se nutre de los problemas y observaciones realizadas en la psicología clínica, o procede a verificar los datos de la misma. Los resultados de la psicología experimental tienen que ser valorados con el criterio de la psi-

José Bleger

colofía clínica, y hay una actitud clínica que se debe observar inclusive en la tarea experimental, detectando hechos significativos de la totalidad del fenómeno que se está estudiando.

La distancia se acorta no solamente en un sentido, sino también en el inverso: el método clínico puede acercarse a las exigencias de una investigación en condiciones experimentales. Cuando lo importante en el método clínico no es la anamnesis, sino la observación y el estudio directo de la situación (relación interpersonal) y de las reacciones y valoración de todos los factores que intervienen en cada momento de la entrevista, el método clínico se aproxima al método experimental. Esto ocurre mucho más en una de las técnicas del método clínico: la de la asociación libre del método psicoanalítico, hecho al cual no nos podemos referir más detalladamente en este lugar.

La psicología clínica es siempre el campo y el método más directo y apropiado de acceso a la conducta de los seres humanos y a su personalidad. Hasta ahora, la psicología experimental le es tributaria. Cuando la psicología experimental se "libera" de la actitud clínica y del método clínico, ocurre que el psicólogo deja de estudiar seres humanos para estudiar la técnica que emplea. Esto es muy frecuente, especialmente con los psicotécnicos que terminan estudiando el test y para ello se sirven de seres humanos, en lugar de servirse del test para estudiar los seres humanos. Tienen, indudablemente, derecho a hacerlo, pero no a pensar que eso es hacer ciencia en psicología, por el solo hecho de que además utilizan la estadística y las matemáticas. No se puede llegar a una ciencia del hombre, sin el hombre. Sin el hombre estudiado y sin el hombre que estudia.

10. *Síntesis*

Por ciencia entendemos el conjunto del saber científico, tanto como la indagación sistemática que conduce al saber científico; por separado, y en relaciones muy discutibles, se incluye la técnica, que es el conjunto de procedimientos con los cuales se logra y se aplica el conocimiento científico.

Los métodos científicos se cuentan —como hemos visto— como muy numerosos, pero, para orientarnos en ellos, los dividiremos en tres tipos; uno de éstos está constituido por los métodos que definen cierta manipulación de los hechos o el empleo de determinadas técnicas instrumentales, y de esta manera se incluyen aquí, por ejemplo, el método experimental, clínico, estadístico, diferencial, factorial, etcétera.

Un segundo tipo de método está dado por el aislar momentos del pro-

Psicología y filosofía

201

ceso total del conocimiento; de esta forma se incluyen aquí los así llamados métodos: racional, irracional, intuitivo, comprensivo, explicativo, empírico, etcétera. Ya nos hemos referido a ello, sacando la conclusión de que no se debe hablar, en este sentido, de métodos científicos.

Una tercera clasificación es la que utiliza o se basa en los distintos esquemas referenciales que se emplean en la investigación y en la sistematización teórica; a ellos nos hemos referido más específicamente en el capítulo de los encuadres. Así se habla de método genético, histórico, evolutivo, etcétera, cuando lo que rigurosamente corresponde es hablar de encuadres.

Para una mejor discriminación, sólo en el primer caso conviene hablar de métodos; en el segundo, de proceso o momentos del conocimiento, y en el tercero, de encuadres.

Bibliografía

Andr ews, T.G.; Bachelard, G.; Baranger, W.; Boring, E.; Brown, A.W.; Brown, C.W. y Ghiselli, E.E.; Brunshvicq, L.; Collingwood, R.G.; Chap n, F.S.; Dilthey, W. (a, b); Fraisse, P.; Gramsci, A.; Germani, G.; Guillaume, P. (a); Gusdorf, G.; Hartmann, H.; Hicks, D.; Jaspers, K.; Lalande, A. (a, b); León, A.; Roche, M.; Lyotard, J.F.; Meadows, P.; Merton, R.K.; Peak, H.; Pichón Rivi re, E. (d); Pucciarelli, E.; Rickman, J.; Schwarz, O.; Wauer, W.; Wallon, H. (0); Whitehead, A.N.; Mannheim, K.; Pratt, C.C.

Capítulo XVI **Psicología y filosofía**

1. *Ciencia y filosofía*

Entre ciencia y filosofía han existido y siguen existiendo muy estrechas relaciones; al igual que todas las ciencias, la psicología procede también de la filosofía, de la cual se ha separado e integrado progresivamente como campo científico; en cierta medida, delimitado. La preocupación por los temas que conciernen a la psicología ha ocupado, y sigue ocupando, un lugar muy relevante en la filosofía.

Sin embargo, lo más importante no es en sí la posible o frecuente superposición de temas o intereses, sino el problema del método con el cual cada una aborda los fenómenos que investiga.

La difundida desconfianza del científico hacia la filosofía e, inclusive, su desdén por la misma, se justifica históricamente en cuanto, para construir y elaborar el conocimiento científico, hubo necesidad de luchar y dejar de lado la especulación y la religión, para atenerse estrictamente al método científico y al rigor empírico; dejando de lado la abstracción "pura" es como, en realidad, se fundamentó la ciencia.

Pero esta actitud ya no se justifica, por varios motivos. Uno de ellos es el desarrollo de la filosofía en direcciones que de ninguna manera obstruyen la investigación científica, sino que la completan y le dan mayor profundidad, lucidez y vigor. Un segundo motivo es que el desarrollo mismo de la ciencia ha contribuido a que la filosofía, en alguna de sus direcciones, haya sufrido profundamente su influjo. Y una tercera razón es que en el comienzo y en el final de toda ciencia está la filosofía; con el agregado de que no sólo en sus extremos (si los hay), sino que también todo el conocimiento científico asienta sobre supuestos y categorías conceptuales cuya elucidación pertenece a la filosofía, aunque cada vez más frecuentemente tiendan a discutirla los mismos científicos. Y no sólo el conocimiento científico, sino también todo saber ingenuo, implica necesariamente la filosofía.

El abismo y oposición entre filosofía y ciencia ha cedido en muchos aspectos, no sólo con una gradual incorporación de la filosofía por los

científicos, sino también por un replanteo de toda la filosofía. En la actualidad es dable exigir del filósofo una buena preparación teórico-práctica, por lo menos en un campo científico, y se hace imprescindible exigir al hombre de ciencia una buena preparación filosófica, por lo menos en dialéctica y epistemología.

La interpretación de las distintas disciplinas —el estudio interdisciplinario— abre posibilidades fecundas para todos los campos de investigación, y especialmente cumple este anhelo la ciencia de la ciencia, es decir, el estudio científico y filosófico de la ciencia misma.

Podemos decir que no hay psicología sin filosofía. Pero la psicología no es filosofía. La psicología es un campo particular que no se esfuma dentro de la filosofía, aun con las estrechas relaciones que guarda con ella. La ciencia, por sus propias limitaciones metodológicas, estudia problemas concretos y accesibles a la investigación. La biología —por ejemplo— estudia los seres vivos o los fenómenos de la vida, pero esta definición, sin embargo, no delimita el alcance del objeto de la biología; a ésta como ciencia le incumbe estudiar fenómenos concretos: la función respiratoria, digestiva, etcétera; pero muchos grandes problemas vinculados a la vida no le conciernen a la biología como tal, a saber, la definición estricta y ajustada de lo que es el fenómeno vital, el sentido de la vida, los valores en la vida, etcétera. Todo esto pertenece a la filosofía en mucho mayor grado, aunque dicha investigación filosófica se realice a continuación o teniendo en cuenta los datos de carácter científico de la biología. A su vez, ésta como ciencia trabaja en los fenómenos concretos con implicaciones muy estrechamente vinculadas a la investigación filosófica.

La psicología como ciencia debe estudiar fenómenos concretos. La definición de la psicología como ciencia que estudia los fenómenos psíquicos o el alma dice tanto como la definición de la biología como estudio de las fuerzas vitales, o aun menos. Estas son derivaciones generalizadas y abstractas que corresponden estrictamente a la filosofía; en el campo científico, el biólogo estudia concretamente la contracción de un músculo o el ritmo del corazón o la oxigenación del tejido. El psicólogo —en cuanto científico— aborda problemas concretos con métodos científicos y sus esquemas conceptuales, si bien deben ser generalizadores, no por ello deben diluir lo concreto en un abstracto inexistente; todas las definiciones y todos los postulados, hipótesis y teorías en el campo psicológico deben referirse a los fenómenos estudiados y no a inferencias de carácter metafísico que se transforman en entes reales, de los cuales, a su vez, se hace depender los fenómenos.

El psicólogo, como todo científico, tiene derecho y necesidad de entrar en teorías generalizadoras muy amplias, tanto como en el campo de

Psicología y filosofía

205

la especulación, pero en este último caso tiene la obligación de conocer cuándo ha trascendido el límite de los datos, que se puede verificar y no conceder el mismo valor a los datos extraídos con la metodología científica y las inferencias que la rebasan. Debe además, en todo lo posible, reconocer los supuestos con los cuales está trabajando.

2. Materialismo e idealismo

En todos los campos científicos tanto como en la filosofía, el problema idealismo o materialismo es fundamental y aunque no se lo explicita o defina, está implicado en toda tarea de investigación y —por lo tanto— también en psicología.

La relación y la primacía que se establece entre sujeto y objeto, imágenes y pensamiento por un lado y la realidad por otro, entre espíritu y materia, definen en un sentido al idealismo y en el otro al materialismo. Pero no se trata solamente de dos posiciones filosóficas, sino de dos posiciones ideológicas y políticas; el idealismo está ligado con todas las fuerzas que tienden a mantener un *status* social, económico y político, y es el producto de ellas, mientras que el materialismo es la ideología de todas las fuerzas renovadoras, de todo lo que incrementa y posibilita el poder del hombre sobre la naturaleza y sobre la propia organización social. Materialismo e idealismo son las tendencias finales del pensamiento filosófico y científico de todas las épocas. El materialismo floreció, en primer término, entre los escolásticos ingleses, especialmente con Bacon, y su primera formulación fue la de los nominalistas. Realismo y nominalismo fueron las dos tendencias principales de la escolástica y se corresponden, respectivamente, con el idealismo y el materialismo. Para los nominalistas (Duns Scot, Guillermo Occam), las nociones generales no existen antes que las cosas, únicamente existen el individuo y lo individual, mientras que los conceptos generales existen sólo de nombre y designan reuniones de individuos. Para los realistas (Anselmo de Canterbury, Tomás de Aquino), lo que existe son los universales.

Debemos desde ya descartar una posición vulgar y peyorativa que resulta de la extensión al lenguaje

filosófico de acepciones que pertenecen a otro orden de cosas, y que consiste en llamar materialista al sujeto al que sólo le interesa gozar de la vida y de los placeres, despreocupándose y descartando los valores espirituales (confusión en la que ya históricamente se incurrió con el epicureismo), y en designar como idealista a la persona noble, generosa, elevada, sacrificada. Son acepciones que nada tienen que

ver con el distingo filosófico que estudiamos; un materialista filosófico puede ser un idealista en su acepción vulgar, y viceversa.

La oposición materialismo-idealismo se plantea tanto en el campo gnoseológico (en la teoría del conocimiento) como en el ontológico (estudio de los entes), pero hay un vínculo tan estrecho entre ambos que con gran frecuencia se superponen o correlacionan muy estrechamente, razón por la cual serán expuestos sin mayores distingos; se puede decir que la relación sujeto-objeto pertenece a la gnoseología, mientras que las relaciones entre materia, vida y mente corresponden a la ontología.

3. Idealismo

El idealismo ha guardado y sigue guardando muy estrechos vínculos con la religión; se caracteriza fundamentalmente por conceder prioridad al espíritu sobre la materia, al sujeto sobre el objeto, al pensamiento y la conciencia sobre los objetos del mundo externo. Implica, por lo menos, alguno de los siguientes planteos:

1) Incluir fuerzas y entidades ajenas al propio curso de los fenómenos naturales, como es el caso, por ejemplo, de las siguientes afirmaciones: a) que Dios hizo y gobierna el mundo; b) el mundo deriva de la transformación (alienación) de un espíritu absoluto (posición del idealismo objetivo de Hegel); c) el espíritu gobierna la materia.

2) Partir de los procesos psíquicos para explicar todos los otros fenómenos y hechos, como por ejemplo: a) que el mundo sólo existe en nuestra conciencia; cuya posición extrema está dada en Berkeley y Fichte, en el idealismo subjetivo (solipsismo); b) las cosas son según las ideas que de ellas tenemos; c) las ideas gobiernan el mundo; d) la bondad y la maldad explican nuestra conducta como seres humanos, y nuestra organización social.

3) Trasladar o realizar una trasposición de leyes y categorías correspondientes a un campo científico particular, a otro nivel de integración de los fenómenos, como por ejemplo: a) aplicar las leyes de la fisicoquímica y sus categorías conceptuales a los fenómenos biológicos, psicológicos y sociales (físicoquimismo, energetismo), como es el caso de explicar las relaciones sociales recurriendo a la atracción y repulsión de electrones; b) aplicación de las leyes del movimiento mecánico a los fenómenos de orden biológico, psicológico y social (mecanicismo); c) aplicar las leyes de la materia viva al fenómeno social (organicismo).

Psicología y filosofía

4. Materialismo

Sustenta la prioridad o bien la existencia exclusiva de la materia. La posición materialista no se superpone, estrictamente, con el conocimiento que en un momento dado se tenga de la materia en el terreno científico y no se invalida, como posición filosófica, cuando dicho conocimiento se modifica o profundiza. De esta manera, el materialismo es tan válido, por ejemplo, dentro de la física moderna, como lo es en la física clásica, aunque el conocimiento sobre la estructura de la materia sea distinto en una y en otra. La concepción materialista significa concebir la naturaleza tal como es o, mejor dicho, concebir el mundo y todos sus fenómenos tal como son.

La definición del materialismo filosófico, tanto como la de la materia, sigue siendo un problema difícil, y se oscila entre acepciones muy amplias y muy estrechas. La definición de Engels, que es la que más arriba hemos tomado como base, enuncia que "la concepción materialista del mundo significa simplemente la concepción de la naturaleza tal como es, sin ningún elemento extraño", y para Lenin "la única propiedad de la materia cuya admisión define el materialismo filosófico es la de ser una realidad objetiva, de existir fuera de nuestra conciencia".

El materialismo filosófico más evolucionado no sólo incorpora como hecho material a la materia en su sentido usual, o como hecho natural, sino que fenómenos que no forman parte estrictamente de la naturaleza también se incluyen como fenómenos materiales (las instituciones sociales, la estructura económica, etcétera). Se superpone, en gran medida, el concepto de materia con el de hechos, sucesos y fenómenos reales, tales como ocurren o se dan. Aunque el materialismo incluye posiciones muy divergentes, en su acepción más general incluye o sustenta las siguientes afirmaciones:

1) Entre materia y espíritu, la materia es lo primordial.

2) Afirma la existencia de un mundo objetivo, externo, que existe independientemente de que sea percibido o no.

3) Entre sujeto y objeto, el objeto es lo fundamental y es el que promueve las imágenes, pensamientos.

4) Todos los fenómenos son interdependientes y constituyen manifestaciones de distintas formas de

organización de la materia; se descarta la inclusión de lo extranatural o sobrenatural.

5. *Metafísica y dialéctica*

Tanto el idealismo como el materialismo puede ser metafísico o dialéctico, y ello depende de que utilicen uno u otro de estos métodos. Por metafísica se entiende comúnmente un conjunto de afirmaciones y razonamientos estériles, apartados de la realidad, de los hechos y de la práctica. No es a esto precisamente a lo que queremos referirnos aquí, porque esto puede ser uno de los resultados del método metafísico y no debemos confundir método con resultados. Inclusive, en el curso del desarrollo del conocimiento científico y filosófico, el pensamiento (método) metafísico fue ineludible. Una de sus características es que considera las cosas y los fenómenos como aislados, independientes, constituidos en unidades en sí mismos, perdiéndose la captación de las relaciones y acciones recíprocas. Este aislamiento se relaciona muy estrechamente con la concepción de los objetos como inmóviles, fijos; el movimiento y el cambio sólo se admiten como traslación en el espacio. Aislamiento e inmovilidad guardan estrecha relación con el principio de identidad en el que cada cosa es lo que es y no puede ser ni devenir lo contrario ni otra cosa; de esta manera, la división y separación entre objetos y categorías opuestas es totalmente infranqueable y excluyente. El instrumento metafísico por excelencia es la lógica formal.

El método dialéctico significó primitivamente el arte o la ciencia de la discusión, pero su desarrollo actual no tiene ya ninguna relación con sus características originales. Florece con Hegel y posteriormente con Marx y Engels, quienes la retoman para reelaborarla sobre la concepción materialista. Independientemente del pensamiento marxista, la dialéctica es en la actualidad aplicada y desarrollada por distintos autores, entre los que se cuenta, entre otros, como un promotor a M. Gonseth, con la revista *Dialéctica*.

En oposición al método metafísico, la dialéctica considera todos los fenómenos en estrecha relación e interacción y, por lo tanto, estudia en primer lugar el proceso, en el cual el movimiento no es una simple traslación en el espacio, sino un cambio interno, una transformación. El proceso de interrelación y cambio hace que la unidad e identidad de cada objeto sea considerada de manera distinta que en el método metafísico, porque en cada objeto, en su unidad, hay un proceso de movimiento y cambio interno, dado por una lucha de contrarios, de tal manera que la unidad implica siempre la existencia de contradicciones y lucha en su seno, lucha que pasa por momentos y grados distintos y en la cual las contradicciones se resuelven en una síntesis superior, pero originando ya en el curso de la síntesis los gérmenes de una nueva contradicción.

Psicología y filosofía

209

Método metafísico

Método dialéctico

- | | |
|--------------------------------------|--------------------------|
| a) Estudia los fenómenos y objetos | a) en forma aislada. |
| b) Cada objeto es fijo e invariable. | b) |
| c) Admite el movimiento como tras- | c) lación en el espacio. |
| d) No se admite la contradicción. | d) |

Los estudia en su permanente interdependencia y acción recíproca. Todo está en cambio y movimiento. El movimiento es interno y transformador.

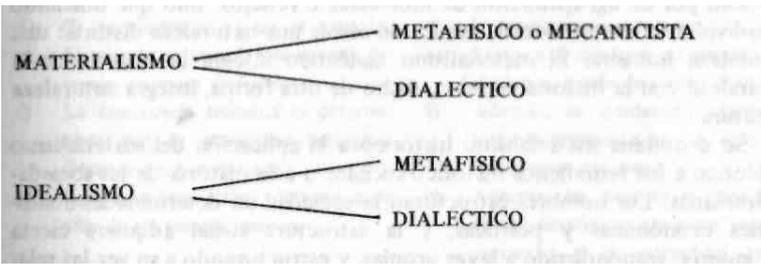
La contradicción es el núcleo de todo lo que existe.

La dialéctica supera el método metafísico pero no lo elimina, sino que lo contiene, superándolo. El método metafísico, dentro del proceso dialéctico, sólo estudia o considera momentos del proceso. La limitación de la metafísica estriba en tomar cada momento como totalidad en sí.

Si relacionamos ahora la concepción materialista e idealista con los métodos metafísico y dialéctico, tendremos la existencia de:

6. *Materialismo mecanicista o metafísico y materialismo dialéctico*

En cuanto a los fundamentos generales del materialismo, distintas corrientes se atienen a él, y esto debe ser subrayado por cuanto, con gran frecuencia, al hablar de materialismo se hace referencia a las características del materialismo mecanicista, ignorando otras posiciones. El materialismo tiene también un desarrollo histórico, y si bien el materialismo mecanicista supera a todos los existentes antes de él, queda a su vez superado por el materialismo dialéctico; por eso, al ignorar a este último, se incurre en una gravísima omisión. El materialismo mecanicista aplica a los fenómenos vitales y espirituales las leyes y modelos del mundo mecánico o, mejor dicho, los reduce a fenómenos mecánicos, físicos y químicos. Otra de sus características o limitaciones fundamentales estriba en que el ser humano está tomado



como ser natural, sin tomar en consideración su condición de ser social. Por eso el materialismo mecanicista desemboca, en cuanto a su consideración del fenómeno psicológico y social, necesariamente en el idealismo. La corriente denominada naturalismo es equivalente al materialismo mecanicista.

El materialismo dialéctico abarca en forma unitaria la totalidad de los fenómenos, mediante leyes generales, que se aplican en forma específica en cada nivel de integración. Sostiene la unidad de todo lo existente en una permanente interdependencia, de tal manera que no hay hechos aislados y la influencia que se da entre ellos es una permanente acción recíproca; el movimiento es la manera de existir de la materia pero, además este movimiento no es mecánico, mera traslación en el espacio, sino un movimiento en la estructura misma de lo existente, de tal manera que todo cambia y se transforma, nada es estático, y el movimiento resulta creador, da lugar a la aparición de nuevos fenómenos y nuevos niveles de integración. Este movimiento es el movimiento dialéctico, que existe como permanente lucha de contrarios dentro de la unidad. La conciencia y el pensamiento no se explican por un agrupamiento de moléculas o reflejos, sino que ubicando al individuo como ser social, resulta un ser de una naturaleza distinta: una naturaleza humana. El materialismo dialéctico integra la historia de la naturaleza con la historia social o, dicho de otra forma, integra naturaleza y cultura. Se denomina materialismo histórico a la aplicación del materialismo dialéctico a los fenómenos históricos sociales o a la historia de las sociedades humanas. Los hombres estructuran la sociedad en determinadas condiciones económicas y políticas, y la estructura social adquiere cierta autonomía, respondiendo a leyes propias, y estructurando a su vez las relaciones entre los seres humanos, y a los seres humanos mismos. Una infraestructura socio-económica, dada por las relaciones reales entre las fuerzas de producción y las condiciones de producción, es la base sobre la que se construye la superestructura, integrada por las instituciones políticas y jurídicas, las artes y las letras, cuanto por las normas e ideologías y las características psicológicas de los seres humanos. A distintas infraestructuras corresponden diferentes superestructuras. Estas últimas, a su vez, actúan por acción recíproca sobre la infraestructura, y este momento es el que toma una de las formas del idealismo para sostener, por ejemplo, que las ideas de los hombres son las que determinan la organización social.

Por otra parte, al evitar este momento idealista algunos expositores del materialismo histórico caen en el mecanicismo, reduciéndose a un ecónomismo grosero, en que se toman solamente las condiciones económicas como determinantes únicas y directas de toda la superestructura. El mate-

Psicología y filosofía

211

rialismo mecanicista, en el orden de los fenómenos sociales y psicológicos, desemboca siempre en el idealismo, ya que por su insuficiencia conceptual desconoce el papel de los factores específicamente sociales en la determinación de las estructuras psicológicas.

Materialismo mecanicista o metafísico

- a) El hombre conoce el mundo por los sentidos.
- b) El hombre sólo conoce el mundo sensible.
- c) Los fenómenos vitales psicológicos se reducen a fenómenos mecánicos, físicos y químicos.
- d) El movimiento es en el espacio.
- e) El mundo se transforma en una sucesión de causa y efecto.
- f) La conciencia humana es determinada por la estructura biológica. Otras veces, incluye a (g).
- g) La estructura social determina la vida de los seres humanos.
- h) El movimiento se produce por fuerzas exteriores al fenómeno.

Materialismo dialéctico

- a) El hombre conoce el mundo no sólo sintiéndolo, sino actuando sobre él y "dejándose actuar" por él.
- b) El mundo sensible es el mundo real y el único existente.
- c) Los fenómenos vitales y psicológicos son de un orden particular, diferente del de los fenómenos físico-químicos.
- d) El movimiento es interno.
- e) Todo está sujeto a un cambio dialéctico a través de contradicciones.
- f) Además, su contenido específico está determinado por la vida real de los seres humanos.
- g) Además, las normas y características psicológicas reaccionan sobre el contexto y la estructura social.
- h) Todo está en constante movimiento y cambio. La fuerza no es exterior ni independiente.

El materialismo dialéctico supera al materialismo mecanicista, resolviendo sus limitaciones y sus supuestos idealistas; no eliminándolo de hecho, sino continuándolo dialécticamente.

El materialismo dialéctico es un instrumento, un método, tanto como una concepción total del universo elaborada con ese método. La dialéctica es el movimiento real que cumplen todos los fenómenos y es el método con el cual reflejamos dicho movimiento real. Pero la dialéctica como método sólo puede ser utilizada por un pensamiento dialéctico, que tolera y admite las contradicciones para resolverlas, que no las niega ni las suprime, sino que las sufre y las integra.

7. Monismo y dualismo

En nuestro conocimiento de los fenómenos, tomamos conciencia de que existen objetos físicos, inanimados; que, por otra parte, hay seres vivos; y en tercer lugar, que algunos de esos seres vivos presentan manifestaciones mentales o espirituales. Se puede, pues, adscribir los fenómenos a tres tipos o modalidades de existentes: materia, vida y espíritu o mente. De la combinación genética de estos tres, surgen posiciones filosóficas muy variadas que repercuten en toda la psicología y, en general, en todas las ciencias.

Tríismo: Son todas las posiciones que afirman la no existencia de ningún nexo genético entre materia, vida y espíritu. Cada uno de ellos constituye un fenómeno peculiar que responde a esencias totalmente independientes entre sí y absolutamente no transformables una en otra. Es una posición idealista que, prácticamente, no configura una posición filosófica actual vigente.

Monismo: Se llama así toda posición que reduce genéticamente todos los fenómenos, en última instancia, a una sola unidad fundamental, a la materia o al espíritu o a algún equivalente de este último. De ahí, dos tipos de monismo: uno materialista y otro idealista.

Monismo materialista: Afirma que tanto la vida como las manifestaciones mentales o espirituales no dependen de entidades especiales propias, sino que son cualidades que emergen o derivan de una alta y más perfecta organización de la materia y que ésta es —en última instancia— la misma para todos los tipos de fenómenos.

El único monismo materialista consecuente es el materialismo dialéctico que se debe distinguir del materialismo mecanicista o metafísico.

Monismo idealista: Es la posición filosófica y científica que sustenta que el origen último de todos los fenómenos y de todo lo existente es un algo ajeno o distinto a la materia o la naturaleza. Se incluyen en él:

- a) Las religiones.
- b) El idealismo subjetivo (solipsismo) de Fichte y de Berkeley.
- c) El idealismo objetivo de Hegel (espíritu absoluto).
- d) Espiritualismo: afirma que el espíritu existe como realidad distinta de la materia, a la que anima y dirige; está muy relacionado con los sistemas religiosos.
- e) Animismo: atribuye a todos los objetos de la naturaleza la posesión de un alma y de una sensibilidad correspondiente, análoga a la que el ser humano percibe en sí mismo; forma la base del espiritualismo. Por otro lado, conduce al fetichismo; en que se atribuye a los objetos fuerzas ocu-

Psicología y filosofía

213

tas y poderes sobrenaturales. **Hilozoísmo** es la doctrina según la cual la vida y la sensibilidad son inherentes a todas las cosas de la naturaleza, y aun con su estrecha relación con el animismo, puede o no reconocer que ello es resultado de la existencia del alma.

Vitalismo: postula la existencia original de una fuerza o principio vital, dado que considera que ninguna organización de la materia inanimada puede hacer que ella adquiera vida por sí misma. Postulada, entre otros, por Driesch y von Uexküll.

Energetismo: deriva todo lo existente de una energía que es anterior e independiente de la materia y de característica o naturaleza distinta de la misma. Uno de sus representantes fue Ostwald y, en el campo de la psicología, pertenece al energetismo, parcialmente, la concepción de Freud y la de Jung. Spearman postula también una energía mental cuya medida es el factor "g".

Monismo neutral: nombre dado por E. Sheffer a la posición que acepta la existencia de mente y materia, pero ambas como estructuras derivadas de una sustancia más primitiva que no es ni mental ni material. B. Russell sostiene, en este sentido, que los materiales del mundo no son ni mentales ni físicos, sino sucesos neutrales que pueden ser ordenados de distintas maneras; afirma que puede ser científicamente más provechoso distinguir sucesos físicos y mentales por los sistemas de relaciones a los cuales pertenecen con preferencia, que distinguir clases de hechos o cosas. Esta es la teoría del "doble aspecto" de Stout, que sostiene que todo fenómeno de la vida humana tiene dos aspectos, uno físico y otro mental.

Dualismo: Se denomina así a toda posición filosófica que reduce los fenómenos a dos tipos de sustancias o entidades últimas que, según los sistemas, pueden o no intercambiarse entre sí, pero que no pueden transformarse el uno en el otro. Todas las posiciones dualistas desde el punto de vista ontológico, son idealistas de una u otra manera o en un momento dado. Tienen tres variantes fundamentales:

- a) Reconocimiento de la materia por un lado, mientras se hace depender, por otro, los fenómenos vitales y espirituales de un principio vital.
- b) Similar a la anterior, con la modificación de que en lugar de un principio vital, postula la existencia del

alma o espíritu.

c) Acepta que la vida también depende de la materia, pero los fenómenos mentales son totalmente independientes y distintos porque dependen de la existencia del alma o del espíritu.

Interaccionismo: una forma de dualismo desarrollada por Locke, en la que cuerpo y espíritu son principios diferentes, cada uno de los cuales actuaría sobre el otro.

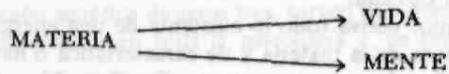
Epifenomenalismo: transacción idealista del dualismo que consiste en afirmar que la conciencia es un producto colateral o accesorio de los procesos orgánicos o nerviosos, pero que no ejerce además ninguna influencia sobre el proceso básico; algo así como la sombra con respecto al cuerpo o el ruido con respecto al motor que lo produce. En síntesis, el cuerpo influye sobre el espíritu, pero no a la inversa. Sostenido, entre otros, por T.H. Huxley.

Paralelismo: es la posición que en una época se conoció como Ocasionalismo. Es una forma de dualismo, que trata de conciliar o establecer un acuerdo entre cuerpo y alma o fenómenos orgánicos y psíquicos, sin la aceptación de una acción recíproca. A ella pertenece la concepción de la armonía preestablecida de Leibniz, en la que se admite cuerpo y alma como dos sustancias distintas entre las cuales no hay ningún nexo, pero que funcionan como dos relojes que indican la misma hora pero sin influir el uno sobre el otro. Fechner modificó esta hipótesis, emitiendo la opinión monista de que los dos relojes no son más que uno solo, porque alma y materia son como la cara cóncava y convexa de un mismo cristal; esta última ya no pertenece al dualismo, sino a una teoría del doble aspecto (Monismo neutral).

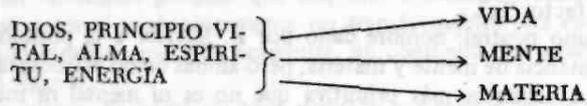
El paralelismo, concebido como lo hacía Leibniz, pertenece prácticamente a la historia de la filosofía y la psicología. En la actualidad, hay ciertas discrepancias entre los autores que definen o se deciden por la posición paralelista. Larguier des Bancels da como característico el postular que todo hecho de conciencia posee una concomitante cerebral; posición que coincide con la de Murray, quien se define como paralelista y dice que a cada término psicológico corresponde una variable física hipotética. Difieren con la concepción de Mach, para quien estos supuestos anteriores, de que a cada fenómeno psíquico corresponde otro físico, son rebasados por el principio del paralelismo porque éste niega, además, toda solución de continuidad entre el dominio psíquico y el físico. Viqueira define el paralelismo psicofísico como la negación de toda relación causal entre lo físico y lo psíquico, afirmando una mera coexistencia. Creemos que esta última es la que mejor caracteriza lo fundamental del paralelismo. Schi-der caracteriza el paralelismo de una manera que corresponde mejor al epifenomenalismo, porque dice que "lo decisivo y actuante no es lo que yo vivo psíquicamente como decisión, sino aquellos procesos que transcurren paralelamente en el organismo, simultáneamente a aquélla. Todo transcurriría idénticamente, aunque lo quimicofísico se verificara sin conciencia alguna"; admite dos alternativas en el paralelismo: una, la de que

A. MONISMO

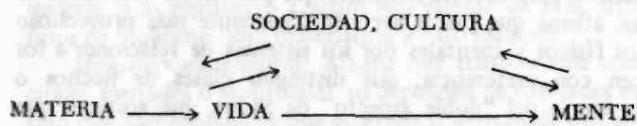
1. *Monismo mecanicista:*



2. *Monismo idealista* (religión, vitalismo, animismo, espiritualismo, energetismo): getismo):



3. *Monismo materialista dialéctico:*



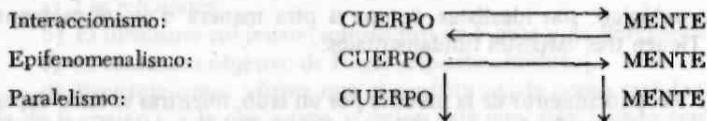
B. DUALISMO

1. MATERIA PRINCIPIO VITAL, ALMA, etc.

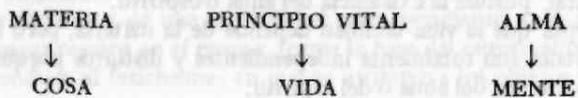


2. MATERIA → VIDA ESPIRITU → MENTE

3. *Otras formas de dualismo:*



C. TRIISMO



José Bleger

todo suceder físicoquímico se acompaña de conciencia, y otra, la de que sólo procesos físicoquímicos de determinada complejidad van acompañados de conciencia.

Flournoy diferencia entre el "principio del paralelismo psicofisiológico" y el "principio del dualismo psicofisiológico" definiendo al primero como sigue: "todo fenómeno psíquico tiene una concomitante fisiológica determinada", mientras que el segundo principio establece que no hay ningún nexo entre los fenómenos psíquicos y los fisiológicos, sino solamente concomitancia.

Isomorfismo: principio postulado por la psicología de la *Gestalt*, según la cual hay entre el fenómeno psicológico y el cerebral una concomitancia estructural. Köhler lo formula así: "cualquier conciencia actual está, en cada caso, no solamente acoplada ciegamente a su proceso psico-físico correspondiente, sino que es semejante a él en propiedades estructurales esenciales". Corresponde a una forma del paralelismo.

8. *Psicología, idealismo y materialismo*

La psicología estudia seres humanos, es decir, el sujeto de la relación gnoseológica, mientras que el materialismo afirma la prioridad del objeto sobre el sujeto. De estos hechos -en última instancia- se ha difundido una actitud de desconfianza hacia la psicología, cuando no una directa acusación de idealismo y — por supuesto— el psicólogo resulta, de hecho, un idealista o un subjetivista por el mero hecho de ser psicólogo.

He ahí una manera de razonar que no tiene nada que ver con el materialismo dialéctico, sino solamente con un materialismo ingenuo. La psicología no es idealista por estudiar al ser humano, sino que el idealismo o el materialismo de la psicología depende de cómo se estudia los seres humanos y de qué es lo que se hace con ese estudio.

Una afirmación básica del materialismo dialéctico es que "el nacimiento de las representaciones, las ideas, la conciencia, se halla inmediatamente enlazado desde sus comienzos con la actividad y las relaciones materiales de los hombres, con su vida real. Lo que los individuos se representan, lo que piensan, lo que ponen de manifiesto en el trato espiritual con sus semejantes, es resultado directo de su vida material. Y lo dicho de los productos espirituales de los individuos aplícase asimismo a los de un pueblo entero, en los diversos órdenes de la lengua, la política, la legislación, la moral, la religión, la metafísica, etcétera. La conciencia no puede ser otra cosa que conciencia del ser. Toda idea, aunque sea falsa, tiene sus

Psicología y filosofía

217

raíces en la realidad... Aun las fantasmagorías que se finge en su cerebro, se asientan necesariamente sobre su vida material" (Marx-Engels).

De estas postulaciones correctas, se saca a veces la conclusión de que siendo la estructura económica de la sociedad la base material de las ideas, estudiar lo primero es materialismo, y estudiar lo segundo es idealismo. De esa manera, en nombre del materialismo dialéctico se incurre en el idealismo y la metafísica, al exigirse una elección excluyente en la investigación en la que haya que optar por las relaciones materiales entre los hombres o por la conciencia y las ideas.

El materialismo no sólo reconoce como hecho material los objetivos visibles que pueden ser tocados y medidos. El materialismo dialéctico incluye como fenómenos materiales a todo lo que realmente existe en sus necesarias relaciones recíprocas. La exclusión de los fenómenos psicológicos y de la psicología como idealistas, da tanto como la proscripción o anulación de toda la filosofía por el solo hecho de que utilice la reflexión.

Si admitimos la existencia de la conciencia y las ideas como fenómenos reales, no tiene por qué omitirse su estudio. Lo propio del idealismo es alguna de las siguientes posiciones: a) suponer las ideas y la conciencia como lo único existente; b) admitir como lo primario y decisivo a ambas, afirmando, por ejemplo, que los hombres regulan su vida económica según como lo decidan o piensen; c) aplicar el método metafísico de aislamiento de los fenómenos como existentes con independencia absoluta; d) incorporar a la realidad y como si fuesen reales, abstracciones de las que se hacen depender los fenómenos materiales (dios, espíritu absoluto, etcétera); e) utilizar la dialéctica en las posiciones (b) y (a).

El materialismo dialéctico aplicado a la psicología admite los fenómenos psicológicos como reales, pero dependiendo genéticamente de otros fenómenos materiales y básicamente de la estructura económica de la sociedad. Tampoco tiene por qué seguir moviéndose en el planteo tradicional de la psicología de la conciencia, sino que centra el estudio en el ser humano y en su vida concreta, una de cuyas características es la de poseer conciencia. El hecho material del que se ocupa la psicología no es el cerebro ni la estructura económica, sino la vida misma de los seres humanos. Y al estudiarla en su más alto nivel de integración, aporta un estudio fragmentario, como el de todas las ciencias, pero que no se invalida por este solo hecho.

Además, el materialismo dialéctico nunca ha dejado de reconocer el papel decisivo que juega la conciencia de los hombres en el desarrollo histórico.

Queda siempre, para el materialismo histórico, el temor o la sospecha de que la psicología aleje de la necesidad de reforma real de las condicio-

t

nes económicas, o que conduzca a un movimiento social de adaptación conformista. Pero éstos no son argumentos para eliminar el sujeto del proceso histórico y la necesidad de estudiarlo. Lo contrario es utilizar el materialismo dialéctico de manera formal, simplificada, escolástica, estereotipada; en una palabra, materialismo dialéctico sin dialéctica.

Los fenómenos psicológicos guardan una necesaria dependencia y relativa independencia (toda independencia es siempre relativa) de las condiciones materiales en las cuales el ser humano desarrolla su vida, y entre ambos no hay una relación directa y lineal de causa a efecto, ni tampoco una relación unidireccional.

Así como se plantea la confusión entre sujeto y objeto, y entre ser humano y estructura económica, existe también un equívoco entre estudio de la psicología y estudio del cerebro. Se supone con frecuencia que estudiar el cerebro es expresión de una posición materialista y estudiar psicología implica una posición idealista y, para evitar esta última, se piensa que una psicología científica debe limitarse al estudio del cerebro. Hay aquí un error fundamental. Por importante que sea —y eso no se discute—, el estudio del cerebro no es psicología, ni siquiera es la base científica de la psicología. Estas posiciones, que no admitimos, parten del supuesto de que el materialismo sólo considera material a la naturaleza física y, dado que el cerebro forma parte de la misma, su estudio implica una psicología materialista. Es verdad que sin cerebro no hay fenómenos psicológicos, pero estos últimos son algo más que el cerebro, así como el ser humano no es sólo cerebro. Materialismo dialéctico no es mecanicismo, y la diferencia estriba no sólo en la posición antimetafísica y dialéctica, sino en incorporar los fenómenos sociales, económicos y culturales como hechos materiales; el materialismo mecanicista ya había incorporado el ser humano a la naturaleza considerándolo como parte integrante de la misma, y el materialismo dialéctico completa este proceso de integración incorporando el medio humano como el medio natural del hombre. No sólo el hombre es producto de la naturaleza y del medio, sino que este medio es social y, además, producto de la actividad de los hombres. Transformando el medio, se transforma el hombre a sí mismo. La psicología no tiene necesariamente que oponerse a esto, ni tampoco llevar implícito inexorablemente el supuesto inverso de carácter idealista.

Psicología y filosofía

Bibliografía

Basbaum, L.; Bergson, H.; Bleger, J. (a); Cornforth, M.; Dynnik, M.A.; Engels, F. (a, b, c, d); Farrington, B.; Foulquié, P. (b); Garaudy, R.; Gramsci, A.; Hook, S.; Ingenieros, J.; Katz, D. (a); Koehler, W.; Koffka, K. (b); Lenin; Marx. C. (a, b) Merleau Ponty, M. (b); Piaget, J. (a); Politzer, G. (c); Prentice, W.C.H.; Reeves, J.W. Rosenthal, M.M.; Straks, G.M.; Sandor, P.; Schilder, P. (a); Sherrington, C.; Sluckin, W.; Brunswik, E.; Imaz, E.

Capítulo XVII El psicólogo y las escuelas de psicología

1. *El psicólogo*

El psicólogo es un técnico que trabaja en un campo específico de la psicología o, mejor dicho, es el que trabaja sistemáticamente con la psicología en cualquier campo de la actividad humana. Ser psicólogo es ejercer el oficio de la psicología. Con esto queremos significar, entre otras cosas, que no se es psicólogo con la información teórica o la versación bibliográfica, sino con la aplicación del conocimiento a una tarea que, a su vez, enriquece, confirma o rectifica el conocimiento. Conocer implica, necesariamente, la aplicación del conocimiento. Teoría y práctica son dos momentos de un solo proceso en permanente interjuego e interacción dialéctica, de tal manera que desarrollan entre sí todas las posibilidades de la contradicción y la síntesis dialéctica.

Las contradicciones entre teoría y práctica constituyen todavía un hecho común en psicología; nos referimos a las contradicciones que permanecen estereotipadas, que no se dinamizan, que no hacen eclosión y que, por lo tanto, no tienden a ninguna resolución. Peor aun, toda solución o adelanto intentado por otros es vivido como un ataque que moviliza una estructura realmente neurótica, de inmovilización y estereotipia. A veces se llama a sí mismo psicólogo aquel que critica y rechaza todas las psicologías; o aquel que espera que algún día se resuelvan los problemas de la psicología. De la actitud de los psicólogos frente a la psicología se puede realizar un estudio, que se va haciendo indispensable, sobre la psicología y psicopatología del psicólogo y de la investigación psicológica.

El psicólogo debe tender a una insensible continuidad entre su quehacer como oficio y su experiencia como ser humano, por el mero hecho de vivir. Esto, que es tan difícil de conseguir, evita el disociar y separar la psicología de la vida concreta de los seres humanos, que es el objeto de estudio.

El psicólogo enfrenta problemas muy peculiares en su tarea frente al objeto de estudio, junto con otros que son comunes a todo campo científico. El ser humano a quien tenemos que estudiar es muy semejante a

nosotros, y estudiando al otro nos estudiamos e investigamos, en cierta medida, nosotros mismos. Este hecho hace más intensas y agudas las ansiedades que crea todo campo de trabajo y toda investigación. Por otra parte, el instrumento con que trabaja el psicólogo es su propia personalidad. El contacto directo, personal, con el objeto de estudio es condición impostergable de la tarea psicológica. Y en psicología el objeto de estudio son siempre seres humanos.

Investigar implica siempre enfrentarse con lo desconocido e inclusive desconocer, extrañar lo que conocemos o lo que creíamos ya conocer; es decir, problematizar, y crear ansiedades. La investigación implica siempre la necesidad y posibilidad de tolerar un cierto monto de ansiedad en el campo de trabajo, que actúa como un incentivo de la tarea, pero cuando dicha ansiedad sobrepasa cierto límite se constituye en un obstáculo para el conocimiento.

Con todo esto señalamos la necesidad de integrar no solamente teoría y práctica, sino que esta integración, que es la base de la tarea del psicólogo, no puede realizarse si no se investiga siempre lo que se hace y cómo se lo hace, mientras se lo está haciendo.

Las ansiedades en el campo de trabajo del psicólogo son mucho más intensas que en cualquier otro campo científico. Y ello explica, en parte, el que las ciencias del hombre se hallen en retraso con respecto a las ciencias de la naturaleza. La psicología problematiza indefectiblemente situaciones personales y sin esto no hay psicología, pero si la ansiedad resulta exagerada, también se perturba el aprendizaje, la aplicación y la investigación.

Por todo ello, las distintas formas de evasión son muy comunes en los psicólogos, así como las distintas formas de racionalizar la evasión. El bloqueo frente al objeto de conocimiento es también un hecho muy frecuente, al que se agregan —como defensas— la estereotipia y el dogmatismo. No se olvide que las ideologías y teorías científicas reflejan un cierto grado de la realidad pero, además, son conductas y —por lo tanto— manifestaciones con las que se elaboran tensiones y ansiedades a las cuales el sujeto se opone (aunque sea psicólogo), porque le implica movilizar conflictos. En todo este proceso, un recurso frecuente es el de evadirse del contacto directo con el objeto de estudio, recurriendo a instrumentos y técnicas auxiliares, distorsionándolos; el instrumento o la técnica dejan, con frecuencia, de ser un medio auxiliar para convertirse en el objeto que tiene que estudiar el psicólogo. Por ejemplo, el psicólogo en estos casos ya no estudia los seres humanos con un test, sino que pasa a estudiar e investigar el test mismo mientras los seres humanos pasan a constituir un medio (de estudiar el test), y lo que tiene que ser parte de su tarea se convierte

El psicólogo y las escuelas de psicología

en lo fundamental, desplazando la relación directa y personal con el hombre. Especialmente los tests se han convertido con gran frecuencia en medios de transacción que permiten evadirse de la psicología, en una evasión a medias.

El psicólogo debe trabajar con un cierto grado de disociación: en parte identificado proyectivamente con el objeto de estudio y en parte fuera, observando lo que ocurre. Esta disociación debe a su vez ser dinámica y no estereotipada, tiene que establecerse y ser mantenida con una distancia óptima.

El trabajo en equipo o el trabajo grupal es una exigencia básica para el psicólogo, porque resulta más fácil cualquier distorsión de su tarea cuanto más trabaje en forma individual y aislada. Esto último es lo que ha pasado hasta ahora, en gran medida, porque el aislamiento era lo único en que podía confiar el psicólogo, para no ver lesionado su narcisismo al tomar conciencia de sus limitaciones teóricas y/o prácticas.

2. Trabajo de campo

El psicólogo no sólo debe tener un campo de trabajo, sino que además tiene que hacer trabajo de campo; esta exigencia es fundamental para la integración de teoría y práctica, que permitirá superar situaciones tales como la que se da cuando no es el observador el que teoriza sobre el material observado, o incluso cuando se observa un fenómeno y se opera con él, mientras se teoriza sobre otros. Esto no implica la prohibición de especular, pero obliga a tener en cuenta cuándo se está especulando sobre hechos directos y cuándo se ha perdido el contacto con los mismos. Hay que tener siempre la posibilidad de distinguir entre hipótesis, teorías y opiniones.

El trabajo de campo surge como exigencia contra la especulación vacía, es decir, no apoyada en hechos concretos y reales o directamente recogidos. El trabajo de campo es la tarea que tiene que desarrollar personalmente el investigador, en el campo de trabajo y en relación con los hechos o fenómenos que se estudia, recogiendo los datos mediante su participación directa.

No basta concurrir al sitio o al campo de trabajo, sino que, como hemos dicho, se requiere que se haga trabajo

de campo. Inclusive, es deseable también para el dedicado a la psicología filosófica que realice intensivamente un trabajo de campo.

La exigencia de trabajo de campo no sólo posibilita un mejor control de los datos con los que tiene que trabajar el psicólogo, sino que es la con-

dición para superar antinomias, para ir ya trabajando con los datos mientras son recogidos, lo que repercute sobre la forma más adecuada de recogerlos; de esta manera, el trabajo de campo se puede transformar en una verdadera indagación operativa, en la que coinciden en gran medida la investigación con la aplicación, la teoría y la práctica. En este sentido, la técnica psicoanalítica es un procedimiento privilegiado, en el que no se puede llenar el objetivo (terapéutico en ese caso), si no se investiga al mismo tiempo: sólo se logra lo propuesto (curar) investigando y aplicando los resultados de dicha investigación.

3. ¿ Cuantas psicologías ?

Tenemos evidentemente derecho a preguntar si la psicología es una ciencia, o si hay muchas psicologías, cada una de las cuales es —por separado— una ciencia en sí misma. Con frecuencia, la exposición y las polémicas así lo hacen pensar. Estamos todavía frente a una fragmentación y dispersión del conocimiento psicológico, una verdadera división esquizoide, una enfermedad infantil de la psicología por la que —por otra parte— han pasado o están pasando todas las disciplinas científicas; la matemática, por ejemplo, sólo se inicia en el siglo XIX, hasta entonces fueron "las matemáticas".

Las corrientes o escuelas psicológicas nos son presentadas exclusivamente como contradictorias, insistiendo sólo en los aspectos en que las mismas se oponen; pero falta, sin duda, considerar que la contradicción no excluye la unidad y que tampoco es, por sí misma, un índice decisivo de incompatibilidad. Aquí, otra vez, operamos con la fragmentación y disociación metafísica, o bien aplicamos el materialismo dialéctico reconstruyendo el proceso de donde han derivado todas las posiciones. El panorama de la psicología contemporánea es altamente promisorio, y la crisis de las escuelas y los métodos, la consiguiente fragmentación y dispersión, es una crisis de desarrollo, totalmente positiva. Pensar de otro modo, sería como quejarse de la crisis de la adolescencia, o desear que no tuviera lugar, cuando ella es la condición indispensable del desarrollo, integración y madurez.

De cada innovación o descubrimiento se puede hacer un sistema. Lo peor es que solamente se ha procedido así. Lo que tenemos que llevar a cabo en la actualidad es "desmontar" los sistemas y reubicar lo que realmente se ha hallado. La complicación reside en que lo hallado tiene sentido dentro del sistema. De esta manera, encontrar el proceso unitario no es una mera adición o superposición: significa una nueva construcción que

El psicólogo y las escuelas de psicología

225

contenga las anteriores, pero que no sea ninguna de ellas, que las niegue dialécticamente, sobrepasándolas a todas, pero conteniéndolas. De lo que se trata, en última instancia, es de romper esquemas metafísicos y falsas antinomias, recogiendo en la teoría las contradicciones del proceso mismo y no pretendiendo "enderezar" las contradicciones. Estas nunca se resuelven por exclusión o eliminación, sino sólo por una superación dialéctica (*Aufhebung*).

Refiriéndose a todo esto, dice Piéron que "la diversidad de las ciencias de la naturaleza proviene más de la ciencia que de la naturaleza" y, en forma similar, Murphy: "las escuelas de psicología pueden pelearse con respecto a ellas, pero el conflicto no está en la naturaleza, sino en los esquemas escolásticos". No creo que sea así. El conflicto está en la naturaleza y en los hechos que estudiamos, y éste es el conflicto que se refleja en las escuelas y las peleas de los psicólogos. La escolástica de los esquemas no reside en reflejar esta lucha y contradicción de la realidad, sino en escindirla y dispersarla en elementos que luego se contraponen metafísicamente como excluyentes. La metafísica reside en la necesidad de exclusión, en la premisa "de uno u otro". La superación de los esquemas escolásticos no reside en escoger uno de los términos del conflicto, sino en admitir el conflicto como carácter fundamental de todo proceso, en reconstruir la unidad del proceso. La síntesis dialéctica implica conceder un lugar preponderante a la interacción de los contrarios.

Cada escuela psicológica se ha construido sobre un segmento de la realidad total, con un momento del proceso dialéctico de la investigación y con esquemas referenciales privativos o relacionados con los sistemas ideológicos con que han trabajado los psicólogos, explícita o implícitamente, consciente o inconscientemente. Una complicación más reside en el hecho de que en función de todo el proceso que acabamos de exponer, los hechos y fenómenos sufren con gran frecuencia una trasposición que los transforma en entes de independencia propia. De esta manera, cada escuela es un fragmento de una única totalidad que hay que reconstruir. Pero esta tarea sólo es posible ahora por el desarrollo fragmentario y metafísico que, de todos modos, ha sido la forma en que pudo darse el desarrollo científico en psicología.

"Para la discusión viva —escribió Lefebvre— hay algo de verdad en toda idea. Nada es entera e indiscutiblemente verdadero; nada es absolutamente absurdo y falso. Confrontando las tesis, el pensamiento

busca espontáneamente una unidad superior. Cada tesis es falsa por lo que afirma en forma absoluta, pero verdadera por lo que afirma relativamente (su contenido); y es verdadera por lo que afirma relativamente (por su crítica bien fundada en lo otro) y falsa por lo que niega absolutamente (su dogmatismo)."

Entre nosotros, todavía y en gran medida, las teorías no se emplean para investigar, sino como garrotes para discutir y como casilleros para filiar a los psicólogos. Ocurre, aquí también, lo que según Piéron se da en Estados Unidos, donde parece que un psicólogo debe pertenecer a una escuela, de la misma manera en que un estudiante forma parte de alguna sociedad o de algún club".

De una u otra manera, lo que han estudiado las distintas escuelas en psicología ha sido siempre la conducta, pero tomando distintos fragmentos o distintos momentos de su proceso, en el que tienen ubicación como momentos subordinados unos a otros y que en la totalidad alcanza otro sentido.

4. Conducta y escuelas

La conducta, como totalidad unitaria, ha sufrido en la historia de la psicología una división que aún subsiste, en gran medida, sin ser superada: por un lado se reconocen los fenómenos del área de la mente y, por otro, los de las áreas dos y tres. Todas las escuelas o corrientes psicológicas que han estudiado el área uno, considerándola como el objeto de la psicología, o que aun habiendo estudiado además las áreas dos y tres, las consideran subordinadas, supeditadas o dependientes del área uno, son las corrientes que se han denominado "mentalistas". Por el contrario, todas las que han definido el objeto de la psicología con los fenómenos de las áreas dos y tres, negando la existencia de los fenómenos del área de la mente o bien supeditándolos a los primeros, se llaman genéricamente "behavioristas". Entre los primeros se cuentan tanto el estructuralismo introspectivo de Wundt y Titchener, como el psicoanálisis. Entre los segundos se ubica indudablemente el behaviorismo de Watson. Entre los esquemas mentalistas de Wundt y Titchener por un lado y el psicoanálisis por otro, la diferencia reside -entre otras- en que este último incluye también las áreas dos y tres, pero haciéndolas depender de un previo contenido mental, de una calidad distinta (inconsciente).

Un intento de sobrepasar o superar esta división entre mentalismo y behaviorismo lo constituyen las corrientes fenomenológicas y el behaviorismo intencional de Tolman. Igualmente, el concepto de conducta que postulamos y que hemos desarrollado hasta aquí.

La reflexología debe ser también ubicada entre las escuelas behavioristas y, contrariamente a lo que se cree con frecuencia, se basa mucho más en la psicología y la psicopatología que estas últimas en la reflexología. En rigor, no hay psicología reflexológica, y lo que se llama así no es otra

El psicólogo y las escuelas de psicología

Reflexología	Comportamiento	Condicio- namiento	Experimenta	Elementalista	Biológico	Cuerpo y Mundo exterior	1902	Pavlov
Topología	Compor- tamiento	Psicología social	Experimental	Totalista	Físico / Fisiológico	Cuerpo y Mundo exterior	1912	Lewin
Psicoanálisis	Inconsciente	Neurosis	Método clínico: libre	Elementalista	Biológico y Psicológico	Mente	1892	Freud
Behaviorismo	Compor- tamiento	Compor- tamiento animal	Experimental	Elementalista	Biológico	Cuerpo y Mundo exterior	1913	Watson
C Gestalt	Conciencia	Percepción y Memoria	Introspección y Observación	Totalista	Biológico y Psicológico	Mente	1912	Weitheimer Koehler Koffka

ESCUELAS	Estructuralista	Funcionalista
Objeto de estudio	Conciencia	Conciencia y Conducta
Temas principales	Sensación	Adaptación, <i>Learning</i>
Método	Introspección y Experimental	Introspección y Observación
Enquadre	Atomista	Totalista
Nivel de integración	Biológico	Biológico
Áreas	Mente	Mente y Mundo exterior
Año de comienzo (aproximado)	1879	1896
Autores	Wundt Titchener	Dewey Woodworth

José Bleger 228

cosa que la psicología tradicional reinterpretada reflexológicamente, o bien la utilización de conocimientos aportados por el psicoanálisis y otras escuelas, con un encubrimiento de sus fuentes, como es el caso, por ejemplo, de Platonov o de Sviadosch. Tampoco lo que se llama psicología reflexo-lógica es una psicología experimental, sino, en todo caso, una psicología experimentalista que con toda lógica debiera ser llamada metarreflexología.

5. La crisis de la psicología

El concepto de crisis está tradicionalmente ligado a ruptura, decadencia y prolegómeno de muerte. Es menos frecuente relacionar la crisis con lo que se está gestando, con lo que está naciendo en el seno de lo que ha llegado a su destrucción y desaparición. Lo mismo señaló Unamuno para la palabra agonía.

Todo esto se aplica a la psicología, cuyo florecimiento y desarrollo están ligados a una crisis y ruptura con la psicología tradicional y al mantenimiento de un permanente estado de crisis o estado agónico. La psicología va a dejar de evolucionar y progresar en el momento en que deje de estar en crisis. La crisis de la psicología tradicional comienza a fines del siglo pasado y comienzos del presente, en que el advenimiento de distintas escuelas ataca sus postulaciones o pilares básicos. Es así como en el curso de pocos años aparecen el psicoanálisis, la *Gestalt*, el conductismo, la reflexología, la topología, la psicología fenomenológica y una gran cantidad de sus escuelas.

Si admitimos unitariamente la existencia de una psicología tradicional —como es lícito hacerlo—, podemos decir que sus características eran las siguientes:

- a) Su condición de psicología de la conciencia, es decir, la conciencia como objeto de estudio de la psicología.
- b) Su estrecha dependencia de un método que se considera irremplazable para el estudio de la conciencia: la introspección.
- c) A semejanza de las ciencias de la naturaleza, se aceptaba la formulación elementalista: la necesidad de reducir los fenómenos complejos a elementos (átomos), es decir, unidades irreductibles, con los que se podía reconstruir y formar todos los fenómenos complejos. Compañero insustituible del elementalismo es siempre, de una u otra manera, el asociacionismo.

El psicólogo y las escuelas de psicología

229

Conciencia, introspección y atomismo son los pilares de la psicología tradicional, a los que vienen a atacar y poner en crisis las modernas escuelas psicológicas. El psicoanálisis se opone fundamentalmente al punto *a* de la psicología tradicional; amplía el campo de la psicología con la inclusión y estudio de los fenómenos inconscientes, destronando la conciencia de su puesto central en la psicología. La *Gestalt* ataca fundamentalmente el punto *c*, introduciendo sistemáticamente el concepto de la totalidad originaria de los fenómenos psicológicos; ya antes del advenimiento de la escuela de la *Gestalt*, un principio similar fue desarrollado por las escuelas funcionalistas. El conductismo ataca básicamente los puntos *a* y *b* de la psicología tradicional. La reflexología ataca igualmente los puntos *a* y *b*.

Pero cada una de estas escuelas mantiene un compromiso con alguno de los supuestos fundamentales de la psicología tradicional. El psicoanálisis, el behaviorismo y la reflexología se estructuran sobre la tradición elementalista y asociacionista. La *Gestalt* ataca específicamente este último punto, pero su compromiso queda establecido con la psicología de la conciencia y la introspección. La psicología fenomenológica, en alguno de sus cultores, tiende a superar este parcelamiento de la crisis, pero con inconsecuencia, confusión y mezcla de innovaciones y compromisos, utilizando ampliamente tanto el aporte de la *Gestalt*, como del psicoanálisis. Politzer, ya en 1928, entrevió este panorama y se propuso el enfrentamiento de los progresos y contradicciones de todas las escuelas, porque ninguna de ellas alcanzó una visión unitaria y total, concreta y realista de los fenómenos psicológicos. La disolución de los límites entre las escuelas es la disolución de una fragmentación metafísica, y ésta es la crisis de la psicología contemporánea. Y éste es el índice de su pujanza y perspectiva. No tiene futuro lo que no es capaz de entrar en crisis y agonía.

Bibliografía

Buytendijk, F. J. J.; Evans Pritchard, E. E.; Gramsci, A.; Lagache, D. (b, c, e); Murphy, G. (b), Piéron, H.; Pichón Rivière, E. (e); Politzer, G. (á, b); Reik, T.

Capítulo XVIII Conducta y personalidad

1. Retorno al ser humano

Después de muchos años de desarrollo de la psicología, llegó un momento en que se hizo evidente que se había esfumado el objeto de la psicología: el ser humano. El retorno a lo concreto en la psicología contemporánea nos trajo, entre otras paradojas, la psicología de la personalidad, que no significa otra cosa sino el reencuentro de la psicología con el ser humano, el cual había desaparecido de aquella por el progresivo proceso de un mal entendido objetivismo científico. El retorno a la personalidad, como centro de la psicología, es también la resultante de una convergencia de esfuerzos muy dispares y distintos; un índice de ello puede darlo el libro básico de Murray, *Exploración de la personalidad*, que es dedicado a los siguientes autores: Morton Prince, Sigmund Freud, Lawrence J. Henderson, Alfred N. Whitehead, Carl G. Jung. Sin lugar a dudas, pueden figurar con toda justicia —entre otros— también nombres como los de Adler y Pavlov. La personalidad es el centro de estudio de la psicología, porque es la unidad a la que quedan referidas todas sus manifestaciones: conducta, motivación, etcétera. Aunque la conducta, en todas sus variantes, es el fenómeno que nos permite el estudio de la personalidad, esta última es algo más que sus manifestaciones, y aunque la personalidad aparezca en cada una de sus expresiones, tiene no obstante que ser enfocada como unidad en sí misma. La personalidad no es un todo que resulta del agregado de cientos de conductas, sino que, inversamente, la estructura de la personalidad es la que se manifiesta en cada una de esos cientos de conductas.

La personalidad se caracteriza por ser una totalidad con una organización de relativa estabilidad, unidad e integración. Su estudio ha estado permanentemente comprometido y viciado por una gran cantidad de supuestos y categorías, entre los cuales sobresalen todos los impedimentos para concebir la coexistencia de contradicciones de todo tipo. La personalidad implica el nivel de integración más evolucionado y perfecto de todo lo existente, de manera tal que el grado de complejidad alcanza en ella su punto máximo, no sólo por la aparición de características peculia-

res y únicas, sino también porque se resumen o confluyen en ella todos los niveles y categorías preexistentes en la evolución; esto último explica por qué resultan factibles las reducciones categoriales o, dicho de otra manera, por qué el estudio del ser humano puede ser realizado en todos y en cada uno de los niveles de integración. Pero lo que debe quedar aclarado es que ellos no agotan ni recogen las cualidades propias y características de la

personalidad.

La personalidad es dinámica, es decir, cambiante, está sometida a fluctuaciones entre evolución y regresión y entre integración y dispersión. Los cambios o fluctuaciones son muy variables en sus características y en su grado, pero, en condiciones normales, se conservan permanentemente la continuidad y la identidad. La dinámica de la personalidad coexiste con la persistencia de su continuidad, y de tal manera, que es una condición de la

otra.

La unidad tampoco se excluye con la multiplicidad, sino que más bien es su condición fundamental, en el sentido de que la unidad se integra con elementos heterogéneos o con una diversidad estructural. En otros términos, la personalidad no es homogénea, sino que se polariza o diferencia en partes que guardan entre sí todas las diversas relaciones posibles, incluida la de coexistir unitariamente dentro de un solo sistema.

La personalidad está dada por el conjunto organizado de la totalidad de conductas. No hay personalidad sin conducta ni hay conductas sin personalidad; esta última no es algo distinto que está "detrás" de los fenómenos de conducta, y no hay ninguna manifestación de un ser humano que no pertenezca a su personalidad. Esta se caracteriza por sus pautas de conducta más habituales o predominantes, o por ciertas características comunes a un conjunto predominante de sus manifestaciones de conducta.

2. División de la personalidad

Freud dividió la personalidad en tres sectores, que llamó yo, superyó y ello; este último es el reservorio de todos los impulsos, el superyó es una parte que condensa las normas y exigencias, mientras que el yo es la parte de la personalidad que responde a la realidad exterior y adapta la personalidad a la misma, así como distribuye y controla el ello y el superyó.

Freud dedujo este esquema de sus estudios sobre la conducta, y tiene importancia el retorno a la fuente, porque ella es la única base segura de una psicología concreta. Yo y superyó son organizaciones funcionales de la conducta o abstracciones que se refieren a características concretas de la conducta. El ello no tiene el mismo carácter, pues su origen está dado por

Conducta y personalidad

las exigencias conceptuales del mecanicismo de las teorías freudianas, en el sentido que separó las fuerzas, como entes autónomos, de la totalidad de la conducta.

Toda conducta tiene un aspecto instrumental y otro normativo, que pueden sufrir todas las alternativas propias de elementos de un proceso: disociación, predominio, contradicción, etcétera. Todos los aspectos instrumentales de la conducta son los que se incluyen en el concepto del yo: percepción, motilidad, memoria, etcétera, mientras que los aspectos normativos de la conducta son los que se incluyen en el concepto del superyó. Este último representa el conjunto integrado de valores de la personalidad.

Como en tantas otras oportunidades, Freud trabajó sobre fenómenos concretos, pero en lugar de seguir ateniéndose rigurosamente a los mismos, con abstracciones que los reflejen adecuadamente, transformó los fenómenos en entelequias y presentó el yo y el superyó como partes integrantes de un aparato mental.

Al igual que en todos los capítulos de la psicología, aquí también se desarrolló la polémica sobre si el yo y el superyó tienen un origen biológico o cultural, como si se excluyeran o fuesen incompatibles. Centenares de experiencias, durante milenios, posibilitaron el desarrollo filogenético de las estructuras biológicas que dan lugar al desarrollo psicológico del ser humano, pero las características particulares que tienen los seres humanos en cada cultura dependen de la organización de la misma.

Sobre la organización biológica que da la estructura necesaria para su formación, se construye gradualmente la personalidad del ser humano, incorporando en la relación con otros seres humanos los instrumentos y las normas de conducta. Aun existiendo la organización biológica necesaria, no hay desarrollo humano sin experiencia social, sin relación interpersonal. Lo confirman los hallazgos de individuos que se han criado en total aislamiento de los seres humanos, quienes no habían desarrollado el lenguaje ni otras capacidades humanas.

Está fuera de duda la estrecha relación entre estructura de la personalidad y estructura sociocultural, así como

está fuera de duda la importancia de las primeras experiencias de la infancia en la estructuración de los rasgos más estables y básicos de la personalidad. (M. Mead, Kardiner, G. Mead, K. Horney, R. Benedict, Faris, etcétera.)

La personalidad se forma por incorporación de *roles*, y toda conducta es siempre, al mismo tiempo, un *rol* social. Se estructuran unitariamente todas aquellas identificaciones y conductas que tienen coherencia entre sí, pero como el contacto y la relación de cada sujeto se hace siempre con pautas y normas sociales que son contradictorias entre sí, la personalidad

se integra también con formaciones opuestas. Esta multiplicidad del yo, dentro de la unidad de la personalidad, es un hecho extraño que ha chocado contra todas las posiciones formalistas, pero que se impone como un hecho incontrovertible. Y no solo coexisten núcleos del yo que son distintos en cuanto antagónicos, sino distintos en cuanto al grado de desarrollo y madurez.

Las funciones del yo que enumera Hartmann son: las del sentido de realidad, control de la motricidad, de la percepción, la acción y el pensamiento, la inhibición y postergación de la descarga (respuesta), la anticipación al peligro, la función sintética y de organización. Para M. Klein, la función principal del yo es el dominio de la ansiedad, que se pone en marcha desde el comienzo de la vida. El yo representa el conjunto integrado —en grado variable— de todas las capacidades instrumentales de la personalidad.

Tanto el yo como el superyó comienzan su formación desde las primeras experiencias de la vida, y muy posiblemente estas experiencias ya comienzan a producirse en la vida intrauterina. El yo es inicialmente corporal y lo sigue siendo en gran proporción durante toda la vida, en el sentido de que son las experiencias corporales de todo tipo las que forman el contingente más numeroso en la formación de todas las experiencias corporales, es decir, una parte del yo. Y no hay conducta en la que no intervenga el esquema corporal.

Cuanto más integrada o madura la personalidad, el yo se atiene más estrictamente a la realidad, mientras que el yo infantil (del niño o del adulto inmaduro) funciona más con la omnipotencia, la magia y el narcisismo. Es importante reconocer que partes más o menos amplias de este yo, inmaduro e infantil, subsisten en todos los seres humanos a través de toda la vida, aunque en proporciones muy variables.

No hay un yo previo a la experiencia, y el yo primitivo no es tampoco un yo opuesto a la realidad; es la mejor forma como se organiza la realidad en ese momento o período de la vida. Es ya una estructura de la realidad.

De esta manera, el mundo infantil, mágico, egoísta, narcisista, no es una organización del yo antes de la experiencia y que esta última está destinada a destruir, sino que es ya una organización de la experiencia.

El yo corporal tampoco es una relación narcisística del yo con el cuerpo, sino una relación o vínculo en el cuerpo y por medio del cuerpo con objetos externos, en las experiencias de satisfacción y frustración de necesidades. Experiencias que al ser reiteradas introducirán progresivamente la posibilidad de discriminación entre el cuerpo como propio y el objeto como ajeno o externo; es decir, un clivaje entre el yo y el no-yo, que es la condición previa imprescindible para la formulación del área de la mente (simbólica).

Conducta y personalidad

235

Es un solo proceso único el del desarrollo y consolidación del sentido de realidad, el de la formación e integración del yo y el de la constitución del esquema corporal. Ninguno de ellos puede realizarse sin los demás.

3. El análisis formal de la conducta y la personalidad

El análisis metafísico (no dialéctico) en psicología ha conducido a una cantidad de clasificaciones y divisiones que deben ser reconsideradas en una psicología concreta y dinámica, y dicha reconsideración tiene que resolver el formalismo, la abstracción y el "realismo" de la psicología tradicional, tal como lo ha estudiado Pontzer en una obra de imprescindible lectura.

La división de la personalidad en las estructuras funcionales del yo y del superyó permite una consideración dinámica de los procesos psicológicos y sintetiza la antítesis innato-adquirido; sustituye con gran ventaja la división formal de la personalidad en tres sectores —intelecto, afecto y voluntad— que establecía la psicología tradicional. Como lo hemos indicado en otro capítulo de este libro, esta división procede del estudio de las áreas de la conducta, desligadas de su fuente concreta y convertidas en "partes del alma". De la misma manera como coexisten siempre las tres áreas, coexisten siempre las manifestaciones que llamamos intelecto, afecto y voluntad, que pueden sufrir todas las alternativas de la disociación y la contradicción.

Intelectual es todo contacto, relación y manejo de objetos realizado en forma simbólica, y en el que predomina la relación con el símbolo más que con el objeto simbolizado, sin que se confundan, pero pudiendo pasar del uno al otro. En otros términos, se conserva una discriminación entre objetos externos e internos.

Cuando hay un predominio de estos últimos, se pasa a la fantasía y a la imaginación.

El afecto ha sido tradicionalmente considerado como opuesto al intelecto, como una desorganización de este último, o bien como un descontrol de la personalidad. Lo cierto es que el afecto es también siempre una conducta que incluye una relación objetal; tiene una cierta organización propia que lo caracteriza y no es sólo un grado de desorganización de la conducta intelectual. Tampoco el afecto es exclusivamente una experiencia interna, independiente de lo exterior, sino que como toda conducta es siempre el emergente de una situación.

El afecto es siempre una experiencia con organización propia, en la que hay una menor distancia entre yo y

no-yo, entre objeto interno y externo. En el afecto hay un menor

sentido de realidad por una falta de discriminación entre el objeto interno y el externo. No se caracteriza por ser opuesto al intelecto, sino por una organización diferente. Intelecto y afecto son dos niveles distintos en los que se integra la conducta, la experiencia con el mundo.

El intelecto y el afecto no se excluyen, sino que son dos niveles de experiencia, que incluso coexisten siempre con un grado variable de predominio de uno u otro; el afecto es un paso —previo y conjunto— de la conducta simbólica. Como lo ha señalado Wechsler, hay componentes no intelectuales en la inteligencia, y el mismo fenómeno ha sido estudiado por los psicólogos de la escuela fenomenológica con sus referencias a la conciencia prerreflexiva.

El afecto tampoco es un proceso puramente orgánico o biológico; todo lo que ocurre en el ser humano ocurre siempre en el nivel de integración psicológico. Y el afecto también: cumple con todos los requisitos que hemos estudiado en la conducta, aunque en un grado o modalidad peculiar o propio.

Otra afirmación tradicional es la del carácter irracional de los afectos, porque no responden a las leyes de la lógica e, incluso, la posibilidad lógica se subvierte en los afectos. Los afectos responden a las leyes de la lógica dialéctica, al igual que todos los fenómenos. Su carácter de irracional lo da, en todo caso la intención de utilizar el afecto como medio de conocimiento de la realidad exterior; el afecto es siempre una conducta y siempre una experiencia con el mundo exterior, pero es una conducta sincrética en la cual falta la discriminación entre objeto interno y externo, entre yo y no-yo; en ella, lo externo es tratado o manejado como si fuese interno. Es la conducta predominante en los estadios más tempranos del desarrollo del ser humano y por ello, cuando se abandona la conducta intelectual, las reacciones afectivas constituyen una regresión, por el predominio de pautas infantiles que, de todas maneras, siempre subsisten en el ser humano. El afecto como conducta es siempre una reacción, una respuesta, en la cual no hay una suficiente discriminación entre lo interno y lo externo, pero de todas maneras es un emergente de una situación y puede ser utilizado como índice perceptivo de lo que ocurre en un momento dado, en una situación definida. Es el papel que juega el afecto en el fenómeno de la contra-transferencia.

El afecto puede ser también consciente o inconsciente, según el grado en que es vivenciado y percibido por el mismo sujeto. En ambos casos, su significado es el de la situación total.

El afecto tampoco es una carga, fuerza o impulso de la conducta. Es una conducta en sí misma, que tiene motivación, objeto, finalidad,

Conducta y personalidad

237

sentido y estructura. Es tan subjetiva y objetiva como cualquier conducta. Su carácter peculiar es el sincretismo.

La voluntad tampoco es una "parte del alma". La voluntad es una cualidad de la conducta, a saber, la presencia o ausencia, en grado variable, de concordancias o discordancias entre las manifestaciones observadas en las diversas áreas de conducta y, sobre todo, el mayor o menor grado de vacilación resultante de las mismas. La voluntad no es una facultad o una función psicológica elemental, sino una característica de la conducta en el área del mundo externo, característica que es la resultante dinámica de un mayor o menor grado de conflicto. Lo que más habitualmente se designa y reconoce como voluntad es el grado de concordancia entre lo que un sujeto se propone (conducta en área uno) con lo que realmente hace (conducta en área tres).

Otro análisis de tipo metafísico de la conducta, es el del elementalismo psicológico, que intentó reducir las funciones psíquicas a átomos o elementos con los cuales se construye o se integra el psiquismo. Estos elementos o átomos funcionales son, también, momentos del proceso total de la conducta, tomados no como resultantes, sino como partículas aisladas y preexistentes.

Para la percepción tenemos que hablar también de conducta perceptiva, en la cual lo percibido no es una copia especular, pasiva, del objeto exterior, sino una reacción o respuesta, como toda conducta. Su característica peculiar o distintiva reside en que en la respuesta se halla incluido, en una gran proporción, el objeto que la estimula o condiciona, con un alto grado de discriminación entre lo interno y lo externo.

La atención califica un momento del proceso total de la conducta: el grado de adherencia o persistencia del contacto del sujeto con los objetos, la intensidad y duración del mismo. Si la percepción es una conducta de un carácter particular o específico, no ocurre lo mismo en el caso de la atención, que no es una conducta en sí, sino una cualidad o un carácter específico de cualquier conducta.

La memoria es la posibilidad de actualizar, frente a estímulos adecuados, una conducta aprendida en experiencias anteriores. Hay memoria en las tres áreas.

El juicio califica la posibilidad y el carácter de la discriminación que cada individuo puede llevar a cabo.

Juicio es discriminación.

El pensamiento es una conducta, por lo tanto, una relación objetal en la cual se opera con símbolos de los objetos o abstracciones de los mismos.

En la fantasía se opera simbólicamente un juego de *roles*.

La inteligencia califica el rendimiento o resultado de la conducta, en

función de la adecuación a los objetivos que se persigue. Inteligencia e intelecto no coinciden siempre; pueden existir conductas inteligentes no intelectuales y -por el contrario- puede haber conductas intelectuales no inteligentes. Inclusive, pueden existir disociaciones, en las cuales la conducta es inteligente en una de las áreas y no en las otras, o en un sector de una misma área de conducta.

4. *Constitución, temperamento y carácter*

La personalidad asienta sobre un trípode formado por la constitución, temperamento y carácter; considerados en este orden, la influencia de la cultura es creciente, mientras que la influencia de los factores hereditarios es decreciente. De todas maneras, intervienen siempre ambos factores.

La constitución está dada por las características somáticas, físicas, más básicas y permanentes. Depende fundamentalmente de la herencia biológica.

Conducta y personalidad

genética, pero no está libre de la influencia de los factores ambientales y psicológicos.

El temperamento está constituido por las características afectivas más estables y predominantes. Se lo ha considerado siempre como el aspecto funcional o dinámico de la constitución, en el sentido de su origen totalmente hereditario. Las influencias ambientales durante los primeros años de vida son, sin embargo, de gran importancia tanto para la formación de la constitución y el temperamento, como para la de la personalidad total.

El carácter está dado por las pautas de conducta más habituales o persistentes; para ellas, se admite la influencia predominante del medio ambiente.

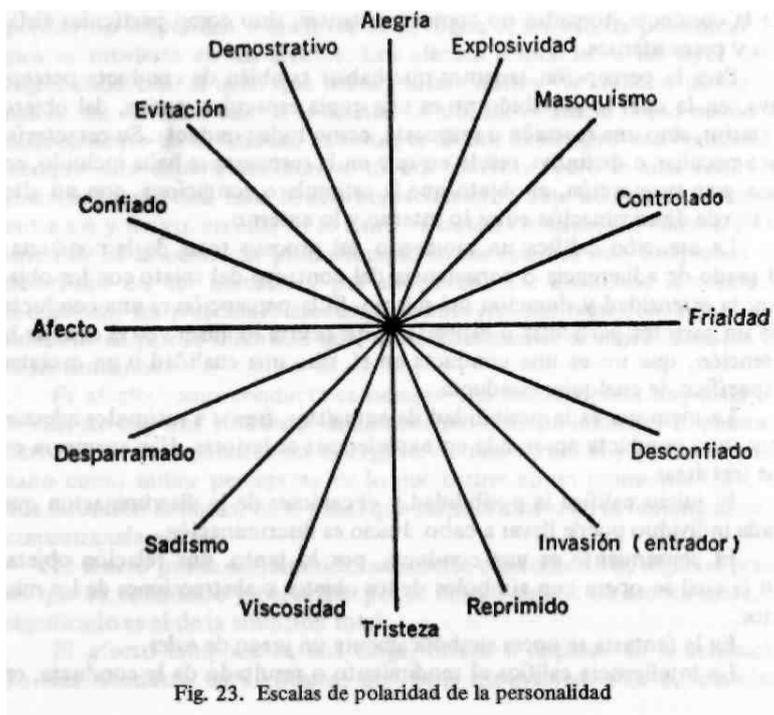
La personalidad se puede dividir o clasificar en función del predominio de las estructuras de conducta, y estudiando la dinámica de la personalidad se encuentra que hay una cierta organización polar predominante en la cual una misma personalidad puede alternar, o bien mantenerse solamente en uno solo de cualquiera de sus polos; de la misma manera, una misma personalidad puede tener variaciones entre los dos extremos en distintas épocas de la vida o alternar entre ellos en momentos sucesivos. Una de estas polaridades en las estructuras de conducta es la de la personalidad esquizoide que alterna en la escala psicoestésica, formada por la coexistencia o alternancia de frialdad (distancia con los objetos) y ternura. Otra polaridad en las estructuras de conducta es la de la personalidad cicloide, que puede alternar entre alegría y tristeza (escala diatésica), o bien subsistir permanentemente sobre alguno de estos dos polos, en cuyo caso hablamos de una personalidad hipomaníaca y depresiva, respectivamente. Una tercera escala importante es la glischroide, cuya personalidad oscila entre conductas viscosas (adhesivas) y explosivas.

De la misma manera, es posible admitir escalas de otras organizaciones polares de la personalidad: fóbica (evitación-invasión); histérica (represión-demostración); paranoide (confiado-desconfiado); obsesivo (controlado-desparpado); sadismo-masochismo.

Estas escalas de polaridad se basan ampliamente en la observación de las estructuras de la conducta, pero en lugar de calificar momentos, como en este último caso, se califica una estructura más estable: la de la personalidad.

5. *Análisis cualitativo de la conducta*

Desde las investigaciones de Freud, la diferencia y las relaciones entre conciencia e inconsciencia ocupan buena parte del interés de la psicología



contemporánea. Introducidas, en un primer momento, como partes del aparato mental, han sido posteriormente consideradas —aun por el mismo Freud— como cualidades de la conducta. "Consciente" e "inconsciente" no aluden a entidades ni sustancias, lo que significa que no deben ser empleados como sustantivos sino como adjetivos de la conducta. En general, pueden referirse directamente a la conducta o bien al sentido o la motivación de la misma.

Es importante tener en cuenta que la conducta es un proceso único y que, por lo tanto, es siempre, en parte consciente y en parte inconsciente; las dos cosas al mismo tiempo. Lo inconsciente no es la fuente de la conducta ni tampoco lo único genuino o verdadero de la personalidad. La conducta es un proceso para cuya totalidad se debe tener en cuenta todos sus aspectos y cambios: tanto conscientes como inconscientes. Estos últimos no son el "motor de la mente", como a veces se los designa, y tampoco la conciencia es algo superficial o secundario. La distorsión llega, incluso, a considerarlos como tipos de recipientes que "contienen" distintos elementos.

Uno de los hallazgos que llevó a Freud a plantear la hipótesis del inconsciente, fue el de que los procesos de la conducta tienen una dinámica cuya comprensión no entra totalmente dentro del cuadro de la lógica formal, que es la lógica de las conductas conscientes tomadas en forma aislada. Para ello, Freud estableció una dinámica distinta: la de las leyes del inconsciente. Lo correcto es integrar los fenómenos conscientes e inconscientes dentro de un solo proceso dinámico regido por una sola lógica: la dialéctica. Hay, en el mismo Freud, una gradual transición de una formulación de la conciencia-inconsciencia como sistema del aparato mental, a su formulación como cualidad de la conducta.

En el inconsciente, según Freud, rige el proceso primario, caracterizado por ser independiente de la realidad exterior libre también del orden de la lógica y del tiempo. Por ejemplo, Freud describió la ambivalencia y la transformación de la conducta en su contrario, y esto no puede incluirse dentro de la lógica formal, para lo cual no pueden coexistir al mismo tiempo términos antagónicos (A es A y no puede ser B al mismo tiempo, según lo establece la lógica formal); para salvar esta contradicción entre los hechos y la lógica formal, tuvo Freud que crear una zona especial de leyes a-lógicas: el inconsciente. En este proceso de lógica *versus* realidad, lo que entra una vez más en crisis es la lógica formal, y lo que Freud descubría era el movimiento dialéctico de la conducta. Si se admite consecuentemente la dialéctica, no hace falta crear una zona especial de leyes que no responden a la lógica formal, sino que toda la conducta, tomada en su totalidad, tanto consciente como inconsciente, responde a las leyes de la dialéctica.

Conducta y personalidad

241

Freud estableció también el principio de que en el inconsciente no hay tiempo. Dedujo esta hipótesis de la observación de que un sujeto era capaz de responder muchos años después a un suceso traumático, como si éste se hubiera producido realmente ahora; la causa y la situación pretérita seguían siendo activas muchos años después y, por lo tanto, el tiempo no rige en el inconsciente. Como tantas otras veces, el hecho es real y la hipótesis es falsa, en el sentido de que no hay ninguna zona de la mente que exista como parte inconsciente en la cual pueda regir la no existencia del tiempo. Lo que explica la reacción descrita por Freud es, por una parte, el fenómeno de la estereotipia y, por otra, el que el hecho traumático pretérito no actúa como tal para desencadenar una reacción, sino en cuanto integra el campo psicológico presente.

Conciencia e inconsciencia no son entonces lugares o ámbitos donde ocurren los fenómenos psicológicos, sino cualidades de la conducta. Lo que tiene más importancia es el estudio de la conducta como totalidad y los momentos en que ella deviene consciente, pero de ninguna manera se debe seguir haciendo girar la psicología alrededor de la conciencia, tal como se ha hecho, o de la inconsciencia, tal como también se ha hecho y se sigue haciendo con frecuencia. Suscribimos la opinión de Cameron: se invierte un esfuerzo enorme en vertir hechos del aprendizaje social a una ficción de una lógica verbal inconsciente.

Como inconscientes se ubican una variedad de fenómenos que son muy distintos entre sí: a) existe conducta inconsciente manifiesta, que se refiere a conductas observables que son desconocidas por el sujeto que las expresa; b) se llama inconsciente, también, al significado de la conducta; c) la motivación desconocida de la conducta; d) la función o el sentido que tiene dicha conducta. Esta diferencia entre los distintos sentidos que tiene el concepto de inconsciente responde, en nuestra opinión, mucho más a la realidad que la división de Miller que encuentra dieciséis significados distintos de la palabra inconsciente, a saber y sumariamente expuestos: 1) inanimado o subhumano; 2) carente de mente; 3) no mental; 4) individuos o acciones indiscriminadas; 5) respuestas condicionadas; 6) lo no sentido; 7) lo no atendido; 8) falta de *insight*; 9) lo olvidado o no recordado; 10) no aprendido o innato; 11) no reconocido; 12) involuntario; 13) incomunicable;

14) ignorado; 15) en el sentido psicoanalítico, "un sistema psíquico que incluye lo dinámicamente reprimido y lo que no está bajo control, pero que en condiciones especiales pueda pasar a la conciencia"; 16) lo no informado.

La conciencia es siempre conciencia de algo y, por un lado refleja una situación, por otro lado es también una conducta del ser humano, y por lo tanto nunca simple reflejo especular de la realidad. La conciencia de la

realidad es el instrumento más poderoso que posee el ser humano para modificar dicha realidad, pero esto último no ocurre única ni totalmente con las conductas conscientes, sino con las conductas totales, sean conscientes o inconscientes; mejor dicho, siempre lo son de las dos maneras al mismo tiempo.

Lo que aparece en la conciencia es el reflejo subjetivo de lo objetivo y depende, en alto grado, no sólo de las características de la realidad externa, sino del grado de organización de la personalidad. La conciencia es un momento de un proceso, y se incurre en un error escolástico si se parte de la conciencia y no de la situación total. La conciencia puede incluso ser una falsa conciencia, pero de todas maneras, aun en estos casos, es la resultante de una particular organización de la realidad social en la que participa ineludiblemente el ser humano y en la que hay estructuras que favorecen esta falsa conciencia. Tanto el psicoanálisis como el marxismo significan, en su inspiración fundamental, un pasaje del pensamiento al ser y de la conciencia a la vida real y concreta. En otro lugar hemos estudiado cómo el marxismo se limita en el desarrollo de la psicología y cómo el psicoanálisis deshace la dramática en abstracciones en lugar de deshacer las abstracciones mentales en la dramática. Por un proceso especulativo y de mitologización el psicoanálisis encarna la dramática en entidades mentales, y por un proceso de déficit dialéctico el marxismo no encuentra el ser humano en la psicología o, dicho de otra manera, se ocupa de la humanidad y no de los seres humanos. El descubrimiento del inconsciente, por el psicoanálisis, es otra manera de descubrir la falsa conciencia en los seres humanos.

6. Aprendizaje

La conducta y la personalidad tienen un desarrollo en el cual se van organizando progresivamente, respondiendo a un proceso dinámico en el cual pueden modificarse de manera más o menos estable. Se llama aprendizaje o *learning* a este proceso por el cual la conducta se modifica de manera estable a raíz de las experiencias del sujeto.

El concepto de aprendizaje tiene sobre sí el peso de la tradición intelectualista, pero abarca mucho más que el aprendizaje intelectual y en realidad— éste, aun con toda la importancia que tiene, es sólo una parte del aprendizaje total que permanentemente realiza el ser humano.

Ningún ser humano realiza en su vida todas las posibilidades de aprendizaje, y si bien, por un lado, hay que contar con que el organismo tiende a responder y organizar sus posibilidades sobre el más alto nivel de

Conducta y personalidad

integración y que la conducta que manifiesta es siempre la "mejor" para ese momento y esas circunstancias, no es menos cierto, por otra parte, que el organismo tiende a estereotiparse, es decir, no sólo a responder con pautas ya aprendidas, sino también a organizar las circunstancias de tal manera que esas pautas sean suficientes. Entendemos por pauta de conducta aquel conjunto de manifestaciones que aparecen en forma unitaria, conservando una cierta estereotipia en la contigüidad de los elementos que la integran. Estas pautas constituyen, en cierta medida, modos privilegiados de comportamiento, que en su conjunto caracterizan la personalidad; por el término de modos privilegiados de comportamiento se comprende también la tendencia a estructurar las situaciones nuevas de tal manera que el organismo pueda operar de la manera más adecuada, y una de sus posibilidades es la de asimilar las situaciones nuevas a situaciones ya conocidas y ya resueltas.

El cambio que implica el aprendizaje puede ocurrir en todas las áreas en forma conjunta, o bien sólo en alguna de ellas en forma predominante y disociada; hay, así, aprendizaje en el área de la mente, del cuerpo y del mundo externo.

Entre las formas controvertidas de aprendizaje se cuentan, por un lado, el ensayo y error y, por otro, el aprendizaje por discernimiento o *insight*. En rigor, este último es un caso particular del primero o viceversa, dado que en el aprendizaje por discernimiento hay también un ensayo y error, un tanteo, pero que se realiza simbólicamente en el área de la mente. Uno y otro están ligados genéticamente en el curso del desarrollo de las áreas de conducta.

La complejidad, diversificación y amplitud de este capítulo es creciente en la psicología moderna, y abarca no sólo a la psicología, sino también a toda la psicopatología, que puede ser íntegramente desarrollada y estudiada en función del aprendizaje, ya que las neurosis, psicosis, caracteropatías y perversiones son perturbaciones del aprendizaje; y el proceso terapéutico mismo (psicoterapia) es también una nueva experiencia de rectificación y aprendizaje. Las perspectivas de este enfoque son muy promisorias.

7. Personalidad y cultura

Los estudios sobre personalidad han modificado su centro de gravedad, en el sentido de que las determinantes sociales ocupan, en la actualidad, más el interés de la investigación que las determinantes biológicas. Es

posible que con el desarrollo del conocimiento y la elaboración de noció-

nes unitarias, psicología, biología y sociología dejen, dentro de no mucho tiempo, de ser tres disciplinas científicas distintas para ser una sola.

De todas maneras, los estudios sociológicos de la personalidad no invalidan de ninguna manera los de carácter biológico, sino que los integran, y son especialmente los estudios antropológicos los que han enfatizado, en primer lugar, la importancia de la estructura social en la formación y las características de la personalidad.

El medio en que se desarrolla el ser humano es un medio muy particular, porque en gran proporción es creado por él mismo sobre elementos dados por la naturaleza. Todo aquello creado por los hombres, en todo sentido, es lo que recibe el nombre de cultura. Los estudios antropológicos y sociológicos no dejan lugar a dudas de la estrecha relación entre cultura y personalidad. Sin embargo, se debe tener en cuenta que no todos los elementos integrantes de la cultura tienen el mismo valor, en cuanto a su capacidad de estructurar otros factores de la cultura, así como por el peso que tienen en la formación de la personalidad. En segundo lugar, si bien los seres humanos crean la cultura, el desarrollo de la misma adquiere cierta independencia con respecto a la voluntad de los seres humanos, de tal manera que tiene sus propias leyes determinantes.

La transmisión de la cultura de generación a generación no es únicamente la transmisión de una información, sino que, básicamente, la cultura se transmite en la formación de la personalidad misma, tanto como en las organizaciones o medios materiales. Pero es importante el hecho de que, dentro de cierta amplitud, las superestructuras culturales tienen cierta independencia o un grado relativo de variación. En cuanto estudia la formación de la personalidad, la psicología se ocupa fundamentalmente de estos aspectos.

M. Mead estudió, por ejemplo, la formación de la personalidad por la educación, en diferentes tipos de civilización, entre los primitivos. La educación es también elemento integrante de la cultura, y hay una estrecha relación entre educación y personalidad, relación que tiene cierta autonomía, aunque los sistemas educacionales dependan a su vez de factores sociales más amplios, como la estructura social y económica. Los estudios antropológicos nos han hecho conocer la variación de las organizaciones culturales, la variación de la estructura de la personalidad y la relación entre ambas. Nos han ayudado a romper con una concepción estrecha, estática, de la personalidad humana, así como han demostrado las posibilidades de modificación de la misma, haciéndonos comprender que no existe una personalidad "natural" o conductas "naturales", y que lo que generalmente conocemos con estos nombres son aquellos fenómenos a los que estamos más acostumbrados porque forman parte de nuestra cultura y de nuestra personalidad.

Conducta y personalidad

245

Hay divergencias básicas en cuanto al concepto de cultura, que, por supuesto, incluyen concepciones idealistas por un lado y materialistas por otro.

En la formación de la personalidad asume una gravitación fundamental la organización de los grupos. Se denomina así el conjunto de dos o más personas, entre las que se establece, o hay establecida, una relación de interdependencia o interacción.

Cooley reconoce cuatro clases de grupos, que escalona en función del aumento de tamaño y disminución de la intimidad: a) grupos parejas o grupos subprimarios (esposos, madre-hijo, etcétera); b) grupos primarios: se caracterizan por una gran intimidad, número pequeño, propósitos no especializados, asociación cara a cara, relativa permanencia. Son los grupos familiares, grupos espontáneos de juegos, grupos de vecindarios; c) grupos *quasi* primarios: la organización y propósitos especiales los distingue de los grupos primarios. Se incluyen aquí los grupos de *boy scouts*, fraternidades estudiantiles, clubes; d) grupos secundarios: se caracterizan por la falta de intimidad, incluyen las comunidades, corporaciones y naciones.

Es especialmente en el grupo primario donde se forma la estructura básica de la personalidad y se produce el efecto más profundo. Existe en estos grupos una cierta fusión de los individuos, y cada integrante no se discrimina como ser distinto de los demás.

Es muy abundante la literatura, las investigaciones y los conocimientos sobre la personalidad, su formación y desarrollo, y aquí sólo hemos querido, al igual que en todos los temas tratados en el libro, presentar un esquema o un plan director de la psicología y no una profundización detallada de cada tema.

Bibliografía

Allport, G.W. (b, d); Blum, G.S.; Daval, S., y Guillemain, B.; Dujovne, L.; Enkson, E.H. (b); Eysenck, H. J.; Fenichel, O. (b); Foucault, M.; Freud, A.; Freud, S. (m, n, o); Frondizi, R.; Goldstein, K.; Hartmann, H. (b, c); Hartmann, H.; Kris, E.; y Loewenstein, R.M.; Hilgard, E.R.; Jakobson, P.; Jaspers, K.; Kardiner, A.; Ko'ollás, G.; Lefebvre, H.; Levine, I.; Lowic, R.H.; Lyotard, J.F.; Mead, G.; Miller, J.M. (a, b); Money-Kyrle, R.E.; Montagu, A.; Nunberg, H.; Rapaport, D. (b); Reich, W.; Romero, F.; Rubinstein, S.L. (a, b); Sartre, J.P. (b, c); Schwarz, O.; Strauss, A.; Wallon, H. (a); Young, P.T. (b).

APÉNDICE Psicología y niveles de integración*

Concebimos el nivel de integración como una organización particular que abarca un conjunto de objetivos y fenómenos, constituyendo una unidad que responde a las leyes particulares que le son inherentes y específicas. En este sentido, el ser humano presenta evidentemente una organización y una unidad muy particulares, que nos permiten admitir *un nivel de integración específicamente humano*.

Me interesa especialmente presentar, desarrollar y discutir esta última proposición. Doy por sentado que en ella se incluyen una cantidad de supuestos que no desarrollaré aquí, tal como el de la transformación de los niveles de integración como un movimiento dialéctico con características y leyes propias. Dejo también de lado las citas bibliográficas porque no pretendo una exposición rigurosa, sino la reflexión sobre estos problemas.

Debemos tener en cuenta que el hombre es el producto de una muy larga evolución, y sabemos que ella se ha producido sobrepasando niveles anteriores de organización que -por otra parte- siguen subsistiendo, como tales, en otros fenómenos y objetos de la realidad presente.

En un primer enfoque aproximativo al tema hemos construido un esquema del desarrollo evolutivo de los niveles de integración (ver figura 27).

Si sometemos, sin embargo, este primer esquema -que nosotros mismos propusimos y aceptamos en otro momento— a una crítica más ajustada a los hechos, podemos considerar que, si bien el nivel biológico sigue una línea directa que tiene su punto de partida en el nivel fisicoquímico, no podemos sin embargo decir que entre los fenómenos psicológicos, sociológicos y axiológicos ocurra lo mismo y que ellos estén entre sí en la misma relación o en una relación equivalente a la que existe entre los niveles fisicoquímico y biológico.

Ahora nos resulta evidente que este esquema es simplista, inadecuado y exige una reforma o un ajuste.

* Aporte al Symposium "Niveles de integración y conducta", realizado en octubre de 1964, organizado por el Grupo Psicológico de Buenos Aires. Publicado en *Acta psiquiátr. psicol. Amér. Lat.*, 1967.13.

V

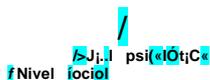


Fig. 27.

El nivel biológico de integración presenta fenómenos peculiares y posee leyes que le son propias, distintas a las del nivel fisicoquímico. Este último se halla incorporado pero superado en el nivel de integración biológico, de tal manera que si estudiamos únicamente los fenómenos físicos o químicos del organismo humano, estamos con toda seguridad descuidando, omitiendo o despreciando el nivel orgánico de integración. Podemos estudiar las modificaciones químicas que se producen en la contracción muscular, por ejemplo, de modo tal que desdeñemos el nivel de integración orgánico y nos concentremos únicamente en el fisicoquímico, o bien podemos hacerlo en función del primero, con lo que la química resulta *una ciencia auxiliar* de la biología. Cuando estudiamos al ser humano, en el nivel de integración que él posee, tenemos en rigor que estudiar *la vida humana*; y esta proposición es válida, sea que la estudiemos en el individuo, el grupo, la institución o la comunidad, es decir, en los distintos ámbitos de la vida humana o en distintos campos (escuela, fábrica, familia, etcétera). En este sentido, la psicología, la sociología y la axiología no estudian fenómenos que están entre sí en una relación de niveles tal como ocurre entre la biología y la fisicoquímica, de tal manera que las tres ciencias no están entre sí en una relación de ciencias auxiliares sino de *ciencias complementarias*. De esta manera, si se estudia —por ejemplo— sólo la sociología de la vida humana, de ello resulta, en todo caso, un estudio parcial, pero no se abandona el nivel propiamente humano como es el caso de la química en relación con la biología.

En este sentido, nuestra tesis es que los fenómenos psicológicos, socio-

Apéndice

249

lógicos y axiológicos no constituyen tres niveles diferentes, sino una segmentación de la vida humana en tres parcelas que luego necesitamos reunir, integrar o sintetizar. La segunda tesis que proponemos es que estos fenómenos estudiados por la psicología, sociología y axiología corresponden a un mismo nivel que podemos llamar *el nivel humano de integración*.

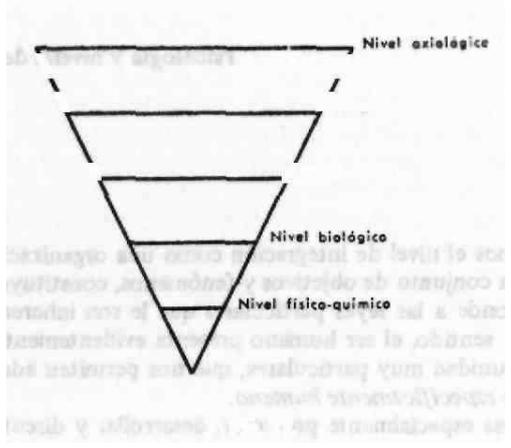
Los fenómenos psicológicos, sociológicos y axiológicos tienen entre sí una correspondencia que no consiste en la asimilación y superación dialéctica que caracteriza la relación entre los niveles de integración, por el simple hecho de que los fenómenos psicológicos, sociológicos y axiológicos no se presentan evolutivamente en momentos diferentes y sucesivos, sino al mismo tiempo y como coexistentes.

Con esto quedan resueltos además otros problemas, como el de la ubicación de otros fenómenos estudiados por otras ciencias. Tomemos el caso de economía. De ninguna manera podemos decir que los fenómenos económicos constituyen por sí mismos un nivel de integración de características propias, aunque los fenómenos que ella estudia poseen peculiaridades propias y responden a leyes que les son exclusivas y características.

Creemos, en este sentido, que no debe superponerse niveles de integración con segmentos de una realidad única que constituye un nivel en su totalidad y no en cada uno de sus segmentos. Lo que caracteriza un nivel no es entonces solamente un conjunto de fenómenos organizados en una forma específica con sus leyes propias, sino también el hecho de que el estudio de ese nivel da cuenta de todos los fenómenos peculiares de ese nivel dado y que además, distintos niveles tienen entre sí un nexo de sucesión en el tiempo durante el cual uno de los niveles ha dado lugar a la aparición del otro, por su transformación cualitativa.

Psicología, sociología, axiología, economía, no son entonces distintos niveles de integración del ser humano, sino distintos segmentos de una única realidad cuya totalidad es la que configura el nivel de integración. Estas cuatro ciencias se hallan entre sí en las mismas relaciones que las que existen dentro del nivel biológico entre, por ejemplo, la fisiología, la anatomía, la histología, etcétera, a condición de que este ejemplo no se extienda ni se tome como una rigurosa superposición.

Un nivel de integración es una totalidad organizada que posee una unidad con funciones y leyes peculiares a esa estructura dada; y esa unidad es la que impregna del mismo sentido a todas las ciencias incluidas en ese mismo nivel. La vida humana posee ese carácter de estructura organizada y unitaria, y nuestros estudios de la vida humana en distintas ciencias segmentan dicha realidad y dicha estructura en fragmentos que luego, *a posteriori*, tenemos que volver a integrar, sintetizar o unir. Si bien una estructura o un nivel de integración tiene distintas subestructuras o distintas



subunidades que pueden ser reconocidas entre sí, la unidad del sistema no puede volver a reencontrarse cuando los estudios de las subestructuras han perdido de vista esa totalidad y unidad concreta.

En función de todo esto, postulo que el desarrollo científico debe tender, no a desembocar en una unidad partiendo de segmentos, sino a partir de una unidad que dé sentido y permanente ubicación a cada segmento en el todo. Es posible que tengamos que unificar la terminología y, además, que esto último no se pueda lograr si no tenemos previamente la perspectiva total y unitaria del fenómeno.

Deseo aclarar que no postulo la desaparición -por ahora- de ciencias específicas que estudian cada una un segmento del mismo nivel, tales como la psicología o la sociología, por ejemplo, pero es seguro que tenemos que hacerlo gradualmente de otra manera. El hecho de que hayamos creído reconocer distintos niveles en lo que en realidad son segmentos de un mismo nivel (el nivel humano) no es una mera equivocación científica, sino un reflejo de una realidad más amplia: la de la tendencia al afianzamiento, en el conocimiento científico, de la alienación del ser humano que vive en una sociedad y una economía aúenadas.

Sabemos que en este nivel de integración constituido por la vida humana, nuestra organización económica juega un rol fundamental en la determinación de otros fenómenos del mismo nivel, tales como los fenómenos psicológicos, sociales, etcétera. Se plantea esta pregunta: en vista de este hecho tan básico, ¿no deberíamos reconocer en los fenómenos económicos un nivel peculiar del cual dependen otros fenómenos que constituirían de esta manera otro nivel de integración? Mi respuesta es que no.

Una particular estructura u organización económica determina un tipo particular de organización social, de relaciones interpersonales, de creencias, de normas jurídicas, etcétera, pero la relación entre estas últimas y la economía no es una relación de distintos niveles, porque para esto último resulta imprescindible que un nivel evolutivo posterior incluya y supere al nivel anterior, lo cual no ocurre en este caso, sino más bien, todo lo contrario: los fenómenos jurídicos, sociales, psicológicos, tienen la misma estructura que la economía que los sustenta. Están todos entre sí en una relación de interacción como subestructuras de un mismo nivel de integración. Por otra parte, evolutivamente, los fenómenos de distintos niveles aparecen en distinto tiempo y cuando, por ejemplo, aparece el nivel biológico, el que le antecede evolutivamente —el fisicoquímico— tiene de suyo una independencia previa y una existencia propia en sí misma. Tal cosa evidentemente no ocurre con la economía y los demás fenómenos enumerados. La relación admitida entre infraestructuras y superestructuras califica adecuadamente estos fenómenos sin que sea necesario incurrir en

Apéndice

251

el error de considerarlos como distintos niveles de integración. Las relaciones entre infraestructura y superestructura no son entonces las que existen entre dos niveles de integración, sino relaciones dinámicas entre subestructuras de un mismo nivel, en el cual algunas de ellas tienen un valor determinante privilegiado. Las subestructuras tienen entre sí una autonomía relativa mucho menor que la que tienen entre sí los niveles de integración, ya que como dijimos, por ejemplo, el nivel fisicoquímico tiene una existencia previa a la aparición del nivel biológico, mientras que la economía no tiene tal existencia previa e independiente de los fenómenos sociales o psicológicos. Cuando un movimiento revolucionario modifica la estructura económica de una sociedad, se modifican las superestructuras, y ello significa que, como subestructura, la economía tiene en el sistema total un valor de tal magnitud que nos permite modificar —partiendo de él— las características de *todo* el nivel humano en su conjunto y en todas sus manifestaciones. Distintas estructuras económicas de distintos momentos históricos de la humanidad no representan tampoco distintos niveles de integración sino *jerarquías* o *modos* dentro del mismo nivel o dentro de una misma subestructura. Es posible que, en un momento dado, una modificación histórica del porvenir resalte tan sustancial que nos permita reconocer un nuevo nivel, para el cual seguramente el actual resulte solamente un nivel subhumano de integración.

Hasta aquí no he considerado la biología en el nivel humano de integración, y lo he hecho *ex profeso* porque considero que requiere algunas aclaraciones fundamentales. El nivel humano de integración no asienta sobre el nivel biológico de integración. No, por lo menos, si no aclaramos qué entendemos por biología en el sentido de un nivel de integración en sí mismo y por biología en cuanto subestructura del nivel humano de integración.

La biología como ciencia ha tomado su encuadre de la biología en general y en especial de la biología animal. Pero la biología del hombre no es una biología animal. Si se la estudia y desarrolla como tal (y es lo que se ha hecho) estamos estudiando el ser humano no como ser humano sino como animal, lo cual significa estudiar un fenómeno, perteneciente a un nivel de integración dado, en otro que no le corresponde. La biología general y animal corresponde o configura un nivel de integración distinto del de la biología humana y para esta última,

la primera es una ciencia auxiliar, pero no una ciencia fundante. Para el nivel humano de integración la biología animal es un nivel de integración anterior (evolutivamente) y distinto. La biología humana, para el nivel humano de integración, no es un nivel sino una ciencia que estudia un segmento del nivel humano, al igual que la psicología o la sociología, como ya lo hemos indicado.

Que el hombre haya sido y siga siendo objeto de estudio de la psicología animal, no es tampoco un hecho casual, sino una lógica consecuencia de la vida animal de los seres humanos y de que no hemos llegado a tomar plena conciencia de nuestra condición humana ni a dirigir los fenómenos que nos saquen de la vida animal. Aquí tenemos otra vez actuando el fenómeno de la alienación de una sociedad alienada.

Todavía no tenemos configurada una biología humana* (tampoco una medicina humana) sino, a lo sumo, los esbozos para la misma. La biología animal aplicada al ser humano estudia un ser humano abstracto, "depurado" de la vida concreta y peculiarmente humana, y lo estudia como si el ser humano tuviese la misma vida que el animal en el mismo medio de la naturaleza y ocupando frente a esta última igual posición vital, haciendo abstracción del medio social que es el medio "natural" del ser humano. Esto —como hemos dicho— resulta como lógica consecuencia de que los seres humanos, como especie, nos vemos enfrentados a premuras y peligros de la misma cualidad que los animales frente a la naturaleza: el hambre, la desnutrición, la falta de seguridad, carencia de elementos y organizaciones para cubrir necesidades primarias.

La vida del ser humano constituye en su totalidad un nivel de integración totalmente diferente al nivel biológico, aun si consideramos el nivel humano en sus aspectos biológicos. La biología humana es distinta de la animal. En este sentido, la continuidad evolutiva entre los niveles biológico y humano de integración no tiene la misma secuencia evolutiva que existe entre los niveles fisicoquímicos y biológicos. La vida humana introduce una verdadera *fractura* en la evolución (aunque esta evolución se haya cumplido también gradualmente), y esta fractura está dada por la aparición del hombre como ser social.

De esta manera, creemos que hacemos más exacto y riguroso nuestro esquema de los niveles evolutivos si los representamos así (ver fig. 28).

Si bien todos los fenómenos del nivel humano, que son estudiados por distintas ciencias, resultan solidarios y dinámicamente interactuantes dentro de la estructura unitaria, debemos sin embargo observar que hemos señalado la especial significación de una subestructura, la económica, para la cual hemos aceptado la denominación ya afianzada de infraestructura. De la misma manera, no podemos jerarquizar todas las superestructuras como equivalentemente significativas en la dinámica de la totalidad. Entre estas últimas hay también diferencias entre los fenómenos psicológicos o sociales por un lado y los fenómenos jurídicos, por ejemplo, por otro. La

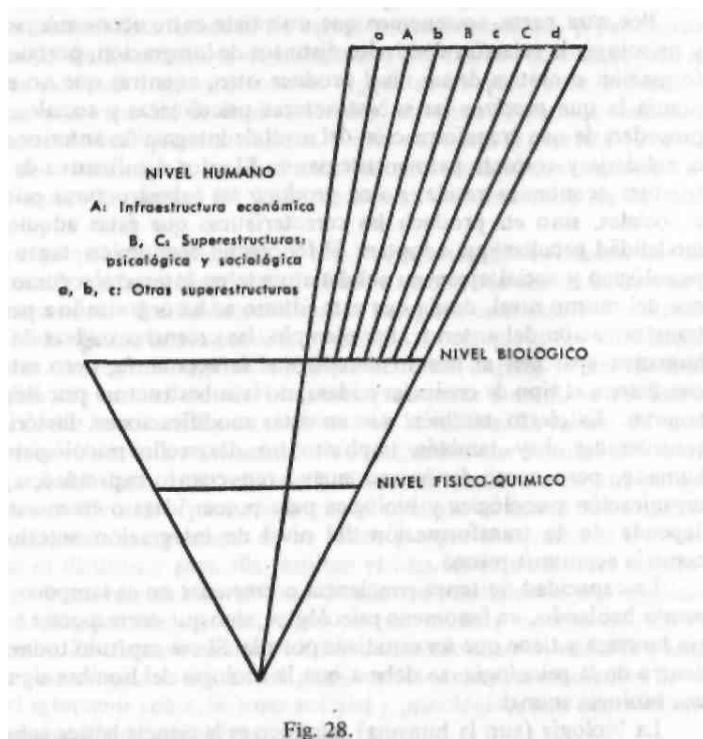
* Es posible que el camino hacia una biología humana esté ya abierto gracias a la reflexología.

Apéndice

253

diferencia reside en que, dentro del mismo nivel de integración, los fenómenos psicológicos y sociales son más básicos, constituyendo los fenómenos jurídicos una subestructura (superestructura) dependiente, en tanto que no es correcto postular lo inverso.

En este sentido, quisiera aclarar mejor todavía las relaciones de las tres subestructuras más significativas: economía, psicología y sociología, dentro del nivel humano de integración.



He dicho que las relaciones entre ellas no son relaciones de niveles de integración, sino de subestructuras de cierta significación relevante en el sistema total. En este sentido, expresé que un nivel procede del otro evolutivamente por *transformación* del anterior. He dicho también que cuando *transformamos* la economía transformamos todos los demás fenó

mismo. Ello sólo puede derivar de la totalidad y la unidad del nivel humano de integración.

La psicología sólo puede ser, o debe ser, como ciencia, el conjunto de conocimientos que nos permitan conocer y actuar sobre la vida humana y sobre el agente de la misma: el ser humano. El gran déficit de la psicología como ciencia, reside precisamente en que se parte del ser humano como ente aislado y no como ser social; sus problemas resultan de enfocar al ser humano en forma abstracta y no en las situaciones concretas de su vida humana. Consideramos totalmente válidas, en este sentido, las proposiciones de Politzer, quien, estudiando los supuestos de la psicología tradicional, concluye en que los mismos incluyen tres operaciones de carácter idealista: el realismo, la abstracción y el formalismo.

Si, como afirmamos, la psicología no es un nivel de integración particular sino una subestructura del nivel humano de integración, esto último no debe sin embargo ser entendido como una parcela dentro de la totalidad, sino como subestructuras que se interpenetran de tal manera que la psicología interviene en todos los sectores y en todas las dimensiones en que se desenvuelve la vida humana, tanto en relación con la vida económica como con los valores éticos, ya se trate de la vida privada, de la vida pública o del trabajo en la fábrica o en la escuela. La psicología abarca todos los fenómenos de la vida humana, tanto como los abarcan de igual manera la biología (humana), la sociología o la economía. La totalidad de las subestructuras del nivel humano de integración está presente en cada uno de los sectores o de las dimensiones de la vida humana. Más que un sector de fenómenos, cada una de estas ciencias abarca una jerarquía de fenómenos, y con la palabra jerarquía nos referimos a las distintas estratificaciones o subestructuras del mismo nivel de integración.

El estudio del hombre aislado y abstracto condujo a la psicología a dos supuestos erróneos: uno de ellos es el estudio molecular de las manifestaciones humanas y el otro es el de "realizar" o "cosificar" los fenómenos humanos en una entidad de existencia independiente: la vida interior.

El estudio molecular de las manifestaciones humanas deriva de una tradición elementalista, que a su vez se apoya en la trasposición o la reducción del ser humano al nivel de integración biológico, en el que interesa la acción de estímulos naturales como la luz, el calor, etcétera. En el enfoque molecular se estudia cada reacción en sí misma y no en el contexto del nivel humano en el que dichas reacciones aparecen. No es mi propósito extenderme detalladamente sobre las variaciones de las distintas escuelas al respecto; me interesan ahora sólo los lincaamientos más generales. Este estado de cosas se modifica si entendemos las manifestaciones del ser hu-

Apéndice

257

mano como unidades significativas; el conjunto de esas manifestaciones que integran una unidad significativa es lo que llamamos *conducta molar*. En este sentido, la totalidad de los procesos elementales que intervienen en un comportamiento no nos interesan ni corresponden a la psicología. Para nosotros la psicología se ocupa de todas las manifestaciones del ser humano en cuanto significativas de la vida o -como lo expresó Politzer— de la dramática humana.

La asimilación del significado del comportamiento a la "causación mental" del mismo y la afirmación de la "vida interior" como determinante de todas las actividades de los seres humanos derivan del hecho de que el hombre tiene una representación simbólica de una parte de su comportamiento y cierta conciencia de su significado. Tal situación se relaciona, por supuesto, con la tradición animista o religiosa de la vida interior, que es herencia de la idea de alma o espíritu del mito y la religión. El significado, sea o no asimilado como sentido, en forma simbólica y consciente, por el ser humano, es siempre un significado de la situación total concreta.

La preponderancia que se adjudicó a estos fenómenos mentales, abonada por la fuerza de las tradiciones religiosas y mitológicas, determinó que se asimilara como totalmente equivalentes el fenómeno psicológico y el fenómeno mental. Dejando de lado el hecho de que el sentido que un sujeto dado, o una clase social, asimila como conciencia de su comportamiento puede ser un producto muy distorsionado del significado que realmente tiene dicho comportamiento, debemos extender el carácter de fenómeno psicológico a todo comportamiento humano y no sólo a los fenómenos mentales. La psicología no se ocupa del segmento de los fenómenos psicológicos sino de la totalidad de la vida humana en la que siempre existen fenómenos psicológicos.

Las manifestaciones del ser humano se pueden sistematizar entre áreas que, por supuesto, son áreas de fenómenos y no entes productores de los mismos; esas tres áreas son: mente, cuerpo y mundo externo (E. Pichón Riviere).

Para que una manifestación corporal sea psicológica o para que una acción en el mundo externo sea

psicológica, no se requiere de ninguna manera que el fenómeno haya sido previamente mental y desde allí se "transforme" en "manifestación" corporal o en actividad. Estas últimas son también siempre psicológicas porque tienen siempre un significado: el del contexto o de la situación en el cual se manifiesta o aparece. El cuerpo humano no es el cuerpo animal, sino que está siempre funcionando y está siempre estructurado en un contexto social y en experiencias definidas con la realidad social, de tal manera que el cuerpo humano es siempre también psicológico en todas sus manifestaciones, y ello ocurre

originariamente y no porque el fenómeno mental se haya "convertido" misteriosamente en fenómeno corporal. Estas experiencias que se acumulan u ordenan de una manera particular son las que estructuran la personalidad del ser humano. De esta manera, la psicología se atiene al significado humano de las experiencias humanas, relacionadas siempre indefectiblemente con una vida de relación con otros seres humanos en determinadas organizaciones y actividades de la realidad concreta en que se sucede y desarrolla la vida de los seres humanos. Por esta misma razón, el estudio psicológico no agota el fenómeno humano ni da cuenta de la totalidad del nivel humano de integración y requiere siempre su ubicación teórica y práctica en la totalidad de ese nivel humano.

Soy de los que creen que progresivamente debemos y podremos ir estructurando categorías y conceptos científicos más integrados y unitarios, que nos permitan superar el parcelamiento de la unidad del nivel de integración humano en subestructuras que dependen cada una, por ahora, de una ciencia especial. En este sentido, es posible que los fenómenos de ajenación y participación nos permitan, en la medida en que los resolvamos y superemos en la realidad de nuestra vida concreta, elaborar esa comprensión unitaria y total de la que ahora carecemos, tanto en la ciencia como en nuestra vida real y concreta.

Sin embargo, podemos en cierta medida recuperar la unidad del conocimiento del nivel humano integrando *a posteriori* nuestros conocimientos, y para ello tenemos también ineludiblemente que forzarnos a no perder de vista el sentido de la totalidad y la unidad del nivel humano de integración en el dominio de la investigación de cada ciencia particular. Pero podemos algo más: anticipar en todo lo posible la asimilación consciente de ese sentido humano y unitario, contribuyendo con ello a que dicha recuperación se logre también en nuestra vida concreta y diaria.

Meta final ficticia y fantasía inconsciente Estudio comparativo*

Para proceder a un estudio comparativo entre meta final ficticia y fantasía inconsciente debemos primero definir y ubicar cuidadosamente cada una de estas dos expresiones o conceptos, ya que con frecuencia reciben significados diferentes en distintas escuelas o teorías psicológicas, o son utilizados de manera tal que no siempre coinciden. A partir de esta cuidadosa ubicación semántica se podrá facilitar la labor comparativa que es el objetivo fundamental de nuestra tarea actual.

En este sentido, el plan que utilizamos consiste en definir cada uno de estos conceptos y diferenciarlo de otros similares, para luego realizar el estudio comparativo de tres maneras: considerando los fenómenos designados o incluidos en cada una de estas expresiones; considerando la doctrina y los modelos conceptuales en que cada una se ha acuñado y desarrollado y, en último término, estableciendo la comparación dentro de un modelo conceptual posible, común a ambas. Lógicamente, estas tres modalidades de análisis del problema están estrechamente relacionadas, pero creemos sin embargo de suma utilidad diferenciar en lo posible los tres contextos. Al finalizar, y a manera de resumen, se incluye un cuadro comparativo con los resultados alcanzados en nuestra indagación.

1. Meta final ficticia

Las palabras meta, objetivo y finalidad aparecen con mucha frecuencia en la psicología contemporánea, ya sea en el campo de la psicología clínica como en el de la psicología experimental. El diccionario de Drever da la

* Redactado en 1963 para el concurso para optar al cargo de Profesor titular del Departamento de Psicología de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, con tema propuesto por el Jurado. Publicado en *Acta psiquiátr. psicol. Amér. lat.*, 1967.13.

siguiente definición de meta: "Resultado final hacia el cual se dirige la acción, muscular o mental". El mismo autor agrega la definición que para Adler tiene este término y que consideraremos más adelante en forma especial.

Para Warren el término tiene distintas acepciones: a) "Resultado final de cualquier actividad de un organismo, sea muscular o ideacional, individual o social, tal como lo especifica o formula un observador antes de alcanzarlo"; b) "resultado final que un organismo trata de conseguir"; c) "objeto o estado por el cual lucha un organismo, y referido por él al futuro inmediato o remoto mediante su actuación en el momento actual".

La meta se diferencia del propósito porque este último designa la determinación (consciente o inconsciente) que guía las actividades del organismo hacia la meta. De esta manera, la meta es el objetivo, resultado o fin de un comportamiento, mientras que el propósito es lo que guía la actividad del organismo hacia dicho resultado. El propósito es una motivación que actúa al comienzo, mientras que la meta se refiere al fin.

Meta debe ser considerada como sinónimo de fin u objetivo, sin que estos términos impliquen necesariamente la filiación a una concepción teleológica excluyente de la determinación causal. Se puede admitir la finalidad en el *sentido tético*, de manera opuesta o diferente del *sentido ecbático*, que se refiere, este último, a la finalidad como mero resultado o consecuencia, pero sin intención o propósito. Aunque de estos aspectos no nos ocuparemos especialmente aquí, podemos señalar que la meta implica un propósito en el sentido tético, no así en el sentido ecbático.

Tenemos ahora que introducir una ampliación que necesariamente complica los hechos, pero que a su vez aclara un espectro más amplio de los mismos. Dicha complicación consiste en que debemos distinguir entre una *meta inmediata o próxima* y una *meta mediata, distal o final*. La primera es la que se da en el estudio de la conducta o comportamiento tomado como unidad de análisis, mientras que la segunda es la que se aplica en la consideración de la personalidad total o un conjunto muy amplio de sus manifestaciones. Estudiaremos cada una de estas dos modalidades, empezando por la primera de ellas, y sin pretender agotar el tema, recurriremos a algunos autores de distintas escuelas y representantes de diferentes teorías.

Kurt Lewin, uno de los representantes de la escuela de la *Gestalt*, formuló la teoría del campo como intento de introducir un nuevo instrumento en la psicología y, utilizando la rama de la matemática conocida como topología, llevó a cabo el estudio del fenómeno psicológico como un movimiento hacia metas de distintas regiones del campo, con su sistema de tensiones y barreras. Las tensiones o necesidades, consideradas como sis-

Apéndice

261

temas de fuerzas interrelacionadas, aparecen como vectores del movimiento por el cual se reduce la tensión del campo. De esta manera, el comportamiento tiende a la resolución de las tensiones, que se logra con una reestructuración del campo; tal reestructuración es, pues, la meta o finalidad de la conducta.

Muy estrechamente relacionado con los estudios de K. Lewin, debemos recordar el "efecto Zeigarnik" que estudia el destino de un comportamiento que no ha llegado a su meta y que —por lo tanto— no ha reducido la tensión que lo puso en juego; a través de numerosas experiencias, Zeigarnik llegó a demostrar en forma fehaciente que dicha tensión no se extingue y que se recuerdan con mayor facilidad las tareas que han quedado inconclusas, es decir, aquellas que no han llegado a su meta o fin.

También se hallan muy relacionados con estas investigaciones los estudios iniciados por Dembo, sobre el "nivel de aspiración", que consiste en las expectativas o la meta que se desea alcanzar con un comportamiento determinado, y que puede ser estudiado de manera cuantitativa y experimental.

Entre las escuelas o corrientes conductistas de un objetivo sistemático, el concepto de meta fue subrayado por autores como Clark Hull y Tolman. El primero de ellos, de la Universidad de Yale, estudió la meta como el objeto que resuelve o pone fin a la tensión que ha promovido una actividad, y señaló el hecho de que la actividad se refuerza cuanto más cerca se está de la meta, es decir, cuanto más próximo se halla el objetivo que se persigue. Este estudio se puede reafirmar cuantitativamente estableciendo un así llamado "gradiente de meta". El refuerzo de la meta "casi alcanzada" fue también estudiado por el mismo Lewin en el campo de la psicología social; Lewin encuentra un ejemplo de cómo una meta cercana o próxima crea una fuerza muy potente en su dirección en los presos que, próximos a completar su período de reclusión, se fugan unos días antes de que éste llegue a término.

Tolman, moderno representante del behaviorismo, incluye en sus estudios el concepto de finalidad o meta de la conducta en su concepción de la *purposive behavior*. Para este autor, las metas estructuran el campo o, en otros términos, confieren significado a los objetos del medio circundante y de los cuales se vale el organismo

para llenar sus propósitos.

Si ahora consideramos de manera conjunta el significado de meta para estos distintos autores, llegamos a la conclusión de que todos ellos toman en cuenta las metas próximas o inmediatas, es decir, el resultado u objetivo hacia el cual tiende un comportamiento o una conducta considerada en sí misma como unidad de análisis.

En cuanto a lo que podríamos llamar el "destino de la meta" (próxi-

ma o inmediata), tenemos que diferenciar, por lo menos, tres casos distintos: a) aquel en que se alcanza la meta y se reduce la tensión; b) aquel en que el comportamiento no alcanza su meta, pero resuelve o alivia la tensión (descarga); c) el bloqueo de la meta. En el primer caso se trata de un comportamiento adaptativo o integrativo, en el segundo de un comportamiento disociativo (intervención de los mecanismos de defensa); y el tercer caso es el del "efecto Zeigarnik". Dado que esto no incluye todavía el punto central del tema que se desarrollará, nos limitaremos aquí sólo a estas indicaciones.

Tenemos que dar ahora un segundo paso para considerar la meta final, mediata o distante, es decir, aquel resultado u objetivo hacia el cual tiende la personalidad mediante un conjunto muy numeroso de comportamientos que, considerados en forma aislada, pueden perseguir metas parciales (inmediatas o próximas) distintas o aun divergentes. El primer autor que dedicó atención sistemática a este problema y que basó gran parte de su doctrina en este concepto es indudablemente Alfred Adler, y a él nos tendremos que referir con cierto detenimiento.

Adler es decidido opositor de los sistemas causalistas y explicativos en psicología, y afirma su creencia en el determinismo finalista en un intento de estructurar una psicología de los valores. Para él, todo fenómeno anímico se dirige siempre hacia una meta, es decir, tiene un objetivo rector; esta meta, es lo que configura el así llamado "estilo de vida", que consiste en el conjunto o la totalidad de una manera peculiar de ser. Si una persona, por ejemplo -dice Adler— tiene mala memoria, la pregunta que debe plantearse es la siguiente: ¿a qué tiende la debilidad de la memoria? "Entonces descubriremos, por ejemplo, que esta persona intenta demostrarse a sí misma y a los demás que -por ciertos motivos que deben quedar inexpressados o inconscientes, pero susceptibles de presentarse adecuadamente mediante la falta de memoria- debe evitarse una acción o una decisión (cambio de profesión, estudio, examen, matrimonio, etcétera). Así la falta de memoria quedaría desenmascarada como tendenciosa, y se revelaría su significado como una lucha contra la derrota."

"No nos podemos imaginar una vida espiritual sin una meta." "La vida del alma humana está determinada por un objetivo." Estas son afirmaciones de Adler que aparecen reiteradamente en sus escritos. Este objetivo hacia el cual se dirigen todos los movimientos del ser humano se forma bajo la influencia de las impresiones que el mundo exterior ha producido sobre el niño a edad muy temprana, ya en los primeros meses de vida. Lo que predomina en la infancia es una condición de extremo desvalimiento o, en otros términos y según Adler, "la vida del alma comienza siempre con un sentimiento de inferioridad". Este último actúa como motor o

Apéndice

fuerza impulsora, imponiendo la necesidad de tender a la meta de lograr mayor seguridad y tranquilidad: afán de dominio y superioridad. Tal es la meta que sirve de vector o línea de organización u orientación de toda la vida del individuo en su ambiente, que de otro modo aparece como caos. Toda la vida del individuo está cruzada por una "línea de movimiento" que va desde las primeras impresiones infalibles hasta el presente y se proyecta en el futuro. Esta línea de movimiento tiene una unidad indestructible, aun en el caso de que el individuo realice movimientos expresivos que parecen contradecirse recíprocamente. Al respecto, dice Adler: "para *usum delphini* formularé a continuación la afirmación siguiente: una vez comprendido el objetivo de un movimiento psíquico o de un plan de vida, cabe esperar una completa congruencia entre cada uno de los movimientos parciales, de una parte, y el objetivo y el plan de vida, de otra".

En el descubrimiento de la meta final o estilo de vida, tiene para Adler mucha importancia el comparar el afán de dominio y superioridad con el sentimiento de comunidad; "ningún hombre con plenos sentidos puede desarrollarse sin el cultivo y la suficiente actividad del sentimiento de comunidad." El sentimiento de comunidad es contrapesado por la meta u objetivo final que, como ya dijimos, no es otra cosa que el afán de superioridad, soberanía y dominio de los demás. La tendencia a la superioridad aparece de manera oculta justamente por la influencia del sentimiento de comunidad; se esconde, según Adler, "tras una careta amistosa". Este sentimiento de comunidad se manifiesta ya en los primeros impulsos de la vida anímica infantil y no deja nunca de tener influencia, de tal manera que "las diferencias humanas están condicionadas por la magnitud del sentimiento de comunidad y el afán de dominio, factores que se influyen recíprocamente. Es un juego de fuerzas cuya forma fenomenal constituye lo que llamamos carácter".

Es justamente este balanceo entre el afán de superioridad y el sentimiento de comunidad lo que introduce una diferencia muy importante en las metas finales, entre aquellas que tienen o llenan un fin útil o social adecuado y las que no lo hacen. Estas últimas constituyen la *meta final ficticia*, en la que predomina el afán o anhelo de superioridad y dominio sobre el sentimiento de comunidad.

La meta u objetivo, tanto como la dinámica de la vida psíquica, es común al hombre sano y al enfermo. Lo que distingue a este último es una excesiva o reforzada "tendencia hacia la seguridad", pero en todos los seres humanos cualquier movimiento psíquico tiende siempre a un objetivo de superioridad, a un afán desmedido de sentirse semejante a un dios. Lógicamente, este objetivo de una superioridad absoluta no es alcanzable y pertenece al dominio de las fantasías o ficciones, lo cual no quiere decir que no tenga importante gravitación en toda la conducta. Este objetivo o meta

final ficticia, como se deduce fácilmente, entra en contradicción con la realidad, pero constituye una premisa fundamental de la vida psíquica: por un lado tiene efectos positivos en cuanto da seguridad y obliga a la superación, pero presenta también aspectos negativos, en cuanto aleja de la realidad. Si predomina sobre el sentido de realidad o el sentimiento de comunidad, conduce a una verdadera existencia marginal, en el mejor de los casos en el arte, pero también en la neurosis o el crimen. Toda neurosis debe ser entendida como un predominio de este afán de superioridad, como una tentativa equivocada o ficticia de lograr un sentimiento de seguridad, liberándose del de inferioridad; deja sin resolver de modo real problemas muy importantes relativos a la seguridad, el trabajo, el amor, el sexo, etcétera, y se refugia en los síntomas que protegen la meta ficticia, otorgando una falsa seguridad y una falsa solución. El hombre neurótico o psicótico se aferra a la consecución de su meta final ficticia, su "ficción directriz", lo cual sólo se logra con una limitación del sentido de realidad o del sentimiento de comunidad, con una necesaria limitación de la propia vida, mientras que la persona sana considera su meta final ficticia como una imagen ideal o como una "orientación aproximativa", sin sacrificar el sentimiento de comunidad o la realidad objetiva. En síntesis, el neurótico se aferra mucho más a esta ficción por su prevalente sentimiento de inferioridad para encarar los problemas de la realidad; es su refugio.

Con lo expuesto hasta aquí, se deduce con facilidad que la meta final ficticia recibe su último adjetivo por el hecho de que resulta inadecuada, falsa, convencional o irreal, si se la relaciona con la realidad externa, pero de ninguna manera es ficticia si se la considera desde el punto de vista de la realidad interna o psicológica del individuo.

Tal como lo hicimos con la meta próxima o inmediata, podemos reseñar rápidamente los "destinos" de la meta final ficticia. Uno de estos destinos es el de su predominio absoluto sobre el sentimiento de comunidad o el sentido de realidad, como ocurre en las psicosis. Un segundo destino es aquel en el cual sufre ciertas modificaciones para armonizar o transar con el sentimiento de comunidad; son los llamados por Adler "arreglitos" o "falsificación del mundo externo". En tercer lugar, el sentimiento de comunidad predomina e impone cierta rectificación de la meta final ficticia.

El segundo de los "destinos" que hemos señalado se da en las situaciones en que el neurótico se halla sometido a las exigencias de su meta final ficticia, pero también necesita en cierta medida atender a las exigencias de la realidad como tales y recurre entonces a ciertas transacciones ("arreglitos"), a actitudes aparentemente contradictorias y disociadas, en una distancia con la realidad que puede graduarse de la siguiente manera: 1) Movimiento de rechazo (por ejemplo: suicidio, asma, parálisis histérica, crisis

Apéndice

265

epiléptica, amnesia). 2) Movimiento detenido (inhibiciones, por ejemplo: impotencia, eyaculación precoz). 3) Dudas en el pensamiento, en las acciones: aquí, a diferencia del caso anterior, se evita la decisión misma. 4) Creación de obstáculos y superación ("Ponerse a prueba").

Sin intención de extendernos aquí sobre un tema que nos resulta muy atrayente, recordemos el "proyecto" de Sartre, que sería útil confrontar con la concepción de Adler, para hallar sus posibles coincidencias o divergencias. De la misma manera, dentro del análisis freudiano se podría relacionar la meta final ficticia con el narcisismo y el principio del placer en oposición al principio de realidad, equivalente este último, por lo menos en cierta medida, al sentimiento de comunidad postulado por Adler. Pero no hay que olvidar tampoco, a pesar de las coincidencias que indudablemente existen para parte de las descripciones, el hecho de que para Freud estos conceptos que hemos recordado se hallan estrechamente relacionados con la vida instintiva y la libido, conceptos que son expresamente rechazados por Adler.

También podría hacerse extensiva la comparación de la meta final ficticia a otros conceptos introducidos por Freud y ya no tan directamente ligados a sus concepciones instintivistas, tales como el de yo ideal e ideal del yo. En cuanto al estudio comparativo con la fantasía inconsciente, centro de nuestra atención actual, ahora nos referiremos con cierto detalle a dicho concepto.

2. Fantasía inconsciente

El término fantasía fue definido por Aristóteles de la siguiente manera: "Ora el aspecto, sea verdadero, sea falso, de la cosa que es objeto ... ora la acción por la cual formamos en el espíritu las imágenes de las cosas" (Lalande). El diccionario de Warren da la siguiente definición: "representación mental de una escena o un suceso que se representan como irreales, pero que se esperan o desean. Se emplea con frecuencia, en sentido amplio, como sinónimo de imaginación".

La acepción psicoanalítica del término fantasía varía según las distintas épocas y autores, pero es indudable

que rebasa ampliamente el significado que tiene en las demás corrientes psicológicas. Una muy importante actualización del término fue realizada por S. Isaacs, de la escuela inglesa de M. Klein, a quien se debe en gran medida no sólo la enorme difusión del término, sino también su amplitud. Por otra parte, resulta muy llamativa la discordancia existente entre la difusión del término y del concepto de

fantasía inconsciente y la falta de estudios dedicados específicamente al tema. Tomaremos como base para nuestra exposición el trabajo de S. Isaacs, que es, además, la fuente obligada e irremplazable en lo relativo a este punto.

El estudio de la fantasía inconsciente comprende la aclaración de, por lo menos, tres aspectos fundamentales: su naturaleza, su función y su contenido.

Las fantasías inconscientes se hallan presentes desde el nacimiento, pero nunca son observadas como tales sino deducidas de la observación de la conducta. Agreguemos que, además, no sólo se las infiere por simple deducción de la observación de la conducta, sino que también intervienen los supuestos teóricos con los cuales se realiza dicha observación y, en este caso, el supuesto fundamental es el de la teoría de los instintos. Dejamos de lado en esta oportunidad el valioso estudio metodológico que aporta S. Isaacs, y que no sólo es válido para el estudio de la fantasía inconsciente sino también para otros fenómenos psicológicos.

En inglés se ha adoptado una ortografía especial para la fantasía inconsciente (*phantasy*), para diferenciarla de las ficciones y sueños diurnos, es decir, de la acepción no psicoanalítica del concepto en el sentido de fantasía consciente (*fantasy*). "El término psicoanalítico 'fantasía' (*phantasy*) significa en esencia contenido mental *inconsciente*, que puede o no hacerse consciente" (S. Isaacs).

Las fantasías inconscientes operan o actúan tanto en el individuo normal como en el neurótico, y en ambos constituyen una realidad psicológica, por más que sus características puedan ser claramente fantásticas y alejadas o en contraste con respecto al sentido de realidad. Inclusive, las mismas fantasías pueden hallarse en individuos sanos y enfermos: la diferencia radica en la forma en que se tratan dichas fantasías y en la manera en que son elaboradas y modificadas o rectificadas por el respectivo grado de adaptación o adecuación a la realidad.

Las fantasías constituyen el contenido primario y básico de los procesos mentales inconscientes; surgen directamente de las necesidades instintivas y constituyen la expresión mental del instinto. "No hay impulso, necesidad o respuesta instintiva que no sea vivida como fantasía inconsciente". Esta estrecha relación entre el instinto y la fantasía inconsciente es un rasgo distintivo y peculiar que debemos subrayar como una característica muy fundamental; por su contenido particular, la fantasía representa el impulso instintivo que domina en la mente en cada instante (instinto parcial), y que es su fuente específica. La fantasía inconsciente se convierte, a su vez, en un medio de defensa contra la angustia porque tiende a disminuir la tensión del instinto y la culpa. Estas fantasías son móviles,

Apéndice

cambiantes, pero también pueden coexistir aunque su carácter sea contradictorio.

La fantasía inconsciente se halla presente en la mente del niño desde la más temprana infancia, así como sus correlativos impulsos instintivos, y acompaña a cada una de las experiencias con el mundo exterior, sean las gratificadoras o las frustrantes; posee un contenido particular no sólo en cada uno de estos casos, sino también según las modalidades particulares con que estas experiencias son vividas. La fantasía inconsciente es un hecho psicológico real que actúa como tal organizando nuevos comportamientos; expresa lo que cada experiencia significa subjetivamente para el individuo. Cuando el niño tiene organizada toda su vida psicológica como experiencias eminentemente corporales, a cada una de ellas la acompaña una fantasía inconsciente, que no es otra cosa que el así denominado esquema corporal. En su totalidad, este último puede ser considerado como una fantasía inconsciente de cierta estabilidad, pero a su vez con aspectos cambiantes, y por lo tanto, de carácter dinámico. Pero por más que la fantasía se origina con la actuación de estímulos externos (falta de alimento, ausencia de la madre, recepción de cariño y gratificaciones), la fuente de la fantasía inconsciente se encuentra en los impulsos instintivos que entran en juego en cada experiencia. Las fantasías inconscientes son operantes, hemos dicho, tanto en los individuos normales como en los neuróticos; la diferencia reside en el carácter específico de las fantasías dominantes, en su interrelación mutua y en su vinculación con la realidad exterior, según sea más o menos factible su rectificación o adecuación a las exigencias reales del mundo.

Las fantasías inconscientes son móviles y cambiantes. El niño que se chupa el dedo puede estar viviendo la fantasía "tengo el pecho de mi madre"; si rompe un juguete, "destruyo a mi madre"; si su madre se ausenta, "mi madre se ha muerto" o "he matado a mi madre" o "mi madre me ataca". Pero puede también existir un predominio estable de alguna fantasía que sigue actuando durante mucho tiempo e incluso durante toda la vida de un sujeto. Al respecto, daremos un ejemplo: un niño oye, durante el almuerzo, que a su padre le han ofrecido la presidencia de un club; se desencadena en él una intensa angustia, llora y pide a su padre que no

acepte el cargo. Sus temores estaban ligados a comentarios que había oído sobre el destino de algunos presidentes del país (detenciones, exilios, amenazas, peligros de todo tipo). Si bien su conducta está ligada a experiencias con estímulos reales, lo que lo angustia es su fantasía inconsciente de dañar y eliminar a su padre, peligros que en su fantasía se iban ya a concretar. La fantasía inconsciente surge a raíz de situaciones exteriores, pero incorpora subjetivamente tales estímulos en función de sus tendencias

agresivas contra su padre y la fantasía inconsciente concomitante. Esta fantasía inconsciente puede ser transitoria, puede predominar y permanecer activa durante un tiempo o bien perdurar durante toda la vida del sujeto en la relación con su padre y aun en la relación con toda otra figura paterna o de autoridad, o sea, que a veces actúa también fuera de la estricta relación hijo-padre, en cualquier otro tipo de relación interpersonal equivalente. Por otra parte, puede estructurarse predominantemente, como en el ejemplo que vimos, alrededor de los intentos de reparación de la agresión o destrucción fantaseada, pero caben también otras configuraciones distintas.

En realidad, si se intentase enumerar las fantasías inconscientes habría que hacer una lista de todas las conductas humanas en todas sus posibilidades o modalidades, y con ello queremos decir que, en la práctica, no hay coincidencia entre el amplio empleo de la expresión o el concepto de fantasías inconscientes y su definición mucho más estrecha de correlatos de los impulsos instintivos. Es cierto que, siguiendo el pensamiento freudiano, todo comportamiento asienta siempre en última instancia sobre un impulso instintivo, pero no tiene ningún valor postular tantos impulsos instintivos como comportamientos sea factible observar o realizar; sin embargo esto, que no tendría ningún valor ni sentido para los impulsos instintivos, es lo que se hace, en la práctica, con los correlatos psicológicos de dichos instintos: las fantasías inconscientes. He aquí -a manera de ilustración— una lista de fantasías inconscientes recogidas simplemente de un índice anual de la *Revista de Psicoanálisis* (Buenos Aires): fantasía claustrofóbica, compensatoria, de agresión sexual, de aislamiento, de cautiverio, de destrucción, de embarazo, de embarazo eterno, de escena primaria, de fin de análisis, de incorporación oral, de madre mala, de matricidio, muerte, parto y embarazo, de soborno, pecho inagotable, cadáver viviente, autodestrucción, fantasías regresivas, reparatorias, agresivas, anales, de confusión, de agresión uretral, de aniquilación, castración, coito, de dañar y destruir, de destrucción corporal, esterilidad, fellatio, de relaciones incestuosas, destructivas, de triunfo, de vaciamiento y destrucción, edípicas, eróticas, genitales, homosexuales, masturbación, orales, paranoi-des, persecutorias, reparatorias, retaliativas, sádicas, fantasías sobre el interior destruido, etcétera.

Sin que esta enumeración sea exhaustiva -está muy lejos de serlo— habría que pensar, de acuerdo con la definición de fantasía inconsciente, que hay un impulso instintivo correspondiente para cada una de ellas, inclusive para la de confusión, la de embarazo o la de la esterilidad, por ejemplo. En una definición de D. Liberman, que elude la adscripción de cada fantasía a un impulso especial, se da también, sin embargo, una ampli-

Apéndice

269

tud exagerada al término; así, dice de la fantasía inconsciente: "el término incluye a todo contenido mental que tiene objetividad autónoma como hecho mental (realidad psíquica)".

Sin embargo, se toman en cuenta también las que podrían llamarse fantasías inconscientes fundamentales, caracterizadas por el hecho de que son comunes a la totalidad de los seres humanos o, inclusive, por corresponder a la misma condición humana; por ejemplo: la fantasía del incesto, parricidio, castración, etcétera. Lo cierto es que esto no introduce orden en el problema, porque el carácter de fundamental podría ser discutido para toda fantasía inconsciente.

3. Estudio comparativo

Una primera comparación que podemos establecer entre fantasía inconsciente y meta final ficticia, surge del hecho de que en una de las expresiones se utiliza el sustantivo fantasía y en la otra el adjetivo ficticio. Ambos pueden ser utilizados como sustantivo o como adjetivo, y en carácter de sinónimos como equivalentes a imaginario, irreal, caprichoso, falta de objetividad. En este sentido hay una concordancia, de significación relativa, entre ambos conceptos, en cuanto ambos ponen el énfasis sobre lo subjetivo y no sobre la realidad exterior, pero en la fantasía inconsciente para servir de soporte a esta última, mientras que en el caso de la meta final ficticia la relación con el mundo exterior es de carácter incompatible y excluyente. Hemos insistido ya, por otra parte, en que ambas son hechos psicológicos efectivos, de alta significación en la vida real de los seres humanos, aunque de significado distinto.

El carácter de ficción (en el sentido de irreal, incompatible u opuesto a la realidad externa) es intrínseco e inseparable en la meta final ficticia, no así en la fantasía inconsciente que sirve de soporte a las experiencias reales, aunque puede entrar en contradicción o incompatibilidad con las mismas. Sin embargo, para Freud o Fenichel la fantasía tenía totalmente el carácter de ficticia, dado que para el primero era un pensamiento alucinatorio sometido a las leyes del proceso primario, y para Fenichel es el pensamiento que no es seguido por la acción. No proseguimos esta línea de investigación porque el concepto actual de fantasía inconsciente es

distinto y ya lo hemos reseñado.

Al exponer antes un ejemplo de fantasía inconsciente, vimos cómo la fantasía inconsciente no es necesariamente pasajera o transitoria, sino que puede predominar en todo el curso de la vida, como una pauta importante del comportamiento del individuo. Siendo así, tenemos lógicamente dere-

cho a preguntarnos si, en tales casos, la fantasía inconsciente no constituye legítimamente lo que Adler ha denominado meta final ficticia, y si en todos los ejemplos que pudieran presentarse, no tendríamos siempre la posibilidad de plantearnos el mismo interrogante. Veamos ahora, entonces, al respecto, ciertas similitudes y diferencias.

¿El ejemplo citado permite percibir las diferencias doctrinarias importantes, aunque no insuperables, que separan la fantasía inconsciente de la meta final ficticia. Para el psicoanalista la fantasía inconsciente ("quiero salvar a mi padre" o "quiero matarlo") deriva directamente del impulso instintivo en juego (libidinoso y agresivo, respectivamente), mientras que para Adler la meta final ficticia ("salvar a mi padre...") es una compensación del sentimiento de inferioridad del niño, en este caso, frente a su padre. Para el psicoanalista la fantasía inconsciente deriva o es un correlato o una implicación directa del impulso instintivo, por más que actúen experiencias con el mundo real, mientras que para Adler la meta final ficticia es un fenómeno que deriva de las experiencias sociales del sujeto. En este sentido, podríamos pensar que la diferencia radica en los esquemas conceptuales utilizados y -por más importancia que ellos tengan- se trataría, en última instancia, de dos formas diferentes de denominar y explicar el mismo fenómeno. Sin embargo, esto último no es totalmente cierto. Si bien en algunos casos se toma en consideración el mismo fenómeno, y en esos casos, las diferencias desaparecen, la fantasía inconsciente se refiere a veces a fenómenos que de ninguna manera pueden ser tenidos por equivalentes de la meta final ficticia, por ejemplo, los correspondientes a las experiencias corporales más primitivas. Nuestra primera conclusión es que —en cuanto fenómeno— la meta final ficticia puede ser considerada como una fantasía inconsciente, pero este último concepto rebasa el primero, abarcando un espectro más amplio de fenómenos.

Tomemos ahora un ejemplo de Adler, de su libro *Conocimiento del hombre*: "Un hombre de treinta años, de grandes arrestos, había conseguido llegar a la estimación de los demás y al éxito, a pesar de las dificultades con que tropezó en el desarrollo de su vida. Ante el médico se presenta en un estado de extrema depresión, quejándose de no tener ganas de trabajar ni de vivir. Relata que se encuentra en perspectiva de casamiento, pero que abriga una gran desconfianza acerca del futuro, pues tiene unos celos violentísimos, existiendo el peligro de que se deshaga la proyectada unión. Los hechos que él cita no son precisamente convincentes; a la muchacha no se le puede hacer reproche alguno. La sorprendente desconfianza que manifiesta hace sospechar que es uno de los muchos hombres que se encuentran atraídos por otra persona, pero al mismo tiempo adoptan una actitud de ataque y que, llenos de desconfianza, echan por tierra lo

Apéndice

271

que quieren construir. A fin de poder trazar la mencionada línea (el estilo de vida), vamos a sacar un suceso de su vida e intentar compararlo con su actitud presente. Obedeciendo a nuestra experiencia recurrimos siempre a las primeras impresiones de la infancia, aunque sabemos que lo que oigamos no siempre ha de resistir un examen objetivo. Su primer recuerdo de la infancia era el siguiente: Hallábase con su madre y su hermano menor en el mercado y en vista del gentío le tomó su madre en brazos, pero al advertir su error le dejó de nuevo en el suelo y cogió al otro mientras que él continuó andando junto a ella cariacontecido. Tenía entonces cuatro años. Según podemos observar, al reproducir este recuerdo vuelven a sonar las mismas cuerdas que acabamos de percibir al referirnos él su sufrimiento: no está seguro de ser él el preferido y no puede soportar el pensamiento de que pudiera preferirse a otro. Advertido de esta circunstancia queda sorprendidísimo y reconoce en seguida la relación que existe, su estilo de vida".

Observamos, en primer lugar, que para Adler el antecedente infantil no es determinante causal de la conducta del adulto, sino que ambos son fenómenos de un proceso único, de un mismo estilo de vida. Para Freud, por el contrario, el suceso pretérito se inscribe, como experiencia infantil, en una de las series complementarias de la ecuación etiológica.

En el estilo de vida de este ejemplo de Adler, interviene la necesidad del individuo de ser querido y de sentirse el preferido, en forma conjunta con la duda de conseguirlo realmente. Su meta es lograr el cariño que necesita, pero no lo obtiene justamente porque él mismo lo deshace con sus dudas. Esto implica que el estilo de vida o la meta final ficticia es el significado unitario que tiene el conjunto del comportamiento de un ser humano. Si en este ejemplo tratamos ahora de deducir o imaginar las fantasías inconscientes, podríamos decir que ellas pueden ser, por ejemplo: "quiero a mi madre", "quiero a mi madre para mí solo", "mi madre no me quiere", "nadie me quiere". En rigor, las fantasías inconscientes son aquellos significados más elementales de la conducta, en el sentido de estar ligados con las expresiones más primitivas de las tendencias básicas del individuo.

Sin embargo, el concepto de fantasía inconsciente ha llegado a tener tal amplitud que se entiende y se incluye en esa denominación cualquier significado de cualquier comportamiento. En el ejemplo de Adler podemos decir así que las fantasías inconscientes operantes son, además de las ya enumeradas, las de luchar para ser querido (recuperar el objeto perdido) y al mismo tiempo demostrar que no se es querido. Esto último ocurre porque el sujeto destruye la imagen de toda persona que lo quiere a causa de la agresión y resentimiento generados por el hecho de no haber sido

antes preferido, y por la posibilidad de que eso vuelva a ocurrir; hace sufrir al otro el abandono que él mismo sufrió al no ser el preferido de su madre.

Como se ve, cualquier significado puede ser entendido como una fantasía inconsciente, y en este sentido amplio la fantasía inconsciente se superpone con la meta final ficticia. Pero lo inverso no es cierto; hay fantasías inconscientes pasajeras, transitorias, esporádicas o poco duraderas, que evidentemente no son metas finales (ejemplo: "quiero a mi madre", etcétera). Las fantasías inconscientes pueden ser de tal tipo que sean universales, es decir, comunes a toda la especie humana, como por ejemplo la fantasía del incesto, del parricidio, de la castración, etcétera, sin que por el carácter de permanentes y durables puedan ser catalogadas como metas finales ficticias, porque no necesariamente la persona tiende a su consecución, aunque entran o pueden entrar, en cuanto fantasías inconscientes, en la estructura de una meta final ficticia.

Hasta ahora, hemos considerado predominantemente la fantasía inconsciente y la meta final ficticia como fenómenos clínicos, pero es posible incluir a cada uno de ellos -por lo menos en su forma originaria-dentro de una concepción teórica o una doctrina psicológica. Por eso, nuestro estudio comparativo tiene necesariamente que ocuparse también de estos esquemas o modelos conceptuales. Desde este punto de vista, ambos fenómenos resultan totalmente diferentes: las fantasías inconscientes constituyen las representaciones psicológicas o mentales de los instintos, mientras que la meta final ficticia es un fenómeno de compensación del sentimiento de inferioridad. De esta manera, las primeras existen desde los momentos más precoces de la vida juntamente con las experiencias más primitivas, o acompañándolas, mientras que la meta final ficticia es una elaboración que se forma básicamente en los primeros años de la vida, pero no tan precozmente como la fantasía inconsciente, ni tampoco de la misma manera o derivada de las mismas fuentes.

La fantasía inconsciente, como su mismo nombre lo indica, es siempre inconsciente, mientras que la meta final ficticia puede aparecer por lo menos en parte y como tal en forma consciente, por ejemplo, en los sueños diurnos.

La meta final ficticia interviene permanentemente como una determinante teleológica, en cuanto organiza y sirve de vector central a la personalidad toda en sus múltiples y variados comportamientos; sus manifestaciones o efectos son diversos, en cuanto entra en interacción con las exigencias de la realidad y el sentimiento de comunidad promueve ciertas transacciones (los así llamados "arreglitos" de Adler). A diferencia de ella, la fantasía inconsciente no es una determinante del fenómeno, porque lo

Apéndice

que actúa como causa no es la fantasía inconsciente sino el impulso instintivo. La fantasía inconsciente es - como ya lo dijimos- la forma subjetiva de representación mental de una experiencia, en función del impulso instintivo que interviene. La fantasía inconsciente es a su vez activa, en el sentido de que cumple una función (sea como satisfacción de deseos o de defensa), y a su vez condiciona nuevos comportamientos, pero los que generan o causan estos últimos son siempre, en última instancia, impulsos instintivos.

Si, continuando nuestro examen, extremamos el rigor del análisis, veremos que la meta final ficticia es realmente lo que su nombre indica: una meta, objetivo o finalidad que el individuo se propone cumplir, alcanzar o satisfacer y para no abandonar dicha meta entra en transacciones con el sentimiento de comunidad. No podemos decir lo mismo de la fantasía inconsciente; ella no es, rigurosamente considerada, una meta, objetivo o finalidad sino la modalidad específica que asume cada impulso instintivo para alcanzar su objeto. Al respecto, recordemos que para Freud el instinto tiene cuatro propiedades fundamentales, a saber: fuente, fin, objeto y carga. La fuente es el órgano particular o la parte del cuerpo de donde parte o donde se origina el impulso, que es siempre biológico; el fin del instinto es la descarga de su tensión; el objeto es el elemento que requiere para descargarla; la carga -por último- se refiere a un *quantum*, a la intensidad particular que alcanza o tiene el impulso instintivo. Recordamos estas especificaciones para abonar nuestra posición de que la fantasía inconsciente no es en sí misma una meta y que esta última corresponde al instinto, cuya meta está constituida por la conjunción del fin y del objeto.

En síntesis, podemos decir que la fantasía inconsciente no es una meta y que —en sí misma— no genera ni determina comportamientos, mientras que la meta final ficticia se diversifica según tipos particulares de fantasías inconscientes que determinan y ordenan la vida y los comportamientos de un individuo. Pero si extremamos las postulaciones teóricas y sus legítimas exigencias, por lo que ya hemos expuesto, la meta final ficticia tampoco puede ser considerada como una fantasía inconsciente. Aquí, como en todos los campos científicos o en los interdisciplinarios, los hechos en consideración exigen que sean analizados y comparados los modelos conceptuales con los cuales se trabaja, y según los cuales dichos hechos o fenómenos son

postulados o "recortados" dentro del mundo y la realidad en que vivimos. Por eso encontramos y señalamos cierta coincidencia entre fantasía inconsciente y meta final ficticia en cuanto fenómenos, pero también señalamos una total diferencia si se toman en cuenta los modelos conceptuales según los cuales cada uno de estos fenómenos es identificado y estudiado: la fantasía inconsciente es introducida e investi-

gada dentro del marco de la psicología de la vida instintiva mientras que la meta final ficticia lo es dentro de la psicología del yo.

En cuanto a las funciones que cumple cada una de ellas hay cierta concordancia: ambas sirven para control o defensa, frente a la angustia de la inseguridad proveniente del sentimiento de inferioridad en un caso y frente a la angustia de la tensión instintiva y la culpa en el otro, a través de la satisfacción fantaseada de deseos, negaciones, reaseguramiento, control omnipotente, reparación, etcétera.

Si bien es cierto que determinados fenómenos, cuando son reiteradamente verificados, se separan de las teorías o escuelas que los han observado y pasan a formar parte de un patrimonio cultural y científico común, no es menos cierto que este proceso insume generalmente un tiempo muy largo. En alguna medida, se ha cumplido ya para el concepto de meta final ficticia, no así para el de fantasía inconsciente, que sigue siendo casi de utilización exclusiva de los psicoanalistas o de los que adhieren o participan del psicoanálisis. Ello se debe a que, como hecho o fenómeno, es de carácter mucho más deductivo e hipotético que la meta final ficticia. Esta última es una inferencia del comportamiento que es observado y registrado (clínica o aun experimentalmente), mientras que la fantasía inconsciente es una deducción que depende a su vez de otra deducción (los instintos), porque tampoco estos últimos son observados ni registrados, sino inferidos.

Sin embargo, podemos resolver este aparente callejón sin salida modificando el esquema o los modelos conceptuales con los cuales trabajamos. Podemos abarcar la fantasía inconsciente y la meta final ficticia en un denominador común, si entendemos a ambas no como otra cosa, realmente, que significados de la conducta. Este es en verdad el único camino que sigue el psicólogo (adleriano o freudiano) para hallar la meta final ficticia, en un caso, y la fantasía inconsciente en el otro. Para esta última, además, no es imprescindible el pasaje teórico por el instinto, ya que en la práctica dicho pasaje es inexistente.

El significado es siempre una relación; utilizando la clasificación de Blumenfeld, podemos fácilmente deducir que en el caso de la fantasía inconsciente se trata de un significado motivacional, mientras que en la de la meta final ficticia se trata de un significado télico. La naturaleza instintiva de la fantasía inconsciente sólo se "deduce" por la construcción "realista" o entelequial de un doble ontológico.

En síntesis, nuestro postulado es que tanto la naturaleza de la fantasía inconsciente, como la de la meta final ficticia, es de carácter significativo. En este sentido podemos recordar aquí un trabajo de W. Baranger, donde el autor intenta una crítica y reubicación del concepto de fantasía

Apéndice

275

inconsciente basándose en que hay una contradicción entre nuestra técnica y nuestra metapsicología, dado que técnicamente el psicoanálisis no opera con instintos sino con fantasías inconscientes.

Podrá sugerirse, además, que para los que se atienen a la naturaleza y origen instintivista de las fantasías inconscientes sería conveniente limitar la amplitud del término, ya que si abarca todos los significados posibles de todos los comportamientos no puede postularse la existencia de tal cantidad de impulsos instintivos correlativos, ni tampoco se los puede suponer en comportamientos muy complejos y ya alejados de su hipotético trasfondo instintivo. En este sentido, el contenido de las fantasías inconscientes debería limitarse a lo que se considera las experiencias corporales más primitivas (comer, tragar, morder, orinar, incorporar, expulsar, matar, destruir, atacar, etcétera), sobre las cuales se construye toda la organización psicológica. Así, utilizando los ejemplos dados, no habría fantasía inconsciente de confusión, embarazo o esterilidad, sino que en cada caso la fantasía puede ser de destrucción, expulsión, ataque, etcétera, y la confusión, embarazo o esterilidad son comportamientos o significados de comportamientos, pero no fantasías inconscientes.

Los pasos que hemos dado en nuestro estudio comparativo consistieron en relacionar primero los dos conceptos en cuanto hechos o fenómenos clínicos, luego en cuanto ubicados en sus respectivos y diferentes modelos conceptuales, y en último término los hemos comparado utilizando un modelo conceptual común que creemos implícito tanto en la concepción psicoanalítica como en la adleriana, pero que al explicitarlo resuelve gran cantidad de divergencias y ubica los problemas de manera más clara y más accesible a la investigación.

-

Sinopsis

FANTASÍA INCONSCIENTE

META FINAL FICTICIA

1. Como fenómenos clínicos

No es directamente observada, sino deducida

idem

Absolutamente inconsciente

Inconsciente y consciente

No es una meta, pero puede serlo en algunos casos

Puede ser una fantasía inconsciente

Existe tanto en sanos como en enfermos

idem

Existe desde el nacimiento y desde las primeras experiencias

Se construye en los primeros años de vida

Contenido primario y básico de los procesos mentales inconscientes

No es un contenido mental sino una implicación de la conducta

Coexisten fantasías aun contradictorias metas parciales

Es única. La contradicción existe entre

Es móvil y cambiante

Estable y duradera

Organiza nuevos comportamientos

Es vector de nuevos comportamientos

Soprote de la experiencia con el mundo externo

Incompatible con el mundo externo

Ligada genéticamente a las experiencias corporales básicas

Ligada genéticamente a la situación de desvalimiento infantil

Actúa como determinante causal

Actúa como determinante teleológica

Defensa contra la angustia y la tensión instintiva

Compensación del sentimiento de inferioridad

2. En Junción de los modelos

Correlato del impulso instintivo

Vinculado con el sentimiento de inferioridad

Modalidad específica del impulso (estilo de vida)

Modalidad particular de cada existencia

No depende de la experiencia

Depende de la experiencia

Con existencia en la mente inconsciente

Inconsciente como fenómeno, no como ente

Pertenece a la psicología de la vida

Pertenece a la psicología del yo instintiva

El modelo es naturalista

El modelo es existencial

278

José Bleger

3. *Revisión en función del significado*

Corresponde a un significado motiva-cional

El significado es inconsciente

No es un contenido mental sino un significado psicológico

Obtenido, por deducción, del comportamiento

En rigor, se refiere a los significados de las experiencias corporales básicas, elementales y más primitivas, que construyen el soporte de todo comportamiento

Corresponde a un significado de carácter tético *idem idem*

idem

Resulta muy estrecha su exclusiva supeditación al sentimiento de inferioridad